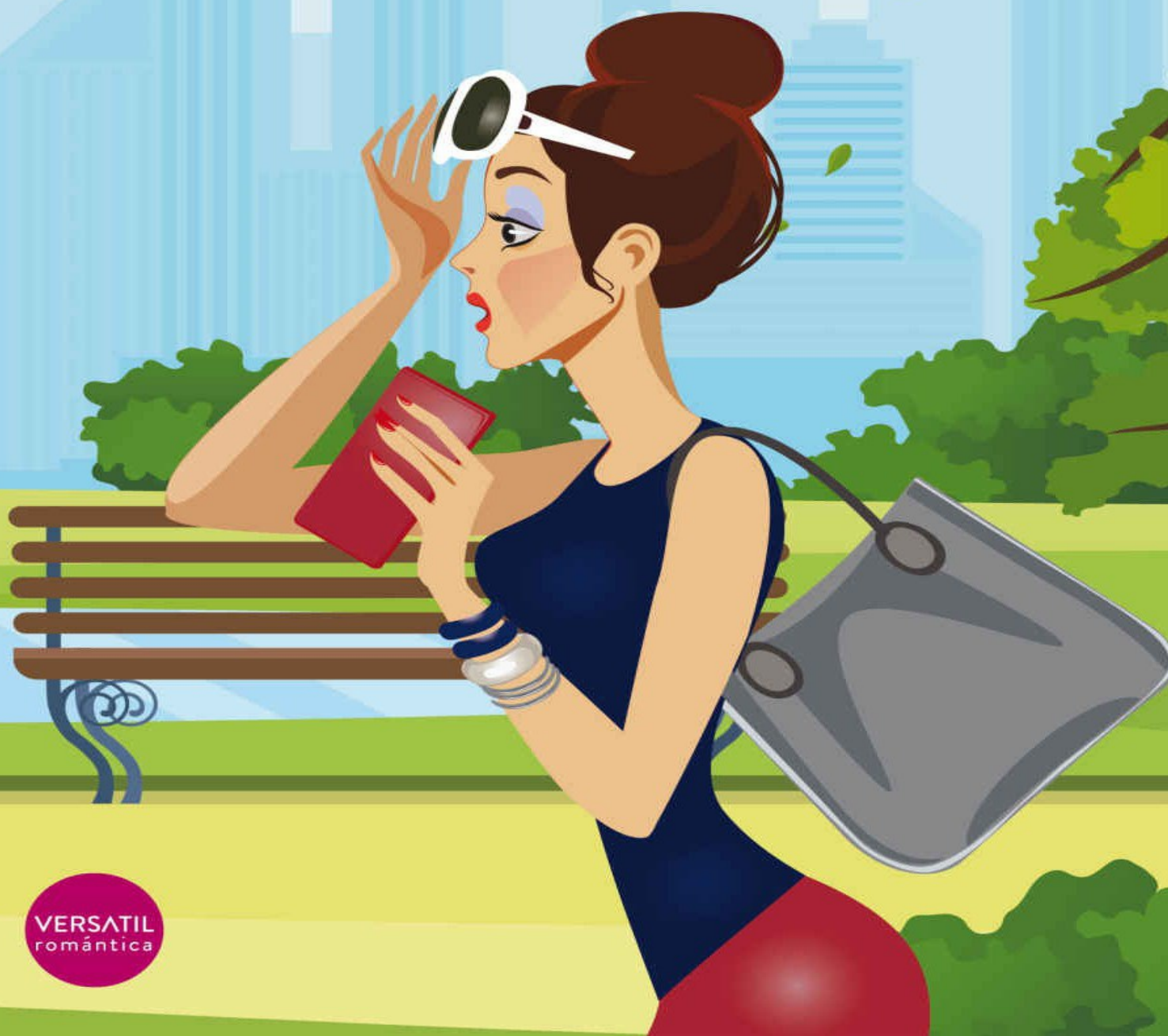


INÉS SAINZ
VÍCTOR BLÁZQUEZ
CON LA MISS
EN LOS TALONES



VERSATIL
romántica

Título: *Con la miss en los talones*

© Inés Sainz y Victor Blázquez, autores.

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: noviembre 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Prólogo de Juan Pozuelo: Érase una vez

Érase una vez una noche en un bar de su adorado Bilbao cuando volví a reencontrarme con Inés después de algunos años sin vernos. Pocos meses después, estábamos haciendo cosas juntos y debo decir que hay pocas personas que me produzcan esa mezcla endiablada de locura y calma al mismo tiempo. Es cierto que su ADN vasco hizo que la gastronomía fuera un vínculo poderoso y un motivo inigualable para establecer una relación donde hay tanta demencia voluntaria como la que se desborda en las páginas de este libro.

La tecnología hace que nuestra relación haya fluido más a través de los dispositivos electrónicos que alrededor de mesas o cocinas, así que, cuando en un mensaje de voz me pidió escribir un prólogo para un libro me quedé sorprendido, no porque dudara —imposible conociéndola— sino porque me pareció una idea tan genial que lo escribiese, que no supe si era yo la persona más adecuada para introducirlo. Esta duda se transformó con rapidez en una traviesa inconsciencia y dio paso a disfrutar del halago de la solicitud y del placer de compartir espacio. Y, sobre todo, dio paso al honor de servir de anfitrión de estas páginas.

Cuando conoces a Inés descubres que no hay nada con lo que no se atreva, y suple con un increíble ánimo cualquier falta de recurso. Esa actitud no es mala o buena por sí misma, pero, de repente, te ves embarcado en sus viajes y ese carrusel de emociones hace que uno mismo dude de todo también. Y solo a partir de la duda nos vemos obligados a tomar decisiones y, como proyecta junto a Víctor a través de Mar Tillo, dan un poco igual las consecuencias cuando el riesgo de no hacerlo es perecer por inmovilidad.

Esa combinación de locura y tranquilidad hace que en Inés se mezclen con

total claridad las personalidades de Mar y de Irene; tendréis que leer todo el libro para descubrir ese cóctel, pero estoy convencido de que nos os costará nada. Yo lo hice en horas y sin que desapareciera la sonrisa de mi cara, hasta el punto de descubrir detalles de ambas en ella. Puede ser Doña Perfecta y puede ser el desastre incontrolado e histérico de Mar, pero es más aún, puede serlo al mismo tiempo, además.

He disfrutado mucho leyendo el libro y lo volveré a disfrutar hojeándolo de nuevo físicamente, lo disfrutaré además alegrándome de que mi querida Inés haya seguido cumpliendo sueños, que lo seguirá haciendo con la certeza de que continúa interesada en estudiar todas las posibilidades de la vida.

Gracias siempre por las sonrisas, y hoy, por estas últimas.

Juan Pozuelo, chef.

Prólogo de Myriam Pintado: Recuerdos

Cuando alguien a quien quieres y admiras te pide que escribas sobre ella, y más concretamente sobre su trabajo, además de satisfacer tu ego enormemente pensando que tu opinión le importa, sientes una gran responsabilidad. Lo que te lleva a su vez a realizar un ejercicio de memoria, que te permita analizar qué te ha traído hasta aquí en tu relación con ella.

Inés representa para mí el ejemplo de una mujer hecha a sí misma que además ha sabido reinventarse. La conocí subiendo a la cumbre de la popularidad tras ser elegida Miss España. Corría el año 1997, un momento donde el concurso tenía una gran aceptación por parte del público y los medios. Es decir, ganar significaba convertirte inmediatamente en el rostro del año. Si a esto le unes que Inés representaba a Bizkaia, era una *miss* vasca, dentro de una organización tan conservadora como la del concurso y en un momento en que, en España, el conflicto vasco estaba lejos de llegar a una salida. No se lo pusieron nada fácil. Y por ello tuvo un reinado complicado, porque quiso demostrar que representar a España no significaba en absoluto renunciar a su origen bilbaíno.

Siempre he pensado que Inés tiene una gran inteligencia emocional, que la ha ido llevando a tomar grandes decisiones en su vida. Por ejemplo, en un momento determinado tuvo que decidir, como tantas *misses*, hacia donde dirigir su carrera una vez destronada. Estaba la vía de los bolos, los eventos, las portadas y vivir de la popularidad que arrastraba el título y los titulares que se derivaban de su vida; o empezar de nuevo, llevar su carrera hacia la comunicación y el *marketing* y crear, desde cero, una reputación en un ámbito en el que era una completa desconocida.

Con los años y la experiencia acumulada, emprende su propio negocio, una agencia de comunicación y *marketing*. Demostrando una vez más que nada es gratuito, sino fruto del esfuerzo y la perseverancia, que es lo que la ha traído hasta aquí.

Y un día me llama y me dice que ¡ha escrito un libro! Y como ya os decía, Inés, con esa gran inteligencia que la caracteriza, no lo ha hecho sola. Ha sabido encontrar el mejor compañero de viaje en esta aventura. Víctor es un escritor con una carrera bastante prolífica (teniendo en cuenta lo joven que es). Además, es un tipo de lo más versátil, lo mismo te escribe una saga de terror, que una novela histórica, o un cuento para niños. Y en esta ocasión, que es su última aventura literaria, vuelve a sorprendernos entrando por primera vez en el género romántico, con destreza y mucha calidad.

Y me leo el libro. Y leer el libro que ha escrito tu amiga es una gran responsabilidad, porque ella espera tu *feedback* y ha de ser sincero para que le sirva. Así que empiezo a leer. Mordiéndome las uñas porque quiero que me encante ¡claro! Y cuál es mi sorpresa que a partir de la primera página mi tensión ha desaparecido porque me he enganchado a una lectura que me apasiona y que hace que me lo esté pasando genial. Me gusta la historia, me encanta la construcción de los personajes y cómo ha ido introduciendo elementos inherentes a su vida para hacer el libro divertido, ameno y creíble.

Tenéis por delante una historia de superación, de encuentro con una misma, de miseria, de esfuerzo, de bajada a los infiernos, todo ello contado con la ironía suficiente para que nos haga pasar un buen rato.

Es una novela con un fondo muy feminista, nos muestra esa parte, que ahora está tan en boca de todos, del nivel de exigencia que tenemos las mujeres de nuestra generación, que muchas veces nosotras mismas no somos conscientes de ello, pero cuando nos ponemos a enumerar todo lo que tenemos a nuestras espaldas, nos damos cuenta de que es demasiado. Sobre todo si, además, como en el caso de la protagonista de nuestra historia, te tienes que comparar con ciertos estereotipos de perfección que todos los días se nos muestran a través

de las redes sociales.

Inés y Víctor saben de lo que escriben y esta historia no va a dejar indiferente a nadie. Yo solo espero que sea la primera de muchas.

Miryam Pintado,
creadora de Dolores Promesas y
fundadora de Gallery Room

PRIMERA PARTE: ÉRASE UNA VEZ, UNA NOCHE EN UN BAR...

Hay gente que bebe para ahogar sus penas. Cuando Mar tiró media copa encima del brazo a Hugo, lo primero que él pensó fue: «Vaya, esta mujer debe estar intentando sumergir el mismísimo Titanic».

La verdad es que ya se había fijado en ella antes. Le había llamado la atención la manera en que cogía la copa, casi como si quisiera romperla con la presión, o aún peor, como si estuviera buscando una víctima a la que estampársela en la cabeza. También le había parecido curiosa la manera de beber: ansiosa y desesperada. Además, era guapa, a su manera descuidada.

El *pub* estaba bastante lleno y todo el mundo iba en parejas o grupos; era necesario hablar bastante alto para que el que tenías al lado pudiera oírte. Se respiraba buen rollo, alegría etílica y diversión. En contraposición, allí estaba ella, en la barra, con la misma expresión que el pitufo gruñón, una mujer morena de pelo revuelto, pantalones vaqueros y zapatillas New Balance.

La vio, le llamó la atención y se olvidó de su existencia cuando uno de los compañeros de trabajo con los que había salido a tomar unas copas le dio conversación.

Luego, puede que media hora más tarde, Hugo se acercó a la barra a pedir una cerveza al mismo tiempo que Mar intentaba coger una postura más cómoda en el taburete sobre el que estaba sentada, con tan mal tino que resbaló y derramó la mitad de su copa sobre el brazo de Hugo.

—Ostras, lo siento —murmuró. Arrastraba una pizca las palabras y tenía los párpados un poco caídos. Hugo no supo decir si estaba mirando a través de él y observando algún espectáculo de luces y sombras situado más allá, en otra galaxia.

—No pasa nada.

—No pasa nada de nada —repitió ella al tiempo que volvía a sentarse y apoyaba un codo en la barra con gesto aburrido—. Pero que nada. De. Nada.

—Veo que te lo estás pasando de miedo, ¿eh?

La mujer levantó la vista y ahora sí pareció verle por primera vez.

—¿Esto? Esto es un descanso. De miedo es el resto de mi vida.

—Guau, eso es empezar una conversación por la puerta grande.

—¿Estamos empezando una conversación? —Levantó una ceja para dar a entender que ella no pensaba lo mismo.

—Bueno —dijo él—, creo que la definición de conversar es precisamente esta, si nos ponemos estrictos.

Mar echó un vistazo a su espalda, al resto del *pub*. Estaba decorado con colores chillones y adornos relacionados con la fotografía: carretes, negativos, focos y similares. Todo el mundo bailaba, reía y conversaba en ese barullo incomprensible de música y voces. Cuando ella había llegado apenas había una docena de personas y ahora el sitio estaba a rebosar.

—¿Puedo preguntarte por qué estás aquí sola?

—¿No eres un poco entrometido?

—O puede que me merezca alguna respuesta, ya que me has tirado eso por encima... ¿qué bebes? —Hugo se olisqueó el brazo tratando de adivinarlo—.

¿*Gin-tonic*?

—Premio para el caballero —murmuró ella mientras corroboraba el acierto con un movimiento afirmativo—. Arriba, abajo, al centro y *padentro*. —Siguió el recorrido que marcaban sus palabras con la copa y, al intentar beber, se golpeó los dientes y derramó un poco en sus pantalones. A ese paso, más de la mitad del *gin-tonic* iba a acabar fuera de su cuerpo—. Mierda, me he manchado.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No es evidente?

—Es evidente que estás bebiendo.

—Esto es un bar, no hacerlo sería más extraño.

—Hay dos formas de beber —aseguró él—. Como ellos... —Y señaló a un

grupo de adolescentes que hacían gestos mientras hablaban, uno de ellos parecía muy emocionado con la canción que estaba sonando y se movía simulando que tocaba una guitarra imaginaria—. O como estás haciéndolo tú. La pregunta es por qué.

—No quieres saberlo, te lo aseguro. Mi vida es un coñazo y te aburrirías enseguida. Estoy segura de que puedes encontrar a otra chica que vaya a darte mejor conversación y que esté más interesada en esto.

—¿Y quién me asegura que la vida de todas ellas no es también un coñazo?

—Nadie, pero, en mi caso, te aseguro que no quieres oír mis penas. ¿No has venido con nadie?

—Con unos compañeros de trabajo —admitió él, y se encogió de hombros como si no fuera relevante—. Se valen por sí mismos. Cada vez que me dices que no, tengo más curiosidad por escucharte. —Extendió la mano hacia ella—. Me llamo Hugo.

Ella le miró la mano como si fuera la de un alienígena.

—Yo soy Mar. —Y le estrechó la mano.

—Encantado, Mar. Entonces, ¿tenemos un trato? ¿Me vas a contar qué estás haciendo aquí?

Ella parpadeó, confusa, como si la simple idea de que alguien pudiera querer escuchar lo que ella tuviera que decir le resultara fuera de lugar.

—Tú sabrás cómo quieres perder el tiempo.

Hugo se frotó las manos con el entusiasmo de un niño que ve por primera vez una tarta de chucherías. Tenía una sonrisa bonita y parecía francamente interesado.

—Vamos. Estoy preparado.

Mar se lo pensó un momento. No había ido allí para hablar; de hecho, no estaba segura de que le apeteciera hacerlo. Sin embargo, como siempre ocurre en estos casos, sobre todo cuando al otro lado se encuentra un oyente predispuesto y voluntarioso, Mar abrió la boca y por ella surgió un torrente de palabras que ni siquiera sabía que llevaba dentro.

1. No me da la vida

No me da la vida.

Ya sé que hay mucha gente que dice lo mismo, qué le vamos a hacer. Nadie sabe lo que supone ser madre soltera hasta que tiene que serlo. Y yo, ahora que lo sufro a diario, estoy convencida de que alguien debería hacernos una estatua, dedicarnos una calle —Calle de las Madres Solteras— o yo que sé, canonizarnos en grupo. ¿Hoy que se celebra? El Día de las Madres Solteras. Lo que habría que ver es quién nos trae un regalo en nuestro día. Hay que pulir los flecos.

¿Tú sabes lo que es tener el reloj pegado al culo desde el momento en que te levantas y no tener margen de error ni de unos segundos? No, claro, tú qué vas a saber si tienes, ¿cuántos?, ¿veinte años?

¿Veintisiete? Guau, pues te conservas bastante bien. O yo estoy demasiado borracha, no estoy segura de cuál de las dos opciones elegir.

¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Llevo dos años sin conseguir salir de casa como Dios manda. El día que me da tiempo a lavarme la cara y quitarme las legañas, llevo un lamparón en la camisa o una salpicadura de café en la falda. Me enorgullezco de mí misma los días que consigo peinarme. La mayor parte de los días hago lo que puedo en forma de coleta. Ya no sé ni qué es maquillarse; de sentirme guapa, ni hablamos, no tengo recuerdo de la última vez que me vi bien, me conformo con estar presentable, y la mayoría de los días no consigo ni siquiera eso. Reconozco que me da un poco de miedo mirarme en el espejo, porque no sé lo que me voy a encontrar. Ha llegado un punto en que me visto por sorteo: yo meto la mano en el armario y lo primero que sale, que con suerte estará al menos doblado, porque de planchar tampoco

hablamos. Conjuntar es un verbo que me resulta tan ajeno como la mitología azteca.

¡Y yo adoraba los sérums y las cremas! Las tenía de todo tipo, para todas las partes del cuerpo, en todos los tamaños, formas y colores. Ahora siguen ahí, una colección de reliquias sin uso ni disfrute en la balda del baño.

Es que encima hay que aguantar lo que la gente te diga. A la gente le gusta opinar de todo, ¿sabes? Deberías levantarte más temprano. Pues no, mira, igual deberías tú callarte la boca y darle consejitos a tu madre, guapa. Lo he intentado, que conste. Lo de levantarme más temprano, digo. Pero muero un poco cada vez que suena el despertador, nunca tengo la sensación de haber descansado lo suficiente, y cuando he intentado madrugar un poco más acabo convirtiéndome en uno de los personajes de *The walking dead*. Pero no de los buenos, de los otros, de los que se comen a la gente. Porque va de eso la serie, ¿no?

Hace tanto tiempo que no veo una serie... Me encantaban. Santi y yo solíamos acurrucarnos en el sofá y ver uno o dos capítulos todas las noches. Era nuestro momento. Ahora, cuando la tele está encendida es para ver a *Bob Esponja* o alguna de esas series horribles que hacen para niños. Y las que ve mi hija son casi peores.

Tengo dos hijos, sí. Preciosos. Mira, deja que te enseñe una foto en el teléfono. Ella es Esther, tiene ocho años. Se parece a mí, con los ojos de su padre. A veces, cuando me mira siento como si fuera él quien estuviera juzgándome, bendita la gracia que me hace eso. ¿A que es guapa? Es la niña más guapa de su clase, y no lo digo porque sea su madre. Claro que, qué voy a decir yo. Objetivamente es guapa, eso es así. Cuando sea adolescente me va a traer por el camino de la amargura, y lo malo es que ahora los niños empiezan con todo bastante antes que nosotros. Bueno, que yo. Te saco diez años, tú tienes veintisiete y yo treinta y siete. ¿Eso significa que somos de generaciones distintas? ¿Llegaste a conocer los *walkman* y los *discman* ? Mejor no sigamos por ese camino, que me deprimó todavía más.

Este es Álvaro. Tiene cinco años, pero no dejes que te engañe esa carita de ángel y esos ojos de cachorrito suplicante, ahí donde le ves es un terremoto. Entiéndeme, es muy bueno y educado, pero parece que lleva pilas de las de aquel anuncio, el del conejo que seguía y seguía. Puede que seas demasiado joven para acordarte. Lo que le pasa a Álvaro es que tiene demasiada energía y sobredosis de ideas desafortunadas. Una vez se le ocurrió que sería más divertido saltar desde el tobogán hacia el lado contrario, mientras gritaba: «Mira, mami, vuelo como Superman». Casi me da un infarto, a él tuvieron que ponerle tres puntos en la ceja izquierda, y dimos gracias porque no se rompió una pierna. Otra vez pensó que sería buena idea lavar el coche con un estropajo. Con la parte verde del estropajo. Lo único bueno es que ahora la gente se aparta cuando voy conduciendo. Deben ver las rayas y pensar que voy rozándome con todo lo que pillo. El coche, digo.

Bueno, y que no se nos olvide el día que decidió jugar a los peluqueros mientras yo dormía una siesta en el sofá del salón. Me dejó un trasquilón que me obligó a cortarme el pelo por debajo de las orejas. Cuando me desperté, tenía un mechón de pelo en la mano y una sonrisa inmensa en los labios.

—¡Mira, mami, he aprendido a ser *cortapelos* y así no te gastarás tanto dinero en la *cortapeluquería* !

No sabía si matarle o comérmelo a besos. Por su expresión deducías que él estaba convencidísimo de que había hecho una buena acción con la que contribuía a la economía familiar. Supongo que la culpa es mía, que me quejaba cada vez que salía de la peluquería, es que es muy fuerte lo cara que es.

No me malinterpretes, adoro a mis hijos. Les quiero más que a nada en la vida, pero son como pequeños agujeros negros que absorben todo el tiempo libre que puedas tener. Voy siempre de aquí para allá, y a veces me siento como las bolas de un *pinball*. El demonio existe, déjame que te lo diga. Es el individuo que inventó el mundo de las extraescolares. Por si fuera poco con los horarios de salida de los colegios, que deben estar hechos para padres que

no trabajan, tienes que asegurarte de llegar siempre en hora, conseguir que se suban al coche sin olvidarse nada por el camino, correr para dejar a uno en fútbol y a la otra en guitarra, con el tiempo justo para deshacer el camino y recoger a Álvaro y de vuelta a por la niña. Y al día siguiente que si pintura y refuerzo de inglés. O en Kumon, que todavía no sé lo que es, pero todo el mundo dice que es supernecesario.

A veces miro atrás y me pregunto si nosotros hacíamos tantas cosas a la salida del colegio.

¿Quieres saber lo que es una mañana cualquiera para mí? Voy a contarte una cualquiera, una que tengo bastante reciente, de hace exactamente dos semanas, justo antes de que mi vida se desmoronara por completo como un castillo de naipes cuando sopla el viento.

Suena el despertador. Es probablemente el aparato más odioso del universo, pero ahí está, siempre en la mesilla de noche y dispuesto a arruinarte el sueño con su pitido apocalíptico. Tengo tanto sueño que no consigo despegar los párpados, y suelto un par de manotazos para acabar con él. A veces tengo suerte, pero la mayoría no, y acabo tirando algo: el marco con la foto en la que Esther y Álvaro salen sonriendo con la playa de fondo, el libro con el que estoy atascada desde hace más de un año porque en cuanto leo una frase me quedo dormida, la botella de agua...

Me levanto. A duras penas y sintiendo que ya va todo mal. Voy al baño y trato de asearme. A veces me da tiempo a echar un pis y lavarme la cara; la mayoría de los días, no. Rebusco en el armario algo que ponerme y te juro que cada día pienso que tengo que ordenarlo. Lo peor es que hace dos años presumía de tener un armario maravilloso, con todos los básicos, los colores de temporada, un montón de zapatos, para cada ocasión. Un armario coqueto y bien surtido. Me encanta la ropa.

¿A qué mujer no le gusta la ropa? Que me la señalen porque no me lo creo.

A esas alturas ya suelo ir fuera de horario. Despierto a los niños entre voces y tirones de sábanas. Ese es el inicio de la lucha diaria. Álvaro nunca quiere

levantarse y Esther es una experta en remolonear. Nunca faltan sus: «Un ratito más». Normalmente lo que hago es coger a Álvaro de los brazos y ponerle de pie hasta que no le queda otra que sostenerse por sí mismo. Con Esther ya no puedo, así que me limito a tirar de su pierna mientras ella me grita.

—¡Mamá!

—¡Levántate de una vez!

—¡Que tengo sueño!

—¡Yo también tengo sueño! —grita Álvaro.

—¡Y yo también quiero dormir! —aseguro yo, intentando imponer mi voz sobre las suyas—. Y un millón de euros, y vivir en una casita que dé a una playa paradisíaca, con un yate amarrado en el muelle.

—¡Solo un poco más, mamá!

—¡Todos los días la misma historia! ¡Tenéis que acostaros antes, no podemos despertarnos más tarde!

No importa cuántas veces les diga lo mismo. Yo no consigo que se acuesten antes y estoy convencida de que, aunque lograra engañarles para que se metieran en la cama antes de las diez, ellos seguirían despiertos hasta que dieran las once. Me apostaría un brazo.

—¡Pero mamá!

—Ni pero mamá ni pero mamá.

Cuando uno tiene hijos aprende que cualquier palabra del diccionario es susceptible de tener un género diferente con solo cambiar la a por la o, o viceversa. Es una ley universal.

—¡No es justo! —asegura Álvaro a voz en grito—. ¿Qué es más importante? ¿El cole o la familia?

¿Cómo se responde a eso? Y más a un niño como mi hijo, que se agarra a las cosas que él entiende como justas como si fuera una garrapata.

—Las dos cosas son importantes, cenutrio —le increpa Esther.

—No insultes a tu hermano.

—¿Qué es un cenutrio?

—Un cenutrio eres tú.

—¡Mamá! ¡Me está llamando una cosa muy fea!

—¡Esther, no insultes a tu hermano! ¡Y moveos que vamos a llegar tarde!

Otra vez. Puedo contar con los dedos de una sola mano los días que hemos llegado antes de que suene el timbre. Normalmente mis dos hijos son los últimos en entrar en sus clases. El colegio me ha llamado la atención ya tantas veces que se me han acabado las excusas y empiezo a repetirlas.

—Seguro que no sabes lo que significa cenutrio —asegura Álvaro a su hermana mientras le arrastro hacia la cocina. Raro es el día que no le doy una patada a un juguete olvidado en el pasillo o que no tropiezo con algún jersey que alguno de mis hijos ha dejado tirado por ahí. Lo de guardar las cosas en su sitio es una utopía. Pero ojo, esos son los días buenos. Luego están los que piso una pieza de Lego. Si algún día me encuentro una lámpara con genio dentro, le pediré que queme hasta los cimientos todas las fábricas de esas malditas cosas. Luego me tiro cojeando media mañana.

—Claro que lo sé. El que no lo sabes eres tú, que eres un cenutrio.

—¡Esther, vale ya!

—¡Mami! —Álvaro tira de mi brazo y me desestabiliza. Ahora todavía pesa poco, pero algún día hará eso y me pegaré un tortazo de padre y muy señor mío—. ¡Mami, dímelo tú! ¿Qué significa cenutrio?

—Como tonto —acabo cediendo.

—¡Yo no soy tonto! ¡Tú eres la tonta! —Ahí empieza el intento de darle una patada a su hermana, las risas de Esther mientras se zafa y el portazo cuando se encierra en el baño para lavarse.

Esa es la fase uno, la que yo denomino «el despertar». Luego llega la fase dos. No sabes lo que es el caos hasta que llega el momento del desayuno. Primero tienes que intentar que te contesten y te digan lo que quieren, sabiendo que cambiarán de idea cuando lo tengas medio preparado. O preferirán el zumo de manzana en lugar de naranja cuando ya lo hayas exprimido. O el Cola Cao frío en lugar de caliente. Preparar el desayuno a dos niños pequeños

mientras tú también tratas de comer algo debería ser considerado deporte olímpico.

—Pero, mamá... —Álvaro nunca se calla mientras le preparo el desayuno, ni siquiera con la tele encendida y sus dibujos favoritos en antena.

—Vístete, cariño.

—Mami, ¿por qué si son siete días hay cinco de cole y solo dos de fin de semana?

—No lo sé, cariño. —Pongo las rebanadas de pan en la tostadora, revuelvo el chocolate en la leche, parto fruta, caliento un café para mí—. Es así.

—No es justo. Deberían ser dos días de cole y cinco de vacaciones.

—Ojalá algún día llegues a presidente y pongas esa norma, cariño.

—¿La culpa es de los presidentes?

—Bueno, creo que esa en concreto, no. Vístete, anda.

—Yo no quiero ir al cole, es un rollo.

—El cole no es un rollo.

—Sí que lo es.

—Pero allí están tus amigos, cariño.

—Mejor los veo en el parque y jugamos.

Por supuesto, no solo no se ha vestido cuando llevo la bandeja a la mesa, sino que ni siquiera ha empezado a quitarse el pijama. Al final siempre me tengo que ocupar de hacerlo yo, primero desvestirle y luego ponerle el uniforme del cole, y eso suele provocar que me pase calentando el café y luego me queme la lengua. Da igual que lo sepa y que cada día me prometa a mí misma que estaré más pendiente del microondas. Todos los días la misma historia.

—¡No pueden ser dos días de cole y cinco sin cole! —asegura Esther mientras entra en la cocina. Al César lo que es del César, al menos ella se viste sola—. ¿Te das cuenta de que nadie te soportaría cinco días seguidos en casa?

—¡Mamá! ¡Mira lo que ha dicho!

—Esther, por favor...

—Además —interviene Álvaro, con su tono de: «mira que eres tonta»—, verano son muchos más días y sí me aguantas.

—Te hago creer que te agunto, pero en realidad, no.

—¡Mamá!

—¡Esther! ¡Que te portes bien con tu hermano!

—¿Otra vez la patrulla cansina? ¿No podemos ver otra cosa? —Todas las mañanas es la misma discusión; Álvaro quiere ver a los cachorros bombero, policía y demás, y Esther protesta porque quiere ver otra cosa—. ¡Se te han quemado las tostadas, mamá!

—Solo están chamuscadillas. Eso se come y no pasa nada.

—¡Qué asco! —grita Álvaro, que ni se habría dado cuenta si su hermana no hubiera dicho nada.

Y entonces llega, la puntilla, el momento en que el torero entra a matar. Y lo peor es que los niños no lo hacen con ninguna mala intención. Los muy malditos:

—¡Pues Ire las hace mejor! Ella no las quema.

—¿Ire? ¿Quién es Ire?

Mar hizo un gesto de asco con la boca, el mismo que pondría ante un plato de comida repugnante.

—Esto vas a tener que perdonármelo, claro. No te cortes en interrumpirme si ves que alguna vez salto de un tema a otro y te estás perdiendo. Mi exmarido siempre me decía que mis pensamientos son como la bola de un *pinball*, rebotando de un lado a otro a tanta velocidad que a veces cuesta seguirla con la mirada.

—No hace falta que lo jures.

—Tú quisiste exponerte a esto, querido. Ire es Doña Perfecta. No se me ocurre un ser más deleznable que ella. Me gusta cómo suena esa palabra, ¿a ti

no? Deleznable. Es como que te llena la boca y se esparce alrededor cuando la pronuncias.

—A mí me gusta «rimbombante». Por desgracia, no suelo tener ocasiones de meterla en una conversación.

—Doña Perfecta es la niñata estúpida con la que se junta ahora mi exmarido —continúa Mar como si él ni siquiera hubiera hablado. Cuando coge carrerilla le cuesta echar el freno, y si se trata de maldecir el nombre de esa arpía, mucho más—. Santi dice que es su pareja, pero sé que lo hace para tocarme las narices. Nunca estaría con alguien como esa repelente, estirada y tiquismiquis si no fuera para sacarme de mis casillas. Todavía me quiere, lo que pasa es que tenemos que arreglar una serie de cosas antes de volver a estar juntos. Estamos hechos el uno para el otro, siempre ha sido así.

Nos hicimos novios en el instituto. Es como una de esas películas románticas, una de esas historias que te emocionan y te llenan el estómago de maripositas. Siempre hemos sabido que pasaríamos el resto de nuestras vidas juntos. Estábamos todo el tiempo juntos. Hay mucha gente que piensa que eso es agobiante, pero nosotros, no. Adorábamos pasar las horas juntos. De hecho, nos fastidiaba tener que ir a clases distintas. Pasar un día sin vernos era un horror.

¿Quieres que te cuente algo precioso y ya me dices tú si es o no es de película romántica? Cuando estaba en cuarto de carrera me dieron una beca para estudiar dos meses en Irlanda. Mi padre me dijo que no podía desaprovechar esa oportunidad y solo le faltó encadenarme a la maleta y meterme él mismo en el avión. Lo habría hecho si llego a protestar, eso seguro, menudo era mi padre.

Bueno, pues Santi se presentó en el aeropuerto el día que me marchaba. Yo estaba llorando como una magdalena... ¿Qué demonios significa eso? Las magdalenas no lloran, por el amor de Dios. A veces decimos unas tonterías por costumbre que es para hacérselo mirar. Luego siempre viene un enteradillo a explicarte el motivo histórico y te dan ganas de partirle la cara.

—Tiene que ver con María Magdalena —apuntó Hugo.

Mar gira todo el cuerpo sobre el taburete para escrutarlo.

—Que tiene que... ¿Tú eres uno de esos enteradillos? Mierda, creía que se refería a las de comer. Así, la verdad es que tiene hasta lógica. Ahora me siento estúpida.

—No era mi intención.

—Da igual. Ahí estaba yo...

●***

Ahí estaba yo, envuelta en lágrimas y desesperada, y apareció Santi con una maleta y un billete en la mano.

—Que me voy contigo.

—¿Cómo? ¡No puedes dejar el curso! —Mi mente decía eso, me agobiaba que él pudiera echar a perder sus notas por mí, pero al mismo tiempo mi corazón estaba al borde del colapso de tan nerviosa que me puse con la simple idea de que él fuera a venir conmigo.

—Son dos meses. Me tocará estudiar de más y aprobaré. Sabes que siempre he sido un chico listo.

—Eres el chico más listo que conozco, pero no puedes hacer esto. ¿Qué han dicho tus padres?

—Se lo he dado hecho.

—¿Y no te han matado?

—Supongo que lo habrán deseado. Que me voy contigo, mi amor, que no me voy a pasar dos meses lejos de ti. Ni de broma, vaya.

¿Es romántico o no es romántico? Pues claro que lo es. Y se vino. Fueron dos meses de ensueño, te lo juro. Imagínate, allí estábamos solos, sin nadie que nos dijera qué podíamos hacer y qué no, nadie al que dar explicaciones. Éramos un equipo y fueron los dos mejores meses de mi vida. Ahí ya estaba segura, lo sabía con toda mi alma, que íbamos a ser felices para siempre, que no nos íbamos a separar nunca. Que nada podría separarnos.

En realidad, yo no lo dejé. Hace dos años, nunca se me olvidará ese día (por desgracia para mí) yo estaba enfrentándome a un Excel lleno de gastos e ingresos, muchos más gastos que ingresos, e intentando cuadrar las cuentas, cuando mi teléfono vibró sobre la mesa. Me había llegado un mensaje.

Decía, palabra por palabra: «Cariño, creo que tenemos que separarnos. No podemos seguir así».

No sé si estaba más confusa o más estupefacta. Recuerdo que pensé que tenía que ser una broma de mal gusto, Santi no me dejaría por un mensaje de teléfono. ¡Qué demonios, Santi no me dejaría! ¡Y punto! ¡Estábamos destinados a estar juntos, vivir felices y comer perdices! Dejé el móvil a un lado y traté de concentrarme en el Excel de nuevo. Durante los siguientes dos minutos, mi dedo se movió fila tras fila hacia abajo, pero mi cerebro no logró comprender ninguna cifra, como si en lugar de números fueran caracteres cirílicos.

Luego cogí el teléfono y tecleé, con furia: «¿Qué coño dices?».

Él debía estar en línea, porque contestó casi al momento: «Piénsalo bien y verás que tengo razón».

Sigo sin saber qué es lo que se supone que tenía que pensar yo. Contesté: «Espero que no estés intentando romper un matrimonio con un mensaje de texto. Si esta es una de tus bromas, no tiene ni puñetera gracia».

No volvió a responder, pero yo ya no fui capaz de seguir mirando números en el ordenador. Esa tarde Santi llegó cuando los niños estaban terminando de cenar. No se acercó a darme un beso ni yo hice amago de dárselo a él. Saludó a los niños como si no pasara nada y, por un breve instante, albergué la esperanza de que todo hubiera sido una broma estúpida. Puede que suene tonto, pero incluso llegué a desear que hubiera una explicación razonable, como que él hubiera estado manteniendo una aventura, y al intentar romper con su amante, se hubiera equivocado y me hubiera mandado a mí el mensaje. Claro que no sé cómo habría reaccionado en ese caso.

Los niños terminaron de cenar y les llevé a la habitación para que se

acostaran. Esa es otra guerra diaria que no viene al caso. Cuando regresé al salón, Santi estaba sentado en el sillón, cabizbajo, muy serio, como si hubiera visto un cadáver.

—¿Era una broma? —pregunté. Deseaba que respondiera que sí.

—Mar...

—¿No era una broma?

—No es algo que se me haya ocurrido así porque sí, Mar.

—Ah, pues entonces fenomenal —respondí, imprimiendo a mi voz toda la ironía que fui capaz de proyectar a pesar de tener un nudo en el estómago y de estar aguantándome las ganas de llorar. Sabía que en cuanto empezara me resultaría imposible parar—. Si no se te ha ocurrido así como así, entonces fenomenal.

—Mar, piénsalo bien y me darás la razón.

—No tengo nada que pensar y no voy a darte la razón. ¿Has conocido a otra?

—¿Qué? No, sabes que no haría algo así.

—Bueno, ahora mismo no estoy segura de conocerte realmente. Hace veinticuatro horas estaba segura de que nunca harías algo así.

—Mar, no hagamos de esto un drama...

—¿Entonces qué hacemos? ¿Lo convertimos en una comedia romántica?

—No podemos seguir así...

—¿Así cómo? ¿De verdad ibas a dejarme después de todos estos años con un mensaje de móvil? ¿Y tus hijos? ¿Has pensado cómo va a afectarles esto a ellos?

—Hoy en día el noventa por ciento de los niños tiene padres divorciados —aseguró. Así, según un informe de la Universidad de Sus Santos Cojones—. Pienso estar muy presente en sus vidas, tampoco es que vaya a desaparecer del mundo.

—¿Pero tú te estás oyendo?

Llegué hasta ahí. Las lágrimas rompieron la barrera de voluntad que les había impuesto y, en cuanto empezaron a empañar mis ojos, se desbordaron como si

hubiera abierto el grifo. Creo que le insulté y llegué a pegarle algún tortazo. En realidad, estoy bastante segura de que le pegué un tortazo.

Tuvo que esperar a que me calmara para poder explicarme las cosas. ¿Quieres saber lo que pasó? Lo que pasó fue la vida. Yo entiendo lo que él quería decir, estábamos empezando a descuidarnos. El trabajo, las mil cosas que hay siempre por hacer, los niños. Santi tenía razón aquel día. Hay momentos en que le mataría, pero estoy segura de que esto es para mejor. Nos hará más fuertes. Tenemos que arreglar unas cosillas y punto, volveremos a estar juntos y volveremos a comportarnos como dos adolescentes enamorados.

Antes de que digas lo que estás pensando, hazme caso, Doña Perfecta no ha venido para quedarse. Lo sé porque veo la manera en que Santi me mira cuando viene a traerme a los niños los domingos que le toca estar con ellos. Lo sé por la manera en que me habla y por el tono de los mensajes que me escribe. No es que me escriba mucho, pero ahí está, y es inconfundible. Siempre hemos tenido química y eso no desaparece de la noche a la mañana.

Ella no se ha ganado un lugar en el corazón de Santi, solo tiene un acuerdo temporal como también lo tuvieron las dos mujeres con las que él tonteó antes que con ella. Bien, es cierto que a aquellas no llegó a presentárselas nunca a Esther y a Álvaro, pero sé lo que digo. Vale que no vi venir nuestra separación, pero hay una cosa cierta: conozco a Santi y sé perfectamente que él también quiere que arreglemos lo nuestro. Esto es una pausa, y será todo lo larga que necesitemos que sea antes de que nuestra relación renazca como el ave fénix.

Ahora bien, admito que he estado un poco superada por la vida desde que se fue de casa y que no he hecho los deberes. Cuando hace seis meses me dijo que se había echado una novia, supe de inmediato que lo hacía para darme un empujón. Lo noté cuando apoyó su mano en mi antebrazo y me miró a los ojos.

—Te prometo que no va a influir en la relación con los niños.

Era la primera vez que me hablaba de su vida amorosa desde que lo dejamos. Nunca me habló de las otras dos mujeres con las que salió durante unas

semanas, pero yo siempre he tenido mis métodos para enterarme. Que no salga de aquí, pero Santi no ha cambiado sus contraseñas de Facebook y del correo electrónico, no debe ni recordar que me las dio hace tiempo. Me siento un poco *stalker* cuando espío su actividad, a veces no consigo controlar la necesidad de hacerlo. Prometo que solo han sido unas pocas veces. Dos o tres.

Bueno, de acuerdo, no es verdad. Me meto en sus redes al menos una vez a la semana.

—¿Qué no va a influir en la relación con los niños? —Vale, admito que aquel día me puse hecha un basilisco. Santi siempre ha sabido empujarme hasta el límite y sacarme de mis casillas. Era lo que buscaba con esto y lo consiguió el mismísimo primer día—. ¡Claro que no va a influir con los niños! ¡Es que no va ni a olerlos!

—Bueno, si va a vivir conmigo, entonces sí que les olerá, Mar.

—¿A vivir contigo? ¿Qué quieres decir con que va a vivir contigo? ¿De qué estás hablando? ¿Vas a irte a vivir con una perfecta desconocida?

—No es una desconocida, Mar. Es mi nueva pareja y tienes que aceptarlo.

Esa fue otra pista bastante clara. Dijo *mi pareja*, tal y como lo has oído. Santi siempre se refirió a mí como su *novia*. Siempre decía que le encantaba esa palabra y que el resto le parecían anticuadas o demasiado serias. «Tú siempre serás mi novia», me decía. «Diga lo que diga el papel que hemos firmado».

Pero cuando habló de Doña Perfecta dijo *pareja*. Santi nunca había utilizado ese término, salvo para jugar al póker.

—¿Aceptarlo? ¡Y una mierda voy a aceptarlo! —Vale, admito que tampoco pillé eso a la primera. En ese momento no estaba yo para pensar, bastante tenía con escupir fuego por la boca—. ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con esa zorra?

—Mar, por favor...

—¡Ni por favor ni por favar! —Absolutamente todo tiene doble género. El problema es que empiezas a utilizar ese doble género con niños y adultos indistintamente.

—Mar, cálmate y hablaremos todo el tiempo que quieras.

Ahí lo tienes, otra pista. Eso es lo que quiere Santi, que me calme y poder volver a hablar conmigo como hablábamos cuando estábamos empezando a salir. Podíamos pasarnos horas charlando de cualquier cosa. Recuerdo que, en una de nuestras primeras citas, nos tiramos toda una tarde hablando de la Segunda Guerra Mundial. Ya ves tú qué tema tan romántico, pero ahí estuvimos, que si los nazis esto, que si los nazis aquello. O aquella otra vez que debatimos toda una tarde sobre cuál sería nuestra ruta de escape en caso de que hubiera un apocalipsis. Yo opinaba que teníamos que buscar refugio cerca de la costa, o incluso encontrar un barco pequeño y fondear de cala en cala; él decía que no hay mejor fortaleza que la que ha perdurado en el tiempo, y que sería mejor establecernos en alguno de los castillos medievales que aún siguen en pie desde la Edad Media.

También hablábamos de cosas serias, oye, de toda clase de cosas. Me gustaría decir que se equivoca, pero Santi tiene razón, perdimos esa capacidad de hablar de cualquier cosa. Entre los niños, el trabajo, el estrés diario... Es algo normal, les sucede a muchas parejas, y nos sucedió a nosotros. La parte buena es que nosotros ponemos de nuestra parte para arreglarlo.

Santi tiene razón en otra cosa. Soy demasiado impulsiva y tengo que aprender a controlar mis estallidos. No podemos volver a estar juntos si a la mínima que me dice yo me enciendo como la mecha de un explosivo. Para mi gusto, lo de buscarse un ligue serio e irse a vivir con ella ha sido un poco excesivo, pero Santi es así. Pone a prueba mis límites. No va a volver conmigo hasta que corrija eso, y yo no he estado haciendo los deberes.

—¿Los niños la conocen ya?

—No, aún no. Pero me gustaría que la conocieran el próximo fin...

—¡Sobre mi cadáver! ¿Me oyes? ¡Vas a tener que arrancarme el corazón y empujarme a un lado para sacarles de casa si tu plan es llevarlos a que conozcan a una cualquiera! ¿Me oyes?

Un poquito impulsiva sí que soy.

A veces pongo de mi parte, que conste. Esa semana me la pasé enterita desahogándome con Elena. Otra que tal baila. No sé qué hago, pero me caen todas las desgracias a mí. Luego te cuento eso, que tiene tela también. Por el momento, quédate con la idea de que era mi amiga. En pasado, pero como de lo que estamos hablando ahora es del pasado, en ese momento aún la consideraba mi amiga y le di la tabarra a todas horas, tenía demasiada bilis que soltar. Si es cierto eso de que a la gente le pitan los oídos cuando hablas mal de ellos, Doña Perfecta tuvo que estar jodida de verdad esa semana, las debió pasar putas. Nos metimos en su Instagram, en su Facebook y en su Twitter, y cuanto más veía de ella, cuanto más conocía a su *yo* virtual, más asco me daba. Pero oye, qué buenas son las redes sociales cuando una quiere cotillear y criticar sin que la escuchen.

Pero ¿qué hice cuando llegó el siguiente viernes? Sonreí como una estúpida para demostrarle que soy capaz de cambiar. Le di dos besos a los niños y me despedí de Santi diciéndole que pasara un buen fin de semana con su nueva pareja.

Ahí lo clavé. Estuve fina. Dije *pareja*, como él. Un guiño, para que supiera que estoy al tanto del juego y que estaba dispuesta a luchar por nosotros. Luego, un par de semanas después, se le ocurrió decirme que los niños habían congeniado muy bien con ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que se han caído bien. Mar, no estoy intentando empezar una discusión, ¿vale? Solo te informo para que sepas que nuestros hijos no han reaccionado mal, solo eso.

—¿No han reaccionado mal? Estoy bastante segura de que no les hace la menor gracia que su padre haya empezado a vivir con una cualquiera.

—Mar, por favor, yo no te estoy faltando al respeto. Además, estoy bastante seguro de que te caería bien si le dieras una oportunidad.

—¿Que me caería bien? ¿Tú eres tonto o es que te drogas?

—Vale, no tengo ni tiempo ni ganas para esto. Hablamos cuando te calmes,

¿de acuerdo?

Mira que me dije que tenía que mantener la calma, pero es que a veces la pólvora arde y no hay manera de apagarla. Se me escapó un poco la furia y Santi me demostró con ello que todavía no estoy preparada para asumir que ya no estamos juntos. Pero ojo, que capté la señal que me había mandado. Entendí cuál era la siguiente prueba que quería que superase, lo había dicho bastante claro. Quería que yo también conociera a su estúpida pareja. No lo pillé al instante, de hecho, ese día seguí gritándole hasta que se metió en el coche y se marchó de allí meneando la cabeza. Luego, el lunes o el martes, caí en la cuenta y le llamé.

—¿Qué quieres, Mar? Si vas a ponerte a gritar, estoy a punto de entrar en una reunión...

—Puedes venir con ella el próximo viernes a por los niños.

Santi se quedó en silencio. Como para no. Aquello debió dejarle ojiplático y absolutamente alucinado.

—¿Estás segura?

—Has dicho que debería conocerla, ¿no?

—Bueno, dije que estoy seguro de que te caería bien si la conocieras. No pretendía que...

—Si va a estar con mis hijos, quiero ponerle cara y ver qué tipo de persona es —dije eso y enseguida me sentí orgullosa de mí misma. Buen punto, Mar, eso es jugar con inteligencia.

Elena me había dicho esa misma mañana que no creía que Santi fuera a volver conmigo. Está rehaciendo su vida, me dijo. Ella no le conoce como yo. Es un poco enrevesado, tampoco espero que tú lo comprendas, o que nadie más lo haga. Sé lo que Santi quiere, hemos estado juntos durante dieciocho años, casados la mitad de ellos, y tenemos dos hijos en común. Hay lazos que no pueden comprender aquellos que no los tienen.

Aquel viernes estaba nerviosa. Intenté mentalizarme para lo que iba a pasar, para esculpir una sonrisa en mis labios y mantenerme férrea. Quería dar buena

impresión, no solo para demostrarle a Santi que puedo estar entera incluso en la adversidad, también quería demostrármelo a mí misma. Si de paso podía pasarle por la cara a esa fulana que yo estaba ahí para quedarme, pues mucho mejor.

Pero, por encima de todo, me prometí a mí misma desde el primer día, que mis hijos nunca sufrirían por mi culpa. Ante ellos, nunca despotico de su padre, y no tenía intención de dejar que me vieran molesta delante de su nueva pareja. Por encima de mi cadáver. Estaba jugando en casa y ahí yo era la heroína.

Juro que intenté causar una buena impresión, pero te reto a que parezcas alguien respetable después de brear con el despertar de dos pequeños salvajes, con sus desayunos, con salir de casa a deshora para llegar tarde al colegio, llegar tarde al trabajo, llegar tarde a todos los sitios posibles. Cuando se hizo la hora, me di cuenta de que no me había dado tiempo siquiera a adecentarme un poco. Llegaba tarde también a eso. Lo mío no era una imagen, era un cuadro.

En el peor de los sentidos posibles.

Así que ahí estaba yo, con el pelo recogido en un moño del que sobresalían mechones en todas direcciones, la cara al natural, *#NoMakeUp #Nofilter* que dirían en Instagram, las ojeras tan marcadas como uno de los personajes del *Thriller* de Michael Jackson, la camisa mal abotonada y con una mancha de grasa en una manga, las uñas tan desconchadas que hacía ya varios días que pedían a gritos una buena manicura, los pantalones arrugados y las zapatillas de deporte más gastadas de todo mi fondo de armario.

Santi aparcó el coche delante de la puerta de casa y yo le pegué un grito a los niños para que bajaran mientras me miraba en el espejo del vestíbulo y maldecía a todos mis antepasados por haber permitido que llegara hasta ese momento sin lograr adecentarme un poco. Abrí la puerta de casa y esbocé la Reina de las Sonrisas. Era la única arma que me quedaba. De oreja a oreja, los dientes bien a la vista y toda la amabilidad del mundo en mi gesto.

Santi rodeó el coche para abrirle la puerta a su nueva pareja. Juro que eso lo hizo para tocarme las narices, es la única explicación. A mí nunca me abrió la puerta del coche, ni hizo amago de pretender hacerlo. Ese día, sin embargo, rodeó el coche y, justo antes de abrir la puerta de la copiloto, me dedicó una mirada risueña, como si todo aquello le pareciera sumamente divertido. Claro, no te fastidia. Me mordí la lengua y puse toda mi fuerza de voluntad en mantener la sonrisa, aunque lo que realmente me habría hecho feliz en ese momento habría sido saltar sobre él y arrancarle la yugular de un mordisco.

La puerta se abrió y ella salió. Visualízalo si puedes, fue como una de esas escenas de película donde la actriz principal aparece en escena, el viento le agita el pelo y parece tener un aura brillante alrededor. Hasta a mí, que estaba segura de que me resistiría a reconocerle algún mérito y tenía bien afiladas las uñas para señalar hasta el más mínimo fallo que le encontrara, me pareció espectacular. Que sí, que ya la había visto en internet, que ya sabía que era guapa, aunque admito que me había hecho a la idea, y no me preguntes por qué, de que usaba las redes como una especie de escaparate, que aquello no era más que una imagen distorsionada de la realidad, donde esa chica se lucía con el afán de protagonismo de los jóvenes digitales.

Pero es que la chica era, y es, sigue siéndolo para mi tortura, preciosa. Una cara bonita, ojos grandes y azulados, pelo rubio en perfectos tirabuzones que caían sobre sus hombros, piel brillante y sedosa, maquillaje tan perfecto que irradiaba naturalidad, un vestido espectacular de Dolores Promesas que dejaba a la vista unas piernas interminables y enmarcaba su perfecta silueta de chica *fitness* al tiempo que resaltaba sus pechos (que eran al menos dos tallas más grandes que los míos, que siempre he sido un poco tabla de planchar), y unos Jimmy Choo que yo no podría pagar ni a plazos y que despertaron mi envidia más voraz y odiosa.

Por más que intenté encontrarle un defecto, y puedes estar seguro de que lo intenté con todas mis ganas, era simplemente perfecta.

—Mar, esta es Irene —me dijo Santi cuando ambos llegaron hasta mí. Para

entonces la sonrisa que tanto me había costado componer había desaparecido de mi cara y había sido sustituida por una boca abierta por el asombro y la expresión de un niño ante la aparición del único e inigualable Batman—. Irene, ella es mi exmujer, Mar.

—Encantada —dijo ella.

¡Oh!, habría pagado por poder decir que tenía voz de pito, que tartamudeaba, que cuando hablaba parecía un camionero de resaca, cualquier cosa. Pero no, claro, hasta su maldita voz era perfecta.

Extendió su mano, de manicura impecable y laca de uñas color lavanda aplicada a la perfección. Me costó reaccionar y estrechársela. Entonces, Doña Perfecta hizo algo que no vi venir: se inclinó hacia mí y me dio dos besos en las mejillas. Dios mío, su piel era suave y olía a melocotón. Resultaba tan agradable que me dieron ganas de vomitar.

Mi cara de estupefacción debió ser de órdago. Doy gracias porque nadie me hiciera una fotografía en ese momento. Qué ridículo más espantoso.

—Lo... lo digo mismo —logré pronunciar. Sacudí la cabeza, aturdida—. Lo mismo digo —rectifiqué.

—¿Ya están listos los niños? —preguntó Santi. A él se le notaba incómodo, como si prefiriera estar en cualquier otro lugar del universo. En Saturno, mismamente. Tuve ganas de pedirle que se tranquilizara y asegurarle que me iba a portar bien. Lo que habría dado por tener la entereza de guiñarle un ojo. Igual es lo que él estaba esperando, no lo sé.

Como si esa fuera su señal para entrar en escena, Esther y Álvaro aparecieron a la carrera y se lanzaron a los brazos de su padre y de, sí, Doña Perfecta. Como si la conocieran de toda la vida. Como si la hubieran echado muchísimo de menos. Como si estuvieran escapando de la casa de la bruja mala y llegando a los brazos de sus salvadores.

Mentiría si dijera que no me corroía la envidia.

Te he dicho que desde el principio me propuse no permitir que a los niños les salpicara algo de la mierda que los adultos a veces arrastramos con nosotros.

En aquel momento tuve que hacer un esfuerzo monumental para no liarme a gritos y a dar zarpazos a diestro y siniestro. Me habría encantado cruzarle la cara a la rubia perfecta que Santi llevaba colgada del brazo.

Como si no fuera suficiente con la humillación de ver a un ángel celestial recién salido del paraíso frente a... lo que fuera yo, Álvaro se giró hacia mí y me dio la estocada final. Es un experto en llegar a eso:

—¡Mami, mami! ¿Has visto a Ire? ¿A que es guapísima?

No sé qué me dolió más. Si el hecho de que la llamara Ire, como si para él Doña Perfecta ya fuera un miembro más de la familia, si el tono cariñoso de su voz, o si su pregunta sobre su belleza. Podría haberlo rematado con un: «No como tú», pero al menos tuvo la decencia de no decir nada más.

Eso sí, me obligó a responder.

—Muy guapa —dije. Intenté recomponer mi sonrisa más amable, aunque estoy bastante segura de que el resultado fue más parecido al Joker que a lo que yo pretendía.

—Gracias —respondió Doña Perfecta. La muy bastarda tuvo la indecencia de sonrojarse mientras me agradecía el piropo que yo ni siquiera había querido decir—. Tú también eres muy guapa.

Lo que me faltaba. No supe decidir a tiempo si lo decía en serio o si estaba intentando burlarse de mí. Lo más seguro es que solo estuviera siendo políticamente correcta, pero, uf, me dieron ganas de coger una sogá y ahorcarla allí mismo.

—Bueno, nos vamos. —Santi levantó a Álvaro en brazos y le hizo un gesto a su pequeña muñeca para regresar al coche—. Te los traigo mañana a la hora de la cena.

—No —logré decir de alguna manera—. Tiene que ser antes, para que se duchen.

—Lo intentaremos.

Le habría gritado que no valía con intentarlo, que lo hiciera y punto; lo habría gritado con ganas. Sin embargo, moví la mano para despedirme de los niños y,

cuando Doña Perfecta me miró antes de entrar en el coche, también la moví para despedirme de ella. ¿Se puede ser más patética?

El coche se alejó y me dejó allí sola, de pie, delante de la puerta con mis pintas estrafalarias y la mano aún levantada en gesto de despedida; me giré y regresé a casa, cerré la puerta detrás de mí, llené de aire mis pulmones y grité como una posesa.

Vale, lo admito, también le di un par de patadas al sillón. Y puñetazos a los cojines. Y tiré un vaso al suelo solo por el placer de verlo estallar en pedazos. Y puede que también rompiera un par de platos. Y que lanzara la tabla de cortar contra la pared.

Mientras lo hacía, visualizaba su cara perfecta, su sonrisa perfecta y sus ojos perfectos.

En mi mente, la destruía por completo.

2. Doña Perfecta

—Seguro que piensas que exagero cuando digo esto: Doña Perfecta existe para amargarme la vida.

—Me encantaría decirte que no, solo que estaría mintiendo. —Hugo aprovecha que el camarero está cerca y le pide otra cerveza con un gesto—. Suenan un poco exagerado.

—A ti te suena exagerado —recalca Mar—, porque todavía no conoces toda la historia. Entenderé si en algún momento decides volver con tus compañeros de trabajo. Desde luego que parece un plan mucho mejor que sentarse aquí a escuchar mis lamentos.

—¿Y quedarme sin saber el resto de la historia? —Esbozó una sonrisa que le dibujó dos pequeños hoyuelos en las mejillas—. Ni hablar.

—¿No? Bueno, tú sabrás cómo quieres perder el tiempo.

Fue esa misma semana, dos o tres días después de conocerla. Elena y yo estábamos en el despacho buscando jurisprudencia para defender a un idiota que pensaba que podía defraudar a su jefe imitando su firma en unos pagarés. Teníamos un pequeño resquicio al que agarrarnos, aunque, si te digo la verdad, las dos estábamos bastante convencidas de que no teníamos nada que hacer y que el idiota en cuestión iba a acabar con su precioso culo en una celda de dos por dos. Hasta el perito calígrafo al que había intentado contratar nuestro cliente nos había dicho que no había forma de realizar un informe defensivo.

La tele estaba encendida sin volumen y dio la casualidad de que levanté la vista en el momento en que empezaba un anuncio de Yves Saint Laurent. Seguro

que lo has visto mil veces, es ese que empieza con unas sábanas blancas ondeando al viento, la sombra de una mujer deslizándose entre ellas y, casi al final, una chica preciosa que emerge hacia la cámara con una mirada lasciva y provocativa. ¿Lo recuerdas?

Bueno, pues esa es Doña Perfecta.

—¡Ay, joder! —grité.

Elena se sobresaltó, y no era para menos por el berrido que solté.

—¿Qué pasa?

—¿La has visto? ¿A la chica rubia?

—¿La del anuncio?

—¡Sí! ¿La has visto?

—Sí, sí, la he visto. ¿Qué pasa? ¿Por qué has gritado así? Casi me da un ataque.

—¡Es ella! —grité. No sé si estaba aterrorizada, asombrada o estupefacta—. ¡Ella!

—¿Ella quién?

—¡Doña Perfecta!

Elena parpadeó, confusa.

—¡La nueva novia de Santi! —insistí.

Se quedó mirando la pantalla, aunque el anuncio ya había terminado y ahora ponían uno de cerveza.

—¿Esa es la nueva novia de Santi? —Elena me miró con los ojos muy abiertos—. ¿La que estuvimos viendo en Instagram?

—¡Sí! ¿La has visto? ¿Con esa mirada de... de... de...? ¡Agh! —Si es que la maldita no tenía cara de nada negativo.

—Ahora entiendo de que me sonaba. Aquel día no lograba ubicarla, pero tenía la sensación de haberla visto antes... es muy guapa. —Elena vio que se me cambiaba la expresión y levantó las dos manos en son de paz—. Oye, las cosas como son, guapa es. Que eso no quita que sea una estirada.

—Lo es. Estirada como si fuera una princesa —gruñí, intentando imprimir a

mis palabras un tono burlón y despectivo—. Como si fuera de pitimíní.

—Pero ¿cuántos años tiene? ¿Es legal que esté con Santi?

—Creo que tiene veintiocho o veintinueve.

—Madre mía, muy bien llevados.

—Elena...

—¿Qué? Es la verdad. Santi se la ha buscado de primera categoría.

—Ya tenía una mujer de primera categoría. Ahora solo la ha cambiado por...

—Agh, de verdad que odiaba que Doña Perfecta no tuviera ningún defecto al que poder aferrarme—. ¡Por esa! —completé. Bastante triste, lo sé.

—Cariño, sabes que te quiero, pero nosotras, de primera categoría solo tenemos los sueños. Con suerte llegamos al notable, cariño.

—¿Pero tú la has visto bien? Es imposible que tenga ese cuerpazo de forma natural. ¿Se alimenta solo de ensaladas? Esa ha visto más quirófano que yo salas de juzgado.

—¿No pasarías tú por quirófano a quitarte celulitis si pudieras?

—Esa no es la cuestión.

—Además, ahora que la sitúo y que he visto el anuncio, estoy bastante segura de que es modelo.

—Hombre, parece bastante evidente que es modelo, si hace anuncios de perfumes en la tele, ¿no crees?

Elena parecía más interesada en alabar a Doña Perfecta y su perfecto cutis que en levantar mi ánimo, y eso me estaba tocando las narices, así que me inventé una excusa barata y me largué a casa. Esa misma noche, mientras les servía la cena a los niños, hice gala de mi mejor sonrisa y comenté, como si no fuera nada del otro mundo, que había visto a la nueva *pareja* de papá —me negaba a decir su nombre, era una cuestión de principios, como si por llamarla por su nombre fuera a convertir en real al monstruo de pesadilla de un cuento — en un anuncio de la tele.

—¿El de la colonia, mami? —preguntó Álvaro, ilusionado.

—Sí, era uno de colonia, creo.

«Creo», dije. De verdad, a veces me sorprendo con mi capacidad para disimular delante de los niños, como si no estuviera demasiado segura. Aunque la verdad era que lo había buscado en YouTube y lo había visto cuatro o cinco veces más, deleitándome con su imagen evocadora y sensual, alimentando mi odio y mi envidia.

—¿A que sale muy guapa? —preguntó entonces Esther, con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca.

—Ajá. —Ni muerta pensaba volver a admitir su belleza.

—Papá dice que parece una diosa de un cuadro cuando aparece entre las sábanas —aseguró Álvaro.

—Una diosa —repetí, tragándome la bilis. Lo peor era que a mí también se me había ocurrido aquello. Una prueba más de la conexión entre Santi y yo.

—Ire nos ha dicho que va a intentar que nos dejen ir a la próxima grabación que tenga —aseguró Esther con ese tono que utiliza cuando quiere demostrar que ya es una chica mayor y que puede hacer cosas de mayores.

—¿La próxima grabación?

—Sí, el próximo anuncio.

—¿Graba muchos anuncios?

—Un montón. También sale en las revistas de moda, ¿sabes?

—Papá ha colgado en el salón una foto de ella en la playa así de grande. — Álvaro separó las manos todo lo que le daban los brazos.

—¡Calla, idiota! —le increpó su hermana, que ya se había dado cuenta de me estaba cambiando la cara.

—No pasa nada —aseguré—. Podéis contarme cualquier cosa, Esther.

—Ya lo sé, mami, pero no quiero que te pongas triste.

—¿Triste yo? —Volví a dibujar la sonrisa de comercial—. Nunca. Yo os tengo a vosotros dos y con eso soy la mujer más feliz del mundo. —Casi conseguí creérmelo mientras lo decía.

—Los guisantes están salados, mami —protestó Álvaro. Los guisantes estaban bien, pero él siempre intenta esquivarlos con alguna treta. No sé qué

tienen los guisantes, pero los odia. Puedes darle espinacas, coliflor e incluso coles de Bruselas, y no habrá ningún problema. Ponle guisantes en el plato y será como si estuvieras intentando matarle.

—No están salados, cómetelos, cariño.

—Están salados y son un asco. Míralos, son mocos pequeños y redondos.

—Mocos de alienígena —le dijo su hermana, asintiendo con gravedad.

—¡Qué asco!

—Cómetelos, cariño. ¿Y decís que papá ha puesto un cuadro de Doñ... de ella en el salón?

—Es de un reportaje que le hicieron para anunciar bikinis —contestó Esther. Por la manera en que me miraba, estoy segura de que intentaba descifrar mi expresión. Es una chica muy lista. Cuando sea adolescente me va a traer por el camino de la amargura, creo que ya te lo había dicho antes.

—Bikinis —repetí. Solo de imaginarme a Doña Perfecta en bikini se me revolvía el estómago. Debía ser una visión celestial, de esas que hacen que los hombres tengan impulsos en su zona intermedia y las mujeres hagan chirriar los dientes de envidia suprema.

—Sí.

—¿Entonces es modelo?

Esther asintió, muy despacio.

—Fue Miss España.

¿Conoces esa sensación de colocar todas las piezas de un puzle y saber que acabas de completar una ardua tarea? Pues eso mismo me pasó en ese instante. De repente, comprendí por qué no dejaba de pensar que me sonaba su cara, igual que le había pasado a Elena en el despacho. Doña Perfecta había sido elegida la mujer más guapa del país hacía unos años. Había lucido su palmito delante del jurado y había contestado a las preguntas que le hicieron con voz relajada y perfecta dicción. No sé cómo funciona ese certamen, pero estoy bastante segura de que la eligieron por unanimidad.

Qué demonios, si hubiera dependido de mí, yo también habría votado por

ella.

Está claro: si el objetivo de Santi era torturarme y provocar en mí emociones negativas, no podría haber escogido una pareja mejor. Te lo he dicho antes, Doña Perfecta existe para amargarme la vida. A partir de ese día, parecía que la televisión estaba sincronizada para tocarme las narices. Creo que lo llaman percepción selectiva, cuando, de repente, tu cerebro presta atención al mismo estímulo una y otra vez; puede que siempre haya estado ahí y no te haya calado, pero es saber de su existencia, o no querer saber de su existencia, y entonces aparece por todas partes.

Era apretar el botón de encendido y lo primero que saltaba era el dichoso anuncio de perfume. O el de la marca de zapatillas Vans donde una preciosa rubia monta en bici primero, luego salta en paracaídas, disfruta con unos amigos en un parque y al final se aleja de cámara mientras da un salto cargado de felicidad. Supongo que te haces una idea de quién es la preciosa rubia.

—¡Mira, mamá! —Esther se había dado cuenta de que era mejor reducir a la mínima expresión los comentarios sobre la nueva novia de su padre; pero Álvaro estaba empeñado en hacerme partícipe de su felicidad. Es un niño de cinco años, es comprensible que se alegre cuando alguien al que conoce aparece en la pantalla. A mí se me revolvía el estómago al verla, pero sonreía y le agitaba el pelo a mi hijo mientras me hervía la sangre por dentro al ver su expresión de fascinación y felicidad.

Esther tenía razón en otra cosa, además. La dichosa niña estaba de moda. Al perfume y las Vans le siguió la campaña de Navidad de El Corte Inglés, otra más de Cruzcampo y alguna otra que he intentado borrar de mi mente. Por supuesto, súmale a eso las apariciones en revistas, reportajes en portada, una inmensa lona que cubría todo el lateral de El Corte Inglés de Princesa e infinitos carteles en marquesinas de autobús y postes de anuncio. Mirase a donde mirase, allí estaba ella; siempre sonriente, siempre guapísima, siempre perfecta.

El colmo definitivo llegó un día de enero. Ya llegábamos tarde, como

siempre, así que más que abrir la puerta la empujé con el hombro mientras tiraba de mi maletín y de las mochilas de los niños. Esther y Álvaro iban detrás de mí, metiéndose el uno con el otro porque el pequeño quería llevar unos muñecos de Lego para jugar en el patio y a la mayor le parecía superinfantil. Abrí la puerta del coche con el pulgar y lancé las cosas al interior.

—¡Vamos, vamos! ¡Dejad de discutir y entrad! ¡Vamos a llegar tarde otra vez!

—¿No puedes jugar a la pelota como los demás? —le estaba diciendo Esther a su hermano.

—¡Venga, cariño, déjale que juegue con lo que quiera y métete en el coche!

—¡Yo juego con lo que me da la gana! —aseguró Álvaro, plantando los dos pies en el suelo como si fuera un golem.

—A cosas de niños.

—¡Es que soy un niño!

—¡Chicos! —A veces me cuesta no perder la paciencia, pero juro que lo intento con todas mis fuerzas—. ¡Al coche, ya!

Por algún extraño motivo, me obedecieron al instante. Sin embargo, Álvaro no había llegado a entrar cuando se detuvo de nuevo y señaló hacia delante.

—¡Mira, mami! —exclamó con esa algarabía que solo se da en los niños cuando son presa de una felicidad inmensa.

Giré la cabeza, no sé, con esa emoción lo mínimo que esperaba era ver a Buzz Lightyear en persona. Por desgracia, no fue así; la marquesina de autobús a treinta metros de la puerta de mi casa lucía un brillante cartel que anunciaba una marca de maquillaje, y en el que se veía el rostro de Doña Perfecta, sonriente y de mirada penetrante, casi como si quisiera averiguar lo que estaba pensando sobre ella.

Creo que solté un grito. Para mí, fue de sorpresa y pavor. Álvaro lo interpretó como que me había puesto igual de feliz que él. Angelito mío...

—¡Cómo mola! —gritó—. ¡Se ve su cara suuupergrande!

—Sí, suuupergrande —murmuré horrorizada.

—Cuando se lo diga a Ire va a alucinar. ¡Un cartel justo en la entrada de casa!

Ahí, torturándome. Impidiéndome hasta salir de mi propia casa sin tener que tragarme su cara. No te creas, llegué a pensar que Santi hubiera pagado especialmente por esa marquesina. Desde luego, eso tendría su lógica.

Estaba en todas partes, te lo juro. Allá donde yo mirara, aparecía Doña Perfecta. Además, a veces, cuando menos quieres ver algo es cuando más te lo encuentras, lo de la percepción selectiva esa. El cerebro es un poco *troll*.

Me digo a mí misma que podría haber aprendido a vivir con eso. Yo no solía ver demasiado la televisión, y cuando estaba encendida era en algún canal para niños. Es cierto que me gustaba ojear algunas revistas de moda de cuando en cuando, pero, por el bien de mi cordura, podía dejar de hacerlo. Lo de los anuncios en postes y marquesinas era más complicado, pero, aunque se me revolvía el estómago cada vez que me cruzaba con uno, y me entraban unas ganas terribles de convertirme en una asesina psicópata, me decía a mí misma que podría aprender a vivir con eso.

Claro que no iba a ser tan fácil.

Una de esas escasas tardes en que llegué pronto a recoger a los niños (se alinearían los astros o qué se yo), iba pendiente de un informe que estaba leyendo en la pantalla del teléfono móvil y, en lugar de unirme al resto de madres que esperaban la salida de sus criaturas, me quedé un par de pasos por detrás.

—La conocí el otro día, cuando vino con su padre a por los niños.

—¿Es tan guapa como dicen?

—Mucho más. Imagínate, fue Miss España.

Ahí levanté la cabeza. Estaba tan asombrada que no dije nada, y ellas no se dieron cuenta de que estaba a su lado escuchando todo lo que decían.

—O sea que ha salido ganando, ¿no? —Y una risita malvada y cómplice.

—A mí me da pena por los niños, que ya sabes que en esas situaciones nunca lo pasan bien.

—No puede ser mucho mejor que el caos en el que viven con su madre. — Eso me dolió como un buen puñetazo en el estómago. Sobre todo teniendo en cuenta que consideraba a esas mujeres, tal vez no mis amigas, pero sí unas personas cercanas y afines a mí.

—Yo he visto a los niños con ella y parece que la adoran.

—Los que seguro que la adoran son el resto de padres —intervino una tercera madre, soltando otra de esas risitas—. Se quedan embobados mirándola. El otro día le tuve que dar un codazo a mi marido porque solo le faltaba babear mirándole el culo.

—Es que tiene unas piernas que son tan largas como yo entera.

—¡Y no veas qué estilo! Tiene un gusto exquisito para vestir.

—No como Mar. —Y esta vez se rieron las tres, porque claro, aquello era muy divertido. Suuuper, como habría dicho Álvaro.

—El otro día llevaba un bolso de Carolina Herrera maravilloso. Pensé en pedirselo a mi marido para mi cumpleaños, pero luego vi el precio en internet y le voy a ahorrar el disgusto.

—Yo es que no le pongo cara —aseguró una cuarta madre.

—¿Has visto el anuncio de El Corte Inglés?

—¿El de Navidad?

—Pues es esa, la rubia.

—¿La rubia del anuncio? ¡Pero si es guapísima!

—No sé qué habrá visto en él, porque es más bien del montón, ¿no creéis?

Y mira, por ahí no paso. Si se quieren meter conmigo, pueden hacerlo, me da igual, pero si alguien se mete con mis hijos o con Santi, va a tener que vérselas conmigo. Así que pasé entre ellas asegurándome de empujarlas con los hombros, en dirección a la puerta por la que saldrían los niños de un momento a otro. Y, en voz alta para que pudieran oírlo sin problemas, les dije:

—Sí, es guapísima y estilósísima y modernísima. Es perfecta. No como otras.

Tampoco es que fuera una venganza sangrienta, pero oye, ¿y lo a gusto que me quedé al ver la expresión de sus caras? Un buen villano de película se

regocijaría en la humillación de su vergüenza. Pensándolo más tarde, me arrepentí de no haber añadido algo más hiriente, algo como: «Es una pena que ahora vuestros maridos solo sueñen con tirársela a ella mientras os aguantan a vosotras». Nunca me habría atrevido a decir algo así en voz alta.

Claro que, en realidad, es mi marido el que se la tira. Joder, si es que hasta intentando vengarme la cago.

A lo largo de estos dos años me he comido varias reprimendas por parte del colegio por mis reiteradas faltas de puntualidad, tanto por las mañanas para llegar a la hora de inicio de las clases, como por las tardes para recoger a los niños. A mediados de curso, la tutora de Álvaro me pidió que me apartara con ella a un lado del patio con el objetivo de alejarnos de padres y niños y otras orejas cotillas.

—Mar, me temo que tengo que volver a pedirte que hagas lo posible por llegar a la hora.

—Lo sé, lo sé, lo intento, te lo juro...

—Por las mañanas, tu hijo es el único que siempre llega tarde. Y por las tardes, muchas veces es el único que se queda aquí esperando. Todos tenemos cosas que hacer, Mar, no podemos estar siempre pendientes de ti.

—Es que... el tráfico... —Bah, no tenía sentido. Tanto ella como yo sabíamos perfectamente que el tráfico no era el culpable de mi caos vital.

—Mar, tienes mucha suerte de tener unos niños como los tuyos, son estupendos, pero son cosas como estas las que pueden hacer que se descarrilen.

¿Suerte? Vamos a ver, señora, suerte es que te toque la lotería. Que mis hijos sean como son tiene que ver con la educación y el cariño que han recibido desde que nacieron. Tanto por mi parte como por la de Santi.

—Ya —dije en cambio.

—Mira Irene. Ella nunca llega tarde cuando viene a recogerlos.

—¿Ella viene a recogerlos?

—Cuando le toca a tu marido, sí, él puso a Irene como persona autorizada

para recoger a los niños a la salida.

—¿Y no viene con ella? ¿Deja que venga sola a por mis hijos?

—No levantes la voz, Mar. No es esa la cuestión. Eso tendréis que hablarlo vosotros, siento haberme ido de la lengua, la cuestión es que...

Y venga, a pasarme por la cara que Doña Perfecta es puntual y hace las cosas como tiene que hacerlas. Y además es cariñosa con los niños, me dijo. Tócate las narices, pues claro que es cariñosa, si lo hace todo bien.

Luego está el día en que encontré a Elena en el despacho con un ejemplar del *Hola*. Por la forma en que me miró supe que iba a decirme algo que no me iba a gustar.

—¿Qué ha pasado ahora?

La verdad, no relacioné su expresión con la revista en un primer momento. Pensé que me iba a decir que alguno de los casos que esperábamos ganar habían acabado por tumbárnoslo. No sé, algo relacionado con el trabajo.

—¿Has visto esto?

—¿El *Hola* ? No suelo leerlo.

—Pues... no sé.

Dejó la revista en la mesa y la abrió por la página veinticuatro. Se me quedó grabado el número en la cabeza. Había una foto a media página en la que se veía a Santi y a Doña Perfecta de la mano mientras salían de una de esas terracitas de moda situadas en La Moraleja. El titular decía en grandes letras negras: «La modelo y miss encantada con la familia de su novio, el empresario Santiago Quintana». En la foto, junto a la parejita feliz, estaban también mis dos hijos, con las caras difuminadas para evitar que se les reconociera.

Esa misma foto fue la comidilla en la última cena que tuve con mis amigas. Blanca, Silvia, Lucía y yo solemos quedar para cenar al menos una vez cada cinco o seis meses. Nos conocemos desde el colegio y siempre hemos estado bastante unidas. Cada una de nosotras ha seguido su propio camino vital, pero hemos conseguido mantener el contacto, aunque no sea tan cercano o habitual como nos gustaría. Nos conformamos con las pequeñas píldoras de cercanía

que nos dan esas cenas.

—Ay, chicas —dijo Silvia en cuanto el camarero nos indicó la mesa en la que podíamos sentarnos. Estábamos en un restaurante de moda en el centro de Madrid, no más de veinte mesas, una iluminación íntima y una decoración sobria y elegida con gusto. Un pequeño adelanto, para que esto no te suene a extravagancia, Silvia siempre ha sido un alma libre, una de esas personas que parecen vivir en otro plano etéreo y cuya vida siempre parece estar marcada por la locura y las decisiones impetuosas—. ¿Desde cuándo no nos vemos?

—La última fue en septiembre, en el mexicano —respondió Blanca mientras se atusaba el vestido con delicadeza.

Silvia representa la adrenalina y la vida a toda mecha, Blanca es el antónimo por definición. Tranquila, cuadrículada hasta el paroxismo, antes de tomar cualquier decisión dibuja una cuadrícula en un folio y apunta los pros y los contras. En ese sentido, las más parecidas siempre hemos sido Lucía y yo, aunque ella sigue felizmente casada con su marido. Eso sí, no tienen hijos.

—En septiembre —continuó Silvia, y agitó la mano—. Vais a flipar, tengo tanto que contaros...

Silvia conoció a Bosco hace un año durante un viaje a Nepal. Se casaron apenas tres semanas después, cosa que ya nos sorprendió bastante. De hecho, Lucía había apostado a que nadie conseguiría arrastrarla nunca hasta un altar. Sin embargo, Silvia aseguraba que era feliz, que eso era lo que deseaba y que Bosco y ella estaban hechos el uno para el otro. Yo podría haberle dicho que eso no significa nada, pero tampoco era cuestión de agriarle su felicidad.

—Bosco y yo hemos roto.

Nos quedamos las tres de piedra. Blanca con la copa en la mano, Lucía con la boca abierta y la expresión de quien acaba de recibir una bofetada, y yo parpadeando como una idiota.

—¿Habéis roto?

—Bueno, en realidad lo dejé yo.

—¿Lo dejaste? —logré preguntar a duras penas.

—Sí, en noviembre. En agosto me apunté a unas clases de pintura que dan en un centro de estudios que han abierto cerca de casa y, bueno, tendríais que conocer al profesor. Pierre, es francés, pelirrojo, con unos ojos verdes y un acento que, uf, bueno, qué os voy a contar, no sabéis lo que me ponía verle allí pidiéndonos que pintáramos lo que deseábamos. En ese momento yo solo deseaba pintarle a él desnudo.

—Pero ¿no se supone que Bosco y tú estabais hechos el uno para el otro?

—Bueno, puede que cuando nos casamos sí —me contestó ella, encogiéndose de hombros.

—Habéis estado casados menos de un año —apuntó Blanca mientras negaba con la cabeza y apuraba la copa.

—Y ya es más de lo que te ha durado cualquier novio —añadió Lucía antes de soltar una carcajada.

—Ya, ya, pero es que no habéis visto a Pierre. Si lo vierais lo entenderíais.

—¿No tienes fotos?

Silvia se lo pensó un momento antes de asentir.

—Tengo un par, aunque son un poco... —Sacó el teléfono móvil y rebuscó en la galería antes de girar el teléfono hacia nosotras.

Vale, viendo a Pierre se podía entender. Era una especie de adonis de unos veinte años, con el pelo revuelto y rizado, cuerpo de atleta y todos los músculos del cuerpo bien definidos, incluidos esos cuadraditos tan *sexies* del estómago. Y, bueno, las fotos que tenía Silvia en el teléfono dejaban poco a la imaginación. Digamos que el francés estaba bien armado.

—¡Ay, Dios! —exclamó Blanca.

—Ay, Dios —murmuró Lucía, en un tono diametralmente opuesto.

—Ay... —Yo no logré articular las dos palabras.

—¿Las señoras han decidido ya lo que...? —El camarero escogió ese momento para acercarse a nuestra mesa, y se quedó callado cuando vio la foto del móvil. Sus mejillas se pusieron tan rojas que parecía que iba a explotar.

—Danos un momento, por favor —le pidió Silvia, antes de echarse a reír.

El chico se alejó sin decir nada y las cuatro volvimos a inclinarnos sobre el teléfono.

—Mándame una de esas fotos —le pidió Lucía—. Voy a decirle a José que o se mete en un gimnasio para ponerse así o tendré que empezar a usar mi imaginación y dejarle a él fuera de la cama de vez en cuando.

—Está bueno, ¿eh?

—¿No es demasiado grande? —preguntó Blanca, que tenía los ojos abiertos como platos y se apoyaba los dedos de una mano sobre los labios.

—Tamaño perfecto, diría yo.

—Llevo tanto tiempo sin echar un polvo en condiciones que ya casi no recuerdo ni lo que era.

Eso último lo dije yo. No sé de qué te extrañas, ¿de qué piensas que hablamos las chicas cuando estamos a solas?

Hace más o menos un año, Lucía me organizó una encerrona. Me invitó a cenar a su casa con su marido y no me avisó de que habían invitado a un amigo de él, que también había pasado por un divorcio hacía unos meses. El objetivo, y ella misma me lo reconoció cuando logré meterme con ella en la cocina para pedirle explicaciones, era sacarme de la burbuja depresiva y triste en la que me veía. Le dije mil y una veces que no estaba interesada, que no quería otra pareja, que estaba haciendo todo lo necesario para recuperar a Santi. No era del todo cierto, porque como ya te he dicho, bastante tenía con llevar mi vida al día, pero desde luego aquel era mi plan, ponerme algún día manos a la obra y conseguir que Santi volviera a casa. A fin de cuentas, siempre he sabido que eso era lo que nos deparaba el destino.

—No te pongas a la defensiva —me rogó Lucía—. Entra ahí, sé amable y déjate llevar. Sois adultos, os sentará bien y no os ataría a nada.

—Pero es que no quiero —insistí.

—Ay, no seas obtusa.

—Yo no soy obtusa.

—Lo eres, y mucho. Ve al comedor, habla con él y disfruta de la noche. Si

luego te quieres volver sola a casa a llorar tus penas y a echar de menos al idiota de Santiago, pues tú misma.

—Santi no es idiota.

—Lo es si decidió dejarte a ti y a los niños a un lado.

Bueno, eso al menos no podía discutírselo, y como tampoco me iba a largar a casa sin cenar, salí al comedor y me conciencí para pasar una velada tranquila y ser todo lo amable que pudiera hasta que llegara el momento de marcharme. En ese momento, que conste, pensaba hacerlo sola.

El tipo en cuestión se llamaba Carlos y trabajaba en el mismo departamento que el marido de Lucía. No era especialmente guapo y le sobraban unos cuantos kilos, pero resultó ser bastante divertido y se mostró educado y amable durante toda la velada. No sé, supongo que me sentía bastante sola desde que Santi se marchó de casa, y que recibir las atenciones de Carlos, aunque nunca le habría considerado mi tipo de hombre, fue lo suficientemente novedoso como para hacerme sentir de nuevo como una persona normal.

Acabamos yendo a su casa y, bueno, como les dije a las chicas durante esa cena, hace mucho tiempo que no echo un polvo en condiciones. Desde luego, la última vez no fue con Carlos. No fue solo lo poco que duró, demasiado poco, extremadamente poco; tampoco sus constantes disculpas y su vergüenza y sus promesas de que nunca le había pasado algo así y que se debía a que había pasado mucho tiempo también para él. «También», dijo, como si supiera algo de mi vida, o como si yo hubiera sido la que concluyó el asunto en unos tristes segundos. Lo que hizo de esa experiencia un momento para no recordar fue su manía en centrarse en mis pezones y agarrarse a ellos como si fueran los manillares de una moto.

Estaba obsesionado, solo quería retorcerlos, besarlos, estrujarlos y morderlos. Alguien debería decirles a todos los hombres del mundo que a veces tienen que frenar sus filias y asegurarse de que las personas con las que están las comparten. Sinceramente, no me quedaron ganas de repetir, aunque él insistió bastante en que me quedara a pasar la noche.

Me marché; no iba a quedarme allí a seguir sufriendo esa tortura sacada de interrogatorios de la KGB para que luego la parte interesante no pasara de los quince segundos, ¿no crees?

Así de triste. Desde que Santi se marchó de mi vida, él ha estado con al menos tres mujeres contando a Doña Perfecta. Yo solo he estado con otro hombre, Carlos, y la experiencia fue bastante terrible. Y teniendo en cuenta lo que me costó decidirme, no estoy segura de que vaya a repetir pronto. Aunque a veces, como durante esa cena de febrero, al ver las fotos de Pierre, bueno, soy humana, ¿entiendes?

—¿Y ya está? ¿Dejaste a Bosco para irte con el francés? —Lucía estaba que no cabía en sí del asombro. Y eso que Silvia nos tiene acostumbradas a virar por donde menos te lo esperas.

—Y no le sentó demasiado bien, la verdad.

—No te jode, no creo que a nadie le siente bien que lo dejen.

—Eso lo puedo asegurar —apunté yo.

—Y menos si es por otro —añadió Blanca.

—Bueno, yo qué quieres que le diga, Pierre estaba ahí, me hacía ojitos durante las clases y una no es de piedra.

Viendo las fotos de Pierre, ya te puedo asegurar yo que pocas mujeres del mundo serían de piedra.

—¿Y qué ha dicho tu madre? —preguntó Lucía—. Porque ella adoraba a Bosco.

—Mi madre se ha vuelto loca y se ha puesto de su parte. La que he liado ha sido fina, ahora Bosco me odia, su familia me odia y mi familia poco más o menos también.

—Dios santo...

—Bueno, que me quiten lo *bailao* —respondió Silvia mientras se guardaba el teléfono en el bolso, cosa que a nosotras nos fastidió un poco. Creo que las tres podríamos haber pasado toda la noche mirando aquellas fotografías—. La que he liado ha sido fina, qué queréis que os diga. Lo mejor fue lo de Año

Nuevo. Pierre y yo reservamos en ese restaurante tan mono que han puesto en la Avenida de Europa de Pozuelo, el del pescadito, y cuando llegamos en taxi, ¿a quién veo en la puerta? ¡A Bosco!

—No jodas...

—Jodo. Y lo mejor de todo es que estaba con Leticia.

—¿Qué Leticia? —preguntó Blanca.

—¿Tu hermana? —Lucía dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

Blanca volvió a abrir los ojos como platos al darse cuenta. Silvia estaba asintiendo.

—Con mi hermana, ahí, con dos cojones. Le dije a Pierre que teníamos que largarnos sin que nos vieran, a él no le sentó muy bien, nos había costado un montón conseguir reserva en el restaurante, pero me negaba a pasar toda la comida mirando por encima del hombro para ver a Bosco con Leti. Ni de coña, vamos. Así que nos largamos, y a los diez minutos recibo un mensaje en el teléfono, de Bosco, que decía: «Te hemos visto, has hecho bien en irte con el gabacho».

—¡Boom! —exclamó Lucía haciendo el gesto de soltar un micrófono con aire de superioridad.

Las cuatro nos echamos a reír, Silvia incluida.

—Pierre quería volver a darle un puñetazo. Lo de *gabacho* le sentó como un tiro.

—Tu vida es demasiado complicada para mí —murmuró Blanca.

—Pues todavía no he terminado. Pierre me dejó hace un par de semanas por una jovencita que se ha apuntado a sus clases de pintura. Ahora estoy aquí, sin novio y sin poder pasarme por mi casa porque no sé si me moriría de vergüenza o de asco al mirar a la cara a mi hermana. Y seguro que mi madre además le da la razón. Pero bueno, me voy a Nepal en dos semanas, y la última vez me fue bien en el viaje, así que, ya os contaré en la próxima cena.

—A tu ritmo, la cuando volvamos a vernos, te has vuelto a casar, estás embarazada, te has divorciado por segunda vez y te has metido a actriz —

aseguró Lucía.

—Lo de actriz no lo veo y lo de embarazarme no va mucho conmigo, que no quiero perder la cinturita de avispa.

—De avispa, dice.

—Y lo reafirmo —aseguró Silvia, pasándose las manos por las caderas. Siempre ha tenido buen cuerpo, aunque lo de la cintura de avispa era un poco exagerado. Fue en ese momento cuando centró su mirada en mí—. Bueno, ya basta de hablar de mí, que aquí tenemos otra historia candente. ¿Habéis visto el *Hola* de este mes?

Te juro que nunca, en todos los años que llevo conociéndolas, ninguna habíamos mencionado el *Hola* jamás. Ni siquiera sabía que lo leyeran, y mucho menos Silvia.

—Ostras, es verdad —murmuró Blanca, tapándose los labios de nuevo con los dedos y girándose hacia mí.

—Menudo pibón se ha buscado Santi, ¿no?

—Bueno, no es para tanto —respondí yo, obcecada.

—Qué dices, si está buenísima. Hasta a mí me pone —aseguró Silvia.

—En el anuncio de El Corte Inglés sale guapísima —apuntó Blanca.

—Seguro que está operada —insistí—. Fijo que se ha puesto tetas y se ha retocado los labios o los pómulos.

—Yo he visto fotos de cuando era jovencita y no me da la impresión —dijo Lucía.

—¿Y tú cómo lo estás llevando?

—¿Yo? —pregunté—. Pues fatal, cómo voy a llevarlo.

—¿Y los niños?

—Los niños fenomenal, para ellos es todo perfecto. La nueva pareja de Santi les parece de lo mejor. Si hasta sale en la tele —gruñí, cargada de ironía—. No hay nada mejor que eso.

—Vaya, parece que escuece, ¿eh?

—Es que estoy un poquito harta, me la encuentro cada vez que enciendo la

tele, en todos los carteles de la calle, en las revistas, los niños no dejan de hablar de ella, las madres del colegio susurran, los profesores, ahora vosotras...

—Podemos cambiar de tema —propuso Blanca.

—O podemos criticarla y hacer que le piten los oídos.

En otras circunstancias me hubiera encantado esa opción. Sin embargo, ¿qué íbamos a criticar de ella? ¿Su forma de vestir, absolutamente exquisita? ¿Su manera de andar, con más clase que todas nosotras juntas? ¿Su cuerpo, que nos revolvió el estómago de envidia? ¿Su éxito, aplastante y arrollador? No. Tuve que rogarles que cambiaran de tema, y aun así, hubo un par de referencias más a lo guapísima que era. Sinceramente, se me agrió el ánimo y no conseguí disfrutar de la cena. Con lo bien que me lo pasaba siempre con mis amigas...

Así es como ha sido mi vida durante los últimos seis meses. Un constante ver a Doña Perfecta por todas partes, un interminable oír hablar de ella en todos lados. Como una presencia que me persigue. El ángel de la guarda en versión: «Te vas a cagar, chata».

3. Con nombre y apellido

Estudié Derecho porque eso es lo que mi padre me dijo que estudiara.

A mí me habría gustado hacer algo artístico, la verdad. O al menos eso es lo que me digo ahora. No tengo muy claro qué, porque aunque tenía mis sueños en los que me veía a mí misma viviendo la vida de las estrellas de cine y los artistas de renombre, siempre supe que mis padres no me dejarían seguir ese camino. Siendo honestos, tampoco estoy muy segura de que me haya llamado Dios por el camino del arte, aunque no descarto apuntarme alguna vez a clases de pintura para comprobarlo. Le pediría el número de teléfono de Pierre a Silvia. Si se me da mal, al menos disfrutaría con las vistas.

Bueno, a mi madre tal vez la hubiera convencido, puede que incluso me hubiese ganado su apoyo silencioso, pero ella jamás le habría llevado la contraria a mi padre en eso, así que de poco hubiera servido. Ojo, no me malinterpretes; mis padres se querían y se respetaban el uno al otro. En general podían hablar de cualquier cosa, excepto de las que tuvieran que ver con Las Bases. Había determinados temas en los que papá tenía las cosas demasiado claras, líneas que marcaba con rotundidad y con las que se mostraba rígido e inflexible.

—Vas a estudiar Derecho.

No era una pregunta, no era una opción; era una orden. Recuerdo que murmuré, sin demasiado entusiasmo, que INEF era una posibilidad que estaba valorando. La mirada glacial que me lanzó fue suficiente para eliminarla del tablero. La verdad es que me gustaba hacer deporte, aunque la verdadera razón es que habría dicho cualquier cosa para evitar Derecho, y en su momento me pareció que INEF podía tener más inserción laboral que una carrera artística.

El caso es que papá dijo: «Derecho» y yo respondí: «Educación Física»; él me castigó con una de sus miradas de: «¿Qué coño estás diciendo?» y yo sonreí y le quité hierro al asunto preguntándole si creía que me iría mejor en Laboral, de Familia o Mercantil. Que yo hubiera protestado tan solo habría servido para generar una discusión de las que hacen historia, de las que hacen que la palabra hecatombe sea algo plausible y cercano, y lo cierto era que por aquel entonces yo era demasiado joven como para entender que lo que hiciera en ese momento marcaría el resto de mi vida. Pensé: «¿Derecho? Pues Derecho». Y ya está. A fin de cuentas, el que iba a pagar la matrícula, los libros, el transporte y todos los gastos derivados, iba a ser él.

Así que estudié y terminé la carrera en un año más de los reglamentarios. No era mala estudiante, pero hubo un par de asignaturas que se me atragantaron en cuarto y me hicieron la existencia un poquito más difícil.

Conocí a Elena Ramos en la cafetería de la universidad. Yo era la chica que llevaba siempre los apuntes bajo el brazo y ella la que prefería saltarse las clases para jugar al mus entre café y Cola-Cola. Ella me pedía los apuntes cuando se acercaban los exámenes y yo se los dejaba, a pesar de que sabía que sacaría mejores notas que yo, cosa que hizo en todas y cada una de las asignaturas de la carrera.

Un poquito sí que la odiaba por eso.

Sin embargo, nos hicimos amigas. Ambas teníamos en común nuestra visión desenfadada de la vida y, sobre todo y más importante, nuestros novios se habían hecho amigos durante un torneo de atletismo y se habían vuelto inseparables. Lo cierto es que el último año de carrera a Elena y a mí nos pasó un poco lo mismo, íbamos juntas a todas partes, como si estuviéramos atadas la una a la otra. Visto desde fuera, puede que pareciera un poco enfermizo, ¿quién no ha tenido amistades de ese tipo a ciertas edades?

El día de la graduación, las dos estábamos pletóricas. Elena no paraba de decirle a quienquiera que quisiera escucharla que si había una persona a la que le debía estar ese día ahí era a mí. Al principio me sonrojaba, luego

empecé a reírme como una estúpida y a darle puñetazos en el hombro para intentar que se callara. En algún momento de la noche, Elena me miró muy seria mientras esperábamos a que el camarero nos sirviera un par de cubatas de ron para nosotras y de *whisky* para los chicos.

—¿Qué pasa? ¿Se me ha corrido el rímel? —pregunté mientras me llevaba la mano hacia la cara.

—No. Es solo que estaba pensando.

—Vaya, una novedad —respondí en broma—. ¿En qué?

Recuerdo que sonaba una canción horrible, de esas que se ponen de moda durante el verano y luego nunca más se vuelve a saber de ellas ni de sus perpetradores.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Creía que el plan era emborracharnos.

—Digo ahora que te has graduado. ¿Cuál es tu plan de futuro?

—No lo sé —respondí, y no lo sabía—. No lo he pensado.

—¿Vas a enviar currículums?

—Supongo. Tendré que encontrar trabajo, digo yo. Por desgracia, no puedo seguir viviendo de mis padres eternamente.

—¿Y si montamos algo juntas? ¿Nuestro propio despacho? Piénsalo, nos llevamos de puta madre, somos amigas y seríamos dueñas de nuestro destino.

Nunca me había planteado la opción de montarme algo por mi cuenta. Ahora que ella lo decía, me parecía la mejor idea posible. Entonces no sabía nada sobre la cuota de autónomo, las declaraciones trimestrales, el IVA, el IRPF y la madre que los parió a todos. En una cosa tenía razón, éramos muy buenas amigas y, además, confiaba en ella ciegamente. Por más que pensaba en ello, no se me ocurría una socia mejor. Elena me dijo que ya lo hablaríamos en otro momento, pero yo me pasé el resto de la noche dándole vueltas, incapaz de concentrarme en otra cosa. Hasta Santi me preguntó si me pasaba algo.

Al día siguiente, durante el desayuno, estaba tan nerviosa que no atinaba a coger la taza de café sin que me temblaran las manos. Esperé a que mi padre

se sentara, con su periódico en la mano y su té —nunca desayunaba café— a un lado.

—Papi.

Él me miró por encima del periódico, sin demasiado interés.

—¿Te parecería bien si intentara abrir mi propio despacho?

A veces me da por echar la vista atrás y me pregunto si volvería a hacerlo. La vida del autónomo en este país es una tortura y el mundo de los abogados es bastante duro. Cuando trabajas para ti, no existe eso llamado horario, te llevas a casa todo lo que te queda pendiente y, si hace falta, trasnochas para intentar acabarlo. Ya no se trata solo del trabajo en sí, luego además tienes que perseguir a todo el mundo para conseguir que te paguen. Es verdaderamente agotador.

Además, Madrid es una ciudad incómoda para los abogados. En otras ciudades de España han construido palacios de justicia donde aúnan los juzgados. Aquí puedes tener un juicio en Plaza Castilla y tres cuartos de hora después otro en Plaza de España. Con el tráfico que hay aquí, no tienes un segundo de paz. Vas siempre a contrarreloj, estresada y aguantando los miedos y angustias de los clientes. De repente, te conviertes en su confesora, en su mejor amiga, y no es que te cojan el brazo, es que fagocitan todo tu cuerpo. Han llegado a llamarme a las dos de la mañana para preguntarme si es legal que su exmarido no quiera pagar unas bragas que la niña necesita para el campamento que empieza al día siguiente. Por no hablar de los que te utilizan de hombro para llorar las penas. Los divorcios, en general, son asquerosos, y hay algunos que son francamente duros, y muchas veces la gente no sabe a quién acudir con sus penas y llantos, y se los llevan también al abogado.

Y, como te digo, es un mundo duro y desagradable, además. Aquí no sirve que hagas bien tu trabajo, que investigues la jurisprudencia y argumentos de forma brillante. O sea, eso también, sí, pero puedes haberlo hecho todo perfecto que, si no sabes imponerte en el juicio, el otro abogado va a intentar desollarte en público. Aquí el que no ladra y gruñe está jodido. Y es muy complicado

hacerse valer e imponerse cuando eres mujer y no tienes ese instinto asesino.

Ojo, que conozco abogadas que se comerían el mundo sin problema, pero no es mi caso. No me gustan los enfrentamientos y, cuando alguien me grita, me entran ganas de llorar. He aprendido a aguantar los desplantes y la furia de los abogados rivales, a fin de cuentas forma parte del juego, a muchos de ellos los conozco e incluso los considero colegas, pero en la sala se transforman y te aplastan si no te impones y te defiendes. Es a la furia de los clientes que no están satisfechos a lo que no he logrado acostumbrarme. A esa ira cargada de desprecio de quienes piensan que debería haberlo hecho mejor, de quienes te culpan por haber perdido el juicio. —Oye, te han pillado con la pasta en el bolsillo y las manos manchadas de sangre, pero eh, va a ser que la culpa es de la abogada por no saber defenderte, ¿sabes qué? Vete a la mierda, guapo—.

No sé lo que esperaba cuando le pregunté a mi padre si le parecía bien que me montara un despacho por mi cuenta en lugar de buscar trabajo como becaria o pasante, desde luego, no la respuesta que me dio. Me ayudó con todos los trámites, nos acompañó a buscar local y se ofreció a pagar la obra, aunque tanto Elena como yo insistimos en que se lo iríamos devolviendo cuando empezáramos a tener clientes. Así fue como abrimos Tillo y Ramos abogados.

—Suenan bien —dijo Hugo.

—Con los años me parece que es un poco presuntuoso —replicó Mar con una mueca que venía a decir: «A toro pasado, ahora ya poco se puede hacer»—, tendríamos que haber buscado algo más sencillo, como Elemar; o solo las siglas, cualquier cosa, más simple.

—Va a gustos. En el mundo de los abogados, desde mi inexperta opinión, parece que gusta lo pomposo, así que no quedan mal los apellidos. Le da empaque.

—Puede que tengas razón. Tampoco es que nadie se haya quejado nunca.

Hugo se llevó un dedo a los labios, el típico gesto de quien acaba de caer en algo importante que se le había pasado por alto.

—Un momento...

—¿Qué?

—¿Te llamas Mar Tillo? ¿Martillo?

—Puedes reírte —contestó ella al tiempo que ponía los ojos en blanco con resignación—. Estoy tristemente acostumbrada.

—No, no, te juro que es una pregunta de verdad...

—Hay una historia detrás de eso, siempre hay algo en el trasfondo de todas las cosas importantes. No suelo presentarme por mi nombre completo, así que, claro, esto te pilla de nuevas. Mi nombre es Mar, mi apellido Tillo. Cuando lo juntas, suena a martillo. Llevo toda la vida escuchando risas y burlas al respecto, así que puedes dejarte llevar tranquilamente, no voy a ofenderme.

—No voy a reírme —aseguró él, aunque era evidente que le estaba costando evitar la inclinación natural a reírse de algo que uno considera fuera de lo normal—, joder, qué putada.

—Ya. ¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Una compañera de mi universidad se llamaba Verónica Costilla Fría. Cada vez que pasaban lista había carcajadas.

—La historia de mi vida.

—También conocí una vez a una Elena Nito.

—Ese es jodido también, sí. Bueno, la cosa es que yo me llamo Mar Tillo y, como te decía, hay una historia detrás de eso. Durante el embarazo, mis padres barajaron un montón de nombres, como hacen todos los padres, vaya. Hacia el final, habían conseguido decantarse por Sandra. La cuestión es que mi madre se puso de parto durante la noche y la cosa se alargó casi hasta el amanecer. Para cuando yo salí a este mundo, los dos estaban exhaustos y necesitaban unas cuantas horas de sueño. Sin embargo, mi padre nunca ha sabido posponer tareas, siempre fue un hombre que llevaba a rajatabla aquello de: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», así que se fue ese mismo día al

registro.

Cuando llegó allí y le preguntaron por el nombre de la niña, mi padre estaba tan cansado que se quedó en blanco. No conseguía recordar cuál era el que habían escogido y se puso tan nervioso que acabó diciendo lo primero que se le ocurrió.

—Mar, como su madre.

En ese momento, no cayó en la cuenta de que el nombre de mi madre combinado con su apellido no era precisamente la mejor opción. Gracias a su olvido, he oído más risas a mi costa de las humanamente soportables. No sabes lo que es estar esperando a que empiece un juicio, tranquilizando a tu cliente y dando las últimas indicaciones, procurando repasar mentalmente cada uno de los datos cruciales, y que, de repente, salga la oficial y diga:

—Señora Mar Tillo, por favor, ¿puede acercarse?

Es muy complicado mantener la compostura y una actitud seria y profesional cuando empiezas a escuchar risitas a tu alrededor. Del abogado contrario, de la propia oficial, de los testigos y peritos y procuradores. Incluso de tu propio cliente.

—Aquí es donde todo el mundo llega y me dice que lo entiende; tengo una opinión diferente, dudo que lo entiendan si nadie se ha burlado de ti jamás por tu nombre.

—Bueno, me llamo Hugo —replicó él—. En el colegio me señalaban y me decían: «Hugo besugo» y rimas de ese estilo, súper ingeniosas. No es lo mismo, lo sé, pero también sé lo que es oír burlas de unos idiotas que lo que quieren es llamar la atención y creerse superiores.

—Idiotas hay en todos sitios, desde luego. El caso es que cada vez que alguien dice mi nombre a mi alrededor la gente se ríe. Algunos intentan

disimular, pero la mayor parte de las veces no lo consiguen. Ya en el colegio resultaba complicado, pero, imagínate, si hasta el cura que nos casó soltó una risita después de decir aquello de: «Santiago Costa, ¿aceptas a Martillo como legítima esposa?».

Hugo, que en ese momento estaba bebiendo un trago, se echó hacia delante y no pudo evitar regar la barra de saliva y alcohol. Mar le dio una suave palmada en la espalda.

—Ahora ya no has podido evitarlo, ¿eh? La verdad es que la imagen era surrealista. Vestida de novia, con todos los nervios a flor de piel, las piernas temblando y la garganta en un puño, y de repente va el maldito viejo y se descojona al decir mi nombre. Por un momento pensé que Santi iba a matarle. En momentos como ese me enamoraba aún más de él, si es que eso es posible. Era mi caballero de brillante armadura.

Mar se quedó unos segundos en silencio, recordando tiempos mejores, aquellos en los que Santi estaba aún a su lado y resultaba más sencillo reírse de esas cosas. Por desafortunado que fuera convertirse en objeto de chanza durante tu propia boda, cuando ambos estaban juntos el resto de las cosas pasaban a segundo plano.

—¿Sabes lo que me dijo mi padre cuando le eché en cara que me hubieran puesto mi nombre?

—En realidad, Mar es un nombre hermoso.

—Oh, sí, eso no lo pongo en duda, y me encanta, pero también me gustan el chocolate y la mahonesa y no se me ocurre juntarlos. —Hugo asintió, dándole la razón, y Mar tamborileó con los dedos sobre la barra—. Me dijo que para cuando se dio cuenta ya estaba registrado y todo eso, y que no vio la necesidad de cambiarlo. Además, añadió: «A quien nace martillo, los clavos le caen del cielo».

Creo que intentaba decirme que, si llevas por bandera todo lo que eres, la

suerte te viene dada. Hoy por hoy, me pregunto si no será más bien lo contrario, al menos en mi caso. Porque esos clavos que supuestamente me tienen que llover del cielo no tienen por qué suponer algo bueno. A fin de cuentas, los clavos también se utilizan para cerrar definitivamente un ataúd.

—Papá —le dije—. Martillo es un nombre de broma, como Pijus Magníficus. —Esa referencia la iba a captar sin problemas. Le encantaba *La vida de Brian*, cuando era pequeña debí verla con él, no sé, cuarenta veces o así. Creo que todas y cada una de ellas, a pesar de saberse los diálogos de memoria, acababa llorando de la risa con esa escena.

A ver, también he aprendido a tomármelo con humor. Ojalá hubiera sido capaz de hacerlo cuando estaba en el colegio. Probablemente no habría sido la época traumática que recuerdo con tanto horror. Ahora, cuando estoy esperando en la consulta del médico y oigo que me llaman: «Martillo, sala dos», antes de que los que lo han oído puedan reaccionar y soltar una carcajada, yo me levanto y digo en voz alta algo del tipo: «Voy a ver si también quieren un destornillador».

Si no puedes con ellos, únete.

Al día siguiente de que Santi me pidiera el divorcio, llegué destrozada al despacho. Elena me abrazó cuando no podía dejar de llorar y se pasó casi tres horas intentando consolarme —estaba inconsolable— y procurando que me tranquilizara —estaba fuera de mí, tan nerviosa e irascible que todo me sentaba mal—.

—¿Sabes que hay una aplicación para el móvil en la que pones unas fotos y puedes ligar?

—Una agencia matrimonial de toda la vida.

—Bueno, sí, es la idea, pero más para echar un polvo y punto.

—Lo que menos me apetece del mundo es echar un polvo. Sigo queriendo a Santi, Elena, no quiero divorciarme.

—Eso es lo que dices ahora —aseguró ella—, pero ya sabes lo que dicen, un clavo saca a otro clavo. —Se quedó un momento mirándome, mientras una

sonrisilla malvada se dibujaba en sus labios—. Y sacar clavos es bastante fácil cuando una se llama martillo.

Claro, porque me caen del cielo, en teoría.

Me descolocó tanto que me empecé a reír como una loca. Estaba un poco histérica, supongo que es comprensible.

Me reí tanto que me hice un poco de pis encima.

4. Confianza ciega

Hace muchos años, en los albores de los *reality shows*, Antena 3 emitió un programa que se llamaba *Confianza ciega*. Era tan surrealista y chabacano que acababa enganchándote, y los capítulos se te pasaban en un suspiro. Llegaba un punto en que perdías la noción de lo que estabas viendo y resultaba difícil saber si era un concurso, un experimento social o un programa de humor.

El punto de partida era bastante simple: tres parejas de novios aceptaban ir a un complejo paradisíaco y la organización las separaba de manera que no pudieran tener contacto entre ellos. Los hombres se iban a vivir junto con ocho o nueve modelos, todas exuberantes y sensuales, y las mujeres con otros tantos tiarrones musculosos y con aspecto de actores de telenovela. El programa organizaba citas entre los miembros de las parejas y los modelos y fomentaba que hubiera todo tipo de situaciones proclives al disfrute y al ligoteo. Luego, el presentador enseñaba vídeos con montajes que incitaban a la confusión y en los que, por el ángulo de cámara, parecía que unos se besaban, o se miraban enamorados, o demás situaciones de engaño. Todo para poner a prueba la confianza que tenían en sus parejas y ver hasta qué punto podían aguantar.

En mi opinión, el *reality* más divertido y surrealista que ha emitido la televisión de este país.

Ahora déjame decirte lo que pienso de la confianza ciega.

Bueno, no. Está feo blasfemar.

No creo en la confianza, así de simple. Siempre he sido una idealista. He crecido con una idea muy clara de cómo tienen que ser las cosas. Siempre he tenido claro que estaba destinada a vivir una vida sacada de una película, un sueño, la absoluta definición de la felicidad. Estaba convencida de ello.

Confiaba en ello. Ciegamente, de hecho.

Confiaba ciegamente en Santi y mira cómo estamos. Que sí, que estoy tranquila porque sé que esto es pasajero y volveremos a estar juntos, pero qué quieres que te diga, esto no es lo que yo esperaba cuando de niña me tumbaba en la cama y me ponía a escribir en mi querido diario. Era un poco ñoña, no te digo que no. Imaginaba que me enamoraría de un hombre maravilloso y que tendríamos una vida idílica. Más o menos como aquellos dos meses que pasamos en Irlanda.

Confiaba ciegamente en que mis padres harían siempre lo mejor para mí, pero con los años he descubierto que a veces eran incapaces de pensar de manera objetiva, y se dejaban llevar por su subjetividad, sus intereses y sus deseos egoístas. Tal vez tendría que haberlo sospechado, claro, ¿cómo es posible fiarse de unas personas que le ponen Mar Tillo de nombre a su hija, aunque sea debido a un desafortunado olvido?

O como lo de obligarme a estudiar Derecho. No era lo mejor para mí, y si ellos me hubieran conocido como deberían, o hubieran actuado con un poco de cabeza, se habrían dado cuenta de que no era la mejor decisión para una chica como yo. Y sí, llevo años ganándome la vida en el mundo legal, no para echar cohetes, pero está claro que me defiendo. Ojalá pudiera decirte que soy una abogada de la leche, que me como el mundo o me planto ante quien sea y me mantengo firme como una roca. He conocido abogadas que son así, y la verdad es que todas me dan miedo. Yo soy un pececillo nadando entre tiburones. No puedo vencerlos atacando porque mis dientes no les hacen nada, y si utilizan una táctica ofensiva llevan todas las de ganar, así que mi única opción es escurrirme y tratar de deslizarme por su punto ciego.

Confiaba en que mis padres estarían conmigo para siempre, pero luego a mi padre se lo llevó un infarto mientras dormía. Puedes decirme que es el orden natural de las cosas, que tampoco es que él fuera buscándolo, y sí, tendrías razón, pero eso es lo que pasa con la confianza ciega. Tú la depositas en algo, o en alguien, y a veces viene la vida a darte un sopapo en la cara para que

espabiles.

Confiaba en que mi madre siempre me apoyaría, pasara lo que pasara y fuera el momento que fuera. Qué demonios, es mi madre, cómo no iba a confiar en ella, ¿no? Pues nada, ahí estaba de nuevo la vida agazapada en un rincón con el sopapo preparado para asestármelo en la cara. Después de que Santi me dejara, acudí a ella con el corazón destrozado y el alma rota en mil pedazos. Buscaba consuelo y comprensión, no sé, amor materno, ayuda, lo que fuera. ¿Sabes qué fue lo que me dijo?

—Tranquila, cariño, hay muchos peces en el mar y estoy segura de que una mujer como tú puede salir adelante después de esto.

—¿Salir adelante?

—Claro, cariño. Encontrarás a otro y reharás tu vida.

—¿Encontrar a otro? Mamá, no quiero encontrar a nadie, quiero estar con Santi.

—Pues está claro que Santi no quiere estar contigo, ¿no?

Después de la muerte de mi padre, mamá pasó unos cuantos meses de duelo en los que yo la visité casi a diario. Además, íbamos todos los sábados a comer con ella, lo que fuera por hacerle compañía y que no se sintiera sola. En algún momento le insistí en que hiciera cosas que la mantuvieran ocupada. Me enteré de que una de sus vecinas acababa de quedarse viuda también y les organicé un encuentro. Al día siguiente me llamó entusiasmada. «Ay, cariño — me dijo—, hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien». Resultó que tenían muchas cosas en común y que cuando estaban juntas el tiempo se les pasaba volando, así que empezaron a pasar juntas la práctica totalidad del día. Un par de semanas después habían hecho grupo con otras mujeres de su edad y localizarla se había convertido en una tarea casi imposible.

—Mamá, no es eso lo que necesitaba oír, ¿sabes?

—¿Vienes porque quieres que te diga lo que quieres oír o para que te diga lo que tienes que oír?

—Para que me mimes, que para eso eres mi madre.

—Lo que no te mata te hace más fuerte, cariño. Y esto no te mata.

Yo no quería ser más fuerte, así que tampoco me servía de mucho. La cosa no pasó de ahí, tal vez hubo algún intercambio de frases más, no lo recuerdo. Ni ella se ofreció a venir para echarme una mano, ni yo se lo pedí. La verdad era que me aterraba la posibilidad de que tenerla en casa todo el día fuera demasiado agobiante, y bastante tenía yo ya con lo que estaba pasando. Aunque admito que, cuando echo la vista atrás, me hubiera gustado que, al menos, se ofreciera o me preguntara si necesitaba algo.

Mar hizo un sonido que sonó como un bufido y se quedó un momento mirando al frente, a la colección de botellas que se exhibían en la vitrina que había al otro lado de la barra.

—Reconozco que me ha sentado un poco mal que se vuelva tan independiente. Que en parte es maravilloso ver que rehace su vida, o que al menos no se apaga y se marchita tras haber perdido a su marido. Que luego, cuando nos vemos, todo son besos y abrazos y cariños hacia los niños y hacia mí, eso por supuesto, pero no sé si me entiendes lo que quiero decir.

—El clásico ni contigo ni sin ti, ¿no?

—Eso es. Tener a mi madre todo el día en casa habría acabado en guerra civil. Sería como volver a la adolescencia, se pasaría las horas señalando cualquier defecto, que si la casa está sucia, que si los niños llevan el pelo demasiado largo, que si cómo voy con esas pintas, que si llegaré tarde, que si paso demasiado tiempo haciendo lo que sea, o demasiado poco, que si tendría que darle a los niños comida más saludable... Sin embargo, a veces uno no quiere algo y al mismo tiempo quiere que se lo ofrezcan y que lo peleen un poco.

—Las mujeres sois muy complicadas. Los hombres queremos algo o no lo queremos. Y ya está.

—No seré yo quien te lleve la contraria.

Cuando Santi y mis hijos aparecieron en el *Hola* acompañados de Doña Perfecta y sus piernas interminables, mi madre me llamó. Era de esperar, claro, como lectora empedernida de revistas de cotilleo que es.

—¿Cariño?

—Hola, mamá.

—¿Cómo es posible que no me hayas dicho que Santi estaba saliendo con esa modelo?

—No hemos hablado mucho estas semanas, mamá.

—¡Estuvimos hablando el otro día, Mar!

—Mamá, me llamaste para preguntarme si podía grabarte el capítulo de la serie esa que ves de médicos, te respondí que sí, me dijiste que fenomenal, y cuando te quise preguntar qué tal estabas ya me habías colgado.

—Hija, pues me vuelves a llamar.

—La verdad, si te hubiera vuelto a llamar lo primero que te habría preguntado es cómo has pasado de ver *Sálvame* a *El ala oeste de la Casa Blanca*.

—Hay que diversificar, cariño.

—No has diversificado en la vida, mamá.

—Nunca es tarde si la dicha es buena. Y además salen Martin Sheen y Rob Lowe, que siempre me han parecido muy atractivos. Pero no me cambies de tema. ¡Me he tenido que enterar por el *Hola* !

—Ya.

—¿La has conocido en persona? ¿Es tan guapa como en la tele?

—Es bastante fea —respondí—. Tiene los ojos asimétricos y los labios hinchados. Y las tetas tan operadas que parece que le van a estallar de un momento a otro.

Mi madre soltó una carcajada. Mi tono no había sido humorístico, en realidad no había nada de verdad en eso, pero, a ver, a quién quería engañar, cualquiera con dos ojos podía ver que Doña Perfecta era, eso, perfecta.

—Ay, Mar, si la envidia fuera tiña.

—Pero las tetas las tiene operadas, seguro —me defendí.

—Es guapísima, Mar, las cosas como son. Santi ha cazado un pez gordo.

—Ojalá fuera gorda, al menos no tendría que estar escuchando estas tonterías.

—¿Y los niños cómo lo están llevando?

—La odian.

—Encantados, ¿verdad?

—La novia de papá es famosa. La adoran —admití.

—Qué monos son.

—Hablando de eso, también adoran a su abuela.

—Ay, hija, ya lo sé, tenemos que vernos. A ver si el próximo fin de semana puedo escaparme a Madrid.

—El próximo fin de semana están con su padre —gruñí. Estuve a punto de escupir entre dientes algo rollo: «Y con esa fulana».

—Bueno, pues al siguiente... ay, no, el siguiente me voy con estas a pasar el día en Toledo. Te asombrarías si supieras las facilidades que dan a las personas de mi edad para viajar y hacer excursiones.

—¿Te has apuntado al IMSERSO?

—¿Al qué? No, cariño. Y no me cambies de tema otra vez. ¿Crees que podré conocerla?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A la nueva novia de tu exmarido.

—¿Quieres conocer a la nueva novia de Santi? —pregunté, francamente asombrada.

—Claro.

—Mamá, cuando te conté que había conocido a un hombre no tuviste el menor interés en conocerle, ¿y ahora quieres conocer a la novia de Santi?

—A ver, Mar, no te pongas tan intensa. Tú conociste a un hombre como yo puedo conocer al gato del vecino. ¿Cuánto estuviste con él?

—Una noche.

—Una noche, cariño. Lo de Santi parece que va en serio, ¿no crees?

—No, no lo creo.

—¿Cómo se llamaba ese hombre tuyo?

—Carlos.

—Uy, no sé por qué pensaba que se llamaba José.

—No, se llamaba Carlos.

—Te pregunté si ibas en serio. ¿Y qué me respondiste?

—Que no pensaba volver a verle.

—Que fue una encerrona de tu amiga, eso me dijiste también. Y aun así te pedí que me lo enseñaras en Fisbuk.

—Facebook, mamá.

—Me da igual cómo se pronuncie. ¿A que te lo pedí?

—Sí, mamá. —La verdad, no sé para qué había dicho nada; que Doña Perfecta tuviera tantas atenciones me fastidiaba, esa era la verdad.

—Y me lo enseñaste. Y qué quieres que te diga, Mar, comparar a José...

—Carlos.

—Comparar a Carlos con el pibón que se ha ligado tu exmarido, pues qué quieres que te diga.

—¿Pibón? ¿Quién eres y qué has hecho con mi madre?

—¿Qué pasa? ¿No puedo utilizar palabras de jóvenes? Si quieres me pongo a hablar en latín.

—Mejor será que no —suspiré.

—Bueno, ¿y crees que voy a poder conocerla?

—No lo sé, mamá.

—Quiero preguntarle si es verdad que la rutina de ejercicios del libro que sacó es tan buena como dice. ¿Se lo podrías preguntar tú, cariño?

—¿La rutina de ejercicios? —Estaba tan estupefacta que no alcanzaba a comprender lo que me decía.

—¿No tienes su libro de *fitness* ?

—¿También ha sacado un libro de *fitness* ? —En realidad, no sé por qué me sorprendía. ¿Había algo que Doña Perfecta no supiera hacer a la perfección?

—A veces no sé en qué mundo vives. Es un libro muy bueno.

—¿Desde cuándo te interesa a ti el *fitness*, mamá?

—¿Desde cuándo no te interesa a ti?

—Bueno, me resulta un poco difícil salir a correr desde que no tengo horas suficientes en el día ni para ducharme como Dios manda.

Cosa que, por cierto, me fastidiaba bastante. Nunca he sido una obsesa del ejercicio, pero yo salía a correr todos los días antes de que se pusiera de moda el *running*. Intentaba encontrar mis cuarenta o cincuenta minutos para dedicarlos a estar en forma, aunque también es verdad que el objetivo principal no era ese. Me gustaba tener ese rato para mí sola, un tiempo para dejar que mi mente vagara sin dirección, sin los agobios de los estudios o del trabajo, sin tensiones de ningún tipo, concentrada únicamente en respirar.

Luego llegaron los embarazos, el trabajo empezó a exigirme cada vez más tiempo, los niños me absorbieron por completo, y un día dejé de llevarme la bolsa de deporte al despacho. Poco después me desapunté del gimnasio porque apenas lograba ir un día a la semana y ya no me salía rentable. Y luego, después de que Santi se marchara, el simple hecho de pensar en salir a correr ya resultaba demasiado utópico. Lo echo de menos. A veces cuando veo las zapatillas al fondo del armario, o cuando veo a la gente que corre en el parque por las mañanas, siento una punzada de envidia.

—¿Se lo preguntarás por mí o no?

—No lo creo, mamá. No quiero tener nada que ver con esa mujer.

—Uy, hija, el rencor no te va a llevar a ningún lado.

—¿No tienes el teléfono de Santi? Siempre puedes llamarlo tú misma.

—Eso sería un poco invasivo, ¿no crees? Para una cosa que te pido.

—Si quieres le pregunto también qué tipo de sujetadores usa para levantarse las tetas de esa manera. O qué pintalabios se pone. O si conoce alguna técnica especial para llegar al orgasmo, no te fastidia.

—¡Mar! —exclamó, falsamente ofendida—. La verdad es que eso último creo que ya no lo voy a volver a catar.

—¡Mamá! —exclamé yo. Era mi turno de sonar falsamente ofendida.

Me eché a reír, lo reconozco. A ver, es cierto que me repateaba por dentro que todo el mundo alabara a Doña Perfecta, pero qué demonios, por mucho que me resistiera a admitirlo, lo cierto es que la chica era un bombón. Y qué le voy a hacer, si además la comparabas con Carlos sería como comparar el *David* de Miguel Ángel con el *Ecce homo*.

Ay, a veces hablo demasiado, ¿verdad? Santi solía bromear con eso, con que a veces abro la boca, empiezo a soltar palabras y acabo hilando una historia con otra creando un embrollo incomprensible. Ahora mismo te debes estar preguntando qué hago aquí, bebiendo como si fuera uno de esos borrachos que salen en las películas y en los chistes, a los que el camarero tiene que echar a patadas para poder cerrar.

Esto ha sido solo, cómo decirlo, el prólogo.

Lo que me ha traído hasta este bar esta noche comenzó hace dos semanas y media. Esa mañana empezó mal desde el principio. Me di un golpe con un cajón abierto cuando entraba al baño que me dejó un moratón, el agua caliente no funcionaba y tuve que ducharme con agua helada, los niños estaban remolones como cualquier otro día, pero especialmente picajosos. Esther chinchaba todo el tiempo a Álvaro y él se echaba a llorar a la mínima. Me quemé con el café, me dejé en casa el bolso y tuve que aupar a Álvaro para que entrara por una ventana y abriera la puerta desde dentro, de camino al colegio casi atropello a una señora que cruzó sin mirar hacia los lados... Imagínate cómo sería que, cuando los niños se bajaron del coche y me quedé sola, hasta murmuré que para que el día fuera totalmente trágico solo faltaba que apareciera Doña Perfecta con un anillo de brillantes en el dedo.

No era eso lo que el destino tenía reservado para mí.

Teníamos el despacho en el centro, en la planta baja de un edificio antiguo. Pagábamos una porquería por el alquiler y el sitio cumplía con las

necesidades, aunque era cierto que daba cierta imagen de viejo. Habíamos convertido el salón y el vestíbulo en una sala de espera, y las dos habitaciones en dos despachos que empezaban a estar demasiado llenos de archivadores y carpetas, por más que habíamos desplazado al trastero gran parte de la documentación. La verdad es que necesitábamos como agua de mayo una buena digitalización. La nueva ley nos estaba obligando a adoptar las tecnologías por la fuerza, pero aún utilizábamos demasiado papel. Cosas de la costumbre.

Llegué al despacho casi a las diez. Abrí la puerta usando mis llaves y crucé como una exhalación hacia mi despacho. Iba pensando en las cosas que tenía pendientes, intentando hacer una lista mental para luego no dejarme nada, aunque por lo general la rutina diaria me obligaba a abandonar por el camino todas las esperanzas de llegar a la noche sin tareas inacabadas.

Tardé unos segundos en notar que pasaba algo raro. Me detuve junto a mi mesa y miré alrededor, sin comprender qué pasaba. Te juro que debió ser una imagen bastante ridícula. Miré en todas direcciones, e incluso me pregunté si no me habría equivocado de puerta y, por alguna casualidad absurda, mi llave había funcionado en otra cerradura. Sin embargo, allí estaba el marco que Álvaro hizo por el día de la madre, con la fotografía de los dos abrazándonos. De no ser por eso, tal vez habría salido a la calle para asegurarme de no haberme equivocado de lugar. Sin embargo, el marco estaba ahí, y eso era lo único que había.

Hacía más de dos años que no veía la superficie de la mesa tan limpia. De hecho, esas cosas en las que se fija el cerebro cuando no viene a cuento, me sorprendió descubrir la de arañazos y golpes que herían la madera. No había ni un solo papel, ninguna carpeta, nada de notas. Las estanterías también estaban vacías. Se habían llevado hasta los libros de leyes que todos los abogados del mundo tenemos y lucimos en nuestras oficinas y que solo están ahí para coger polvo, porque no los abrimos nunca. El despacho estaba vacío, saqueado. Ni una sola carpeta, ni un solo archivador. Toda la documentación,

desaparecida.

Con el corazón en un puño y una sensación de angustia indescriptible, salí a la carrera de mi despacho y me metí en el de Elena. Solté un grito al ver que estaba tan desierto como el mío. Saqué el teléfono del bolso, no pude evitar que se me resbalara de las manos un par de veces. Me temblaba todo, sentía un pánico incomprensible. Todavía no alcanzaba a comprender lo que estaba pasando.

—Mar.

—¡Elena! —grité—. ¡Elena, que nos han robado!

—¿Cómo?

—Que nos han robado, que se han llevado todo. Los archivos, las carpetas de casos, los ordenadores, ¡todo!

—Mar...

—¿Para qué demonios podrían querer las carpetas y los archivos? ¡Se han llevado hasta los libros!

Ese es el problema de la confianza ciega, que te hace quedar como una profunda gilipollas.

—Mar, nadie nos ha robado.

—Que sí, que estoy en el despacho ahora mismo y lo estoy viendo con mis propios...

—Mar.

Su tono de voz era tan cortante que dejé a medias mi frase.

—Mar, nadie nos ha robado nada. Siento que las cosas sean así, pero creo que es lo mejor para las dos. Desde que te dejó Santi tu comportamiento es errático, y desde que empezó a salir con esa *miss* has ido a peor. No estás centrada y...

—¿Qué no estoy centrada? ¿De qué estás hablando?

—No se puede llevar un negocio así, Mar. Llegas tarde a todos sitios, pierdes cosas, no estás centrada.

—Pero ¿de qué tonterías estás hablando? Estoy perfectamente...

—Lo siento, me habría gustado que las cosas fueran de otro modo, pero ya he tomado mi decisión.

—¿Tu decisión? ¿Y cuál es tu decisión? ¿Robarme mi parte del despacho, quedarte con todos mis clientes y largarte a vivir de lo que hemos construido entre las dos?

—Es una pena que lo veas así.

Menos mal que estábamos hablando por teléfono. Creo que si la hubiera tenido delante le habría sacado los ojos con mis propias manos.

—No creo que se pueda ver de otra manera, Elena.

—Algunos de tus clientes se habían quejado y me habían pedido que llevara yo sus casos, Mar. No me lo estoy inventando.

A veces hay que hacer un esfuerzo para no responder con voz de burla y usando solo la letra i: «Ni mi li istii invintindi».

—No puedes hacerme esto, Elena. No es justo.

—¿De verdad quieres que hablemos de justicia? Necesitas recomponer tu vida, Mar. Sé que esto es abrupto, pero yo no puedo permitir que me arrastres contigo.

—Serás idiota...

Vale, no dije: «Idiota» exactamente. Tal vez dije: «Hija de puta». Creo que le añadí un: «Zorra», y estoy bastante segura de que incluí las palabras: «Malparida, traidora, ruin, asquerosa y cabrona».

—Lo siento, Mar.

—Al menos ten la decencia de decir las cosas como son. Si lo sintieras no habrías hecho esto. Tengo dos hijos, ¡los conoces! ¿Qué quieres que les dé para comer ahora? ¿Suelas de zapato?

—Voy a colgar, Mar.

—Sí, cuelga. Está claro que es así como haces las cosas, largándote de tapadillo sin dar la cara. Menuda amiga de mierda. ¡Fuiste una trepa desde el primer momento!

Ya había colgado, pero me desquité con el teléfono.

Así que ahí me tienes, hace dos semanas y media, estafada por una socia a la que consideraba mi amiga, sin tener ni la menor idea de qué hacer a continuación e incapaz de pensar en otra cosa que no fuera mi cuenta bancaria. Hace demasiado tiempo que vivo al límite, estirando como un chicle cualquier ingreso que tengo, que, encima, por ser autónoma nunca sabes cuándo va a llegar el siguiente. Con la pensión de alimentos que me pasaba Santi no iba a ser suficiente, y todavía quedaban un par de semanas para que entrara el próximo pago. Lo único en lo que podía pensar era en encontrar a Elena y asesinarla de una manera cruel y dolorosa.

Pero ¿qué iba a hacer para solucionar esto? Sinceramente, no tenía la menor idea en ese momento y sigo sin tenerla.

5. Nunca vienen solos

—Mamá.

No sé cómo explicar lo desagradable que es la sensación de estar ahogándote por dentro y tener que modificar la expresión de tu cara para componer una sonrisa. Sin embargo, uno siempre mira por el bien de sus hijos, es posible que alguna vez no lo consiga, pero yo intento que me vean siempre con una sonrisa, la barbilla bien alta y la mirada al frente. Esos días, sin embargo, se me estaba haciendo cuesta arriba.

Me despertaba por la mañana con la sensación de estar aumentando de tamaño mientras que las paredes se hacían cada vez más pequeñas, estrechando el espacio y amenazando con aplastarme en cualquier momento. Deambulaba por la casa como una muerta viviente y apenas lograba despertar de ese letargo para preparar los desayunos de los niños y llevarlos al colegio. El viernes, después de que se metieran en clase, me quedé dentro del coche, con las manos sobre el volante, durante casi dos horas sin apenas moverme, la mente en blanco, sin saber ni a dónde ir ni qué hacer. Llevaba tanto tiempo siguiendo una rutina que ahora que estaba rota no tenía la menor idea de qué hacer con mi vida.

Esa misma noche, estaba lavando los platos de la cena mientras intentaba no echarme a llorar, cuando entró Esther en la cocina. Tragué saliva y me froté los ojos con la mano para intentar ocultar lo que sentía de verdad.

—Dime, cariño.

—Hoy nos han dicho a dónde nos vamos de viaje de fin de curso. Lo van a adelantar a abril para que siga habiendo nieve.

—¿Ah, sí?

—Es una pasada, mamá. —Estaba entusiasmada, abrió la nevera para coger un yogur y se sentó sobre la encimera, a mi lado. Yo intentaba no mirarla a los ojos y seguía lavando los platos.

—Una pasada —repetí.

—Vamos a ir a Baqueira. A esquiar, ¿sabes?

—Claro —respondí.

—¿No te parece una pasada?

Quería responder y parecer lo más normal posible, pero te juro que tenía una bola de pelo atascada en la garganta impidiéndome hablar. Apreté los labios para evitar que mi niña pudiera notar que estaban empezando a temblarme, y asentí con la cabeza. En mi cerebro se amontonaban cifras, iluminadas como luces de neón sobre fondo negro, en un intento de calcular por cuánto podría salir la broma. Viaje más hotel, más comida, más ropa que tendría que comprar porque la del año pasado seguro que le quedaba pequeña, más el alquiler de los esquís, más... La angustia empezaba a pesar como una losa.

—Siempre he querido ir a Baqueira —dijo mientras rebañaba el yogur—. ¿Crees que se me dará bien esquiar?

—Todo se te da bien, cariño.

Juro que intenté decirlo con toda la tranquilidad posible, pero me salió un pequeño gallo en mitad de la frase y se me descompuso el cuerpo hacia el final; lo que salió no podría denominarse lamento, pero estaría bastante cerca. Y claro, Esther es una niña, pero de tonta no tiene un pelo. Se me quedó mirando y dejó el yogur vacío sobre la encimera.

—¿Mamá?

—Dime, cariño. —Sonreí, a duras penas, y la miré, rezando para que se tragara mi cara de «aquí no ha pasado nada».

—¿Qué te pasa?

—Nada, mi vida. ¿Por qué lo preguntas?

Ella entrecerró los ojos y me escrutó con la mirada.

—¿Qué pasa?

—He tenido un mal día en el trabajo, cariño, pero de verdad que no me pasa nada.

No se lo tragó, estoy absolutamente convencida de ello, pero lo dejó pasar. Tal vez pensó que eran cosas de mayores y que intentara lo que intentara no se lo iba a contar. No lo sé. Con su mirada me dijo suficiente, que sabía que ahí pasaba algo, pero estaba dispuesta a concederme mi espacio. Y yo intenté darle las gracias también en silencio. Lo que no pude evitar fue romper a llorar en cuanto salió de la cocina.

Antes, cuando estaba baja de ánimo, me gustaba salir a correr, ponerme unos cascos y dejar que la música y el aire en la cara me despejaran la mente. La sensación de moverme sin tener que estar atenta a nada más que a mi propia respiración siempre me ha parecido liberadora. Eso fue antes de que la vorágine a la que llamamos vida me absorbiera y encontrar tiempo para correr resultara tan extraño como plantearme resolver una ecuación trigonométrica. Así que llevaba cuatro días sin saber qué hacer, regresando a casa después de dejar a los niños en el colegio y sentándome a mirar la pantalla apagada del televisor, dejando correr las horas y presa de una sensación de impotencia terrible.

A veces me daba por pensar que lo mejor que podía hacer era llamar a Elena y gritarle improperios por teléfono. No iba a servir de mucho, pero al menos me iba a quedar a gusto.

Luego recordaba que cuando algo pasaba siempre tenía al lado a Santi para apoyarme y recomponerme. Así había sido desde que nos conocimos. Él estuvo a mi lado cuando murió papá, y ese fue un duro golpe para mí. Y también había estado a mi lado cuando el negocio no parecía despegar, y él me daba ánimos y me aseguraba que todo iba a salir bien, y cuando él lo decía parecía que podía ser cierto. Y con tantas otras cosas.

Ahora estaba sola. Nadie iba a consolarme, nadie iba a apoyarme. Pensé en llamar a las chicas, a Blanca, a Lucía o a Silvia. La vergüenza que me daba reconocer que no tenía la menor idea de qué hacer a continuación me impedía

siquiera agarrar el teléfono. Y lo mismo pasaba con mi madre. Casi podía oírla diciendo: «Pero, cariño, qué habrás hecho para que se marche». Como si fuera mi culpa, claro. Mi madre tiene una facilidad sobrenatural para convertir cualquier cosa que ocurra en algo de lo que yo soy en parte, o del todo, responsable.

No, no iba a llamar a nadie por esto. No estaba dispuesta a dejar que me miraran con condescendencia, que me hablaran con lástima o que me dijeran frases manidas como: «Algo saldrá, ya verás». O incluso peor: «Cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana». Siempre que oigo esa frase me da miedo preguntar si lo de la ventana es para que saltes y te quites la vida.

En fin, que llevaba cuatro días lamiéndome las heridas cuando se me ocurrió que podía salir a correr. Necesitaba despejar la mente y empezar a ver las cosas con claridad para a tomar decisiones. Porque tenía que tomar decisiones. Me había quedado sin trabajo de la noche a la mañana, me sentía estafada y abrumada, mi cuenta bancaria no tenía pulmón para resistir muchos embates, y esa situación no podía alargarse demasiado o las consecuencias serían catastróficas.

Llevaba sin hacer ejercicio varios años. Creo que te lo he comentado antes. Y, sin embargo, fui a la habitación, me puse unas mallas y rebusqué en el armario hasta dar con unas zapatillas viejas y desgastadas.

De esas que harían que los *runners* de ahora se retorcieran de dolor: sin gel, ni suela para corredoras pronadoras ni supinadoras ni historias de modernos. Unas viejas zapatillas simples, sin colores fosforitos ni nada. Prehistóricas, seguro que dirían.

●***

—¿Y saliste a correr?

—Me tuve que obligar a ello —admitió Mar—. Lo cierto es que cuando ya estaba vestida me miré en el espejo de la entrada y me pregunté: «¿Qué se supone que haces? Así vestida pareces la típica adulta que quiere parecer más

joven. Estás ridícula».

—Seguro que no era para tanto.

—Seguro que no, pero a ver quién es el listo que le responde a esa voz que canturrea maldades en el cerebro cuando uno está al borde de la depresión. Apreté los puños hasta hacerme daño con las uñas, respiré hondo y me dije que podía hacerlo, que me iba a venir bien, y que cuando volviera iba a ver las cosas mucho más claras. Estaba intentando convencerme, claro.

—Y surtió efecto.

—Salí a correr, sí.

—¿Te sirvió?

—Después de varios años sin hacer ejercicio, la verdad es que fue una experiencia penosa y bastante lamentable. Aguanté menos de tres minutos antes de empezar a resollar, y, sin embargo, me negué a creer que podía haber perdido tanta resistencia, y en lugar de dar la vuelta seguí alejándome, hasta que me di cuenta de que estaba a punto de echar hasta la primera papilla. Cuando me detuve, las piernas me temblaban como si estuviera en el Polo Norte. Me agaché y cerré los ojos con fuerza en un intento de ordenarle a mi estómago que me ahorrara la humillación de vomitar en la vía pública.

—O sea que no te sirvió.

—No me sirvió. Ni me aclaré la mente, ni me sentí mejor conmigo misma. De hecho, juraría que más bien lo contrario. Había perdido mi forma física y me sentía tan débil por fuera como por dentro... —Mar ladeó la cabeza para mirarlo como si estuviera dudando, unos instantes de duda antes de tomar aire y decir lo que tenía en mente—. Dios, es bastante ridículo y vergonzoso estar en un bar contándole estas cosas a un absoluto desconocido.

—Después de estar escuchándote durante algo más de media hora me imaginaba que ya no seríamos unos absolutos desconocidos.

—Bueno, puede que tú ahora sientas que me conoces, pero la verdad es que yo de ti no sé nada.

—Sabes mi nombre.

—Me cuesta recordarlo; puede que haya bebido demasiado.

—Hugo. Me llamo Hugo.

—Cierto. ¿Sabes que pensé en llamar Hugo a mi hijo?

—¿Ah, sí?

—Sí. Cuando se lo dije a Santi se mostró horrorizado. No te ofendas, pero no le gustaba nada el nombre.

—No me ofendo, ni siquiera lo conozco.

—Santi es un gran hombre. El mejor, de hecho, pero para determinadas cosas se ponía demasiado tonto. Decía que llamar a un niño Hugo era condenarle a que los otros niños le llamaran besugo, tarugo, mendrugo.

—Lo de besugo me lo han llamado alguna vez, ya te lo había dicho, pero las otras dos creo que ya están excluidas del Diccionario de la Real Academia de la Lengua.

—¿En serio?

Hugo sonrió y le guiñó un ojo.

—Era broma.

—Ah. Vaya...

—De todos modos, nunca me afectó demasiado que me llamaran Hugo besugo. A los tontos, y no te lo tomes como un ataque hacia tu querido Santi, lo mejor es no hacerles caso.

—Con estas cosas sí era un poco tonto. Tampoco quería llamarle Marcos porque decía que se pasaría la vida pensando en marcos de ventanas, de puertas y de fotografías.

—Madre mía, eso sí que es hilar fino.

—Tampoco quería Pelayo porque decía que no vivimos en el siglo II, ni Raúl, ni Roberto, ya no recuerdo todas las razones que daba. Nos pusimos de acuerdo en Álvaro de milagro. ¿Qué te estaba contando?

—Tu experiencia saliendo a correr de nuevo.

—Una pesadilla, eso fue. No sé cómo conseguí mantener la comida en el estómago, pero lo logré. Con las piernas temblándome por el esfuerzo, me

apoyé en la marquesina junto a la que me había parado y me levanté. En ese momento giré la cabeza y vi que el anuncio mostraba a Doña Perfecta sonriendo y mirando al frente con expresión soñadora. Creo que es un anuncio de champú, pero la verdad es que no me fijé mucho. En cuanto noté que mi mano estaba apoyada en su mejilla, casi como si estuviera acariciándola, me aparté con repelús. Mis piernas no habían recuperado la energía y me fallaron en ese momento, así que acabé cayendo hacia atrás, moviendo los brazos así, como si fuera una mariposa intentando echar a volar. Me pegué un señor guarrazo delante de las cuatro personas que estaban esperando al autobús. Dos señoras se me quedaron mirando, como si en lugar de una mujer fuera un objeto ajeno al universo coherente. Un chaval con pendientes en la nariz y el pelo teñido de púrpura soltó una carcajada y miró hacia otro lado, supongo que para no seguir cachondeándose de mí. El único que se agachó a ayudarme fue un hombre con todo el aspecto de acabar de salir de una obra. Juro que aún tenía las manos manchadas de yeso, o qué se yo.

—Ay, dios mío —murmuró mientras me agarraba del codo y tiraba de mí hacia arriba—. ¿Qué te ha pasado, chiquilla? Te has caído para atrás así como si nada. Ya se te veía pachucha cuando estabas agachada, pero no creí que fueras a desmayarte. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, gracias —logré decirle entre dientes. No podía parar de pensar que la sonrisa de Doña Perfecta en ese maldito anuncio de champú era una burla por la absurda caída que acababa de presenciar. Tenía la mirada perdida y, de alguna forma, al mismo tiempo parecía estar evitando mirarme directamente, como el chaval del pelo púrpura, para no soltar una carcajada en mi cara. Ni en los malditos carteles podía dejarme en paz. Y vale, sé que puede que esté exagerando... Pero tendrías que haberla visto, con esa maldita sonrisilla de labios carnosos y dientes que se entrevén brillantes y blancos, el pelo ondulado con un halo divino iluminando desde atrás. Perfección angelical,

diría yo.

—Chiquilla, si te encuentras mal puedo esperar contigo hasta que venga una ambulancia.

—No, de verdad que no, que ya me encuentro mejor, es que me ha fallado la rodilla.

—¿De verdad?

—De verdad, muchísimas gracias por ayudarme. Me siento tan...

No terminé la frase porque me di cuenta de que el hombre se había quedado embobado, mirando a la nada. Solo que, en cuanto seguí su mirada, descubrí que no estaba mirando a la nada, sino al anuncio de champú. El hombre debió darse cuenta y sentirse incómodo, porque parpadeó y sacudió la cabeza como si se le hubiera ido el santo al cielo.

—Perdona, chiquilla, es que... me parece una moza muy guapa.

Se me escapó un gruñido de resignación. Por supuesto que le parecía *una moza* muy guapa, ¿cómo no parecérsele? ¿Cómo no sentir la necesidad de restregármelo por la cara? Volví a darle las gracias y me largué de allí renqueando con mis piernas temblorosas y la respiración aún agitada por el remedo de ejercicio físico que había hecho. La imagen más viva del patetismo que podrás encontrar en tu vida.

Todavía no había llegado a casa cuando empezó a sonar el teléfono. Era un número desconocido.

—¿Sí?

—¿Mar?

Era una voz femenina, dulce y agradable, que no reconocí.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Irene.

Sinceramente, me costó un momento darme cuenta de quién era. Estaba tan acostumbrada a referirme a ella como Doña Perfecta, y era la última persona que podía esperar que me llamara; me quedé un momento con la mente en blanco, y de repente, me aparté el teléfono de la oreja como si quemara. Miré

la pantalla, pero en esta solo aparecía aquel número que, obviamente, yo no tenía grabado en la agenda.

Volví a poner el teléfono junto a mi oreja, muy despacio.

—Hola, Irene —dije intentando que mi voz sonara amable, alegre y feliz. Vamos, todo lo que no sentía en aquel momento, pero que hubiera dado el brazo izquierdo por conseguir que ella percibiera—. ¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?

No sé, algo como que te ayude a ingerir arsénico o a mantenerte la cabeza debajo del agua. Yo encantadísima de echarte un cable.

Zorra.

Hay cosas que no se pueden decir, claro.

—No, no... es que, verás...

Sin darme cuenta, había dejado de andar y estaba parada en mitad de la calle. Seguía sin comprender para qué demonios podía querer llamarme. Y de dónde mierdas había sacado mi número.

—Se trata de Álvaro —acabó sentenciando.

A ver cómo describo ese momento. Durante un segundo, tal vez menos, ni siquiera comprendí lo que había dicho. ¿De qué Álvaro me hablaba? Luego se hizo la luz en mi cerebro y la pregunta cambió. ¿Álvaro? ¿Qué le ha pasado a Álvaro? En ocasiones el cerebro funciona más deprisa que el resto del cuerpo y cientos de pensamientos se agolparon, se amontonaron, sobre mí. Había dejado a Álvaro en el colegio hacía unas horas y estaba perfectamente. ¿Y qué demonios podía estar pasando que provocara que me llamara Doña Perfecta? Seguía siendo horario escolar, Álvaro tenía que seguir en clase. ¿Se había escapado? Mi hijo no haría algo así. ¿No sería eso lo que piensan todas las madres cuando sus hijos hacen cosas de las que no les creen capaces, como escaparse? ¿Me había convertido en una de esas mujeres incapaces de entender a sus hijos, que no sabían lo que hacían? ¿Mi hijo prefería de verdad huir hacia esa mujer en lugar de venir a mí? ¿Era una extraña para mi hijo? O peor, ¿era una carga? ¿Había un muro entre nosotros? Y mejor no dejemos

paso a la caja negra que asoma por ahí detrás, en ella se encuentran los pensamientos terribles. ¿Ha ocurrido algo grave? ¿Se encuentra bien Álvaro? Y de nuevo, ¿qué demonios estaba pasando para que fuera *ella* la que me llamara a mí?

—Álvaro... —logré murmurar, muy despacio, como si su nombre fuera el borde de un abismo al que no quisiera asomarme. Tenía miedo. Que tire la primera piedra la primera madre que, al escuchar: «Se trata de tu hijo» no sienta el acojone apoderándose de su cuerpo.

—No te vayas a alarmar...

Estuve a punto de soltar una carcajada. Que no me alarme, como si fuera tan fácil. Doña Perfecta no tenía ni puñetera idea de cómo funcionan las dinámicas madre-hijo. Al menos me queda el consuelo de saber que en eso estoy por delante de ella.

—¿Qué pasa? —pregunté. Quise mostrarme firme, pero la voz me salió aguda y alarmada.

—Estamos en el hospital, creo que *glurl kan teich morl anfus labasti*.

Más o menos eso fue lo que creo que dijo. Lo que mi cerebro comprendió, desde luego. Después de la palabra *hospital* mis receptores neuronales se bloquearon, y el resto, lo mismo dio que lo hubiera pronunciado en chino cantonés o en *klíngon*.

—¿Qué?

—Deberías venir...

—¿Qué hace en el hospital? ¿Por qué?

—Es lo que te acabo de decir, Mar. Creen que tiene apendicitis. No es grave, pero...

Bueno, ahí respiré un poco al menos. Apendicitis. Comprendía esa palabra y no era algo de extrema gravedad. Obviamente, ninguna madre quiere que su hijo pase por quirófano jamás, pero si ha de hacerlo, una operación de apendicitis es una de esas cosas que no suenan a caos y destrucción.

—¿Por qué me estás llamando tú? —pregunté de repente, más brusca de lo

que debería, casi agresiva.

—Me llamó el colegio hace una hora. Pensé... no sé, supuse que ya te habían llamado a ti y que intentaban ponerse en contacto con Santi, pero él está de viaje, y cuando he llegado al hospital y he visto que no estabas...

—¿Una hora?

Una maldita hora. Sesenta minutos en los que mi hijo había estado sufriendo un dolor que no habría sabido reconocer. Sesenta minutos en los que le habían trasladado al hospital, le habría atendido un médico y tal vez hecho alguna clase de análisis. Sesenta minutos en los que no había tenido a su madre al lado.

—Más o menos...

—¿Por qué demonios no me llamaron a mí? —grité. Me había puesto en movimiento, de hecho estaba corriendo hacia casa, ya con el único objetivo de coger las llaves, montarme en el coche y salir disparada hacia el hospital.

—No lo sé... Yo creía que lo habían hecho...

Por más que deseara cargar contra Doña Perfecta por cualquier minucia, hasta en ese momento de agobio comprendí que ahí ella era la que menos culpa tenía. Oh, tenía ganas de gritar, sí, de despedazar a alguien, sí, pero no habría sido justo que fuera ella. Le pedí que me dijera en qué habitación estaba Álvaro y colgué. Ahora solo tenía tiempo para correr y llegar hasta mi hijo, pero la furia que se estaba acumulando en mi estómago exigiría revancha tarde o temprano. Alguien en el maldito colegio iba a escuchar mis gritos, vaya que sí. Y porque no tengo una guillotina disponible.

Me oyeron, desde luego. La profesora de mi hijo se excusó: «Como siempre estás tan ocupada pensé que lo mejor sería llamar a Irene». Básicamente le respondí que yo nunca estaría tan ocupada como para no hacerme cargo de mis hijos, que puede que llegara tarde a recogerlos, que no fuera puntual al llevarlos, que fuera un desastre en muchas otras cosas, pero el primer contacto del colegio siempre, y remarqué ese *siempre* con fuerza, siempre debería ser yo. Que a quién demonios se le ocurre llamar a otra persona que no es la

madre del niño cuando tienen que operarlo.

Llegué al hospital a tiempo para darle a Álvaro un beso antes de que se lo llevaran a quirófano. Le estreché la mano y le dije que no se preocupara, que en un rato volvería a estar bien y que además tendría una cicatriz preciosa de la que podría presumir. Tenía los ojos llorosos y una expresión atemorizada que me encogió el corazón, pero juraría que eso último le hizo sonreír.

—¿Una cicatriz?

—Podemos decir que te la hiciste en las guerras clon —aseguré, guiñándole un ojo. No tengo ni idea de lo que son las guerras clon, pero sé que están relacionadas con *Star Wars* y que eso le gusta.

Definitivamente, aquello le hizo sonreír. Luego, el enfermero se disculpó y se llevaron la camilla. Me quedé quieta y sin saber qué hacer, con ganas de romper a llorar y muerta de la preocupación. Tardé un momento en darme cuenta de que Doña Perfecta estaba en la habitación, en un discreto segundo plano, de pie junto a la pared y con las manos cruzadas delante del cuerpo, luciendo un vestido que resaltaba sus formas de una forma exquisita. Me miró mientras se mordía el labio inferior, con una expresión incómoda.

—Hola —dije.

—Hola, Mar.

—Gracias por llamarme.

—De nada.

No sabía qué más decir. En ese momento, ni siquiera la odiaba.

Bueno, un poco sí, pero no tenía fuerzas.

—¿Has... hablado con Santi? —logré preguntar a duras penas.

—Sí. Iba a tomar un avión para volver.

—Ah.

—No es una operación complicada. Será una hora, puede que algo más, y estará bien.

Asentí. En el fondo, agradecí que tratara de hacerme sentir cómoda y tranquilizarme. Qué demonios, también era perfecta en su actitud.

—¿Quieres tomar algo... eh, mientras esperamos?

—Me gustaría estar aquí. Por si tienen que decirme algo.

—Claro... Puedo traerte algo del bar, si no.

No me apetecía tomar nada, tenía el estómago revuelto y encogido, pero tampoco me parecía bien rechazar su ofrecimiento.

—Una *light*, gracias.

—Vale. Ahora vuelvo, entonces.

Se la notaba cohibida, creo. Tampoco puedo asegurarlo. Pasó junto a mí con una sonrisa comprensiva y dejó en el aire un olor a lavanda. Logré aguantar hasta que la puerta se cerró y me quedé sola en la habitación, y entonces rompí a llorar. No era el hecho de que a Álvaro fueran a operarle de apendicitis. Era la rabia acumulada, el desasosiego que me producía ver que mi vida estaba escurriéndose entre mis dedos y que empezaba a descarrilar sin que pudiera hacer nada para detenerlo. Primero mi matrimonio, luego mi trabajo, y ahora el colegio prefería llamar a la nueva novia de mi exmarido antes que a mí, alegando que yo era un desastre.

Había conseguido controlar el llanto cuando el teléfono empezó a vibrar en el bolsillo. En la pantalla aparecía el nombre de mi casero, Gustavo. A ver cómo me explico. De él siempre había pensado que era un buen hombre, de trato amable y educado, pero con el don de pillarte por banda siempre cuando peor venía. Respondí a la llamada porque, conociéndole, si no lo hacía volvería a llamar cinco o seis veces antes de darse por vencido y mandarme catorce o quince mensajes preguntando si podía ponerme en contacto con él. Era su *modus operandi*. Santi solía bromear diciendo que era peor que una madre obsesiva, y yo no podía llevarle la contraria en eso.

—Hola, Gustavo. No me pillas en buen momento.

—Ay, perdona, Mar. Tengo que hablar contigo de algo urgente.

Eso también formaba parte de su *modus operandi*. Para Gustavo cualquier cosa que se le pasara por la mente tenía carácter de urgente. Nunca debió asistir a una de esas clases para profesionales donde te enseñan a diferenciar

entre lo urgente, lo importante y lo prioritario. Que han subido el recibo del gas, pues urgente. Que hay un arañazo en la puerta y necesita pintura, pues urgente. Que se ha caído un pelo al suelo y nadie lo ha barrido, pues urgente. Y así con todo.

—Gustavo, están operando a Álvaro.

—¿A tu hijo?

—Sí.

—¿Algo grave?

—No, apendicitis. ¿Podemos hablar luego?

—Es solo un momento, Mar. ¿No te importa?

—La verdad es que un poco sí, Gustavo.

—Es urgente.

—No tengo la menor duda. ¿Podemos hablar en otro momento?

—Vale, eh... ¿Me paso luego por la casa?

—No lo sé, hablamos luego.

Y colgué, porque si le hubiera dado cuerda, todavía estaría hablando con él de cosas urgentes. Después, tomé conciencia de lo cansada que estaba y me dejé caer en la silla para las visitas. No sé si lo hacen a propósito, pero menuda cosa más incómoda, por el amor de Dios. Entre eso y sentarse en una piedra no sabría decirte qué prefiero.

Me quedé allí, abstraída en la nada, observando las partículas de polvo que se movían en el ambiente y que estaban iluminadas por el haz de luz que entraba por la ventana. No sé cuánto tiempo pasó hasta que Doña Perfecta regresó a la habitación con una Coca-Cola Light para mí. Estaba fría y el primer trago me supo a gloria bendita.

—¿Cómo estás?

—Agobiada, supongo.

—Normal... Yo, eh... si quieres que me vaya...

—No, da igual.

Qué le iba a decir, claro. No me apetecía tenerla allí, pero en ese momento

estaba tan cansada y tan sobrepasada que no tenía tiempo para canalizar el odio que le tenía. No sé cuánto tiempo duró la operación, ni tampoco si hablamos mucho o poco. Desde luego, tengo la sensación de que, como mucho, intercambiamos seis o siete frases más. Poca cosa. En algún momento de la mañana recibió una llamada de Santi, que ya había aterrizado y que cogía un taxi para venir directamente al hospital. Me habría gustado que quisiera hablar conmigo, pero no debió ni preguntar por mí. Y admito que eso me dolió un poco. Otro clavo sellando mi ataúd. Ya sabes, porque me llueven del cielo.

Trajeron a Álvaro cuando aún estábamos solas, poco después. Tenía los párpados entornados, como si estuviera luchando contra el sueño con todas sus fuerzas, pero estaba sonriendo. Mi niño siempre ha sido alegre, eso hay que concedérselo.

El camillero me dedicó una sonrisa cansada y luego miró hacia Doña Perfecta. Se quedó quieto como si hubiera visto a un fantasma, parpadeó y luego balbuceó:

—Anda... ¿tú no eres eh... esto... la modelo? Esto... no me acuerdo de tu nombre, perdona.

—Irene.

—Miss España, ¿verdad? ¡Eso era! —exclamó mientras se daba una palmada en la pierna.

Suspiré. A mí apenas me había dedicado un segundo de su tiempo y ahora parecía que yo ni siquiera existía, pero claro, ella era famosa, era bellísima y era perfecta. Su vida debía consistir en eso, gente babeando y admirando su perfección veinticuatro horas al día.

—Sí —respondió ella.

—¿Puedo hacerme una foto contigo?

Irene me miró de reojo. Juraría que estaba incómoda pasando por aquello delante de mí. Yo solo tenía ojos para mi niño y lo único que quería es que acabaran con esa charada y me dejaran hablar con él tranquilamente.

—Igual dentro de un rato, si le parece...

El camillero miró hacia atrás, a la cama en la que estaba tendido Álvaro y junto a la que me encontraba yo.

—¿Le importa hacernos una foto?

Estuve a punto de preguntarle en tono cortante si iba en serio, pero habría sido una pérdida de tiempo. Resoplé y cogí el teléfono móvil que me entregaba. Después, se situó al lado de Doña Perfecta y yo apreté el botón sin prestar atención a que estuviera bien encuadrada o enfocada. Le devolví el teléfono y me centré en mi hijo mientras aquel hombre se despedía y abandonaba la habitación.

—¿Cómo estás, cariño? —le pregunté mientras lo llenaba de besos. Doña Perfecta se quedó en un discreto segundo plano.

—Bien. ¿Sabes qué?

—Dime.

—He soñado que me regalabas un libro de *Elige tu propia aventura*.

Me eché a reír. Siempre le ha encantado que le lea esos libros que proponen varias alternativas al final de un par de párrafos. «¿Qué camino escogerías?». Me encanta la cara de concentración que pone siempre mientras intenta escoger la mejor opción. Tal vez debería preguntarle qué haría el protagonista de uno de esos libros si tuviera mil y un problemas, como yo. «¿Quieres que Mar se eche a llorar?». Pasa a la página 34. «¿Prefieres que hinue la rodilla y rece por una solución?». Ve a la página 17.

—Trato hecho.

—Genial. Tengo hambre.

—No puedes tener hambre, cariño. Estás con suero.

—Pues tengo hambre.

—No creo que te den nada de comer hoy, mi vida.

—¿Cómo? —Abrió los ojos como platos, como si aquello fuera lo más ofensivo que había escuchado en su vida—. ¿Nada?

—Te acaban de operar, Álvaro. No te van a dar nada de comer.

—Pues vaya rollo, yo tengo hambre. ¿De verdad me vas a comprar un libro?

—Lo mismo te compro dos, por ser tan valiente.

—No he sido nada valiente —admitió bajando la voz. Una lagrimilla asomó en su ojo izquierdo con timidez—. Lloré cuando me estaban metiendo en el *quirófano*.

—¿Lloraste en el quirófano?

—Sí.

—Cariño, todo el mundo llora cuando va a entrar en el quirófano.

—¿Todo el mundo? ¿A ti te han operado alguna vez?

—Por supuesto. Y lloré muchísimo.

—¿Y a ti? —Volvió la cabeza para mirar a Doña Perfecta. Casi me había olvidado de que estaba allí, a mi espalda. Ahora no tuvo más remedio que acercarse para tomar parte en la conversación. Acercó la mano con suavidad y acarició el brazo de Álvaro, con ternura. Sentí un impulso irracional que me ordenaba lanzarme como una gata que protegiera a sus cachorros, llenarle la cara de arañazos y golpearla con toda mi furia.

—A mí también —dijo—. Y lloré. Eso no significa que no seas valiente. Ser valiente es estar aquí ahora y no seguir llorando.

Álvaro hizo un gesto con los labios, como si lo que acababa de decirle fuera algo a tener en cuenta. En ese momento se abrió la puerta y entró Santi. Parpadeó al vernos a las dos, inclinadas sobre la cama en la que se encontraba nuestro hijo.

—Hola, Mar.

Fue todo el saludo que tuvo para mí. Se acercó a toda prisa a la cama, dejó su maletín en la silla y le dio un beso y un abrazo a Álvaro. No se me escapó que también le lanzaba una mirada cómplice a la belleza rubia que tenía por novia y que movía los labios para saludarla sin decir nada.

—¿Cómo estás, campeón?

—Tengo hambre, pero mamá dice que no me van a dar nada de comer.

—Claro, porque te acaban de operar. Seguro que te queda una cicatriz fantástica. Vas a poder fardar con todos tus amigos.

Sonreí, altanera, y miré a Doña Perfecta. Estuve a punto de soltarle un: «Eso ya lo dije yo, ¿ves? Estamos conectados, pensamos en lo mismo, y eso es algo que tú nunca tendrás, porque no tienes el mismo vínculo que nosotros».

—Te he traído un regalo.

Álvaro ensanchó su sonrisa. Nada le gusta más a un niño que la posibilidad de recibir un regalo. Santi abrió su maletín y sacó un paquete rectangular envuelto en papel de la *Patrulla Canina*. Supe lo que era en cuanto lo vi, y Álvaro no tardó más de dos segundos en rasgar el papel y sacar a la luz su contenido.

Elige tu propia aventura.

No niego que me sentó un poco mal que se me adelantara. Por otro lado, eso no hacía más que reforzar mi idea anterior. Los dos conocíamos a nuestro hijo más de lo que Doña Perfecta, con toda su perfección, podría llegar a hacerlo jamás. Y ese vínculo solo sería nuestro, por y para siempre.

—¡Toma ya! —exclamó Álvaro—. ¿Sabes, papá? ¡Mamá me acaba de prometer que me va a comprar dos más, o sea que voy a tener tres!

Santi se echó a reír. Yo esboqué una sonrisa de resignación.

Lo importante, al menos, era que Álvaro estaba bien.

Luego, Doña Perfecta se ofreció a ir a buscar a Esther al colegio para que estuviera con su hermano. Santi y yo nos quedamos solos, pero Álvaro monopolizaba la conversación y eso estaba bien. El resto de la tarde transcurrió entre brumas. Sé que Esther nos criticó por no haber ido antes a por ella, que se sentó al lado de su hermano y que estuvieron leyendo juntos el libro que le había regalado Santi, alternándose para tomar las decisiones.

—Mar, si te parece bien esta noche me quedaré yo con Álvaro.

—No.

—Tienes cara de estar exhausta, te vendrá bien descansar. Además, así te llevas a Esther.

—Puedes llevarte tú a Esther, yo me quedo con Álvaro.

—Mar, el niño está bien, la operación ha pasado y aquí no hace falta que esté

nadie. Me quedo yo para hacerle compañía, por si se despierta por la noche, y ya está. Vete a casa, descansa, duerme, y mañana a primera hora te vienes. ¿Te parece?

No me parecía, pero tampoco veía qué podía decir para argumentar lo contrario sin ponerme excesivamente borde, y sinceramente, no me apetecía ponerme a discutir por una nimiedad delante de los niños, y lo cierto era que me sentía más allá del cansancio, así que acabé aceptando.

—Mamá, tienes mala cara —me dijo Esther cuando estábamos en el coche.

—Estoy muy cansada.

—¿Mucho trabajo?

Se me escapó una mueca; no era una risa, pero casi. La clase de gesto con la que te dices a ti mismo: «Más quisiera». Por suerte, estaba oscuro y yo tenía la vista clavada en la carretera; si Esther me vio, no dijo nada al respecto.

Cuando llegamos a casa ya era de noche, me sentía agotada, como si me hubiera pasado por encima una apisonadora, y casi se me cayó el alma al suelo al ver a Gustavo sentado delante de la puerta. Al vernos, levantó la mano derecha y nos saludó con energía. Una energía antagonista a la que yo sentía.

—Buenas noches, Gustavo.

—Hola, hola, chicas. —Se puso en pie y se sacudió los pantalones con parsimonia.

Suspiré mientras sacaba las llaves y se las pasaba a Esther para que ella pudiera ir entrando en casa. Gustavo tiene una edad indeterminada entre los cuarenta y los sesenta años. Probablemente se encuentre más cerca de lo segundo, pero es de esas personas que se mantienen bien, y las canas que en ocasiones brillan en sus raíces, desvelan que el color negro intenso de su pelo es producto de un bote. Tiene los ojos caídos, como en permanente tristeza, y los labios anchos.

—Es un poco tarde, Gustavo.

—Lo sé, lo sé —murmuró él. Hizo un aspaviento con la mano para restarle

importancia—. Habíamos quedado en hablar esta noche.

—La verdad, ni me acordaba.

—Por teléfono. Te dije que era urgente.

—Claro... ¿Te importa si lo dejamos para otro momento, por favor?

—No, la verdad es que tenemos que hablar de este tema ya.

Volví a resoplar, esta vez con más fuerza. A ver si así se enteraba.

—Gustavo, acaban de operar a Álvaro, llevo todo el día de un lado a otro, he pasado toda la mañana y la tarde en el hospital y, sinceramente, estoy un poco cansada.

—Claro, claro, pero en un par de minutos lo podemos tener listo.

Gustavo no era de la clase de hombre que se da por vencido. De hecho, si definiéramos a Gustavo, podríamos decir que es de la clase de hombre al que lo que tú digas le entra por un oído y le sale por el otro sin que tenga la menor repercusión entre ambos.

—¿De verdad no puede esperar?

—Un par de minutos, Mar, te lo prometo. No insistiría si no fuera urgente.

Volví a resoplar, esta vez con resignación, y juro que me pregunté qué sería esta vez. ¿Me había saltado el pago de un recibo? ¿Era necesario hacer una revisión de la caldera? ¿Quería saber si la calefacción funcionaba correctamente? Porque, hasta donde yo lo conocía, esa era la clase de *urgencias* con las que solía venirme.

Por supuesto, no estaba preparada para lo que me iba a soltar a continuación.

—Tú dirás —le dije.

—Sabes que el contrato se nos acaba el próximo mes, ¿verdad?

—No, no lo sabía —murmuré. Si esa era la urgencia, una vez más no era para tanto—. No hacía falta que vinieras hasta aquí para eso, dalo por renovado y ya está.

—Sí, justo sobre eso quería hablarte.

Ahí fue cuando se me encendió la chispa de inquietud.

—¿Qué quieres decir?

—Verás, he estado hablando con mi abogado...

—¿Con tu abogado?

Yo ni siquiera sabía que tenía un abogado.

—Sí, le he estado preguntando, y me ha dicho que si no quiero renovar el alquiler tengo que avisarte con un mes de antelación.

—¿Cómo? —La verdad, no estaba segura de haber comprendido.

—Es que, verás, Mar, he estado mirando, hay una página web, no sé si la conocerás, se llama Airbnb y ahí puedes alquilar el piso por días o semanas, y sirve para turismo y viajes de negocios, y claro, puedo multiplicar los ingresos. Entiéndelo, no es que seas una mala inquilina, de hecho todo lo contrario, pero tengo que mirar por la economía de mi familia.

—¿Me estás echando? —Ahora sí, había comprendido y estaba tan perpleja como si me hubiera dicho que le había tocado un premio de la NASA para ser el primer viajero a Marte.

—Hombre, hombre... —extendió las manos como si le hubiera lanzado una estocada con una espada—, no se trata de eso, Mar, tampoco vayamos a ponernos rígidos con esto, que...

—¿Rígidos? Me estás diciendo que me das un mes para largarme porque quieres alquilar tu casa a turistas. En mi pueblo eso es largarme.

—Bueno, a ver, tienes que entender que...

—Ni entender ni *entendar* —le espeté—. Me estás dejando en la calle el mismo día que han operado a mi hijo.

—Apendicitis —recalcó, acompañando la palabra de un contoneo del dedo índice—. Tampoco es algo grave que...

—Ah, perdona, entonces, ¿si hubiera sido otra cosa sí me hubieras dejado seguir viviendo aquí?

—Bueno... yo...

—Me estás dejando en la calle, Gustavo.

No pensaba contarle que estaba sin trabajo y que lo que me estaba haciendo era una putada con mayúsculas. No pensaba decirle que, de todas maneras, no

estaba segura de cuánto tiempo iba a poder seguir pagándole el alquiler.

—Hombre, Mar, yo...

—Esto es una putada.

—Bueno, tienes un mes para buscar otro piso...

—Ah, bueno, perdóneme usted —mascullé en el tono más hiriente que fui capaz de imprimir a mis palabras—. Entonces, vale, si tengo un mes ya está todo arreglado, claro que sí. ¿Sabes qué? Dame una semana, con eso me basta, no te jode.

—¿Una semana? —Creo que no comprendió que hablaba de forma irónica—. Eso sería perfecto, porque así podría poner el piso antes y empezar a ganar dinero.

Y claro, yo me calenté y me perdió mi orgullo.

—Pues mira, no te preocupes que en una semana te dejo la casa vacía y como una patena, y así la puedes poner en Airbnb o metértela por el culo, lo que te venga mejor.

Se llevó una mano a la boca, escandalizado.

—Mar, yo...

—Una semanita —le dije, levantando el dedo índice y casi aplastándole la nariz con él—. Y ahora largo de aquí.

No le di tiempo a darme réplica. Crucé a su lado como una exhalación y cerré la puerta de golpe. Esther estaba en el pasillo, mirándome con gesto preocupado. Sostenía un sándwich de pavo que acababa de hacerse pero al que no le había dado ningún mordisco.

—¿Mamá?

—Dime, cariño.

—¿Nos tenemos que ir de casa?

—Eso parece.

—¿Y a dónde vamos a ir?

—No te preocupes por eso. Mañana mismo me pongo a mirar pisos. Seguro que encuentro algo que sea incluso mejor que esta casa.

Me dedicó una mirada de incredulidad a la que me costó un esfuerzo sobrehumano hacer frente. Ni siquiera yo me creía lo que acababa de decir. Y eso que no estaba teniendo en cuenta que, aunque encontrara un buen piso, no iba a ser capaz de hacer frente a las condiciones que suelen exigir las inmobiliarias y caseros en estos tiempos. Avaless, meses por anticipado, fianzas...

No, la situación era crítica... y no tenía la menor idea de cómo proceder a continuación.

6. El momento de marcharse (o casi)

Mar observó el vaso vacío que tenía en la mano. En algún momento de la noche ella y Hugo habían dejado la barra y habían tomado asiento alrededor de una de las mesas situadas en la parte trasera del bar. Se suponía que aquella era una zona más tranquila, pero la realidad era que la música sonaba igual de fuerte, la iluminación era idéntica y el local estaba tan lleno de gente que tampoco uno ganaba sensación de intimidad.

—¿Quieres otra?

Lo miró. Tenía la cabeza embotada y había perdido la cuenta de lo que había bebido hasta el momento. Tenía, además, la sensación de que aquella era la primera vez que se fijaba de verdad en el chico con el que llevaba hablando...

Giró la muñeca para mirar el reloj y abrió los ojos sorprendida al ver que ya eran las tres y media de la mañana.

—Dios mío.

—¿Qué pasa?

—Que es supertarde.

—¿Y tenías algún sitio al que ir?

—Bueno, no exactamente.

La verdad era que sí, tenía un sitio al que ir. Otra cosa muy distinta es que le apeteciera lo más mínimo.

—No puedes dejarme así —dijo él. A Mar le dio tiempo a preguntarse si había alguna clase de insinuación escondida en aquella frase. A ver, el chico era algo más joven que ella, y bastante guapo. Llevaba el pelo corto y revuelto, tenía unos ojos negros de mirada amable, y por la forma en que se tensaba la camisa en la zona de los bíceps, parecía musculoso. Sin embargo,

Mar no tenía intención de llevar aquello a ninguna parte y, ahora que lo pensaba, llevaba un par de horas taladrándole la cabeza con sus historias y él había aguantado pacientemente, de hecho se había mostrado interesado y receptivo. Se le ocurrió que no era nada descabellado que él pudiera estar esperando algo más de todo aquello.

—Ya —murmuró ella. Le costaba articular pensamientos de una forma coherente. Tenía la sensación de estar metida dentro de una burbuja con una densidad superior al aire normal—. Oye, supongo que estarás cansado de escuchar mis lamentos y yo debería irme a dormir en algún momento de la noche. Ya que se ha acabado la gasolina —y levantó el vaso vacío para constatarlo—, parece un momento tan bueno como cualquier otro.

—¿Ahora que la historia se ha puesto interesante?

—Oye, de verdad que lo siento... —extendió una mano hacia él como si fuera a agarrarle de la muñeca, pero en el último momento la echó hacia un lado para evitar el contacto físico—, sé que, a veces, cuando me pongo a hablar me cuesta frenar, pero no quiero que te lleves una impresión equivocada...

Hugo sonrió. También tenía una sonrisa bonita, se le formaban dos hoyuelos a ambos lados.

—Bueno, mi interés por la historia es sincero —aseguró—. No quiero que te lleves una impresión equivocada. Al principio puede que fuera pura curiosidad y amabilidad hacia una extraña, pero ahora, de verdad, me gustaría saber cómo acaba esto.

Mar se pasó la mano por la cabeza mientras intentaba reordenar sus pensamientos. De haber estado más sobria, tal vez se hubiera muerto de vergüenza.

—¿Y tus amigos? Habías venido con gente.

—Compañeros de trabajo. Yo creo que se han largado y me han abandonado aquí.

—Y todo para escuchar a una mujer borracha contando sus penas. Te aseguro

que esto no es normal en mí. Hace mucho tiempo que no bebía como lo he hecho esta noche. Hace mucho tiempo que ni siquiera salía por la noche. A estas horas ya debería estar en el octavo sueño.

—No quiero que parezca que quiero emborracharte más, pero... ¿quieres otra copa? O podemos tomar un refresco, incluso agua. Quiero saber cómo sigue la historia, de verdad.

—Un refresco... —Mar sopesó la posibilidad—. Pero uno y nada más —aceptó.

—Trato hecho.

Se levantó y fue hacia la barra, dejándola allí sentada. Mar miró a su alrededor, a toda la gente que charlaba en pequeños grupos y se movía al ritmo de la música que salía por los altavoces. Se sentía un bicho raro allí dentro, la verdad. Se fijó en que Hugo estaba hablando con el camarero y recordó las historias que había leído en la prensa sobre hombres que aprovechan un descuido para colar en las copas de las chicas una de esas drogas que anulan la voluntad. No parecía que Hugo fuera uno de esos tipos, había sido amable hasta el paroxismo esa noche, y educado, pero claro, ¿no decían en las noticias que los asesinos siempre saludaban y se comportaban como si fueran personas absolutamente normales?

Lejos de darle miedo, le entraron unas ganas de echarse a reír que tuvo que llevarse una mano a la boca para impedir que se le escapara una carcajada. Claro que, con el volumen al que estaba la música, dudaba que nadie la hubiera podido oír.

De todos modos, lo que sí se le pasó por la cabeza fue la posibilidad de levantarse y marcharse antes de que él volviera. Puede que se llevara un chasco al regresar a la mesa y encontrarse con que le habían dado plantón, y fugarse a la francesa no era algo que Mar soliera hacer, pero como le había dicho a él, tampoco solía salir por las noches, mucho menos emborracharse a solas o abrir la caja de Pandora de sus sentimientos y vicisitudes ante un extraño. Todavía estaba sopesando la posibilidad de marcharse sin

despedirse, cuando él regresó a la mesa con dos botellines de Coca-Cola.

—Gracias.

—De nada. ¿Y bien? ¿Qué hiciste a continuación?

—Lo primero que tenía que hacer era poner en orden mis finanzas. Necesitaba saber con exactitud con cuanto dinero contaba para saber cuál era mi margen de maniobra.

—Suena lógico.

—¿Has tenido alguna vez la sensación de que todo te sale mal?

—Solo con el coche. Ya sabes, lo llevas una vez al taller y te tiras una temporada que no sales de ahí.

—Yo me sentía como si hubiera roto el espejo más grande del mundo.

—Ya sabes lo que dicen: los problemas nunca vienen solos.

—En mi caso, fue al pie de la letra. Al día siguiente llevé a Esther al colegio y pasé por el banco antes de ir al hospital. Metí la tarjeta en el cajero y consulté mi saldo. Cuando la pantalla me devolvió el resultado me quedé quieta, incapaz de procesarlo. Noté una sensación de frío en el estómago. Y vértigo.

—¿Tan mala era la cosa?

Miró a Hugo y, durante un segundo, se preguntó si era conveniente airear sus finanzas alegremente ante un hombre al que acababa de conocer. Lo cierto era que, ya puestos en faena, si iba a contar la historia, no podía dejar fuera esa parte.

—Peor —respondió al cabo de unos segundos—. La cuenta estaba vacía. Cero euros, cero céntimos. No había nada. Pero ojo, eso era imposible. Yo sabía que no estaba en la situación más boyante de la historia, pero joder, algo de dinero tenía. Yo calculaba que podía mantener la situación al menos un par de meses antes de que la cosa estuviera crítica. Y sin embargo, no había error posible, la cifra era clara como el agua...

7. Todavía se puede caer más bajo

La cifra era clara como el agua. Los ceros se clavaron en mi cerebro como si fueran témpanos de hielo. La sensación de vértigo se incrementó hasta el punto en que tuve la sensación de que caería en un abismo sin fondo como me moviera un centímetro en cualquier dirección. No sé ni cómo pude coger la tarjeta de nuevo, debió ser algo inconsciente, porque conscientemente no era capaz de pensar en nada más que en la caída que me esperaba.

Tuve que apartarme a un lado para tomar aire y tratar de calmarme. En mi mente bullían cientos de ideas desordenadas e inconexas. Qué iba a hacer con la casa, cómo iba a echar gasolina, qué demonios íbamos a comer. Y todo esto era culpa de Elena. Ella había sido quien lo había precipitado todo, me la había jugado y me había robado el negocio. Y a raíz de ahí, todo lo demás había caído como una roca.

Logré entrar en la sucursal con el corazón en un puño. Me acerqué a la puerta de la directora de oficina y llamé con los nudillos. Ella levantó la mirada de los papeles. Era una mujer joven, de pelo rizado y mucho maquillaje. Llevaba unas gafas redondeadas, al estilo Lennon.

—¿Sí?

—Perdona —murmuré mientras me adentraba en su despacho.

—¿Se encuentra bien? —Hizo ademán de levantarse, supongo que me veía en la cara que la respuesta a esa pregunta era: «No».

—Sí —dije en cambio, y al mover la mano sentí que perdía el equilibrio y me apoyé en el respaldo de la silla de las visitas—. Es que... ahí fuera...

—Siéntese, por favor. —La mujer me observaba con una expresión de preocupación, casi como si estuviera a punto de levantarse y salir corriendo

en busca de ayuda.

Me senté. Me dio la sensación de que me hundía en la silla, como si cargara con un peso de toneladas que me empujara hacia abajo.

—Dígame en qué puedo ayudarla, por favor.

—Yo... —Respiré hondo para intentar ordenar mis pensamientos—. He mirado mi saldo en el cajero y me dice que no tengo dinero en la cuenta y... eso es imposible.

—Bueno, vamos a comprobarlo, ¿le parece? Vamos a asegurarnos de que no haya sido un error. ¿Me puede dejar su carnet?

Rebusqué en la cartera y se lo tendí. Ella se giró hacia el ordenador y tecleó algo.

—Mar Tillo —murmuró; solo que lo pronunció como una sola palabra, por supuesto. Me pareció que se mordía los carrillos para no soltar una carcajada—. Vamos a ver... es correcto, no tiene dinero en la cuenta.

—Pero eso no es posible —aseguré.

Pulsó un par de teclas y examinó la pantalla por encima de las gafas.

—Veo que ayer se hizo una retirada de dinero que...

No sé si fue la forma en que dejó de hablar, pero la opresión que sentía en el pecho se liberó un poco.

—Ayer no hice ninguna retirada de dinero.

—Deme un segundo, señora Tillo.

Se lo di. O lo intenté, porque creo que balbuceé algo mientras ella miraba la pantalla, movía el ratón y pulsaba un par de teclas.

—Tenemos un comunicado de la central y su cuenta es una de las que están ligadas a él —me dijo al cabo de lo que me parecieron horas y no debieron ser más de treinta segundos.

—¿Un comunicado?

—Al parecer, varias cuentas fueron vaciadas el día de ayer y se cree que ha sido un ataque cibernético.

—¿Un ataque cibernético? —Me sentía estúpida repitiendo cada cosa que me

decía, pero es que era como si me estuviera hablando de física cuántica. Mi cerebro era incapaz de procesar la información.

—No está muy claro todavía, pero sí, eso es lo que parece.

—Pero entonces, ¿qué pasa con mi dinero?

—Bueno, ahora mismo, no está.

—¿Qué quiere decir que no está?

—Eh... —Estaba bastante claro que intentaba encontrar las palabras adecuadas para no comprometerse—. Bueno, no está en su cuenta.

—Ya, ya, eso ya lo veo. ¿Dónde está?

—Supongo que en poder del *hacker*.

—Del ladrón —corregí.

—Supongo —murmuró ella, con la boca pequeña.

—Vale, ¿y cuándo voy a recuperarlo?

La mujer parpadeó, como si me hubiera puesto de repente a hablarle en otro idioma. Miró hacia la pantalla, buscando una respuesta, y se ajustó las gafas con dos dedos.

—Eh, bueno, no sabría decirle, señora Tillo.

—Bueno, y si usted no sabe decirme, ¿entonces quién lo sabe?

—¿A qué se refiere?

—¿A qué me refiero? —Fue mi turno de parpadear. Por un momento pensé que bromeaba y que tenía un sentido del humor peculiar. Tras unos segundos de duda, comprendí que no se trataba de ninguna broma—. Me refiero a que si a ustedes les han robado, tendrán que reponerme el dinero, ¿no?

«Por el amor de Dios», pensé.

—Pero... —La mujer estaba ahora visiblemente incómoda. Volvió a ajustarse las gafas sobre el puente de la nariz y miró de nuevo la pantalla, casi como si esperara que de allí le viniera la guía espiritual y mágica para salir de esta—. Es que el banco no ha sido robado, señora Tillo. Es a usted a quien han robado.

—¿Perdón?

—Verá, señora Tillo...

Oh, la condescendencia de su tono de voz estaba empezando a encenderme.

—A mí no me ha robado nadie —la interrumpí—. Yo guardo el dinero en su banco para que esté seguro, y resulta que un *hacker* se ha metido en su sistema.

—Bueno, eso es lo que parece, sí, pero comprenda que no tenemos forma de saber si eso es así. Por lo que sabemos, podría haber sido usted misma la que diera información a ese supuesto *hacker*. Si revisa las cláusulas de...

—¿Me está hablando en serio?

—Bueno, no creo que sea momento de hacer bromas, claro que estoy hablando en serio.

—¿Me está diciendo en serio que ha entrado un hacker en su sistema, ha sacado dinero de mi cuenta y pretenden hacer como si la culpa fuera mía?

—Esto... verá, señora...

—Quiero mi dinero y lo quiero ya —exigí, subiendo el tono de mi voz, como poco, una octava.

—Señora Tillo, esto no es...

—Quiero mi dinero.

—Le estoy explicando que no está en mis manos el...

—¿No está en sus manos? ¿Y en manos de quién está, entonces?

—Eh... no sabría decirle, supongo...

—¿Qué se supone que voy a hacer ahora? ¿Me va a prestar usted dinero para comprarle comida a mis hijos?

—Si quiere que le demos información sobre préstamos yo...

—¡Era una pregunta retórica! ¡No quiero información sobre préstamos! De hecho, no quiero información sobre una mierda de su banco, lo único que quiero es que me diga cuándo van a devolverme el dinero.

—Señora Tillo, si me escucha le puedo decir cuáles son los pasos que debería usted seguir ahora...

Me obligué a respirar hondo y a tratar de calmarme. Para entonces, era consciente de que la gente que se encontraba en la sucursal me estaba mirando,

aunque, siendo sincera, me importaba un pimiento.

—A ver, cuénteme —gruñí, en el tono de voz más despectivo que fui capaz de poner.

El teléfono empezó a vibrar en mi bolso. Lo recuerdo porque fue algo insistente y molesto. De hecho, notaba que el zumbido incomodaba a la mujer de las gafas y que su expresión de turbación era para mí una pequeña fuente de regocijo, motivo por el que no hice nada para detener aquellas llamadas. Tampoco miré de quién eran, en ese momento estaba demasiado nerviosa como para prestar atención.

—Bueno, verá, creo que el primer paso debería ser acudir a comisaría y denunciar el robo.

—Denunciarlos a ustedes.

—No, a nosotros no —me corrigió, pronunciando con suavidad—. El robo.

—¿Y después?

—Después supongo que tendrá que esperar a ver qué le dicen en comisaría.

—¿Eso es todo? Creía que me iba a explicar los pasos a seguir para conseguir que ustedes me devuelvan mi dinero.

—Señora Tillo, le repito que nosotros no tenemos su dinero.

—Pero ustedes son responsables de custodiarlo, ¿no?

—No sé qué le recomendarán que haga en comisaría, pero me temo que es el ladrón el que tiene que devolver el dinero, y sabiendo cómo funcionan estas cosas, si le pillan no será más que un intermediario y el dinero habrá volado hace tiempo.

—¿Qué quiere decir con *volado* ?

Hizo un gesto con las manos, como si no supiera explicarlo de otra manera. La cabeza me daba vueltas. Casi esperaba que en cualquier momento apareciera uno de esos presentadores de la tele, micrófono en mano y sonrisa de dientes relucientes, y me dijera que todo había sido una broma de cámara oculta, que ja ja ja qué risa, y todo pudiera volver a la normalidad.

—Supongo que habrá un juicio —continuó ella—, si es que lo pillan. Usted

es abogada, ¿verdad?

—Sí...

—Entonces sabe cómo funcionan estas cosas, lo que tardarán en ponerse en marcha los trámites. Hasta que no haya sentencia...

Me puse en pie con un movimiento brusco que arrastró la silla hacia atrás. La mujer se sobresaltó, casi como si temiera que fuera a agredirla. Salí de la sucursal dejándola con la palabra en la boca. Sí, era abogada, o al menos lo había sido hasta hacía unos días, cuando mi queridísima socia del alma había decidido mangonearme los clientes y dejarme sola con una oficina vacía. Sí, sabía cómo funcionaban estas cosas y sí, sabía que si algún día veía mi dinero regresar a la cuenta sería dentro de mucho, mucho tiempo.

Básicamente, eso mismo fue lo que me dijo el policía que me atendió en comisaría y tomó los datos de mi denuncia. Me explicó que sabían quién había sido, y que ya le habían detenido, que era un tipo de poco más de veinte años de los países del este, un mindundi que no tenía dónde caerse muerto y que evidentemente trabajaba para alguien más. Del dinero, por supuesto, ni rastro. Así que sí, aquello pintaba para largo y, mientras tanto, mi cuenta bancaria estaba criando telarañas.

Salí de la comisaría casi a mediodía y conduje hacia el hospital, sintiéndome, además de estafada, mala madre, por no haber estado desde primera hora con mi hijo. Acababan de operarle y necesitaba a su madre a su lado. Al menos, me dije a mí misma, allí estará Santi. Tenía una necesidad urgente de contarle lo que había ocurrido. Él me entendería, me daría un abrazo y sabría qué decir para hacerme sentir bien. Cuando él aseguraba que todo se arreglaría, me daba fuerzas para afrontar cualquier obstáculo.

Casi podía escucharle diciendo que saldríamos adelante, que no había ninguna piedra en el camino que no pudiéramos sortear si estábamos juntos.

Tal vez así fuera, todo esto que estaba ocurriendo serviría para unirnos de nuevo, porque unidos siempre habíamos sido más fuertes, ¿verdad? Cuando él escuchara todo lo que había pasado, entendería que estar separados era un

error. Sabría qué hacer con Elena para que pudiera recuperar mi despacho. Sabría qué hacer con el banco para recuperar el dinero.

Recuperaríamos nuestra vida.

Agarraba el volante con fuerza y tenía los ojos empañados por las lágrimas que me negaba a derramar. En parte, me sentía totalmente frustrada y superada; en parte, la vaga esperanza de ver a Santi y arreglar los dos últimos años eran el combustible que necesitaba para seguir moviéndome.

Por supuesto, cuando abrí la puerta de la habitación, a quien me encontré fue a Doña Perfecta sentada junto a la cama de hospital en la que Álvaro estaba recostado. Ella llevaba un vestido veraniego que dejaba a la vista sus piernas perfectas desde la rodilla. En sus manos de manicura perfecta sostenía un cuento que leía con su voz melodiosa y perfecta. Álvaro escuchaba embelesado, con los ojos abiertos de par en par, y una de esas sonrisas por las que una madre es capaz de dejarlo todo y lanzarse a cualquier abismo.

—Hola, Mar.

—¡Mami! —Álvaro estiró los brazos hacia mí y yo corrí hasta la cama para darle un abrazo—. Siéntate, Irene me está leyendo una historia de caballeros y está superinteresante.

Vamos, lo que más me apetecía a mí en ese momento.

—¿Cómo estás?

—Bien. Tengo hambre.

—Lo ha dicho ya una docena de veces —aseguró Doña Perfecta mientras cerraba el libro y lo depositaba con suavidad sobre la mesita—. Le han dicho que tal vez para merendar le dejen tomar un yogur.

—¡Un yogur, mamá! ¡Uno!

Su tono de indignación me hizo sonreír y casi olvidar todo lo que había pasado esa mañana. Miré a Doña Perfecta.

—¿Dónde está Santi?

Evidentemente, mi pregunta llevaba implícito un: «¿Por qué estás tú aquí? Se supone que tendría que estar él. ¿Dónde mierda está y por qué estás tú aquí,

maldita seas? ¿Por qué no me dejas en paz de una vez y desapareces de nuestras vidas?».

—Se tuvo que ir a la oficina, y como no habías llegado, me pidió que me acercara para que no se quedara solo.

Cerré el puño con fuerza hasta clavarme las uñas en la palma. En ese momento, mi teléfono volvió a vibrar en el bolso. Con la respuesta que deseaba darle atragantada, rebusqué entre mis cosas hasta dar con el teléfono. Resoplé al ver el nombre de Gustavo en la pantalla. Por el amor de Dios, aquel hombre tenía el don de la oportunidad donde la espalda pierde su casto nombre. Comprobé también que todas las llamadas perdidas que tenía, al menos seis, las que habían puesto nerviosa a la señora del banco y yo no había atendido, eran suyas.

—Discúlpame un momento —murmuré en dirección a Doña Perfecta. Luego apreté el botón de responder la llamada mientras caminaba hacia la puerta de la habitación para salir al pasillo—. ¿Qué quieres, Gustavo?

—Hola, Mar, te he llamado un par de veces.

—Multiplicado por tres, quieres decir.

—¿Cómo?

—Nada, déjalo. ¿Qué quieres?

—¿Te parece si quedamos el domingo para la entrega de llaves?

—¿Qué entrega de llaves?

—Las de la casa.

—¿De qué estás hablando?

—Ayer me comentaste que me dejarías libre la casa esta semana...

—Mira, Gustavo... —Resoplé y me llevé la mano a la frente—. A ver, me pillas en un muy mal momento, ¿vale? Estoy en el hospital con Álvaro...

—Claro, claro, no te preocupes, es que esto era urgente y por eso quería dejarlo cerrado.

—Bueno, pues ya lo hablamos en otro momento, ¿de acuerdo?

—¿El qué?

Parpadeé, confusa. Tampoco era como si tuviéramos diez mil asuntos entre manos.

—Esto —murmuré.

—¿Pero entonces quedamos el domingo?

—¿No acabo de decirte que no es un buen momento y que lo hablamos otro día?

—Hombre, Mar, tardamos más en colgar ahora y hablar otro día que en decir sí o no a quedar el domingo.

—Madre del amor hermoso... Vale, pues no, no quedamos el domingo. ¿Contento?

—¿El lunes?

—¿El lunes? No, tampoco quedamos el lunes, Gustavo.

—Entonces, ¿cuándo?

—Por el amor... —Me obligué a respirar hondo y agarré con fuerza el teléfono, casi como si quisiera estrujarlo entre los dedos—. No lo sé, Gustavo. En otro momento.

—Pero necesito las llaves.

—¿Para qué?

—Para limpiar la casa y dárselas al nuevo inquilino.

—¿Qué nuevo inquilino? —pregunté, alzando la voz y ganándome una mirada de reproche de una enfermera que pasaba por allí—. ¿De qué estás hablando, Gustavo?

—Bueno, como ayer me dijiste que liberarías la casa esta semana, ya la puse en alquiler en Airbnb y no veas cómo funciona la página. Va como un tiro. Ya tengo peticiones para casi todos los días del primer mes, ¿sabes?

Se me escapó el aire de los pulmones. Tuve que sentarme en el suelo y apoyar la espalda contra la pared para no desmayarme. Creo que nunca me había sentido tan cansada como en ese momento.

—Gustavo, no puedo dejar la casa libre en una semana.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—Pero ayer me dijiste eso, yo no puedo ahora echarme atrás con los clientes de Airbnb. Sería un comienzo malísimo.

—De verdad, Gustavo, me gustaría entrar en la habitación y estar con Álvaro. ¿Podemos hablar de esto en otro momento?

—Hombre, a mí me parece que es urgente que hablemos ahora. Ayer me dijiste que...

—Sé lo que te dije ayer. ¿Sabes tú lo que es un calentón?

—Bueno, yo no tengo la culpa de...

—¿Cómo demonios voy a liberar la casa en menos de una semana? Tendría que buscar nuevo piso, hacer la mudanza, no sé, todas esas cosas. No se hacen esas cosas en cuestión de minutos, ¿sabes?

—Ya, pero ayer dijiste que...

—¡Que ya sé lo que te dije ayer, cojones!

La misma enfermera que me había fulminado hacía un momento me lanzó una nueva mirada asesina y señaló el cartel que decía que estaba prohibido hablar por el móvil. Asentí y le hice un gesto con la mano, pidiéndole un segundo de margen.

—No creo que sea necesario hablar así. Yo no tengo la culpa de que ayer dijeras eso.

—Y ya está, ¿no? Llevo un montón de años siendo una inquilina perfecta, no te he dado nunca ningún problema y ahora me das una patada y me lanzas a la calle sin ningún miramiento, ¿eh?

—No creo que sea así, ayer fui para explicarte que...

—Ayer fuiste a empujarme hasta el borde del precipicio y hoy estás pinchándome en la espalda para que me caiga de una vez.

—Yo no...

—¿Quieres las llaves el domingo? —pregunté, absolutamente agotada.

—Sería lo mejor —respondió.

—El domingo —dije, y colgué.

Pero no me moví durante un rato, puede que diez minutos, o puede que solo fuera uno y se me hiciera muy largo. Me sentía absolutamente incapaz de moverme, por no hablar de enfrentarme a la mirada condescendiente de Doña Perfecta.

De algún sitio, saqué fuerzas de flaqueza y me levanté. Era como llevar una losa atada a la garganta, una piedra encima de los hombros, cemento en los zapatos que me impedía moverme con soltura. De alguna manera, regresé a la habitación y me concedí un rato de paz y de no pensar en nada más que no fuera Álvaro, antes de afrontar todo lo que se me venía encima. No es que lograra limpiar mi mente al cien por cien, dudo que lo consiguiera ni siquiera al cincuenta por ciento, pero bueno, lo hice lo mejor que pude, sonreí como si no pasara nada y me aguanté mis mierdas para comérmelas después en privado.

Porque todo sea dicho, no tenía ni la más remota idea de cómo iba a salir de aquella.

8. Llamadas telefónicas

—¿Tú has visto los precios de los alquileres hoy en día?

Hugo asintió, y Mar lanzó un silbido para demostrar lo que pensaba de ellos.

—Se han vuelto locos. Me pasé varias horas esa misma noche metida en portales de inmobiliarias intentando encontrar algo asequible. No sé cómo pensaba pagarlo, teniendo en cuenta que me habían saqueado la cuenta, pero supongo que ese pasó a ser pronto un asunto secundario cuando empecé a ver los precios.

—En los últimos años han subido una barbaridad —admitió Hugo.

—Y no solo los precios, lo que te piden de entrada, que si avales, depósitos, fianzas... poco más y tienes que darles la sangre de tu primogénito.

Hugo sonrió y Mar sacudió la cabeza como si le produjera malestar solo pensarlo.

—Sinceramente, no tengo muy claro cuál fue mi momento más bajo. Ese tiene bastantes papeletas, pero es que mírame ahora, borracha como si fuera alcohólica perdida y contándole las penas a un desconocido.

—Creía que habíamos quedado en que ya no éramos desconocidos —replicó Hugo con una sonrisa en los labios que le dibujaba esos adorables hoyuelos en las mejillas.

—A efectos de estar contándote mi vida y mis penas, tienes que reconocer que esta no es la mejor imagen que podría dar.

—¿Qué dice entonces eso de mí? Aquí estoy, escuchándote.

Mar entrecerró los ojos para mirarle con atención, como si pretendiera descifrar un código secreto.

—De ti tampoco dice mucho, la verdad.

—No suelo hacer de psicólogo de bar para cualquiera, eso deberías tomártelo como un halago —aseguró él, soltando después una carcajada.

Mar no tenía ganas de reírse, pero aquello le arrancó una sonrisa de su interior. Y le resultó sorprendente, porque lo cierto era que creía encontrarse de veras en uno de sus momentos más bajos. En honor a la verdad, hay que admitir que Mar se preguntó si no estaría tomándose las cosas demasiado a la tremenda, si no habría perdido un poco de vista la realidad. Vamos, si no estaría, como seguramente diría su madre: «Exagerando un poco como siempre».

En honor a la verdad, aquel pensamiento fue tan fugaz como el tiempo que pasa desde que uno aprieta un interruptor hasta que se enciende la luz.

—Al menos hoy estoy con... —Cerró la boca con fuerza al darse cuenta de que había estado a punto de decir *un chico guapo*.

—¿Con?

Mar bajó la mirada hasta el vaso que sostenía en la mano y lo observó, desubicada como si se encontrara en un submarino nuclear.

—Contándole mis penas a alguien —murmuró, con la esperanza de sonar lo suficientemente creíble—. ¿No dicen que hablar de lo que a uno le carcome le sienta bien al cerebro?

—Y al cuerpo —aseguró él. La verdad, Mar se mordisqueó el labio al darse cuenta, es que tenía una sonrisa bonita.

«¿Qué demonios estás pensando, Mar?».

Parpadeó con fuerza. Tal vez era el momento de marcharse, antes de hacer alguna tontería de la que luego pudiera arrepentirse.

—Yo...

—Me imagino lo que vas a decir —le interrumpió él, y Mar tragó saliva, apurada—, pero voy a hacer la pregunta de todas formas.

—¿Ah, sí? —Notó que se le encendían las mejillas y se sintió un poco ridícula, como si fuera una adolescente a la que cortejan por primera vez.

—¿Encontraste casa?

Mar parpadeó. Tenía el cerebro tan embotado, que durante unos segundos, ni siquiera supo a qué se refería. De alguna manera logró atar cabos y entender lo que él le estaba preguntando, y entonces se sintió aún más ridícula que antes. La embargó una vergüenza tan abrumadora que hasta se le empañaron los ojos y tuvo que bajar la vista una vez más, para que él no se percatara.

Lo cierto era que tenía lógica, y de hecho eso era lo que más le fastidiaba. ¿Acaso creía que alguien iba a querer tirarle los trastos? Y mucho menos después de contarle toda aquella basura que había estado balbuceando durante horas. La cabeza empezó a darle vueltas. Sí, este tenía que ser su punto más bajo, desde luego. Estaba bastante segura de que no se podía caer más. ¿Hasta dónde, si no? La vida ya se había encargado de darle cinco o seis sacudidas, y lo que había pasado en las últimas dos semanas era la puntilla, el acto final de aquella tragedia de su vida.

Pero claro, no resultaba suficientemente humillante. Todavía tenía que llegar ella, emborracharse, ponerse a hablar como una idiota con un perfecto desconocido y esperar que, por algún mágico milagro sacado de una comedia romántica americana, él se enamorara de todas formas de ella.

Que además, ¿de dónde salía aquello? El único hombre al que ella amaba era Santiago y ese era el hombre que ella quería que viniera a rescatarla. Estaba bastante segura de que ocurriría, en algún momento. El cuándo seguía siendo un misterio, Doña Perfecta un obstáculo en su camino, pero sí, estaba escrito en piedra, como suele decirse en las historias fantásticas. Santi y ella estaban hechos el uno para el otro.

Por alguna razón, alguna desagradable razón, le vino a la mente algo que Lucía le dijo una vez. Santi acababa de dejarla, y Mar todavía andaba llorando por los rincones cuando se encontraba a solas; y, de hecho, la soledad se le hacía demasiado opresiva.

—Me fascina lo entera que estás, cariño.

—Bueno —había admitido Mar—, la verdad es que intento parecer fuerte por los niños, pero por dentro estoy destrozada.

—Yo no sé si podría actuar como tú. Creo que es admirable la forma en que lo estás llevando.

Mar no quiso repetir lo que acababa de decir. Lucía a veces pecaba de no escuchar lo que le decían.

—Vaya, pues gracias —dijo en cambio.

—No, es que es verdad. Con un futuro tan negro yo tendría una depresión, seguro.

Eso también era propio de Lucía, lo de hablar sin tapujos y sin darse cuenta de que, a veces, hay cosas que es mejor no decir.

—¿Tan... negro?

—Sí, ya sabes. —Lucía resopló y se sacudió el pelo con una mano, como si se encontrara apesadumbrada—. Un hombre puede divorciarse y no pasa nada, rehace su vida y ya está. Una mujer ya lo tiene más jodido de base, es mercancía de segunda mano.

—¿Cómo? —Mar recordaba perfectamente su sensación de incredulidad, el no estar segura de haber escuchado bien lo que Lucía acababa de decir. El no estar segura de si le resultaba más ofensivo como mujer o como ser humano; una cosa estaba clara, le había resultado ofensivo.

—Y encima con hijos —había continuado Lucía, sin escuchar que Mar le había pedido una aclaración—. En tu situación, los hijos solo sirven para alejar a los hombres.

—¿A los hombres?

—Nadie quiere la responsabilidad de criar a los hijos de otro.

Mar recordaba el horror que le habían producido las palabras de Lucía. Y sin embargo, ¿de qué era de lo primero que había hablado esa misma noche, cuando Hugo se le había acercado y se había sentado a su lado para escuchar lo que tuviera que contar?

No solo de sus hijos, sino de lo agobiante que resultaba la vida cuando uno tiene que ocuparse de uno mismo y de dos niños que corren de camino a la adolescencia.

«Fantástico, Mar».

No le había hablado de las cosas maravillosas que sus niños le hacían sentir a menudo. De las sonrisas, de los abrazos, de los besos, de los dibujos que colgaban de la puerta de la nevera, de cada experiencia compartida que se volvía más rica solo por el hecho de estar con ellos, de la sensación de orgullo que la embargaba cuando alguno de sus hijos hacía algo bien, de la magia de verlos crecer y convertirse en personas con un carácter y forma de ser únicos.

¿De verdad había pensado, aunque fuera por un momento, que ese chico podía estar interesado en ella después de todo lo que había soltado por la boca esa noche?

Si aquel chico no se había largado ya, o estaba tan borracho como ella — aunque no lo aparentara— o estaba loco.

—¿Y bien?

—No encontré casa —respondió Mar, obligándose a dejar atrás todos aquellos pensamientos. Hacerlo le permitió deshacerse de la sensación de vergüenza que la había embargado un momento antes.

—¿Y qué hiciste? Porque el domingo... —Abrió los ojos de repente—. Hoy es domingo. ¿Estás hablando de hoy?

—Sí, hoy tuve que entregarle las llaves al gilipollas de mi casero.

Hugo silbó y sacudió la cabeza.

—Pero ¿y qué has hecho? ¿Dónde estás viviendo?

Mar levantó una mano, como si pidiera calma.

—No hace falta que te hable de los anuncios que te ofrecen un ático cuando quieren decir buhardilla, ¿verdad? Ni de los que aseguran que es amplio y luminoso, pero apenas llegan a los sesenta metros cuadrados y dan a un patio interior.

—No, me conozco esa parte de buscar piso.

—¿Y sabías que desde hace unos años los precios casi se han duplicado por culpa de Airbnb y que casi resulta imposible encontrar algo decente en una

zona céntrica porque los caseros prefieren tener los pisos disponibles en la maldita plataforma de las narices en lugar de buscar alquileres de larga duración?

—Algo había oído.

—Yo no lo había oído, así que puedes imaginarte mi desesperación cuando descubrí que iba a ser prácticamente imposible encontrar algo decente donde meternos mis hijos y yo, en menos de tres días.

—¿Qué hiciste?

—Tardé en tomar la decisión, más por orgullo que por cualquier otra cosa, pero al final, levanté el teléfono y agaché las orejas como un perro apaleado... y llamé a Silvia.

***●

—El teléfono al que llama tiene toda la cobertura del mundo y está en manos de una persona fascinante. ¿Cómo estás, martillo de mi corazón?

En otro momento, puede que le hubiera reído la gracia. Silvia siempre ha sido muy de coger el teléfono diciendo tonterías. Recuerdo que Santi a veces decía que le parecía *borderline*. Intentaba que pareciera que era un comentario jocoso, medio en broma, medio en serio. La verdad, estoy bastante segura de que él lo pensaba de verdad.

—Hola, Silvia. ¿Te pillo en buen momento?

—Siempre me pillas en buen momento. Y si no lo fuera, te haría un hueco.

—Gracias, Sil.

—¿Vamos a organizar una de nuestras cenas?

—No lo sé, no te llamo por eso.

—Ah, bueno, pero tenemos que hacerlo... ¡Tengo un montón de cosas que contaros del viaje a Nepal! ¡Vais a flipar!

—Dios mío, no sé si quiero saberlo...

—Solo te voy a hacer un pequeño *spoiler*, para abrir boca, que yo nunca había tenido que abrirla tanto... ya sabes qué quiero decir. —Y soltó una

carcajada que hizo que tuviera que apartarme el teléfono de la oreja.

●***

—¿Estaba hablando...? —Hugo parpadeó, aguantando las ganas de reír.

—Sí, estaba hablando de eso. Silvia puede ser muy directa cuando quiere, supongo que ya te has dado cuenta de eso...

—Sí, desde luego...

●***

—Silvia...

—Para que te hagas a la idea, Mar, la del pelirrojo era poca cosa a su lado. La primera vez, al día siguiente, me dolía la mandíbula del esfuerzo.

—¡Por el amor de Dios, Silvia!

—Bah, ni que fueras una colegiala... —Se quedó en silencio unos segundos y añadió, alarmada—: No me llevarás en manos libres con tus niños en el coche, ¿verdad?

—No, por suerte, no.

—Joder, qué susto. Entonces no me seas monja, que aquí todas nos hemos comido alguna buena...

—¡Silvia!

—Ay, cariño, te escandalizas con nada y es muy divertido sacarte de tus casillas, aunque va a ser aún más gracioso cuando se lo cuente a Blanca.

—Le da un soponcio —aseguré.

—Me llamabas para algo, ¿verdad? Soy toda oídos, martillo de mi corazón. A veces, sobre todo cuando le da por llamarme así, la mataría sin compasión.

—¿Estás sentada? —pregunté.

—¿Te has echado novio?

—¿Qué? ¡No!

—Ah, joder, entonces para qué iba a necesitar estar sentada.

—¿Tan malo sería que me echara novio?

—Malo no, solo sorprendente.

—¿Sorprendente?

—Ya sabes lo que quiero decir.

En realidad, no tenía la menor idea de lo que quería decir, pero no era el momento de ponerme tonta con minucias.

—Me quedo sin casa el domingo.

—¿Y eso, qué ha pasado?

—El gilipollas de mi casero, eso ha pasado. Es una historia muy larga.

—Vaya. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Para eso te llamaba. ¿Podrías darnos cobijo durante unos días, mientras busco piso? No me está resultando nada fácil.

—¿Daros cobijo?

—A los niños y a mí.

—Ay, Mar... ojalá pudiera... es parte de lo que tengo que contaros, no me he vuelto de Nepal sola.

—¿Ah, no? —En ese momento, recordé algo que había dicho Lucía durante la última cena que habíamos compartido las cuatro. «A tu ritmo, la próxima vez que nos veamos te has vuelto a casar, estás embarazada, te has divorciado por segunda vez y te has metido a actriz».

—Verás, tengo muchas ganas de presentaros a Devdan, os va a encantar.

—¿Devdan?

—Al parecer significa «regalo de los dioses», y te puedo asegurar que lo que tiene entre las piernas es absolutamente un devdan.

—Devdan —repetí, incapaz de armar una oración coherente.

—Os va a encantar. No digo que vayamos a casarnos, por supuesto, pero parece que vamos bastante en serio.

Mar resopló, recordando la conversación.

—Te juro que hice cuentas. No habían pasado más de dos meses desde que se

fue a Nepal y ya estaba hablando de casarse. No sé a ti, pero a mí me parece surrealista.

—Yo no la conozco y no puedo juzgar en condiciones —aseguró Hugo—, pero a mí un poco también, la verdad.

—Es Silvia —murmuró Mar, como si con eso todo quedara explicado—. El caso es que me dijo que, si fuera yo sola, podría dejarme el sofá del salón y nos arreglábamos mientras buscaba piso, pero que con los niños no iba a poder ser. Al parecer no se ha traído solo al tal Devdan, también a sus padres, y se están quedando todos en su casa. El apartamento de Silvia es pequeño, así que no quiero ni pensar cómo tiene que estar ahora. Desde luego, ni me veía durmiendo en una comuna ni tenía intención de irme yo sola sin los niños.

—¿Pero era una opción?

—Para Silvia era tan sencillo como dejarlos en casa de Santi e irme yo a la suya durante el tiempo que necesitara para encontrar algo habitable y razonable. El problema era que yo no estaba dispuesta. Ni de coña pensaba dejar a mis hijos en manos de Santi y de Doña Perfecta. Por encima de mi cadáver.

—Hombre, como idea hay que reconocer que tiene su lógica.

—Tendrá toda la lógica que quieras que tenga, pero en ocasiones habla más el orgullo que la lógica.

—Eso es verdad.

—Lo es. Una verdad incuestionable.

—Y, ¿has conocido al tal Devdan?

—No, no he tenido tiempo. Bastante tenía yo con lo mío. ¿Por qué?

—Curiosidad pura. Me pregunto si tu amiga exageraba o no.

—Bueno, no había exagerado cuando nos dijo que el pelirrojo estaba bien dotado. A menos que sepa utilizar muy, pero que muy bien, el Photoshop.

—Podría ser.

—Si conocieras a Silvia, creo que entenderías que el Photoshop no es una opción.

Hugo soltó una carcajada y Mar se descubrió sonriendo una vez más. Meneó la cabeza, sintiéndose estúpida de nuevo.

—Lo siguiente que hice fue llamar a Lucía.

—Esa es la que está casada, ¿verdad? La que te presentó a un conocido suyo para que... bueno, para que... eso.

—La misma que viste y calza.

—Buenas tardes, Mar.

—Hola, guapa. ¿Te pillo bien?

—Bueno.

—Si estás liada te puedo llamar en otro momento.

—No, dime.

—¿Te pasa algo?

—No, no, dime.

—A ver, no sé muy bien cómo empezar, es una larga historia, pero necesito pedirte un favor inmenso.

—No sé si estoy yo para hacer favores.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te pasa?

—Nada, nada, Mar, dime.

●—Era evidente que le pasaba algo —aseguró Mar mientras se encogía de hombros. A ver, ella me decía que nada y entre que nunca se me ha dado muy bien insistir y que, sinceramente, estaba bastante agobiada con el tema piso... había dado por sentado que no habría problema con Silvia. ¿Quién se iba a imaginar que se iba a traer a un indio en el equipaje?

—Por lo poco que me has contado de ella, cualquiera se lo podría haber imaginado.

Mar le miró durante unos segundos y luego soltó una carcajada.

—Vale, *touché*.

—Además se trajo ni más ni menos que un regalo de los dioses. —Incluso a Hugo le costaba aguantar la risa.

—Es para conocerla, cualquier cosa que te cuente de ella siempre se quedará corta. Recuerdo que cuando Santi y yo nos... separamos... Silvia me trajo un regalo. —Mar carraspeó y negó con la cabeza—. Bueno, hay cosas que es mejor no contar.

—¿Qué dices? No vale tirar la piedra y esconder la mano.

—No, no, en serio.

—¡Venga ya! —Hugo hizo un gesto con las manos, como si estuviera indignado, pero en ningún momento perdió la sonrisa de los labios—. Si hemos llegado hasta aquí sacando todos los trapos sucios, ahora no me vas a decir que te da vergüenza contarme qué te regaló. Te aseguro que dejarlo en manos de mi imaginación es peor.

—Un consolador.

—¿Un consolador?

—El más burdo que puedas encontrar, con forma de... con venas y todo. Y porque no los hacen con pelos; si no, seguro que me habría traído ese. —Mar se encogió de hombros y le hizo un gesto a Hugo con la mano—. Puedes reírte, adelante.

Hugo, como el atleta que espera la señal de inicio de la carrera, empezó a reírse hasta el punto en que los ojos se le llenaron de lagrimillas. Mar aguantó, estoica, aunque por cómo se torcían las comisuras de sus labios hacia arriba, era evidente que ella opinaba lo mismo.

—Es para que le des buen uso, me dijo. —Mar se encogió de hombros y Hugo se pasó la mano por la cara para limpiarse las lágrimas—. Para entrenar y estar preparada para dejar seco al siguiente que viniera. Algo así.

—Tu amiga es brutal, todo hay que decirlo.

—Intenté explicarle que no necesitaba esa cosa, que había... ¿de verdad estoy hablando de esto? No te ofendas, ya sé que hemos quedado en que ya no

somos unos desconocidos y todo eso, pero la verdad es que sí lo somos, y lo de soltar mis penas puede que tenga un pase, pero una tiene que mantener cierta dignidad.

—¿Es indigno hablar de esto?

—Un poquito sí, ¿no crees?

—La verdad es que no, pero yo qué sé, siempre he sido de hablar sin tapujos.

—Eso es porque eres de otra generación.

—Madre mía, ni que tú fueras con bastón por la vida. ¿Qué me sacas? ¿Cinco años?

—Silvia te contaría estas cosas sin ningún problema. A ella le da igual quién pueda escucharla decir cualquier cosa, pero no sé, a mí me da apuro. Llámame anticuada si quieres.

—Tengo un amigo que siempre dice: «No me llames viejo, llámame *vintage*».

—Pues llámame *vintage*.

—Cualquier excusa es válida para eludir el tema, ¿no?

—Hay que mantener la dignidad, insisto.

—A estas horas de la noche la dignidad es apenas una palabra. No me voy a alarmar, no después de todo lo que ya me has contado. ¡Si hasta me has hablado del ligue ese que te presentó Lucía!

—Calla, no me lo recuerdes. Luego nos tiramos unos meses refiriéndonos a él como: «El Segunditos».

—Joder, pues va a ser verdad que las mujeres sois malas.

—En privado somos iguales que vosotros, lo que pasa es que en público sabemos mantener mejor las apariencias.

—Es que los tíos somos más básicos, qué se le va a hacer.

Mar se llevó un dedo a los labios, como si estuviera pensando en algo. Luego terminó por resoplar con resignación y se encogió de hombros una vez más.

—Le dije que había estado bien servida y no lo necesitaba —admitió—. Ya está, solo eso.

—¿Solo eso? ¿Tanta historia para decir que estabas bien servida?

—No sé, nunca me ha gustado airear demasiado mis intimidades. No soy Silvia.

—¿Y le bastó con eso?

—Por supuesto que no. Según ella, iba a tardar un par de semanas, como mucho, en comenzar a tirarme a tíos. Ya verás, me decía, te vas a comer el mundo mientras dejas que te coman a ti el mundo. Solo que ella no dijo mundo la segunda vez.

—Lo he pillado —replicó Hugo empezando a reírse de nuevo—. Dios mío, soy fan de esa mujer.

—Al parecer tenía que usar el cacharro ese de goma para aprender nuevos trucos y movimientos porque, según ella, seguro que estaba anquilosada y había cogido vicios por haber estado tanto tiempo haciéndolo con la misma persona. Hablaba de mí como si fuera una bicicleta o algo así. Al final le dije que vale, pero solo para que se callara, y por la noche lo tiré a la basura.

—O sea que eres de esas personas que desprecian los regalos.

—Culpable de los cargos. —Mar levantó una mano, como si fuera a jurar sobre una Biblia.

—Encima que estaba intentando mirar por ti —murmuró él, y movió la cabeza a un lado y a otro para remarcar una tristeza fingida—. Silvia es una incomprendida.

—Déjala, que bastante tiene con el regalo de los dioses. La cosa es que para Silvia era una verdad absoluta que yo no iba a pasar sola más de dos semanas, tres a lo sumo. A mí solo el hecho de pensar en buscar otra pareja me producía una sensación de vértigo, como de estar mirando desde el filo de un abismo. Aún hoy me lo transmite, la verdad. Es como que... de acuerdo, a veces me siento sola, y por supuesto que en ocasiones tengo mis necesidades...

—Que es cuando podrías aprovechar el regalo de tu amiga —aseguró Hugo, divertido.

—Claro... —Mar puso los ojos en blanco, como si aquello fuera tan obvio

que pensar lo contrario fuera ridículo. Luego ambos se echaron a reír—. Pero la cosa es que la simple idea de ponerme a buscar otra pareja me da vértigo. Para empezar, que no sé dónde hacerlo. Silvia siempre dice que el gimnasio es el mejor lugar para ligar que se ha creado en el nuevo siglo, además del Tinder. Pero qué quieres que te diga, no tengo tiempo de ir al gimnasio y tampoco tengo un recuerdo de cuando sí que iba que yo pueda decir: «Eh, sí, ahí ligaba muchísimo». No recuerdo haber hablado jamás con nadie en el gimnasio.

—Pues se han vuelto sitios muy sociales, casi te diría que más que los bares.

—Será para las nuevas generaciones y los que se adaptan a ellas. Yo es que soy *vintage*.

—Hombre, es que han transformado los gimnasios. De ser un sitio donde ibas a sudar y perder grasa se han convertido en centros molones donde vas a sudar, perder grasas, hacerte *selfies* y subirlos a Instagram. Es todo muy *cool*, no sabes lo que te pierdes. Al lado de mi casa hay un gimnasio que lo han decorado de tal forma que si te tomas un tripi probablemente creas que te han abducido los aliens y te llevan de camino a Gamma 5.

—Lo estás pintando de tal forma que estoy por ponerme unas mallas y largarme de aquí —replicó Mar fingiendo una exasperación que no sentía—. Los *millennials* a veces me desconciertan. Todo ese rollo de las redes sociales, sinceramente, yo me quedé en el Facebook, y porque todo el mundo lo usa, pero el otro, Twitter, es un misterio para mí. Y del Tinder ya ni hablamos, la sola idea de utilizarlo me da vergüenza.

—Es solo cruzar esa barrera. Tengo varios amigos que han conocido a sus parejas por Tinder.

—No, si eso lo sé. Silvia también ha tenido varios ligues que han salido de Tinder, y a alguno nos lo ha presentado. Admito que me picó la curiosidad, tanto Elena como Silvia me habían incitado a probar, y me abrí una cuenta una vez; todo lo que veía... no sé, no era para mí. De todas formas, la parte de buscar pareja me resulta complicada porque no me van ese tipo de cosas y,

aunque parezca mentira, no suelo salir de bares. —Hizo un gesto con la mano para señalar a su alrededor—. Sin embargo, esa me parece la parte menos complicada. Luego me pongo a pensar en tener que conocer a alguien, adaptarme a sus rarezas, paliar las mías, ajustar las costumbres a una nueva persona... ¡Tener que ponerte al día con las series, las películas y los libros! Uf, solo de pensarlo me muero de pereza.

—¿De verdad?

—De verdad. Y, bueno, que nos hemos ido por las ramas. Era evidente que a Lucía le pasaba algo. Como no quería contármelo, le dije que necesitaba un favor y le expliqué por encima lo que había pasado. La versión corta, que había tenido un problema con el casero y necesitaba un sitio donde quedarme.

●***

—Ay, Mar, lo siento muchísimo, pero no puedo.

—Vale, no te preocupes, es normal...

—Ay, cariño... —En ese momento, Lucía rompió a llorar al otro lado del teléfono—. Lo siento mucho, de verdad.

—Bueno... no es para tanto... ¿qué te pasa, Lucía? ¿Puedo ayudarte yo a ti?

***●

—No es que estuviera yo para ayudar a nadie, pero ¿qué otra cosa iba a decirle?

—¿Qué le pasaba?

—Que su marido le había pedido el divorcio, apenas un par de horas atrás.

—Joder.

—Sí, un momento cojonudo para llamarla. No quiero sonar insensible, que me jode mucho que Lucía pase por lo mismo que pasé yo cuando Santi me dejó, que la quiero mucho y es mi amiga, pero maldito el momento. Ahí estaba yo comiéndome las uñas de puros nervios porque el plan de meternos en casa de Silvia había fallado y necesitaba encontrar un plan B y, de repente, Lucía se

puso a contarme todas sus penas como... como si... bueno, como yo ahora mismo contigo, que te estoy soltando un ladrillo que no entiendo que sigas aquí sentado.

—¿Y lo que me estoy riendo?

—Está feo reírse de los demás, ¿no te lo enseñó nunca tu madre?

—Eso y lo de no comer con la boca abierta se le olvidó contármelo — bromeó él.

—Me tuvo tres cuartos de hora al teléfono. ¡Tres cuartos de hora! Ya no sabía dónde meterme. Que me siento mal solo de pensar que lo que quería hacer era colgar y dejarla con la palabra en la boca...

—No lo hiciste.

—No lo hice.

—Eso ya dice bastante.

—Si tú lo dices... La cosa es que cuando terminó de llorar porque «su vida estaba acabada», Lucía puede ser bastante dramática si se lo propone, me dijo que sentía mucho no poder ayudarme, me preguntó si había llamado a Silvia, le dije que sí y me ahorré entrar en detalles sobre el equipaje que se había traído de Nepal...

—Un regalo de los dioses —aseguró él, entre risas.

—Justo eso —dijo ella haciendo un aspaviento—. Lo que hay que oír. Bueno, pues entonces Lucía me hizo una pregunta que me dejó descolocada y, si eso es posible, un poquito más jodida de lo que ya estaba.

—¿Más? —Hugo abrió los ojos como platos—. ¿En serio?

—En mi defensa diré que no había pensado en ello, es verdad, y que tarde o temprano me habría encontrado con el problema de frente. Más temprano que tarde, por desgracia, porque mi margen era escaso. En fin, como sea, lo que me preguntó fue: «Oye, Mar, y aunque encuentres dónde quedaros, ¿qué vas a hacer con todos los muebles y cosas que tenéis?».

Hugo se echó hacia atrás en la silla y asintió, como si aquello fuera tan obvio que resultara indignante el hecho mismo de no haber pensado en ello.

—Santi solía decir una frase —aseguró Mar—. «Me acabas de crear un problema que antes no tenía». Pues tal que así, terminé la conversación con Lucía habiendo perdido cuarenta y cinco preciosos minutos que tendría que haber invertido en seguir buscando una casa en la que meternos antes del domingo, y añadiendo además a la carga la necesidad de buscar un trastero de alquiler y un camión de la mudanza. Y todo esto sin dinero en la cuenta del banco, sin trabajo y con mi hijo en el hospital recién operado.

—Si lo juntas en un guion, te quedaría una buena peli.

—Me dirían que es demasiado surrealista o algo así. Para mí, ha sido la constatación de que los problemas nunca vienen solos. Después de esto, no le tenía demasiada fe, pero también llamé a Blanca.

—¿Por qué no le tenías fe?

—Blanca es buena tía, pero hay que admitir que es peculiar. A veces hace algunos comentarios que parece que vive en otro plano astral. Por supuesto, me dio largas en cuanto le expliqué lo que necesitaba. Que si no tiene espacio suficiente, que si íbamos a estar apretados, que si: «Jo, cariño, lo intentaría pero es que al final va a ser peor el remedio que la enfermedad», que si: «No es por ti, es por mí».

—Clásico argumento.

—En fin, que como suponía, ahí no había mucho que rascar. Ya solo me quedaba una opción, una que para mí personalmente iba a ser muy dura, pero que, al menos, me permitiría ganar tiempo para buscar una solución mejor.

●***

—¿Sí?

—Hola, mamá.

—¡Mar, cariño! ¿Qué tal está Álvaro?

—Bien. Creí que ibas a venir a visitarle.

—Se me complicó la tarde al final, y además pensé, bueno, va a tener la sala llena de gente y voy a ser más un incordio que otra cosa. ¿Cuándo le dan el

alta?

—Espero que hoy mismo. Como muy tarde, mañana.

—Me alegro. ¿Me avisas para que le llame y hable con él?

—Eh... vale. —Casi me atraganté al decirle eso. La verdad, no esperaba que me resultara tan complicado pedírselo a ella, pero, yo que sé, supongo que uno nunca quiere reconocer ante sus padres que es un fracaso con patas y necesita ayuda—. Mamá, necesito pedirte un favor.

—Claro, hija, lo que sea, para algo estamos las madres.

No sabía ni cómo empezar. Las palabras se atragantaron. No había tenido ningún problema, más allá de la vergüenza de admitir que se necesita ayuda, al hablar con Silvia, Lucía o Blanca, pero ¿mi madre? Era otra liga. Además, con ella no iban a servir los resúmenes ni los: «Es una historia muy larga». Iba a exigir que le contara hasta el último detalle, iba a querer llamar ella en persona a Gustavo para arreglar la situación y exigirle... no sé, lo que fuera. Y claro, la cosa no iba a acabar ahí. También iba a tener que decirle lo que había pasado con el banco. Era bastante probable que también quisiera llamar ella personalmente al banco para cantarles las cuarenta. Y claro, de ahí saltaríamos al trabajo, a lo que había hecho Elena. Lo mismo también quería llamarla para preguntarle cómo podía alguien ser así de hija de puta.

—¿Mar? ¿Te ha dado un aire, hija?

Me dije: «Venga, Mar, hazlo rápido y acabemos con esto cuanto antes».

Estuve a punto de decirle que no pasaba nada y colgar antes de que tuviera tiempo de indagar. Sentía una opresión en el pecho, como si me estuvieran estrujando las entrañas.

—¿Podríamos quedarnos contigo unas semanas?

—¿Quiénes?

Parpadeé, confundida.

—¿Cómo que quiénes? Nosotros, mamá, tu hija y tus nietos.

—¿Quedaros aquí, en mi casa? ¿Qué le pasa a la vuestra? —Sonaba como si estuviera francamente sorprendida.

Bueno, allá vamos.

—Es una larga historia, mamá. El caso es que nos quedamos sin casa y necesitamos dormir en algún sitio, ya sabes, está feo que lleve a los niños a la Plaza Mayor y los tape con unos cartones con el frío que hace.

Crucé los dedos, esperando que el humor mitigara un interrogatorio de la Gestapo.

—¿Qué quieres decir con que os quedáis sin casa? ¿De qué estás hablando?

—Mamá, de verdad que es una larga historia y estoy muy cansada.

—Pues si es una larga historia, hazme un resumen.

Suspiré con resignación.

—Gustavo quiere poner la casa en Airbnb y resulta que el contrato se acababa ahora y se ha aprovechado de eso para no renovar.

—Pero no puede hacer eso, ¿verdad? Tú eres abogada y seguro que de esto sabes más, ¿no tiene que darte un tiempo razonable? ¿No tienes tú prioridad para renovar? —Se quedó un momento callada durante el que estuve a punto de reconocer que, en parte, había sido culpa mía y de mi orgullo. Ay, cómo me gustaría poder retroceder en el tiempo y decirme a mí misma que, por muy cansada que estuviera, me comiera mis propias palabras antes de responderle a Gustavo que de acuerdo, que me iría antes del domingo. Claro que, si pudiera viajar en el tiempo, haría todo lo posible para ni siquiera llegar a esa situación—. ¿O es que has agotado ya el margen? ¿Hace cuánto tiempo que sabes esto?

—Mamá, tranquila, ¿vale? Son cosas que pasan, solo...

—¿Cosas que pasan? ¿Cómo es posible que te pasen estas cosas?

Resoplé, pensando: «Y eso que no sabes ni la mitad».

—Digamos que mala suerte.

—¡Mala suerte! —exclamó, con esa voz aguda que le sale cuando está intentando no ponerse a gritar—. ¡Mala suerte es tropezar en la calle, no quedarse sin casa! ¿Cuándo os tenéis que ir?

—El domingo.

—¿El domingo? —Ahí sí, se le escapó un grito—. ¡Eso es dentro de unos días!

—Sí. Mamá, de verdad, yo sé que esto es inesperado para ti, no lo hagamos más grande de lo que es, ¿vale?

—Pero ¿y qué vas a hacer con el colegio? ¿Y con el trabajo? ¿Vas a coger el coche desde aquí todos los días y bajar a Madrid? ¡Con los niños! ¡Vais a tener que levantaros todos los días prontísimo para llegar a tiempo! No tiene ningún sentido.

—Ya, bueno, tendré que hacer lo que tenga que hacer y punto. —Oh, a veces mi madre me saca de mis casillas. Reconozco que, en ocasiones, y esta fue una de ellas, le respondo en un tono que no se merece.

—No me parece una solución, qué quieres que te diga.

—Ya, ¿y qué hago entonces? —Entre nosotras, a veces, el tono de nuestras conversaciones escala con velocidad, y noté que en ese momento estaba a punto de pasar eso. Yo elevaría la voz y sacaría el sarcasmo a pasear, ella empezaría a gritar y a echarme la culpa por todos los males del mundo y, en menos que canta un gallo, estaríamos discutiendo. Así que me obligué a respirar hondo, reduje el ímpetu de la frase que estaba a punto de pronunciar e incluso le añadí un poco de cachondeo para que resultara simpática—. Porque lo de la Plaza Mayor y los cartones, aunque le veo el atractivo, no tiene mucha mejor pinta, ¿no?

Juraría que la oí respirar hondo también a ella. Cuando habló, su voz volvía a sonar tranquila, aunque se percibía algo en ella, como si hubiera una cortina tras la que, en realidad, estuviera gritando y alarmada.

—No lo sé, cariño, podrías dejar a los niños con Santi. No puedes someterlos todos los días a una hora de trayecto para ir al colegio y otra para regresar.

Creo que oyó mi bufido. Ese no fui capaz de paliarlo.

—No.

—Mar, no seas cabezota, es lo más razonable.

—He dicho que no.

—Bueno, pues algo vas a tener que pensar.

—Ya lo he pensado, mamá. Iremos a tu casa y...

—No, cariño, si digo que algo vas a tener que pensar porque aquí no podéis venir.

Durante un instante, no fui capaz de procesar ningún pensamiento.

—¿Qué quieres decir? —balbuceé.

—Que no tengo sitio, Mar, eso estoy diciendo.

—¿Cómo que no tienes sitio? ¡Tienes tres habitaciones y vives sola!

—Ay, hija mía, si me lo hubieras dicho con más tiempo, pues yo que sé, podríamos arreglarnos, pero ahora ya no. Mañana mismo se viene Juanita, la que se casó con Toñín, el del bar que hay en la esquina, donde la Iglesia. ¿Sabes quién?

—Sí... —Fue apenas un murmullo. Tuve que comerme las ganas de gritarle: «¡Sé quién demonios es Toñín y me importa un pimiento, mamá!».

—También va a venir Susana, la de la mercería, yo creo que te he hablado de ella, pero no la conoces. ¿Sabes que ahora los martes estoy yendo a jugar al bingo? Bueno, pues Susana es la que nos ha metido ahí, porque tiene un amigo en la organización. Yo creo que entre esos dos hay algo, que les echa para atrás la edad que tienen, que yo le digo que aún es joven y más si es para encontrar el amor y ser feliz, claro, pero eso también te lo digo a ti y me haces el mismo caso que Susana. Por un oído te entra y por otro te sale, y como sigas a este paso te vas a convertir en una vieja amargada y gruñona, tú sola rodeada de cuarenta o cincuenta gatos.

—No me gustan los gatos —fue lo único que logré responder—. ¿Por qué se van a tu casa?

—Ah, verás, es una historia curiosa. Resulta que a Susana le han empezado unas obras en su barrio y como tiene el oído muy fino y le cuesta conciliar el sueño, pues no es capaz de descansar bien, así que la invité a venirse a casa hasta que terminen las obras, y total, que nunca es tarde para convivir en un

piso compartido, como los estudiantes.

Bueno, puede que yo tuviera una idea diferente al respecto, pero para qué entrar en detalles.

—Y Juanita es que está muy sola. Verás, desde que sus hijos se han mudado a Girona, se estaba poniendo mustia, y Susana y yo hemos notado que parece revivir cuando salimos al bingo o a dar un paseo, que hay que mover las piernas para no quedarse anquilosadas. ¿Tú estás haciendo ejercicio?

—¿Qué ejercicio ni qué ejercicio? Mamá, no tengo tiempo casi ni de respirar.

—Con lo que tú eras.

—Mamá, yo quería estudiar INEF y papá prácticamente me lo prohibió.

—Tu padre te aconsejó que estudiaras Derecho porque era una carrera con más salidas, cariño. Y tú estuviste de acuerdo.

Bueno, supongo que cada uno recuerda las cosas como quiere. Desde luego, mi padre *no me hizo una sugerencia y yo no estuve de acuerdo*. Y la verdad, tampoco tenía ganas de abrir la puerta del: «Mira a dónde me ha traído haber estudiado Derecho».

—De todos modos, la gente de tu generación se ha vuelto un poco mojigata —continuó ella. Toma ya—. Tienes dos hijos y ya parece que se te echa encima el mundo. No tienes tiempo de hacer nada más. Si hubieras pasado una guerra, igual no te quejabas tanto.

—Tú tampoco pasaste una guerra, mamá.

—Pero sí una posguerra.

—En este país seguimos viviendo en la posguerra.

—Hala, ¿desde cuándo te has vuelto una demagoga?

—Desde que usas argumentos como: «Si hubieras pasado una guerra, igual no te quejabas tanto» —aseguré—. Mamá, dile a tus amigas que no puede ser y ya está.

—Uy, ¿qué dices? ¡Cómo voy a hacer eso!

—Hombre, porque tu hija y tus nietos deberían ir por delante de Susana la de

Toñín y Juanita la mercera.

—La de Toñín es Juanita y Susana es la que tiene una mercería.

—Me da igual, como sea.

—No puedo hacerles eso, Mar, sería bastante feo por mi parte.

—¿Y dejarnos en la calle a tus nietos y a mí no te parece feo?

—No te voy a dejar en la calle. Deja a tus niños con Santi y búscate un hotel mientras encuentras otra casa. Algo más lógico que venirte al pueblo con tu madre.

Abrí la boca para decirle que no tenía dinero ni para pagarme un hotel, pero la verdad, después de cómo había ido la conversación hasta entonces, lo que menos me apetecía era contarle que además tenía la cuenta bancaria criando telarañas.

—¿Y se puede saber, si ibas a decirme que no, por qué te has obcecado con que tendríamos que levantarnos demasiado pronto para llegar al colegio?

—Ay, hija, qué se yo, pues es lo primero que me ha venido a la cabeza. Llama a Santi y que se quede a los niños unos días.

—He dicho que no, mamá.

—Y revísate el contrato de la casa. Estoy bastante segura de que Gonzalo no puede hacer eso.

—Gustavo.

—¿Como la rana esa que te gustaba de pequeña?

—Exactamente.

—Bueno, pues Gustavo.

—Mamá, de verdad, ¿no puedes decirles que no a tus amigas? Hazlo por mí.

—Hija mía, si pudiera, por supuesto que lo haría, vaya cosas tienes.

—No sé por qué presiento un final con fuegos artificiales.

—En realidad... —Mar gira la muñeca para mirar el reloj—, aún no estoy cerca del final.

—No pueden haberte pasado muchas cosas más en dos días.

—No subestimes mi capacidad para tropezar una y otra vez con más y más pegotes de mierda.

Hugo levanta una mano, pidiendo una pausa.

—Entonces, será mejor que pida algo de beber. Lo siento, sé que dijiste que uno y no más, pero es que me dices que la cosa sigue y sigue, y yo no soy el que habla, pero tengo la boca seca.

Mar asintió, porque ella también notaba la lengua pastosa. Valoró su estado y se preguntó si sería capaz de asimilar una cerveza más. No quería meterse otra copa al cuerpo y el refresco le había durado un respiro.

—Cerveza —dijo. Y rápido, como si se arrepintiera—: con limón.

—A la orden.

Se levantó y fue a buscar las bebidas a la barra. Mar, esta vez, no tuvo tentación de marcharse. Se quedó allí sentada mirando a su alrededor y fijándose en la gente que se movía de un lado a otro por el bar. Luego Hugo regresó y tomó asiento mientras le ponía delante el vaso con la cerveza.

—Ya hemos recargado —aseguró él, como si fuera un soldado poniendo al día a su comandante—. Estamos listos para hacer frente a una nueva oleada.

—Oh, más te vale que estés listo —aseguro Mar—. ¿A que no sabes quién me llamó esa misma tarde, unas dos horas después? Para que te pongas en situación, yo estaba sentada en la habitación de hospital, jugando con Álvaro a las cartas mientras Esther ojeaba una revista junto a la ventana. Intentaba parecer tranquila y despreocupada, aunque por dentro no dejaba de darle vueltas a la posibilidad de pedir un préstamo para hacer frente a lo que fuera. Que tampoco sabía cómo iba a poder devolver el dinero, teniendo en cuenta que tampoco tenía trabajo. Me hierva la sangre cada vez que pienso en lo que hizo Elena.

—Como para no.

—Bueno, apuesta, ¿quién crees que me llamó?

Hugo entrecierra los ojos, como si, al hacerlo, pudiera concentrarse mejor o

leerle la mente.

—¿Elena?

—Si me hubiera llamado Elena, lo mismo habría estampado el teléfono contra una pared. No fue ella.

—Eh... pues entonces no tengo ni idea.

—Pues imagínatelo. Yo, la damisela en apuros, en muchos apuros, a punto de ser engullida por el dragón, y entonces aparece, en forma de providencial caballero de brillante armadura, vía telefónica, el hombre que siempre supe que vendría a salvarme.

●***

Reconozco que me emocioné al ver su nombre en la pantalla del móvil. Sentí las proverbiales mariposas en el estómago, se me puso la piel de gallina en los brazos y en la nuca e incluso me estremecí como si Brad Pitt me susurrara al oído. Por un momento me permití el lujo de soñar con que esa era la llamada que llevaba esperando desde hacía dos años. Yo respondería, él me preguntaría por Álvaro y yo le diría que nuestro hijo, suyo y mío, estaba bien y con un poco de suerte recibiría el alta ese mismo día, o el siguiente a más tardar. Luego le pediría ayuda, tal vez incluso me rebajaría a decirle que le necesitaba, y él comprendería que tenía que regresar a mí, salvarme de mi propio caos y restaurar el orden en el universo.

Tal vez, incluso, permitiría que fuera yo la que mandara a Doña Perfecta a freír espárragos.

Quien dice freír espárragos dice irse a la mierda. Deleitándome en cada sílaba, por supuesto. Para terminar con un: «Ríe mejor quien ríe la última, zorra».

Deslicé el dedo sobre el botón de responder y me levanté para dirigirme a la puerta mientras Álvaro barajaba y Esther seguía enfrascada en lo que fuera que estuviera leyendo en la revista.

—¿Santi? —Lo admito, pronuncié su nombre con la desesperación de la

damisela en apuros.

—¿En qué lío te has metido ahora, Mar?

Últimamente, tenía la sensación de parpadear confusa más a menudo que en toda mi vida anterior.

—¿Eh?

—Me ha llamado tu madre, Mar.

¿Conoces esa sensación de: «Tierra, trágame»? Oh, me habría encantado poder desaparecer, fundirme con las paredes y el suelo como el malo de aquella película de robots de los noventa, esfumarme en el aire como si nada y volverme etérea.

—¿Te ha llamado? ¿A ti?

—Sí, la has dejado bastante preocupada y, la verdad, yo también me he quedado preocupado.

Bueno, al menos era algo. Eso podría ser un resquicio.

—¿Por qué te ha llamado a ti? —Quise saber.

—¿Qué demonios ha pasado con la casa, Mar? Dime qué ha ocurrido para que pueda llamar a Gustavo y aclarar esta estupidez.

—Gustavo no va a cambiar de opinión, Santi.

—¿Me quieres contar qué ha pasado de una vez?

—Pues si te lo ha contado mi madre, ya lo sabes.

—Me ha contado una historia sobre *airbinbin*, que supongo se refiere a la plataforma esa de alquileres temporales, y me ha dicho que tienes que dejar la casa libre el domingo, pero eso no explica qué demonios ha pasado para que llegues a este punto. A veces me preocupas, Mar. Tienes dos hijos, ¿sabes? Lo suyo sería que te preocuparas porque no tuvieran que pasar por esto.

Ay, amigo, eso tocó donde más duele. En el punto exacto en el que se encuentra el resorte que hace saltar a cualquier madre que se precie.

—Tengo dos hijos a los que cuido a la perfección —aseguré, y no en buen tono, precisamente.

—Mar, no quiero discutir. Aunque tal vez tendríamos que revisar tu concepto

de: «A la perfección».

—Oye, pues para no querer discutir lo estás haciendo fenomenal.

—Vale, vale, lo admito, ha sido un comentario hiriente...

Estupefacción. Eso es lo que sentí al comprender que Santi no estaba solo. No era el hecho de que se hubiera retractado tan rápido. Ni siquiera el suspiro de resignación. Juro que oí algo, como un murmullo a su espalda, como el soplido que podría emitir él al recibir un empujón, como la renuencia a pronunciar aquel simulacro de disculpa.

Doña Perfecta estaba a su lado. Lo supe de una manera tan clara que no me cupo la menor duda. Dios mío, si es que hasta era perfecta logrando que los demás echaran el freno antes de que estallara una discusión en toda regla. Creo que jamás he visto a Santi recular de esa manera, en todos los años que pasamos juntos, cuando creíamos que nuestras vidas estaban entrelazadas por el destino y que siempre estaríamos juntos.

Reconozco que me hirvió la sangre. Puede que fuera envidia.

—Voy a intentar hablar con Gustavo, ¿de acuerdo?

—No. Santi, no soy idiota, aunque a veces puedas pensar lo contrario.

—No pienso que seas idiota, Mar. Mira, solo quiero arreglar esto, tu madre tiene razón, lo mejor sería que los niños vinieran a casa, sabes perfectamente que aquí pueden quedarse, tienen una habitación para ellos y todo lo que necesitan mientras tú buscas tranquilamente...

—No les gusta dormir juntos —murmuré, notando que la barrera que había en mi pecho se quebraba y las primeras lágrimas empezaban a derramarse por mis ojos.

—¿No les...? Mar, nunca les ha importado cuando vienen a dormir a casa y no creo que les importe si tienen que aguantarse mutuamente durante un par de semanas.

—¿Un par de semanas? No puedo estar un par de semanas sin mis hijos.

—¿Estás llorando?

—No —dije entre hipidos nada convincentes.

—Oh, por Dios, Mar, no llores, no te estoy quitando a tus hijos ni nada por el estilo, puedes verlos cuando te apetezca, solo estoy diciendo que es la mejor solución y que es algo temporal. Además, pasas más tiempo sin ellos cuando se vienen en verano de vacaciones conmigo.

—¡Pero ahora no es verano! —aseguré, ya incapaz de esconder los sollozos y el hipo constante que me hacía atragantarme con las palabras.

—Caray, Mar, a veces eres terca como... —Un nuevo empujón, otra vez un susurro a su espalda, un reproche. Santi resopló y tomó aire—. Mar, no le des más vueltas. Sabes que tengo razón y que es la opción más lógica. Los niños se vienen a casa y tú puedes alquilarte una habitación en un hotel donde estés tranquila y puedas organizarte. Si lo que te preocupa es la rutina de los niños hay un hotel cerca de mi casa, podrías hasta llevarles al colegio todos los días. Nosotros podemos hacerlo, pero si tú quieres, lo que sea.

Maldita sea, era imposible rebatirle.

—No puedo alquilar una habitación de hotel —susurré. Intenté que no se me escuchara en realidad.

—¿Cómo?

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y respiré hondo antes de repetirme.

—No puedo alquilar una habitación de hotel.

—¿Por qué demonios no puedes alquilar una habitación de hotel, Mar?

Y dejé que la marea que se escondía tras aquella endeble barrera que ya había sido sobrepasada en mi pecho fuera destruida por completo. Hablé, supongo que con menos idas y venidas y yéndome menos por las ramas que hoy. Ciertamente, con menos *background*. Le hablé del despacho y de la jugarreta que me había comido por parte de Elena. Le conté todo lo que había pasado en el banco, cómo se me había juntado con el apendicitis de Álvaro y cómo le había lanzado un órdago a Gustavo que él había cogido al vuelo y había utilizado para librarse de mí. En un momento dado, Santi murmuró algo sobre hablar con el casero y hacerle entender que todo había sido un error, un

cúmulo de desafortunadas circunstancias que habían dado lugar a un terrible error. Ni siquiera él sonaba convencido al decirlo.

—Joder, Mar —fue lo que masculló cuando terminé mi odisea vital de los últimos días. No lo dijo con mal tono, de hecho sonó tan comprensivo que hasta me resultó extraño.

—Sí. —Ya no se me ocurría nada que decir.

—Dios, no sé qué... —Silencio un momento, el suave roce de una mano que tapa el micrófono del teléfono para que no se escuche lo que se habla al otro lado—. Un momento, Mar.

Durante los siguientes veinte o treinta segundos su mano tapó el micrófono mientras él hablaba con Doña Perfecta. Entendí un: «No creo que sea buena idea» en boca de Santi y un: «Díselo» en la suave y melodiosa voz de ella. Cuando Santi destapó el micrófono, se le notaba que estaba hablando en contra de su voluntad.

—Ven a casa.

—¿Cómo?

—Te prepararemos la habitación de invitados para que puedas quedarte aquí.

—¿En tu casa? —Imagínate que te dicen: «Oye, vas a meterte en este fotomatón, que en realidad es una nave espacial que te va a llevar al planeta Gamma 84». Bueno, pues lo siguiente que preguntarías lo harías en el mismo tono en que yo pregunté esto.

—Irene está de acuerdo —aseguró él, como si aquello fuera lo que yo le había preguntado—. De hecho, es idea suya.

—No... ¿Cómo...? Yo...

—Mar, está decidido, ¿vale? Mañana llamo a una empresa de trasteros con la que ya he trabajado antes para que se ocupen de las cosas de casa. Tú prepara unas maletas para los niños, coge lo que puedas necesitar, y te vienes aquí. Resolveremos esto en unos días y dentro de unos años nos reiremos contándoselo a nuestros nietos.

Creo que estaba demasiado perpleja incluso para aferrarme a la maravillosa

idea de pensar que aquel: «Contádoselo a nuestros nietos» se refiriera a hacerlo juntos, como antaño.

Me habría negado de buena gana. El problema era que hasta el momento, era la única solución que se me había planteado.

De inmediato, se me formó un nudo de angustia en el estómago.

9. La casa del terror

—Espera un momento, ¿me estás diciendo que tu ex y su novia te invitaron a quedarte en su casa?

Mar se encogió de hombros e hizo un aspaviento con las manos, como el mago que acaba de realizar un complicado truco y ha dejado asombrado a su público. Hugo se echó hacia delante sin dejar de mirarla con cierta fascinación.

—Es que además no fueron Santi y su novia perfecta, fue cosa de ella en solitario. Te aseguro que Santi no estaba para nada convencido mientras lo decía.

—O sea que tantas críticas y al final es la que te salva el culo.

—Oh, bueno, lo puedes ver así, claro. —Mar se enfurruñó como una niña pequeña.

—¿Cómo puedes verlo, si no?

—Pues le he estado dando vueltas, antes de que tú llegaras, cuando estaba en la barra sentada, y creo que no ha sido una decisión tan altruista como parece. Creo que la señorita Doña Perfecta —y pronunció esas tres palabras con todo el retintín despectivo del mundo—, lo único que quería al ofrecer su casa es aumentar su imagen de cándida y amable. Creo que solo quería que todos viésemos lo magnífica que es, ahí, cuidando de los desvalidos incluso aunque la situación resulte incómoda.

—¿Y no puede ser que solo estuviera intentando ayudar?

—¿Tú de qué lado estás? ¿Del suyo?

Hugo levantó las dos manos, extendidas las palmas y los dedos para pedir calma.

—Solo pregunto.

—He estado pensándolo y no, no lo creo —gruñó Mar, obcecada—. No es que tengamos una relación cordial entre nosotras, no hay ningún motivo para querer quedar bien conmigo, salvo poder mostrarse ante Santi en plan: «Mira qué buena que soy que le salvo la vida a tu exmujer». Escucha lo que digo, me apuesto contigo lo que quieras a que esta semana alguien filtra a la prensa del corazón algo de esto y verás como la pintan como si fuera Angelina Jolie construyendo hospitales en el Congo. Y a mí, pues me sacarán una foto a escondidas en la que aparezca lo más patética posible y me convertiré en el hazmerreír de toda España. Oh, sí, puedes creerme, lo he estado pensando. Viendo mi trayectoria en estas últimas semanas, aparecer con el gesto torcido, despeinada y con un lamparón en la blusa en una revista de tirada nacional sería la guinda del pastel.

—Te vas a tener que peinar todos los días, entonces.

Fue el turno de Mar de entrecerrar los ojos y dedicarle una de esas miradas que atraviesan paredes y envían a la tumba. Sin embargo, Hugo no dejó escapar su sonrisa y, al final, ella tuvo que rendirse y admitir que también le estaba haciendo gracia.

—Quién sabe —dijo—, lo mismo ya hay algún *paparazzo* por aquí y ya me han sacado la foto de la vergüenza nacional. Casi me imagino el titular. ¡La ex Miss España Doña Perfecta convertida en hada madrina de cuento al salvar a la exmujer borracha y perdedora de su pareja y sus hijos de quedarse en la calle! ¡Mira, si hasta puede que te hayan sacado en la foto! ¡Espero que estés preparado para convertirte en portada del *Hola* por asociación!

—Eres un poco dura contigo misma.

—¿Te das cuenta a estas alturas?

—Bueno, antes estabas siendo crítica y pesimista respecto a todo lo que te ha pasado, ahora te regodeas en ello y te atacas. No creo que seas ni una borracha ni una perdedora.

—Será que te doy lástima, o que no has escuchado bien lo que te he contado

esta noche —masculló Mar, aunque fue incapaz de evitar que sus mejillas se tornaran un poco más sonrosadas de lo que ya estaban.

—A lo mejor, quién sabe. No hay mal que por bien no venga, si me conviertes en famoso podré ganarme la vida asistiendo a programas de televisión a criticar a otros famosos. ¡El sueño de cualquiera!

—Mira, va a ser verdad que no soy tan pesimista, soy capaz de ver el lado bueno de eso. Encontraría trabajo y podría maldecir a Doña Perfecta en *prime time*. ¡Dos por uno!

—Ensañamiento contra el hada madrina. Toda España te odiaría.

—Seré el *martillo* que azota a las odiosas hadas madrinas —aseguró ella, lanzando una carcajada.

Hugo también se echó a reír y, durante un momento, los dos compartieron las risas como si no hubiera nada a su alrededor y se encontraran en una burbuja, aislados del resto del mundo. Cuando la magia de ese instante se desvaneció, se quedaron mirándose unos segundos, en silencio, volviendo a ser conscientes de dónde estaban, de la música y del ajetreo de la gente que se movía, hablaba y bailaba a su alrededor.

—Ha sido una buena historia —dijo él—. Ha merecido la pena.

—Ya se la puedes contar a tus colegas del trabajo. Podrás llamarlo *El rollo de aquella señora loca a la que una vez abordé en la barra*.

—¿Yo te abordé?

—Desde luego, no fui yo la que te abordé a ti.

—Bueno —dijo él, encogiéndose de hombros—, fuiste tú la que me tiró una copa en el brazo. No tengo manera de saber si lo hiciste sin querer o fue una táctica para llamar mi atención.

—O una conspiración judeomasónica, claro.

—De los *Illuminati* —añadió él.

—No te tiré una copa, fue un accidente.

—Eso es lo que dicen los matones cuando asesinan a un rival: «Que parezca un accidente».

—¿Ahora soy una matona?

—Sigo teniendo el brazo empapado como prueba, señorita.

—¿De verdad?

—No, ya está seco.

—De todas formas, esta historia aún no ha terminado. Queda la traca final. ¿Aún tienes ganas de escuchar durante unos minutos más? —Le miró con una ceja levantada y Hugo le hizo una floritura con la mano derecha para indicarle que siguiera adelante. Mar bebió un trago de su cerveza antes de retomar la palabra.

¿Cuánta humillación puede soportar una persona?

Esa era la pregunta que me hacía mientras conducía hacia la casa de Santi. Los niños estaban hablando en el asiento trasero, creo que se lo tomaban como una especie de aventura, algo tan entretenido como meterse en la jungla con un machete en busca de un tesoro. Supongo que Esther era consciente de que para mí no iba a ser fácil, pero creo que se dejaba contagiar por el entusiasmo de Álvaro.

Apretaba el volante con todas mis fuerzas, mis nudillos se habían vuelto blancos por la presión. Estaba nerviosa, y al mismo tiempo, avergonzada de mí misma. No estaba segura de poder enfrentarme a la mirada de Doña Perfecta, a su superioridad moral, económica y divina. Tampoco estaba segura de poder dirigirle la palabra a Santi sin echarme a llorar.

¿Qué más necesitaba él para darse cuenta de que ambos éramos mejores cuando estábamos juntos? ¿Para comprender que sin él a mi lado yo me rompía en mil pedazos y que lo necesitaba como el aire que respiro?

Imagínate el trago de tener que presentarte con las maletas y el rabo entre las piernas en casa de tu ex y su nueva pareja. Máxime teniendo en cuenta que el nuevo elemento de la ecuación es una rubia perfecta que ganó un concurso de belleza cuando tú lo único que has ganado en tu vida ha sido un perrito piloto

en una feria de pueblo.

Por supuesto, había llamado a mi madre para cantarle las cuarenta y preguntarle por qué demonios había tenido que llamar a Santi para decirle que estaba a punto de quedarme sin casa. Y sí, reconozco que en esta ocasión no me contuve lo más mínimo. Estaba que echaba fuego por la boca.

—Hija, era lo más sensato, y mira, ya está arreglado, te vas unos días a su casa y deshaces este entuerto.

—Te dije que no quería, mamá.

—¿Y qué pretendías, corazón? ¿Meter a mis nietos en una pensión de mala muerte?

—No te importaban tanto cuando me dijiste que preferías no incordiar a tus amigas Juanita y Susana en lugar de hospedar a tu hija y tus nietos —gruñí.

—Mira cómo te pones, encima que lo arreglo.

—Te dije explícitamente que no quería, mamá. Es mi vida, ¿sabes? A veces deberías dejarme hacer las cosas como yo quiero, y no meterte donde no te llaman.

—Si te hubiera dejado hacer lo que tú querías, aún seguirías buscando donde meterte, cariño. No sé por qué te pones así. Ahora encuentra un buen piso y punto.

—Claro, y mientras tanto tendré que compartir casa con esa... con esa... — Busqué una palabra que pudiera condensar todo mi desprecio y no se me ocurrió ninguna lo suficientemente buena—. ¡Con esa pelandusca!

—Uy, pelandusca, dice. ¿Desde cuándo vives en los sesenta, querida?

—Diría otra palabra, pero igual te escandalizo.

—Irene es una chica majísima, no sé a qué viene tanto rencor.

Durante unos segundos no supe qué decir.

—¿Es una chica majísima? ¿Y se puede saber cómo demonios sabes si es una chica majísima o no?

—Hija, pues una tiene sus métodos.

—¿Sus mé...? ¿Has conocido a Doña Perfecta?

—Sí que es bastante perfecta, la verdad.

—¡No es un halago! —exclamé escandalizada—. ¿Cuándo la has conocido?

—Hace unas semanas, cariño. Bajé a Madrid y aproveché para llamar a Santi.

—¿Qué aprovechaste para llamar...? —Sacudí la cabeza, incrédula ante lo que me parecía una absoluta locura—. ¿No me llamaste a mí pero llamaste a mi ex y a su nueva novia?

—Ay, cariño, tú siempre estás muy liada con el trabajo, y contigo hablo a menudo. Santi siempre me ha caído bien, no veo motivo para perder la relación con él.

—Y de paso poder tener una historia que contarles a tus amigas del bingo, ¿no? La famosa a la que has conocido y que es la sustituta de tu hija en el corazón de su ex.

—Yo nunca diría algo así.

—Ya. A mí ni siquiera me llamaste para darme la opción de vernos. Ni siquiera sabía que habías estado en Madrid.

—Bueno, hija, tampoco me parece que sea para tanto.

Por supuesto, aquella conversación no me llevó a ninguna parte, más allá de hacerme ver que hasta mi madre se sentía encandilada por Doña Perfecta. Y así, llegamos a esta mañana. Después de que llegaran los de la mudanza y les explicara lo que tenían que guardar y dónde, cogí las maletas, las metí en el coche, les dije a los niños que entraran de una vez y me dirigí hacia la casa del terror.

●—La casa del terror —repitió Hugo.

—Qué quieres que te diga, preferiría meterme en una mansión encantada y habitada por vampiros, mutantes y monstruos babosos antes que coger la mano que me tendía Doña Perfecta. Estaba bastante segura de que su casa iba a ser tan perfecta como toda ella. Bien decorada, limpia, ordenada, todo lo que

hacía mucho tiempo que no era la mía. Seguro que hasta olía bien.

—¿Y lo era?

—Es que es odiosa, no me digas que no. Me esperaba algo así cuando me dirigía hacia allí, pero todo lo que pensaba se quedó corto. La muy asquerosa tiene buen gusto decorando. Las paredes están pintadas en tonos pastel suaves que dan una sensación acogedora, los muebles son bonitos, la casa es amplia y hay mucha luz natural, apoyada por puntos de luz bien situados para que el ambiente sea cálido y agradable. Y sí, la casa huele bien, a una mezcla de sándalo y azahar.

Hugo volvió a reírse y meneó la cabeza.

—Ahí estaba yo, con las rodillas temblándome y apretando los dientes para evitar ponerme a llorar. Me sentía tan humillada, no puedo ni explicarlo con palabras. Sé que igual suena tonto, pero lo que menos me apetecía del mundo era entrar en la burbuja de perfección y amor en la que seguro que viven Santi y ella.

—Bueno, es comprensible, aquí te doy la razón.

—Al menos, esperaba que Santi saliera de casa y me ayudara a sacar las maletas como el caballero que es, que me tendiera la mano y me dijera algo agradable, algo que hiciera que el trance fuera menos patético. Con un poco de suerte me guñaría un ojo o me rozaría la mano de una forma que pareciera casual. Dios, deseaba una de esas señales que me indicaban de vez en cuando que nuestra llama seguía prendida, débil, pero esperando el momento para volver a arder con fuerza... ¿Qué pasa?

—No lo sé... —Escogía las palabras con cuidado, como si pisara terreno resbaladizo—. ¿De verdad crees que Santi aún siente algo por ti?

—Se supone que estabas aquí para escuchar, no para meter el dedo en la llaga.

—Bueno, discúlpame, entonces.

—A ver... —Mar bebió un trago de cerveza para evitar tener que hacer frente a la mirada inquisitiva de Hugo—, no sé si aún siente algo por mí, me

gusta creer que sí, y sé que a lo largo de estos dos años he visto gestos que me indican que así es. Silvia opina que veo lo que quiero ver. De lo que estoy segura es de que yo sí que siento algo por él y, ¿cómo era aquella canción? Todo arde si le aplicas la chispa adecuada.

Hugo hizo un gesto. Podía estar de acuerdo con eso.

—¿Metiste en la maleta el regalo de Silvia?

—¿Qué reg...? —Mar le dedicó una mirada de reproche al caer en la cuenta de a qué se refería—. ¿El consolador? —La sonrisa pícaro de Hugo era toda la respuesta que hacía falta—. No, no metí el consolador en la maleta. Lo tiré a la basura en cuanto Silvia se marchó, ye te lo dicho.

—Eso suena a lo típico que se dice para guardar las apariencias.

—Pocas apariencias me quedan por guardar después de todo lo que te he contado, ¿no crees? No, lo tiré porque era burdo y basto. Si hubiera sido uno de esos con forma de bala, pequeñito, rosita o morado, pues no te digo que no lo hubiera metido al fondo de un cajón, no sé si lo habría utilizado, pero la cosa esa que me regaló Silvia, no, gracias. Imagínate que uno de mis hijos abre un cajón y se topa con eso. Me moriría de la vergüenza. ¡Si tenía hasta venas!

—Podrías decirle a tus hijos que es un devdan.

—Sí, claro, me imagino la escena. No, ahora lo disfrutarán las ratas en el vertedero.

—Esa sí que es una imagen dantesca.

Fue Doña Perfecta la que salió a recibirnos. Llevaba puesto unos pantalones que le realzaban la figura y una camisola que la hacía parecer etérea. En cuanto la vieron, Álvaro y Esther soltaron sus maletas y echaron a correr para lanzarse a sus brazos. Fue como un puñal clavándose en mi corazón. Al menos, ella tuvo la sensatez de mostrarse azorada y, después de saludarles y besar sus mejillas —me puse una nota mental para acordarme de limpiarles con

estropajo en cuanto tuviera ocasión—, se acercó a mí y esbozó una sonrisa tímida.

—Hola, Mar.

—Hola —respondí, y miré hacia su espalda. Los niños habían desaparecido en el interior de la casa, olvidadas las maletas y olvidada su madre. Ni rastro del caballero de brillante armadura.

—Santi no está.

Me giré hacia ella de forma tan brusca que dio un ligero paso atrás.

—¿No está?

—Ha tenido que salir —explicó—. Un tema de la oficina.

Quise mirar alrededor para buscar las cámaras ocultas. Supongo que, si lo hubiera hecho, Doña Perfecta no habría tenido ya ninguna duda para pensar que estoy como una regadera. Que Santi no estuviera convertía este momento en algo aún más violento. Intenté sonreír, apenas logré hacer una mueca deforme. Doña Perfecta, sin embargo, aunque se podía percibir que no estaba cómoda, lo disimulaba bastante mejor que yo.

Me invitó a entrar en la casa. Tuvimos que arrastrar las maletas de los niños entre las dos, hasta dejarlas en el vestíbulo para poder cerrar la puerta. La casa era cálida. Miré alrededor con curiosidad, a fin de cuentas, allí vivía el hombre con el que yo me había casado y con el que esperaba pasar la eternidad. Yo nunca habría puesto un cuadro como el que había en aquella pared, un paisaje de atardecer, con el sol levantando brillos mortecinos de un mar en calma surcado por un velero. Tampoco sabía que Santi hubiera tenido nunca interés en algo así, por lo que imaginé que ese era un detalle de ella. Y, maldición, el cuadro era precioso, para qué vamos a engañarnos.

—Puedes dejar el abrigo aquí. —Señaló un pequeño armario situado junto a la entrada que hacía las veces de ropero. Dentro había varias prendas colgadas, la mayoría de mujer—. No sé, ¿quieres que te enseñe la casa?

Oh, Dios mío, ahora iba a tocarme jugar a mejores amigas del alma. Juro que intenté ser amable y dispuesta. Por el imperceptible gesto de su ceja, imagino

que no logré reprimir del todo el suspiro de resignación.

—Claro.

—Bueno, esa es la cocina —dijo mientras entraba y se hacía a un lado para que yo pudiera pasar.

Es como una de esas cocinas de película, inmensas, con una isla de casi dos metros de largo y uno y medio de ancho. La encimera, naranja, le daba un toque de color alegre, y los muebles, en blanco reluciente de tan limpio y nuevo. Todo en orden y pulcro, ni una mota de polvo, ni una taza sucia en el fregadero, ni una miga de pan en el suelo. La puerta de la nevera (una de dos puertas), enorme, tenía dos fotos sujetas por imanes. En una se veía a mis hijos sonriendo felices delante de una de las montañas rusas del parque de atracciones. En la otra, Doña Perfecta y mi marido, exmarido, se abrazaban acaramelados y se miraban de una forma que los envidiosos describirían como pastelosa. No hace mucho tiempo yo también miraba así a Santi. De hecho, creo que sigo mirándole de vez en cuando de esa manera, como embobada. Sobre todo cuando me entra un ataque de morriña y me pongo a revisar los álbumes de fotos, con una tarrina de helado de chocolate y una caja de pañuelos de papel al lado. No hay imagen más clásica y prototípica que esa. Y al mismo tiempo más veraz.

No me malinterpretes, esa cocina es el sueño húmedo de cualquiera. Ya no solo por la amplitud, que también, la limpieza y el orden. El único pero que le pondría sería esa aséptica puerta de nevera. En la mía hay como dos docenas de imanes de diferentes formas y tamaños, fotografías, dibujos garabateados, un menú del colegio, un par de golpes consecuencia de la silla que Álvaro siempre acercaba a ella para poder coger algo de los estantes de arriba. Sí, la mía era caótica, pero ese total y absoluto desorden también era una muestra de vida y amor familiar.

Luego me hizo pasar al salón. Oh, Dios mío, qué salón. No sé cómo será de grande, la impresión que yo tuve al verlo fue la de entrar en un maldito portaaviones. Y qué sillones. En ellos nadie tendría que ver la televisión entre

empujones y *échatemáspallás*. Además, de esos que parecen envolverte cuando te dejas caer en ellos. Sillones para quedarse dormido. Álvaro estaba tumbado en uno de ellos cuando entramos, con la Nintendo Yo Que Sé en las manos, jugando a la enésima versión de Mario. Esther se encontraba de rodillas delante de una mesa baja, cotilleando las revistas de moda que estaban en una esquina. Al verme entrar, Álvaro pausó la partida y me saludó efusivo.

—¿A que es una pasada, mami?

Apreté los dientes y sentí la mirada de Doña Perfecta en el cogote.

—Sí, cariño. Una pasada.

—¡Siéntate aquí, ya verás cómo mola!

—Es viscoelástico —me aclaró Doña Perfecta.

—Luego, cariño —murmuré entre dientes.

A poder ser, no me sentaría nunca en ese maldito sillón *viscoloquesea*. Qué asco de mujer, de casa y de perfección, por el amor de Dios. Te juro que rebusqué con todas mis fuerzas, que miré cada rincón, cada detalle, cada ornamento, cada milímetro de molduras y paredes en busca de un defecto, uno solo, lo que fuera, algo a lo que aferrarme y poder decir que no era tan perfecta como parecía.

Supongo que, en parte, quería saber que había algo en lo que podía vencerla. Necesitaba encontrar una grieta en la que colarme. De lo contrario, ¿cómo demonios iba a poder recuperar a Santi?

Fue en ese momento, mientras salíamos del salón de camino a que me enseñara las habitaciones, y ¡oh, Dios!, qué habitaciones, cuando me di cuenta de una cosa. Estaba tras las líneas enemigas, y si lo que necesitaba era encontrar un punto de fractura, no había un lugar mejor en el que ponerse a buscar. Solo tenía que tener paciencia y observar con atención.

Mientras ella hablaba, me fijé en la forma curva que se dibujaba entre su clavícula y el cuello, en su fragilidad, en lo suave que parecía su piel. Ahí mismo, mientras me indicaba que aquella era la habitación de invitados y sería

la que ocuparía yo —«siéntete como en tu casa», me dijo la muy asquerosa—, cuando me prometí a mí misma que mantendría la calma, encontraría mi punto más zen y estaría preparada, porque en cuanto viera la oportunidad clara, saltaría con la ferocidad de un león que intenta atrapar una gacela, y le arrebataría a mi hombre antes de que tuviera tiempo de reaccionar.

—¿Tú estás segura de que eres la buena de esta historia? —preguntó Hugo entonces.

Mar, que había estado hablando con el énfasis del líder guerrero que arenga a sus tropas antes del combate definitivo, ladeó la cabeza para observarle.

—¿Estás seguro de querer mantener esa pregunta en el aire?

—A ver, entiéndeme, cuando has empezado a contarme esta historia, te has presentado como una mujer superada por los acontecimientos y las circunstancias que te rodean. Escuchándote, te aseguro que había momentos en que me identificaba contigo, que no tengo hijos ni estoy separado, ni siquiera tengo pareja, pero oye, podía entender lo que decías y lo que sentías. Incluso me has transmitido pena cuando has empezado a hablar de Santi, y de cómo estabas segura de que él seguía enamorado de ti...

—¿Pena?

—A ver, no te vayas a ofender, pero él te dejó y ahora está con otra. No parece que tenga muchas ganas de volver.

—Ya te he dicho que he visto gestos, y a veces dice algo aunque que su tono de voz en realidad sugiere otras cosas. He vivido con él durante muchos años, hemos sido uña y carne, si hay alguien que puede leer los subtítulos que hay bajo su forma de hablar y sus palabras, esa soy yo.

—O te estás engañando —replicó Hugo en un tono suave.

—Tú no le conoces.

—Solo te digo lo que he sentido mientras te escuchaba. Me da pena ver que sigues enamorada y que te estás agarrando a un clavo ardiendo. Qué quieres

que te diga, llevamos aquí unas horas y he escuchado todo lo que has dicho con atención, supongo que no puedes poner eso en duda. Pues bien, que existe la posibilidad de que me equivoque, sí, existe, pero si tuviera que poner la mano en el fuego, te diría que él ha rehecho su vida y no tiene ninguna intención de volver contigo, y mientras tanto, tú te has quedado anclada en un pasado que ya no existe, añorándolo y soñando con un regreso triunfal que nunca ocurrirá.

Mar había abierto la boca mientras él hablaba. Se pasó el dorso de una mano por el ojo izquierdo al sentir que se le humedecía; y para ocultar su rubor, y su etílico dolor, se sumergió en el vaso de cerveza mientras recomponía su ánimo. Cuando levantó la mirada, había algo más duro en ella que la amabilidad y la desesperación que Hugo llevaba observando desde el principio de la noche.

—Guau, hay que decir que, como terapeuta de bar, no vas a poder ganarte la vida.

—Has tenido mala suerte —continuó él, en un intento de suavizar la tensión—. Mucha mala suerte, una jodida racha de mala suerte como nunca había visto ninguna otra. Lo que te hizo tu socia fue una putada con todas las de la ley, digna de cagarte en sus muertos. Que la imagen de Doña Perfecta se te haya ido apareciendo por todas partes me han parecido divertido, esa sensación de que te perseguía allá donde fueras, bueno, bien, tiene su gracia, sí. Lo del apendicitis de tu hijo pequeño es algo que ocurre y que no podrías haber evitado de ninguna manera. Que la profesora de tu hijo decida avisar antes a la nueva pareja de tu ex dice bastante poco de su tacto y sensibilidad, por mucho menos se ha despedido a gente.

—Es pura imbecilidad. Me tiene atragantada porque no soy capaz de ser puntual con los niños. Tampoco voy a denunciarla por esto. Si hubiera sido algo más grave...

—¿Ves? Muestras una extraña compasión en determinados momentos. Que sí, que contándolo eres vehemente y hablas de tirarte a sus gargantas, pegarles a

todos y yo que sé qué más, pero en el fondo eres un trozo de pan.

—Y ese es uno de los motivos por los que nunca fui y nunca seré una gran abogada. Un asqueroso mundo de tiburones en el que no encajo. En cierto modo, puedo entender que Elena se viera lastrada por mí. —Mar se dio cuenta de lo que acababa de decir y levantó la vista bruscamente. Hugo sonreía, como preguntándole: «¿Ves lo que quería decir?»—. He dicho que puedo entender que piense que no soy una buena abogada, pero lo que hizo no tiene perdón.

—Y no lo tiene, estoy de acuerdo. —Hugo levantó un dedo—. Eres una buena madre, con tus líos y tus quebraderos de cabeza, pero eres buena madre y tus hijos te quieren. —Levantó otro dedo—. Eres compasiva. —Un tercer dedo acompañó a los otros dos—. Has tenido muy mala suerte. Mucha. Lo del banco es de juzgado de guardia, y que vaya a pasarte a ti en medio de este maremágnum, bueno, parece una mala jugarreta del destino. Luego, para colmo, te dejas llevar por tu énfasis y le sueltas un órdago a tu casero que no hace más que empeorar tu situación, y, redoble de tambores, ¿quién viene a rescatarte?

—Doña Perfecta —masculla Mar, dejando claro su total desprecio.

—No parece tan mala si tenemos en cuenta lo que está haciendo por ti.

—Lo hace para quedar bien delante de Santi.

—Eso no lo sabes con seguridad.

—Hay cosas que una mujer sabe cuando las ve.

—Y otras que se inventa cuando quiere verlas —replica él.

—¿Qué sabrás tú? Qué fácil es juzgar a una extraña en un bar, ¿verdad?

—¿No habíamos quedado en que ya no éramos dos extraños? Si hasta estamos hablándonos con familiaridad y sin tapujos. Podríamos decir incluso que esta es nuestra primera discusión como buenos amigos.

—¿Buenos amigos? ¡Ja!

—Ahí está, el fuego que llevas dentro y que lanza hacia fuera toda esa agresividad verbal y mala leche.

—Yo no tengo mala leche.

—Solo digo que, cuando has empezado a hablar esta noche, estaba claro que has perdido el control de tu vida durante un momento, has descarrilado, y te has encontrado en una situación límite. No ha sido culpa tuya, así que resulta fácil entenderte y acompañar lo que sientes y piensas. Hasta que has llegado a la casa de tu ex.

—De Santi.

—Tu ex —recalcó Hugo.

—Mi ex —admitió ella, a regañadientes.

—Lo que quiero decir es... vamos a ver, ella te ofrece su casa, te evita tener que buscar una solución diferente que, a la vista de lo ocurrido con el banco, habría sido complicada. Te acoge, te trata con respeto y, no sé, parece que hasta cariño...

—¡Cariño! —exclama Mar, como si eso resultara tan absurdo que ni necesitara explicación.

—Y ahora vienes a decirme que tu primer pensamiento, mientras ella te ofrece su casa, es que quieres quitarle a su novio. Dime tú, ¿quién es la buena de esta película?

Mar se mordió el labio inferior y se inclinó hacia delante. Su sombra viajó con ella y cubrió el vaso de cerveza que tenía delante.

—¿Alguna vez has visto una película en la que el bueno intenta convencer al resto de que algo malo está ocurriendo y nadie le cree hasta que consigue demostrarlo justo al final?

—Sí —respondió él, no demasiado convencido.

—Esta película es de esas. Ya lo verás. Tú y todos, ya lo veréis. Y cuando ocurra, entonces tendrás que comerte tus palabras.

—En ese caso, lo haré con gusto —aseguró. También se inclinó hacia delante, de manera que sus caras quedaron a menos de veinte o treinta centímetros la una de la otra.

Mar se descubrió mirándole los labios, parpadeó y retrocedió hasta replegarse en la silla. Sacudió la cabeza, que sentía embotada. Todos sus

sentidos estaban un poco abotargados, y le echó la culpa de eso al desliz que acababa de tener.

—Parece mentira que haya sido esta tarde —murmuró, más para sí misma que para Hugo. Apenas hacía unas horas estaba dispuesta a sacar toda la artillería para recuperar a Santi y ahora se quedaba mirando los labios de un chiquillo como una colegiala en plena efervescencia de hormonas.

Tuvo que recordarse que no era tan joven. Le sacaba unos años, pero tampoco es que estuviera hablando de algo inmoral.

Volvió a sacudir la cabeza. ¿En qué estaba pensando?

—Estás equivocado —aseguró.

—¿Segura?

—Al cien por cien. Santi todavía me quiere. Puede que haya momentos en los que ni siquiera él sea consciente, pero me quiere.

Y, al menos, eso es lo que Mar cree, puede demostrarlo.

10. La cena

Pasé el resto de la tarde encerrada en aquella habitación de invitados que iba a ser mi nuevo hogar hasta que encontrara otro y tuviera con qué pagarlo. En cuanto la puerta estuvo cerrada, eché un vistazo a mi alrededor y me acerqué a la cama. Sobre ella había una serie de cojines dispuestos en orden en una de las esquinas. Alargué mi mano hacia uno de ellos, en tonos granates y con la figura de un elefante bordada. Miré hacia atrás, para asegurarme de que la puerta estaba cerrada, y le di un puñetazo al cojín.

Ahí tienes mi... ¿cómo lo has llamado? Fuego interior.

Después me senté, apoyé las manos sobre mis rodillas y observé mi maleta. Deshacerla significaría que aceptaba la situación, o al menos así era como yo lo sentía, así que no moví ni un dedo para hacerlo. A través de las paredes me llegaban los sonidos de las risas y alguna frase suelta de mis hijos. Ellos estaban a gusto, en el paraíso, y adoraban a Doña Perfecta, por supuesto.

Sobre las ocho de la tarde oí cómo se abría la puerta de entrada. Supuse que sería Santi, y por nada del mundo quería que hubiera una de esas conversaciones sigilosas en la que él le preguntaría a su nueva y flamante novia famosa qué tal había ido todo y ella le respondería que yo llevaba toda la tarde encerrada en la habitación. Que sí, que era la verdad, pero no iba a darle el privilegio de poder contarlo en primer lugar.

Salí de la habitación con una sonrisa de oreja a oreja justo a tiempo para ver a Santi cerrar la puerta y colgar su abrigo en el armario de la entrada. Diferente ubicación, pero no pude evitar tener un *déjà vu* de la época en la que ambos éramos dos tortolitos enamorados. En ese momento apareció ella desde el salón y le echó un brazo al cuello antes de acercarse para darle un beso de

bienvenida en la boca.

Reconozco que mi sonrisa tembló en los labios y estuve a punto de perderla.

Luego Santi me vio y se apartó con suavidad de Doña Perfecta. Punto para mí.

—Hola, Mar.

Ella se giró para mirarme. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que estaba incómoda y disgustada.

—Buenas tardes, Santi —dije mientras me acercaba e intentaba enterrar mis ganas de lanzarle también una mano a la nuca y darle un beso en los labios, aunque me moría por hacerlo—. ¿Qué tal en la oficina?

Me pareció que Doña Perfecta parpadeaba a su lado, no podría jurarlo, porque toda mi atención estaba puesta sobre él. Si hacía falta, iba a robarle todas sus frases. Esto era la guerra, así que mejor sería que se preparase.

—Teniendo en cuenta que es domingo —respondió él—, un infierno.

—¿Ha pasado algo grave? —Me detuve a tiempo, a la distancia correcta entre dos personas que ya no tienen una relación.

—Sí, bueno, un lío con... —Miró a Doña Perfecta y regresó a mí con la mirada—. No hablemos de trabajo, ¿qué tal los de la mudanza?

—Les dejé haciendo su trabajo y le entregué las llaves a Gustavo. No me ha llamado, así que supongo que todo ha ido bien.

—Perfecto. ¿Y la instalación aquí? ¿Estás... eh, cómoda en tu habitación?

—Es maravillosa —aseguré. *Perfecta* podría haber sido un sinónimo adecuado, aunque no pensaba pronunciar esa palabra.

—Me alegro. ¿Cómo están los niños? —dirigió esa pregunta a Doña Perfecta.

—En el salón —respondió ella—. Todo en su lugar.

Todo en su lugar. Si es que hasta sus respuestas denotaban que todo en su vida era ordenado y perfecto. Ay, amiga, por dentro no podía dejar de pensar que me encantaría decirle que el caos había llegado a su vida, y que en cuanto acabara con ella tendría que pasar semanas recogiendo los pedazos del suelo.

Fuego interno.

Luego llegó la hora de cenar. Fue una situación embarazosa ayudar a poner la mesa, teniendo que esperar indicaciones de Doña Perfecta para que me dijera dónde guardaban los manteles, los platos, los vasos. En algún momento de la tarde, ella había encontrado tiempo para preparar una lasaña casera que, por cierto, tenía una pinta excelente. Por supuesto.

Cuando colocó la fuente en el centro de la mesa hice amago de ir a sentarme en la cabecera y, por uno de esos azares del destino, terminé chocando con Santi, que estaba haciendo lo mismo. Fue bastante absurdo, y los dos nos separamos con cierto apuro, pero en el fondo sabía lo que eso significaba: teníamos una conexión, ambos seguíamos pensando igual.

Sé que te parecerá un argumento endeble, pero súmalo a la forma en que me mira en ocasiones, a su lenguaje corporal, a determinados gestos, como esa sonrisa de medio lado que a veces dibuja en los labios cuando habla conmigo. No son cosas mías. No es el alcohol el que habla por mí. No son sueños de una persona anclada en un pasado que no volverá.

—Ese es mi sitio —comentó él, dubitativo.

Doña Perfecta se había quedado mirándonos con una expresión indescifrable. Lo mismo podía estar maldiciéndome por dentro, que a punto de ponerse a llorar, que repasando la tabla de multiplicar del nueve. «Esa es la más fácil, mami —solía decir Álvaro—, después de la del cinco. Y la del uno. Y la del cero es la más fácil porque todo da cero».

—No, no, claro —me disculpé con una risa tonta y, coqueta, o eso espero—. Es la costumbre, suelo sentarme en la cabecera en casa.

—Tú nunca te sientas en la cabecera, mami —interrumpió Álvaro mientras tomaba posición en una de las sillas.

Me quedé sin respuesta y bajé la mirada al notar que mis mejillas enrojecían. De reojo, vigilé la reacción de Doña Perfecta, pétrea, y la de Santi, que hizo una mueca con el labio y se sentó. Sin decir nada, tomé asiento a su lado mientras Doña Perfecta lo hacía frente a mí, a la izquierda de Santi.

—¿Qué hay de comer? —preguntó Esther.

—Lasaña —contestó Doña Perfecta.

—¡Toma ya! —exclamó Álvaro—. Ya verás, mamá. Está buenísima.

Se me congeló el gesto antes de que pudiera hacer nada para forzar una nueva sonrisa. Por supuesto, también era buena cocinera. ¿Había algo que no supiera hacer?

—Santi —dije, girando todo mi cuerpo hacia él y apoyando un codo en la mesa—, ¿te acuerdas de aquella lasaña que comimos en Venecia? La pasta se deshacía en el interior de la boca, ¿te acuerdas?

No soy idiota, sé a lo que estaba jugando y sé que él estaba incómodo, cosa comprensible: a fin de cuentas, Doña Perfecta estaba justo ahí, me escuchaba tan bien como él y no tenía que estar haciéndole ninguna gracia, pero también había algo, un brillo en sus ojos, la forma en que se le escapaba la comisura de los labios hacia arriba, que me decía que él también atesoraba aquel recuerdo.

Santi carraspeó, evitando mirarme —y no se me escapó el detalle, evitando mirar también a Doña Perfecta— y le preguntó a Álvaro.

—¿Cómo te encuentras, tío?

—Quiero que se me caigan los puntos. Esto es un rollo —respondió el niño.

—¿A ti te han operado alguna vez? —le pregunté entonces a Doña Perfecta.

Creo que le sorprendió ver que me dirigía a ella. Estaba en sirviendo los platos de los niños y la mano con la que sujetaba la bandeja le tembló de forma casi imperceptible.

—No, nunca.

—Es una suerte. A Santi también le operaron de apendicitis, ¿a que sí?

—¿Sí? —preguntó ella a su vez.

—Sí —gruñó él, y clavó sus ojos en mí de forma poco amistosa.

—¿Qué teníamos? —insistí yo, contenta por haber encontrado otro punto de unión—. ¿Veintiuno? ¿Veintidós años?

Hazte a la idea; estaba pasándole por delante de los morros que yo sabía más

que ella sobre el pasado de su novio. Yo había comido pasta con él en Venecia. Y esto acababa de empezar. Puede que él estuviera a disgusto, que se sintiera violento por la situación, pero yo estaba eufórica. Era una pequeña victoria, era algo en lo que estaba superándola. Y, si las cosas iban bien, Santi no tardaría en darse cuenta de que tenía más cosas en común conmigo que con esa muñeca perfecta que parecía salida de un anuncio de... bueno, vale, ella protagonizaba esos anuncios.

Esa era la situación, así de grotesca. Yo, exultante por mis pequeñas victorias que sentía como placeres cósmicos; Santi, molesto e incómodo ante una situación que a todas luces le resultaba desagradable; Doña Perfecta intentando permanecer imperturbable y saltando con la mirada de Santi a mí, como si asistiera a un partido de tenis; Esther, con los ojos muy abiertos y, pongo la mano en el fuego, avergonzándose ante la actitud de su madre; y Álvaro... bueno, creo que Álvaro no estaba percibiendo las cosas como adulto, y por eso, cuando habló, volvió a tirar por tierra lo que estaba haciendo.

—Luismi va a alucinar cuando le cuente que ahora tengo oficialmente dos madres.

Doña Perfecta y yo giramos la cabeza al mismo tiempo. Álvaro nos sonreía con esa inocencia de los niños, tan adorable como vergonzoso para los adultos.

—No tie... —balbuceé—, no dos... solo tienes una madre, cariño.

—Ya sabes lo que quiere decir, Mar —me interrumpió Santi.

—¡Pero ahora vivo con las dos! —exclamó mi hijo, extendiendo las palmas como si el argumento fuera tan evidente como indestructible.

—No, eso no...

—Mar...

—Es que ella no es su madre —insistí, perdiendo los papeles—. Esta no es tu madre. —Extendí el brazo por encima de la mesa para apuntar con el índice hacia Doña Perfecta, y al hacerlo derribé una copa que cayó sobre la mesa con

un tintineo. Al menos no se rompió.

—¡Mar!

—Yo no... no pasa nada —intentó decir ella.

—Tu madre soy yo —proseguí, con cabezonería.

—¡Mar! —Santi había alzado la voz a un punto por debajo del grito.

—¿Qué pasa, cari? ¡Estoy diciendo la verdad! Resulta ofensivo que...

Santi había abierto los ojos como platos. Miré al otro lado de la mesa, donde Doña Perfecta me observaba estupefacta y sin moverse. Álvaro, que se sabía culpable de lo que estaba pasando, aunque no entendiera del todo las motivaciones de los adultos, había bajado la vista y sollozaba. Esther parecía querer fundirse con la silla o el mantel y desaparecer.

Oh, Dios, ¿acabo de llamarle «cari»?

Sí, lo había hecho.

Se me encendieron las mejillas como si tuviera bombillas en el interior. Tartamudeé algo, pero mi cerebro se negó a hilar ningún pensamiento. Salvo, tal vez, el de querer fundirme yo también con el entorno.

—Eh...

—¿Qué estás haciendo, Mar?

Fue como recibir un puñetazo en el estómago. Me quedé sin aire en el acto, abrí la boca para decir algo y solo conseguí moverla como un pez. Santi plantó ambas manos sobre la mesa y luego estiró el brazo más lejano a mí para estrechar la mano de Doña Perfecta, en un gesto que dejaba bastante claro con quién estaba.

—Niños, ¿podéis dejarnos solos un momento?

Nadie tuvo que decírselo dos veces a Esther, que se levantó tan rápido que estuvo a punto de volcar la silla. Álvaro, sin embargo, remoloneó un momento.

—Se va a quedar fría la lasaña.

—Luego la calentamos. Los mayores tenemos que hablar un momento.

—Vamos, enano —le insistió su hermana mayor. Le cogió con suavidad del brazo y tiró de él para levantarlo. Antes de salir del salón me lanzó una mirada

cargada de reproche y vergüenza.

—Yo...

—¿Qué se supone que estás haciendo, Mar?

—No pasa nada, Santi —intercedió Doña Perfecta.

—Sí que pasa. ¿Te parece normal esta actitud?

—No sé qué me ha ocurrido —aseguré.

Santi resopló. Doña Perfecta le apoyó una mano en el hombro y él meneó la cabeza. Despacio, a regañadientes, me levanté.

—Voy a disculparme con los niños —dije, en voz baja, evitando mirarle a él y dirigiéndome a ella en todo momento—. También te debo... —se me atragantó, sé que tenía que decirlo, pero una cosa es saber que tienes que hacer algo y otra ser capaz de hacerlo.

—No pasa nada —contestó ella.

Apreté los labios y salí sin mirar atrás. Sentía sobre mi espalda la mirada de Santi, pesada y acusatoria. Con un poco de suerte, estaría mirándome el culo y... no, a quién quería engañar, en cuestión de cuerpo, al lado de Doña Perfecta, no había competición posible.

—Tener que pedirle disculpas a esa... estirada, aunque fuera de medio lado y sin sentirlo de veras, fue doloroso; no físicamente, obvio, pero sí en el orgullo. —A Mar se le crispó la cara al recordarlo, como si hubiera sido una afrenta de la que no se recuperaría jamás—. Sin embargo, hay algo que es bastante peor, casi te diría que terrible, en tener que reconocer que has hecho algo mal delante de tus hijos. No hablo de romper algo, sino de tener un comportamiento... bueno, como el que mostré yo durante la cena.

Esther estaba de pie dando vueltas en el centro de la habitación cuando entré. Tardó aún unos buenos dos o tres minutos en detenerse y dignarse a mirarme, tiempo que yo esperé cabizbaja y aceptando que era eso lo que me merecía.

Se le rompió la voz mientras se acercaba al final de la frase. Hugo se sintió

tentado a acercarse y abrazarla. En ese momento, Mar le parecía frágil y desvalida. Estiró la mano por encima de la mesa, hacia ella, y cuando sus dedos rozaron el antebrazo de Mar, esta dio un respingo.

—Estaba enfadada, pero lo peor no era eso. Detrás de sus ojos percibía la decepción, y eso era bastante peor. Álvaro estaba sentado en la cama, con las piernas cruzadas y mirándose las manos como si deseara estar en cualquier otro lugar. Yo sentía lo mismo, así que no me extrañó.

—Ya te vale, mamá.

—Lo sé, Esther...

—Ya te vale —repitió ella. Noté que estaba esforzándose para no echarse a llorar.

Respiré hondo para calmarme y me senté en la cama, al lado de Álvaro.

—Escuchadme... lo que acaba de pasar en el salón, no voy a intentar engañaros con alguna excusa idiota. Estos últimos días han sido... complicados. Y esta situación, bueno, no es la mejor para mí.

—¿Estás enfadada conmigo? —Álvaro levantó la cara hacia mí y vi absoluta preocupación en esos ojos grandes que me despertaban tanta ternura.

Sonreí con un deje de tristeza y le di un beso en la mejilla.

—Nunca, cariño. Tú deberías estar enfadado conmigo por cómo me he portado ahí fuera.

—Yo no estoy enfadado —aseguró.

—Tenéis que entender... a ver, las cosas de los adultos a veces no son tan sencillas como parecen. A mí me encanta, os lo juro, que queráis a vuestro padre y que tengáis buena relación con él. Vuestro padre es el mejor hombre que he conocido jamás, sin contarte a ti, pequeñajo. —Álvaro se sonrojó al oír aquello—. Como madre, me alegra ver que sois felices cuando estáis con él, aunque es duro saber que es un tiempo que no puedo compartir con vosotros. Y... me alegra que también os llevéis bien con... con ella.

—Con Irene, mamá —me interrumpió Esther—. Puedes decir su nombre.

—Con Irene —convine, aunque lo pronuncié como si tuviera en la boca una desagradable bola de algo asqueroso—. Sin embargo, tenéis que entender una cosa —añadí—. Yo sigo queriendo a vuestro padre. Querría que siguiéramos juntos y que nada hubiera cambiado. Esa es la razón por la que me he comportado así antes.

—¿Tú sigues queriendo a papá? —me preguntó Álvaro, con el ceño fruncido.

—Mucho —admití.

—Irene también le quiere.

Ahí, mi hijo, hundiendo el dedo en la llaga.

—No seas burro, enano. —Esther le dio un suave empujón y se sentó dejándome en medio de ellos—. Te acaba de decir que sigue enamorada de papá, no que quiere oír que él quiere a otra persona.

Estuve a un tris de replicar que él no quería a Doña Perfecta, que lo que fuera que sentía ella no era recíproco y que era cuestión de tiempo que todo volviera a su cauce. No sé cómo logré contenerme.

—Perdonadme, ¿vale? Ojalá no me hubierais visto así.

Esther me cogió una mano y la envolvió con las suyas. Cuando la miré, vi en sus ojos una comprensión que me hizo darme cuenta de lo mayor que era ya. Casi una mujer.

—No hay nada que perdonar, mamá. Si nos hubieras dicho esto antes podríamos haber sido... no sé.

—Ay, cariño, vosotros no tenéis que preocuparos por nada. Solo de seguir siendo como sois.

—¿Es verdad que te han robado en el banco? —preguntó Álvaro entonces.

Me giré hacia él de manera, quizá, demasiado brusca. Quise protestar, abrí la boca para hacerlo, pero qué sentido tenía ya.

—¿Cómo sabéis eso?

—Nos lo ha dicho la abuela.

—¿La abuela? —Sacudí la cabeza, sin comprender—. ¿Y cómo lo sabe ella?

—Se lo dijo papá —respondió Álvaro, como si fuera tan evidente que hasta el simple hecho de preguntar fuera absurdo.

—Ay, enano... —murmuró Esther.

Un solo pensamiento pasó por mi mente en ese momento: «La madre que parió a Santi y a mi madre». Cerré los ojos, rindiéndome a la evidencia.

—¿Qué os parece si salimos de aquí y cenamos como personas normales? Prometo comportarme esta vez.

—¡Vale! —exclamó Álvaro, que se puso de pie de un salto—. ¡Que tengo hambre! Ya verás qué bien le sale la lasaña.

Dicho eso, corrió hacia la puerta y desapareció como alma que lleva el diablo. Esther suspiró con resignación.

—El enano no es muy espabilado —murmuró.

—No te metas con tu hermano.

Hice ademán de levantarme, pero Esther tiró de mí hacia abajo y me obligó a permanecer sentada un momento más.

—Mamá, te quiero, lo sabes, ¿verdad?

Sonreí y me incliné hacia ella para darle un beso en la mejilla. La unión de una madre y su hija es algo difícil de explicar.

—Yo también te quiero.

—Es verdad que le sale muy bien la lasaña.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba.

No me soltó la mano cuando nos levantamos, ni mientras salíamos de la habitación. No lo hizo hasta que llegamos a la mesa y volvimos a sentarnos. Álvaro estaba comiendo como si no hubiera un mañana y aquella fuera la última ocasión que tendría para llenarse el estómago. Doña Perfecta volvía a mostrar aquella expresión imperturbable, con una ligera sonrisa cordial. Santi tenía el ceño fruncido y evitó mirarme durante el resto de la velada. Excepto cuando Irene se levantó para rellenar la jarra de agua.

Había reproche en su mirada, sí, pero también otra cosa. Parafraseando la canción, subtítulos que bajo su mirada yo sí sabía ver.

—Poco más o menos eso fue todo —sentenció Mar, y le dio un último trago a la cerveza—. Cenamos, los niños se fueron a la cama y yo les pregunté si podían dejarme una llave porque me apetecía dar un paseo y airearme. Doña Perfecta me dio una copia y me largué mascullando un *gracias* que dudo que oyera. Tenía intención de dar un paseo y volver a meterme en esa habitación perfecta, con su decoración perfecta y su cama de colchón perfecto y sábanas perfectas. Me encontré con este bar y me dije que me vendría bien una copa para conciliar el sueño. Además, qué demonios, me la merecía y estaba segura de que me ayudaría a templar mis ánimos después de la montaña rusa que han sido los últimos días.

—Y entonces aparecí yo.

—Y yo te derramé una copa encima.

—Y como soy todo un caballero, me presté a escuchar tus penas.

—Y pensé que estabas loco o que solo buscabas una manera fácil de llevarte a una mujer a la cama.

—Oh, por todos los dioses del Olimpo —murmuró Hugo llevándose una mano a la frente con gesto teatral—. ¡Qué pensamientos tan impropios y ofensivos!

—Aún tengo mis dudas de que no sea eso lo que buscabas —masculló antes de darse cuenta de lo que acababa de decir. Definitivamente, no era Mar la que hablaba, el alcohol lo hacía por ella—. Poca gente se prestaría a escuchar una chapa como la que te he soltado yo esta noche por el mero placer de escuchar.

—Cree el ladrón que todos son de su condición —bromeó él.

—Puedes estar seguro de eso. Yo te habría mandado a la mierda a la quinta o sexta frase.

—Fíjate, y yo que solo pretendía ser amable con alguien al que parecía que se le estaba cayendo el mundo encima.

—No te creas, ha sido terapéutico sacar todo esto de dentro. —Mar se

sacudió la palma de las manos en el pantalón y se giró para coger su chaqueta del respaldo de la silla—. Creo que es hora de que me marche. Dentro de un par de horas tendré que llevar a los niños al colegio y será mejor que descanse un poco.

—Creía que me ibas a demostrar que Santi sigue enamorado de ti.

Mar terminó de ponerse la chaqueta y levantó una ceja a modo de pregunta.

—Ya lo he hecho.

—No, a mí me ha parecido que él está bastante a disgusto por tenerte en casa.

—Te he dicho que me lo demuestra con detalles y pequeños gestos y, sobre todo, con su mirada final.

—Cito textualmente: reproche.

—Y algo más.

—Algo más que has creído ver tú. Eres abogada, sabes que eso como prueba es bastante endeble.

Mar sonrió mientras se ponía en pie. Hugo la imitó y también recogió su chaqueta.

—Sé lo que vi.

—Lo que creíste ver —insistió él.

—Podríamos discutir el resto de la noche si lo vi o no lo vi y me lo imaginé, pero ¿qué sentido tendría eso? De verdad que necesito estas dos horas de sueño.

—En realidad, tengo que decir que como historia, es bastante *coitus interruptus*.

—Si querías algo con un final claro tal vez deberías haberte ido a casa a ver una película.

—¿Puedo hacer una última pregunta?

—Supongo que sí.

—¿Y ahora? ¿Cuáles son tus planes a partir de ahora?

Ella piensa que ahora lo más importante es regresar a casa, tomarse un ibuprofeno para paliar el embotamiento que siente en la cabeza, y meterse en

la cama con la esperanza de descansar al menos lo suficiente para no parecer un zombi al día siguiente. ¿No les había prometido a Esther y Álvaro que iba a comportarse a partir de hoy? Menuda forma de cumplir las promesas.

—No lo sé, supongo que no lo he pensado todavía, tengo muchas cosas en la cabeza. ¿Encontrar trabajo?

—Supongo que es un buen lugar por el que comenzar.

—Uno imprescindible, al menos si quiero ser capaz de mantenerme a mí misma. Y a los niños. Necesito dinero. Y ahora, ha sido un placer, muchas gracias por escucharme.

Hugo asintió y se acercó a ella para darle dos besos. Sus narices tropezaron en el camino y, por un momento, pareció que sus labios estuvieron a punto de juntarse. Luego Mar dio un paso atrás y Hugo se quedó quieto sin dejar de mirarla y sin borrar la sonrisa de su rostro. En el breve lapso de tiempo que transcurrió entre que ella retrocedía y empezaba a darse la vuelta para salir del bar, tuvo tiempo de pensar, no por primera vez, que tenía una sonrisa bonita. Tal vez, en otra vida... en otras circunstancias...

Algo que había dicho Elena le vino a la mente. Sobre sacar un clavo usando otro. Y aprovechando que ella era el martillo, claro, la broma a su costa que no falte.

Qué sentido tendría, eso también se lo preguntó. Si de verdad quería recuperar a Santi, tendría que centrar sus esfuerzos en eso, no en dejarse llevar por unas cuantas copas de más. A la vista del retumbar que sentía en la cabeza, demasiadas copas de más. Regresar a casa no iba a ser sencillo.

A la casa de ella, de la mujer diez.

Casi que estaba mejor en el bar.

Antes de cruzar la puerta y enfrentarse a la noche —hacía algo de frío, iba a tener que frotarse los brazos para subir su temperatura corporal—, se giró para mirar atrás. No encontró a Hugo junto a la mesa que habían compartido y que ya había sido robada por un trío de jóvenes que hablaban haciendo gestos exagerados. Miró alrededor, buscando, pero tenía la mente embotada y se le

emborronaba la vista.

Hugo ya no estaba.

Pensó que habría sido bonito verle una última vez. Pensó que tendría que haberse despedido de él en condiciones, tal vez haberle dejado su número. Eso es lo que habría hecho Silvia.

Bueno, Silvia habría hecho bastantes más cosas. No habría perdido el tiempo hablando de su vida, para empezar.

—Como yo lo estoy perdiendo ahora pensando en un chico al que acabo de conocer y al que no volveré a ver nunca —susurró, apenas un hilo de voz inaudible para cualquiera que pasara junto a ella.

Un chico al que acababa de conocer. Bastante guapo, para más señas. Que había sabido escucharla de principio a fin sin intentar obtener nada a cambio.

Claro que, ¿quién iba a querer nada de una mujer empeñada en dibujarse a sí misma como una fracasada con mayúsculas?

Se rio de sí misma y empujó la puerta para abrirla. El aire exterior le dio una fría bofetada. Enfiló la calle dibujando una ese involuntaria, los ojos muy abiertos para concentrarse en cada paso que daba, maldiciéndose a sí misma por haber bebido tanto.

Levantarse al día siguiente iba a ser una tarea muy dura.

Pero tenía un propósito, uno que no había tenido cuando llegó al bar. Encontrar trabajo no estaba en el primer puesto de la lista, claro. Si quería arreglar su vida, iba a tener que empezar por lo más importante.

Recuperar a Santi.

Y en el proceso, humillar todo lo que fuera posible a Doña Perfecta.

**SEGUNDA PARTE: AGARRARSE A UN CLAVO ARDIENDO (DE LOS
QUE CAEN DEL CIELO)**

11. Érase una vez, en otro bar

El reloj de la pared marcaba las tres y cuarto. La aguja parecía moverse más lentamente de lo normal. A su lado, el televisor emitía el telediario del Canal 24 horas, solo que el sonido estaba a cero para dejar que se escuchara el hilo musical. En esos momentos, una emisora que ponía grandes éxitos de hace diez o quince años.

El bar era el típico establecimiento de barrio, tirando a cutre, con mobiliario que se veía viejo y cierto aspecto rancio. Sobre la barra había dos expositores de comida que mostraban diversas bandejas para que el cliente pudiera escoger la tapa con la que quería acompañar su consumición. Patatas con alioli, choricitos fritos con mucho aceite y colesterol, croquetas de jamón y ensaladilla rusa.

No había mucha gente; dos parroquianos discutían con el camarero, que tenía pinta de ser el dueño, el tal Ernesto al que hacía alusión el nombre, Bar Ernesto. Uno de ellos estaba criticando la actuación del árbitro del último partido que se había jugado el día anterior. El otro aseguraba que había sido intachable, y que ahora cualquiera buscaba polémica por cualquier cosa.

—¡Es que, hombre, ya no se puede hablar de nada! Hay que tener cuidado con lo que uno dice, que aquí todo el mundo se la coge con papel de fumar.

—Hemos pasado de una transición a la libertad absoluta y ahora estamos regresando a las cavernas —convino el dueño.

—Demasiada policía del pensamiento es lo que hay.

—A mí todo eso me parece también muy mal —aseguró el primero de los clientes que había hablado—, pero que no me vengáis con historias, eso no fue penalti y se lo sacó de la manga, hombre.

—¡Qué manga ni que manga!

Mar, sentada en un rincón, pensó: «No se dice así, es qué manga ni que mango. Masculino y femenino, existan o no, quieran expresar lo mismo o no».

Apoyaba los dos codos sobre la mesa y tenía la cabeza hundida y escondida entre las manos. Por su lenguaje corporal, era evidente que le dolía todo el cuerpo y que la cabeza era la punta de lanza. Había pedido un café con leche al entrar y el camarero, o dueño, se lo había llevado a la mesa con un gesto de complicidad, como si le estuviera diciendo: «Joder, vaya resaca guapa que llevas». Claro que, podría ser que en realidad lo que estuviera pensando fuera: «Qué vergüenza, a tu edad y con una melopea del quince».

Había probado el café con la esperanza de que le templara el estómago. Lo único que había conseguido era que sus ganas de vomitar se acrecentaran. No recordaba haberse sentido así desde hacía mucho tiempo, allá en la adolescencia. Y si tuviera que apostar, lo haría a que nunca se había encontrado tan mal.

Debía ser cosa de la edad.

O de que la noche anterior había bebido demasiado.

—Esto debe ser una señal del destino.

Aquella voz... Mar levantó la cabeza y se sorprendió al ver a Hugo delante de ella, con los brazos cruzados bajo el pecho. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca que se ajustaba de forma bastante interesante a sus músculos. Exhibía aquella sonrisa con hoyuelos. De inmediato, Mar se avergonzó del aspecto que debía mostrar. Ni siquiera se había peinado antes de salir de casa, por lo que su pelo era una maraña enloquecida y desordenada. Se había puesto los primeros pantalones que había encontrado al abrir la maleta, todo por su negativa a deshacerla e instalarse. Y la primera blusa, que, por supuesto, no pegaba nada con el pantalón. Estaba orgullosa de llevar las dos zapatillas emparejadas.

—¿Qué haces aquí?

—Pretendía tomarme un pincho de tortilla antes de ir al trabajo. ¿Qué haces

tú aquí?

Mar resopló.

—Morirme demasiado despacio para mi gusto.

—¿Mucha resaca?

—Creo que me ha pasado por encima toda una familia de elefantes.

—¿Tanto?

—Hacía mucho que no bebía como lo hice ayer —admitió—. ¿Seguro que no me estás siguiendo? Es demasiada coincidencia que elijamos el mismo local dos veces en apenas unas horas, ¿no?

—Eso me estaba preguntando yo, si no estarías siguiéndome con algún maléfico propósito.

Mar soltó una risita que se cortó abruptamente cuando el dolor de cabeza le obligó a cerrar el ojo izquierdo y a llevarse una mano a la sien.

—Como no sea vomitarte encima, no sé qué maléfico propósito podría tener en estos momentos.

—No, por favor, cualquier cosa menos eso.

—Puedes sentarte si quieres, no muerdo y, al menos hasta donde yo sé, el bar no es mío.

Hugo cogió una silla por el respaldo y la separó de la mesa para sentarse en ella. La observaba con curiosidad, de un modo divertido.

—Te hace gracia ver que otra persona se encuentra en un estado tan patético.

—No, me hace gracia que nos hayamos encontrado de nuevo.

—Aún pienso que podrías haber estado siguiéndome.

—A lo mejor soy un acosador, pero nunca lo sabrás.

—De entre todos los bares, has ido a escoger en el que estaba yo, dos veces.

—Ayer, es posible, aunque en realidad fueron mis compañeros los que eligieron. Hoy, no, has sido tú la que ha escogido el bar al que vengo todos los días.

Mar miró a su alrededor.

—Un sitio con clase.

—¿Tú has probado el pincho de tortilla?

—¿Crees que estoy en condiciones de probar nada? El café casi me hace vomitar.

Hugo levantó una mano para llamar la atención del camarero.

—¿Quieres algo? —Ella negó con la cabeza y Hugo se giró hacia la barra—. ¿Me traes un pincho, Ernesto?

Mar sonrió. Había acertado con eso.

—Imagino que has tenido que postergar tus planes de futuro.

Mar levantó una ceja a modo de pregunta.

—Buscar trabajo —aclaró él—. Ibas a empezar por ahí, ¿no?

Mar inclinó la cabeza hacia un lado. Bueno, se dijo, en realidad quería empezar por la parte de recuperar a mi exmarido y humillar a su nueva pareja.

—Postergar es una buena palabra —dijo en cambio.

Ernesto llegó con un plato con un cuarto de tortilla de patata y lo dejó delante de Hugo.

—Aquí tienes, muchacho.

—Gracias, Ernesto.

—A servir. Señorita, si necesita vomitar, puede pasar al baño sin problema.

Dicho eso, regresó tras la barra y les dejó solos. Mar puso los ojos en blanco antes de dirigirse a Hugo.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—Digamos que parece que vayas a desmayarte en cualquier momento.

Mar se llevó las dos manos a la frente y apoyó la cabeza en ellas. Suspiró.

—Qué patética soy.

—¿Pudiste llevar a los niños al colegio?

Mar hizo un aspaviento y meneó la cabeza.

—Mira, no me hables...

Sin embargo, eso no hace más que alimentar la curiosidad de Hugo.

—¿Ha pasado algo más?

—Sí, que supongo que aún había otro escalón y sí, se puede caer aún más

bajo.

La sonrisa de Hugo se amplió una vez más, como lo haría la de un animal que divisa a su presa y se da cuenta de que, además, está indefensa.

—Oh, entonces soy todo oídos.

¿Qué hora es?

Las tres y veinte. Madre del amor hermoso, si es que ya hemos enfilado la tarde y esta resaca no tiene pinta de ir a terminarse pronto.

Cuando abrí los ojos eran las doce y media. Al principio casi no podía ni moverme y no sabía dónde estaba. No reconocía la habitación, así que me asustó haber cometido una imprudencia la noche anterior. Luego vi mi maleta y recordé que mi vida en las últimas semanas se había convertido en un bólido que corría a toda velocidad, cuesta abajo y sin frenos.

Me llevé las manos a la cabeza en cuanto noté que había un tambor en el interior. Cada poco tiempo el dolor aumentaba de nivel y me obligaba a cerrar un ojo. Además, notaba la boca reseca, como si tuviera un papel de lija en lugar de lengua, los labios cortados y el regusto a un alimento podrido.

Intenté girar sobre mí misma. Mi cerebro no funcionaba al cien por cien, pero sí lo suficiente como para darme cuenta de que las doce y media era bastante más tarde que las ocho de la mañana, la hora a la que debería haberme puesto en pie, por obra y gracia del despertador que debía haber olvidado poner o había estado soñando sin lograr penetrar la barrera del sueño profundo. Me di cuenta de que llevaba puesta la ropa del día anterior y de que olía bastante mal, a una mezcla de tabaco, sudor y vómito.

Sé que no es agradable, una imagen en la que ninguna mujer del mundo se quiere ver. La angustia de preguntarme qué estarían haciendo los niños, si habrían intentado despertarme y se habrían marchado de la habitación dando un portazo al notar mi aliento a alcohol, me hizo moverme un poco más deprisa, todo lo que me permitía el mal cuerpo que tenía.

Incorporarme fue una tarea titánica. Arrastré los pies hacia la puerta y tuve que detenerme a medio camino, sin resuello y con la habitación dando vueltas de campana a mi alrededor. Un pensamiento angustioso se dibujó en mi frente con luces de neón.

Si salgo así, Esther y Álvaro van a verme convertida en este despojo humano. Por otro lado, cambiarme de ropa no iba a ocultar el hecho de que cargaba con una resaca digna de otro planeta. Estiré la mano hacia la puerta y la abrí con cuidado. La casa estaba en silencio. Casi sepulcral, fantasmagórico. Era realmente inquietante, no se escuchaba ni un roce, ni un crujido, ni un murmullo, y sin embargo, dentro de mi cabeza parecía haber un festival de *rock*.

Tuve una arcada y logré evitar el vómito en el último momento. Me llevé una mano al pecho, rogándole a mi cuerpo que se comportara, y salí al pasillo. La puerta de la habitación de los niños estaba abierta y no había nadie en el interior. El salón también estaba vacío, con las persianas bien levantadas. La claridad del sol me resultó agresiva y entrecerré los ojos mientras caminaba hacia la cocina.

Di un respingo al ver a Santi sentado delante de la isla central, con los brazos cruzados y una de esas expresiones que juzgan y sentencian. Tragué saliva e intenté recomponerme y adoptar una postura que, ya que no iba a conseguir parecer *sexy* en las condiciones en las que me encontraba, al menos fuera lo menos indigna posible.

—Hola, Santi —dije. Las palabras sonaron rasposas al salir por mi garganta reseca—. ¿Qué haces aquí, no deberías estar en el trabajo?

—Debería, así es.

Oh, pensó ella.

—¿Sí?

—Pero esto era más importante.

Por un momento, albergué la esperanza de verle levantarse, cruzar la habitación con largos y rápidos pasos y agarrarme por los hombros antes de

darme uno de esos besos apasionados que reciben las féminas en apuros de las películas clásicas. Uno de esos besos que me haría levantar un pie y que, hablando en plata, me encendiera los fogones. Después me tomaría en brazos, como lo hizo en nuestra luna de miel antes de entrar en la habitación del hotel, y me sentaría sobre la isla. La pasión nos desbordaría, el deseo se mediría en centímetros recorridos con nuestras lenguas, y... bueno, el resto puedes imaginártelo.

Nada más lejos de la verdad, claro.

—Siéntate, Mar.

No era lo que esperaba, aunque agradecí no tener que seguir de pie. Admito que puede que estuviera equivocada y que conseguir que Santi regresara a mí iba a ser más difícil de lo que pensaba. Tampoco es que yo hubiera arrancado con muy buen pie.

—¿En qué momento te has convertido en esto?

Reaccioné echándome hacia atrás, con gesto ofendido, y estuve a punto de caerme de la silla.

—¿Qué quieres decir?

—Tú no eras así antes, Mar.

Claro que no, quise protestar, porque antes estábamos juntos y nos queríamos y éramos felices, y luego tú tomaste la decisión unilateral de romper eso y yo no puedo seguir adelante sin ti.

Sin embargo, lo que dije fue:

—Solo me duele un poco la cabeza. Ayer me tomé un par de copas de más.

—Un par de cientos, querrás decir.

—Mira quién está exagerando ahora —murmuré, intentando componer un gesto que resultara simpático, algo cómplice que le recordara que entre nosotros existía una conexión que hacía vibrar el aire a nuestro alrededor.

—¿Estoy exagerando? ¿Qué es lo último que recuerdas, Mar?

—Lo último que recuerdo... —Levantó un dedo para señalar que era evidente y se dio cuenta de que su mente estaba en blanco. Recordaba el bar,

la conversación que había tenido a grandes rasgos, e incluso lo que había pensado antes de irse y salir a la calle. A partir de ahí, niebla y vacío.

—Dios santo, Mar. —Santi suspiró. Me di cuenta de que estaba realmente enfadado y no estoy segura de haberlo visto nunca así, no en la época en la que vivíamos juntos, al menos—. Dios santo.

Eso mismo pensé yo. Oh, Dios, me temo que esto no va a ser bueno.

Cualquier cosa que pudiera haber imaginado se habría quedado corta.

Santi siempre se ha levantado muy pronto. Le gusta sentarse a disfrutar del desayuno leyendo algo. Me dijo que le extrañó ver mi puerta entreabierta y se acercó para cerrarla y que no me despertaran sus movimientos en la cocina. Sus palabras exactas fueron:

—Me sorprendió ver que no estabas allí y que la cama estaba hecha. No habías pasado la noche en casa y me pregunté dónde estarías. Me preocupé, lo admito, porque la cena había sido bastante incómoda y sé lo impulsiva que puedes llegar a ser.

De no ser porque todo su cuerpo expresaba enfado, tal vez me habría regodeado en la parte en la que admitía haberse preocupado por mí. Porque uno no se preocupa por alguien que no le importa, ¿no?

Quiero quedarme con eso, pensar que sigue habiendo algo ahí, aunque por la manera en que siguió la conversación, creo que en lugar de avanzar para recuperarle he retrocedido y me he alejado unos cuantos kilómetros.

Así como doscientos cincuenta y cuatro mil. Varios universos hacia atrás.

●***

—Me dijo que antes de marcharse de casa entró en su habitación para que Doña Perfecta se levantara. Seguro que sus despertares son como los de una sirena. No me cuesta nada imaginármela emergiendo entre las sábanas con su pelo perfecto y brillante, la sonrisa ya puesta en los labios. Nada de babas ni marcas de sábanas en la piel.

Hugo soltó una carcajada. Tuvo que apoyar un puño en los labios para evitar

que el trozo de tortilla que acababa de meterse en la boca se le escapara.

—Ay, si es que no puedo con ella —gruñó Mar.

● ***

Según lo que me contó Santi, tuvo que despertar a Doña Perfecta y le dijo que yo no había dormido en casa. Según él, ella se alarmó, claro, ¿qué va a decir él si no? No iba a admitir que a su nueva novia yo le importaba una mierda, vamos, que es recíproco, que seguro que ella tiene tantas ganas de que yo desaparezca de su vida como yo de que lo haga ella.

—Siento despertarte. Mar no ha dormido en casa.

—¿No? ¿Y dónde ha ido?

—No lo sé, no tengo ningún mensaje; tal vez lo tengan los niños. Conociéndola, se habrá ido a un hotel o habrá llamado a alguna de sus amigas.

—Ya...

—¿Te puedes ocupar del desayuno de los niños? Y de llevarles al colegio...

—Claro, no hay ningún problema.

Luego Santi se fue al trabajo y Doña Perfecta se levantó para preparar unas tostadas y zumos de naranja. Levantó a los niños un poco antes de las ocho de la mañana y les pidió que se prepararan para ir al colegio. Supongo que se inventaría alguna excusa por la que no era yo quien estaba ocupándome de ellos, no lo sé.

Al parecer hice acto de presencia a las ocho y cuarto. Dónde estuve desde que salí del bar hasta esa hora, no tengo la menor idea. Por más que intento recordar, desde el momento en que me despedí de ti hasta que me he levantado hace un rato para encontrarme a Santi en la cocina.

No es que entrara y ya. Los niños estaban desayunando cuando escucharon un ruido insistente en la puerta. Santi se encargó de dejarme claro que era su excelentísima pareja la que se estaba encargando de ellos, lo remarcó específicamente, que era algo de lo que tendría que haber estado ocupándome yo. En ese momento, mientras me lo contaba, no estaba yo para replicar nada

en absoluto, pero ahora, ¿sabes cuando después de haber vivido algo te gustaría regresar a ese momento y soltar una respuesta contundente que dejara al otro en el sitio, patidifuso?

Habría dado mi brazo izquierdo por poder decirle sin pestañear: «Cisi qui tindriis qui istir hicindi ti».

Doña Perfecta se acercó al vestíbulo. Santi dice que tuvo miedo porque parecía que alguien quería entrar en casa forzando la cerradura. Se acercó a la mirilla, y cuando comprobó que era yo, abrió y, según ella, estuve a punto de perder el equilibrio y caerme hacia delante. Estaba encorvada, intentando meter la llave en la cerradura sin conseguirlo.

—Hola, hola —dice que le dije. Al parecer arrastrando las palabras y pronunciando como si tuviera una patata en la boca.

—¿Estás borracha? —preguntó ella en un susurro, alarmada.

—¿Borracha? ¡Qué va!

Según Santi, se supone que dije eso porque en realidad no se me entendió. Me cuesta creer que no sea una exageración. Dice que entré, que tropecé con el marco de la puerta, me bamboleé hacia el lado contrario, choqué con ella y luego hice una ese hacia el otro lado. Golpeé un pequeño mueble que tienen en el recibidor y el cuenco en el que dejan las llaves cayó al suelo y se rompió en varios pedazos. Supongo que Doña Perfecta se llevaría las manos a la boca y emitiría un grito de damisela en apuros. Al parecer, yo levanté la vista y me encontré con la mirada asustada y acusadora de mis dos hijos, asomados a la cocina.

—Hola, cariños —balbuceé.

—Dios mío... chicos, por favor, entrad en la cocina, ¿vale?

—Tú no tienes que decirles lo que tienen que hacer —gruñí mientras me giraba hacia ella. Por lo visto las piernas no me sostenían del todo y Doña Perfecta tuvo que estirar el brazo y cogerme de la muñeca para que no me fuera al suelo.

—Vamos, Álvaro —murmuró Esther. Dice Santi que estaba muy disgustada.

Sus palabras exactas fueron: «Has dado un espectáculo vergonzoso, Mar, como si no hubiera suficiente con lo que pasó ayer durante la cena, hoy llegas borracha a casa y vuelves a enfrentarte con Irene delante de ellos».

Al parecer me giré hacia ellos para decir algo y el movimiento me desestabilizó una vez más. Espero que Álvaro le hiciera caso a Esther y se dejara arrastrar hacia la cocina. Por lo visto, estuvimos a punto de caernos los dos. De alguna manera logró evitarlo, pero yo me incliné hacia delante y vomité por todo el suelo del recibidor, al estilo niña del exorcista.

Al llegar a ese punto de la conversación, Santi estaba furioso. Creo que nunca le había visto tan enfadado.

—Se ha pasado toda la mañana limpiando tu desastre, Mar, ha tenido que ventilar toda la casa y aún sigue apestando.

No puedo negar que había un olor repugnante a bilis, de los que hacen que se te revuelva el estómago. En mi caso, se sumaba al mal cuerpo que arrastraba, el atroz dolor de cabeza y la necesidad urgente de desaparecer para no seguir escuchando aquello.

No dije nada. En ocasiones, es mejor no hablar. Como dice el chiste: «¿Pa qué, *pa* cagarla?».

—Tuvo que cargar contigo hasta el baño, Mar. Tuvo que sujetarte la cabeza y recogerte el pelo para que pudieras vomitar sin mancharte.

Me sentía avergonzada, negar eso sería ridículo, pero también me divertía un poco la imagen. De hecho, me fastidiaba no acordarme de nada. Imagínatelo, Doña Perfecta con su manicura, su ropa a juego, su estilo y porte, su casa extremadamente limpia y ordenada, toda cuqui ella, y teniendo que sujetarme el pelo mientras yo vomitaba agarrada al váter.

Espero que la salpicara.

—Tuvo que arrastrarte hasta tu cama porque no eras capaz ni de mover las piernas.

Teniendo en cuenta que los brazos de Doña Perfecta son finos y estilizados y no parece haber en ellos el menor indicio de músculo, supongo que arrastrarme no tuvo que ser una tarea fácil. Solo recé para que Esther y Álvaro se hubieran mantenido en la cocina y no vieran el lamentable estado en el que se encontraba su madre.

—Tuvo que llamar a Esther para que la ayudara.

Maldita sea, por supuesto que no iba a salirme algo bien.

Mira, en eso puedo decir que Doña Perfecta ya no es tan perfecta. Tiene una fuerza de mierda, todo hay que decirlo. Yo habría podido arrastrarla a ella sin sudar una gota. A menos que lo hiciera a propósito, cosa que no me extrañaría tampoco. Yo la había humillado a ella durante la cena y ella había aprovechado el momento para devolverme el golpe cuando yo ni siquiera podía defenderme. Era una hipótesis que tenía cierta lógica. Había llamado a mi hija, pero no porque realmente necesitara su ayuda, sino para mostrarle la cara más fea de su madre. Sería su manera de desprestigiarme y hacerse con el control.

—Irene tuvo que cogerte de los brazos y Esther de las piernas.

La sola imagen bastaba para revolverme el estómago más de lo que ya lo tenía revuelto.

Una especie de procesión dantesca.

—Álvaro estaba llorando sin parar. Irene intentó calmarle y le dijo que estabas mala, que no había sido culpa tuya, que todo tenía una explicación y se iba a arreglar. Pero nuestro hijo no es ningún idiota, Mar.

En eso estoy de acuerdo con él, Álvaro no es idiota y estoy bastante segura de que, si las cosas son como Santi me las contó esta mañana, mi hijo sabe perfectamente que yo estaba borracha como una cuba. Por el amor de Dios, si yo sentía una vergüenza ajena infinita cuando mi madre se achispaba en las cenas de Navidad o Nochevieja, no quiero imaginar lo que puede estar sintiendo ahora.

—¿Dónde están los niños? —pregunté.

—Después de meterte en la cama y de limpiar tus vómitos, les llevó al colegio.

Si no me doliera tanto la cabeza cogería el coche e iría a buscarlos. No creo que su profesora se tomara muy bien la interrupción. Aunque, sinceramente, me importa un pimiento lo que piense esa mujer. El problema es que me aterra que Álvaro esté tan enfadado conmigo en estos momentos que, si voy, puede que monte una escenita en medio del pasillo del colegio. Viendo mi trayectoria, creo que es el único sitio en el que todavía no he sido humillada.

—Santi, yo...

—No, Mar, no quiero escuchar nada de lo que tengas que decir. Me parece que has caído todo lo bajo que se puede caer. —Sacudió la cabeza y dio una palmada sobre la encimera—. Lo peor es eso, que sé que, en realidad, se puede ir todavía más hacia abajo. Piensa en lo que has hecho, piensa en lo que estás convirtiéndote, y pregúntate si esto es realmente lo que quieres ser. —Hizo un gesto hacia mí, bastante despectivo.

Lo que me dolió de verdad fue sentir ese desprecio. No ver en sus ojos ningún atisbo de las cosas que llevo dos años añorando y que, a veces, se le escapan como si no pudiera ocultar sus verdaderos sentimientos y estos se escurrieran al exterior. La sonrisa de medio lado, el brillo de sus ojos, la ternura en la mirada.

—No, yo...

—No te reconozco, Mar. Así de claro, no sé quién eres. Un despojo de la persona que conocía.

Eso fue duro, como recibir un puñetazo en pleno estómago. Un golpe que me sacó el aire y encharcó mis ojos.

—Irene ha puesto mucho de su parte para que todo esto funcionara, ¿sabes? Y tú te empeñas en destruirlo de forma sistemática.

Querría decirle que me conformaría con destruirla a ella. O mejor aún, suplicar su perdón y pedirle que me diera una oportunidad más. Si él volviera conmigo todo se arreglaría, mágicamente, como ocurre en los cuentos. Un

toque de varita y chimpún, a comer perdices. En el fondo, supongo que soy una cobarde.

—Me voy, Mar.

El corazón dejó de latirme durante un segundo. La bola de angustia que me atenazaba la garganta se volvió opresiva. Noté que algo se quebraba en mi pecho.

—Tengo un vuelo esta tarde, me han puesto una reunión en Barcelona. He llamado a los padres de Carlos para preguntarles si podían quedarse con Álvaro esta noche, y Esther dormirá en casa de una de sus amigas.

—¿Qué amiga? —pregunté con un hilo de voz.

—Ruth, creo.

Asentí, como si eso fuera suficiente.

—Toma. —Extendió el brazo hacia mi y dejó sobre la mesa un sobre blanco—. Dentro hay doscientos euros.

Un poquito más de humillación, por favor.

—Vete a un hotel. Mañana volveré y los niños también vendrán a casa. Si estás aquí, hablaremos con ellos. Si necesitas tiempo para recomponerte, me inventaré una excusa. Pero no vuelvas a aparecer de esta forma, no vuelvas a comportarte como lo has hecho ayer y hoy, porque de lo contrario me veré obligado a tomar otro tipo de medidas. ¿Estoy siendo lo suficientemente claro?

Tragué saliva, porque me veía incapaz de mover la cabeza arriba y abajo. Él no esperó una respuesta, se puso en pie y cruzó junto a mí como una exhalación. Le oí moverse por la casa, arrastrar una maleta y marcharse. Cerró la puerta como una declaración de intenciones, dando un golpe furioso.

Y yo me quedé ahí sentada, incapaz de moverme, hasta que rompí a llorar y descargué toda mi frustración y mi rabia. Lloré como hace mucho que no lloro, jadeando para respirar y estremeciéndome desde los pies a la cabeza. Estuve así un rato, creo que bastante largo, y cuando logré recobrar cierta compostura, toda la que me permitía el horroroso dolor de cabeza, decidí salir de esa casa.

En ese momento, de lo último que tenía ganas era de prepararme un café en la cocina de Doña Perfecta, tener que tocar sus muebles, sus platos, sus vasos, su cafetera, su nevera, su fruta.

En una cosa le daba la razón a Santi: me había convertido en un despojo de persona.

—Sigues siendo muy dura contigo —aseguró Hugo. Dejó el tenedor sobre el plato vacío y se recostó en la silla.

—¿No es lo que me merezco?

—Un error no es suficiente para ensuciar toda una trayectoria.

—¡Toda una trayectoria! ¡Como si la mía hubiera sido un hermoso camino de baldosas amarillas, arcoíris y canciones felices!

—¿No eres una buena madre?

—A la vista está que no.

—Quita estos últimos dos días. Llegar tarde al colegio no te convierte en mala madre, Mar. Corrígeme si me equivoco, pero quieres a tus hijos y has procurado siempre darles lo mejor, ¿no?

—Bueno... sí, claro. Soy su madre.

—Te sorprendería saber qué tipo de madres y padres hay por ahí. Tus hijos tienen suerte; puede que sus padres se hayan separado, pero ambos les quieren y se involucran en sus vidas. No todos lo hacen.

—Eso es lo que hay que hacer cuando eres madre.

—Que sea lo que hay que hacer no significa que sea lo que todas hagan. De todas formas, bien, has cometido un error. No voy a intentar justificar tu actuación, creo que eres consciente de que la has cagado de lo lindo. No seas tan dura contigo. Vas a tener que volver a pedirles perdón y vas a tener que explicarles por qué te ha pasado todo lo que te ha pasado.

—Porque tú me hiciste beber demasiado anoche —protestó ella.

—Oh, engáñate si quieres, pero yo no te obligué a beber nada, que yo

recuerde.

—Si no hubieras aparecido, con tus: «Quiero oír tu historia» y tus: «Oh, qué interesante todo», no habría pasado nada de esto.

—Si no hubiera aparecido, es posible que hubieras llegado peor. Llevabas un ritmo acojonante antes de que me acercara a la barra, ¿sabes? Luego, hablando, redujiste la marcha.

Mar abrió los ojos como platos y lo observó con cierta desconfianza.

—¿Llevaba un ritmo acojonante antes de que llegaras tú? ¿Me habías estado vigilando?

Hugo se sonrojó mientras negaba con la cabeza.

—Me había fijado en ti, solo eso. Qué quieres que te diga, llamabas bastante la atención, eras la única persona que estaba sola en todo el bar y no hacías más que beber.

Mar bajó la vista y se miró los dedos. La pintura de las uñas estaba desconchada. Hasta en eso era un desastre. Era el polo opuesto absoluto de Doña Perfecta.

—También eres muy dura con ella, ¿sabes?

—¿Con quién?

—Con Doña Perfecta.

Ella sonrió al escuchar el mote en boca de él. No fue una sonrisa limpia y divertida.

—Es el principal obstáculo en mi camino hacia la felicidad.

Hugo hizo un aspaviento para dejar claro que él no estaba de acuerdo. Mar quiso replicar, llegó a abrir la boca para hacerlo, pero luego volvió a cerrarla sin decir nada. Después de lo ocurrido esa mañana, si todo era tal y como se lo había contado Santi, puede que el principal obstáculo fuera ella misma.

El pensamiento cruzó por su mente, sí, pero no cuajó. Mar decidió mantenerse en negación, obcecarse con la forma de pensar que había arrastrado hasta entonces. Todo arde si le aplicas la chispa adecuada. Lo único que tenía que hacer, entonces, era encontrar la forma de volver a

encender la brasa.

—Me tengo que ir a trabajar —anunció él tras mirar el reloj.

—De acuerdo.

—Me alegro de haberte vuelto a ver.

—Sí, soy la alegría de la huerta, ¿verdad?

Hugo meneó la cabeza mientras se ponía en pie.

—No todo el mundo tiene una historia tan rocambolesca a sus espaldas. —Se quedó un momento de pie junto a la mesa mientras rebuscaba en su cartera para pagar la tortilla—. Tienes unas cuantas cosas que enderezar en tu vida, Mar. Espero que la próxima vez que nos veamos, me cuentes cosas más alegres.

—En estos momentos, me agarraría a un clavo ardiendo con tal de salir del pozo.

—Paso a paso, eso decía siempre mi padre.

—¿Tienes algún consejo para mitigar el caos que he causado hoy y recuperar a Santi?

—Oh, no soy muy fan de esa historia de amor. —Se encogió de hombros y dejó un par de monedas junto al plato—. No sé si lo recuerdas, pero anoche te dije que creo que ves lo que quieres ver.

—Lo recuerdo —musitó Mar, enfurruñada por el hecho de que alguien le llevara la contraria de manera tan abierta.

—Además, creo que tienes cosas más importantes que arreglar.

—Lo sé, lo sé.

—¿Puedo preguntar por dónde vas a empezar?

Mar se quedó un momento pensando antes de responder.

—Santi se las ha arreglado para que hoy no pueda ver a mis hijos. Supongo que por la tarde les llamaré y tendré una conversación que va a ser difícil. Mientras tanto, supongo que necesito limpiar el aire. Santi tiene que ver que esto ha sido un error de una sola vez. Me ha gustado algo que has dicho antes, que un solo error no ensucia toda una trayectoria. Nuestra historia sigue ahí,

nadie va a ser capaz de borrarla, ni siquiera Doña Perfecta con su perfección.

Hugo se mordió el labio al tiempo que meneaba la cabeza.

—Desde luego, eres de ideas fijas.

—Mi padre siempre decía que sería una gran abogada, porque era cabezota como una mula. No podía estar más equivocado respecto a mi capacidad profesional, pero lo otro, mi cabezonería, lo teníamos todos bastante claro en casa. Puedo hacerlo, puedo limpiar el ambiente. Grábate mis palabras en la cabeza. Voy a recuperar a Santi.

—Bueno —replicó él, y dio una palmada para dar por finalizada la conversación—, pues te deseo mucha suerte, que es todo lo que puedo hacer. Ya me contarás la próxima vez que nos veamos.

—Das por hecho que habrá una próxima vez.

—Si el azar ya nos ha juntado dos, ¿por qué no una más?

Mar se encogió de hombros. Hugo se agachó para darle un beso en la mejilla y le hizo un gesto de despedida mientras se daba la vuelta para salir del bar. Ella le miró mientras cruzaba la puerta, se fijó en que los pantalones le marcaban un buen trasero. Se preguntó si Silvia habría dicho que estaba bueno. Seguramente sí, había que admitir que el chico era un buen partido. Silvia seguramente habría puesto el grito en el cielo al enterarse que no se había lanzado a por él. Casi podía oírle gritar.

—¡Eres tonta, tía! ¡Si está bueno, tú estás soltera y él ha mostrado interés en ti, deja de ahuyentarlo y fóllatelo!

Mar tenía una cosa clara: eso sería una distracción terrible.

Y ahora, más que nunca, necesitaba mantener la mente fría.

12. Ideas que llegan desde el lugar más insospechado

Mar entró en el baño y miró su reflejo en el espejo. Se habría echado a reír de no ser por el dolor de cabeza que tenía, prácticamente no se reconocía. Llevaba el pelo despeinado, varios mechones salían despedidos en distintas direcciones, dándole un aspecto de loca recién escapada del manicomio. Llevaba puestos unos vaqueros, un jersey que le quedaba grande y estaba arrugado, y lucía unas ojeras inmensas.

—Oh, madre mía.

De repente se sintió avergonzada. Ahora entendía las miradas de reojo que le habían lanzado Ernesto y sus dos clientes en el bar. Comprendía por qué las siete u ocho personas con las que se había cruzado en la calle se habían apartado con más o menos disimulo.

Y lo peor era que había vuelto a encontrarse con Hugo. De esta guisa. Él se había sentado con ella y había mantenido la compostura, pero mirando su reflejo en el espejo, estaba bastante segura de que por dentro se había tenido que aguantar las carcajadas. Podía imaginarle en el trabajo, cuando sus compañeros le preguntaran si había mojado la noche anterior con la mujer de la barra, y entonces él haría un gesto de asco, o pondría los dedos formando una cruz para decir: *Vade retro*, Satanás.

—¡Pero qué dices! ¡Está loca, no la tocaría ni con un palo! —Seguro que diría—. ¡Y encima no paro de encontrármela!

Mar suspiró, ya no podía hacer nada para cambiar la impresión que le había dejado. Ni a él ni al resto de personas con las que se había cruzado esa mañana. Pero vamos, había visto mendigos con mejor aspecto que la mujer del reflejo. Qué demonios, hasta la Bruja Avería tenía mejor aspecto que ella

ahora mismo.

La casa estaba vacía y en silencio. Al menos ya no olía a vómito. Abrió el grifo y se mojó la cara con agua fría, para espabilarse. Volvió a mirarse en el espejo y suspiró. Tenía que preparar algo que decir para cuando llegara Doña Perfecta. Aquel era el primer paso si quería que la situación volviese a su cauce.

—Quería decirte... —A este paso iba a convertirse en una mentirosa profesional. Lo que de verdad quería decirle sería censurado en muchas cadenas de televisión, con pitidos de esos que impiden escuchar el verdadero audio de la grabación—. Quería decirte que lo siento.

¿Y ya estaba? ¿Iba a bastar con un: «Lo siento» con la boca pequeña? Mar sacudió los brazos como un jugador de baloncesto antes de entrar en la pista. Intentó concentrarse. Aquello no era tan diferente a un juicio, no se trataba tanto de lo que quisiera decir, sino de escoger las palabras exactas para conseguir que el juez se decantara por su versión.

Tú puedes, Mar.

—Quería decirte que lo siento, Irene. —Hasta el nombre le resultaba repugnante, como si le escociera dentro de la boca. Además, le sonaba raro, le daba la impresión de estar dirigiéndose a otra persona. Tenía tan normalizado en su cerebro el dirigirse a ella como Doña Perfecta que no asociaba su verdadero nombre de forma natural—. Mi comportamiento de anoche fue horrible. Nunca había hecho algo así, te lo juro. Santi lo puede corroborar...

No creía que mencionar a Santi fuera a limar asperezas entre ella y Doña Perfecta. Sería como asestarle un puñetazo y recordarle que Santi fue antes suyo. Mejor evitar las referencias a él.

—Nunca había hecho algo así. Las últimas semanas han sido muy estresantes para mí y, bueno, esto... —Movié las manos para señalarse a sí misma y al espejo—. Para ti tampoco tiene que ser cómodo, lo sé. Solo quiero pedirte perdón. Lo que estáis haciendo por mí, dejando que me quede aquí mientras busco piso, de verdad que lo agradezco, y mucho. Puedo comprender que estés

enfadada, yo imagino que también lo estaría, y si quieres que me vaya, me inventaré algo para que Santi crea que ha sido cosa mía...

Volvió a detenerse. ¿Irse por su cuenta? ¿Decirle a Santi que Doña Perfecta era la buena de la película? No, sobre su cadáver.

Se llevó una mano a la sien cuando el dolor de cabeza volvió a hacerse más intenso y la obligó a cerrar un ojo y apretar los dientes. Se preguntó dónde tendrían ibuprofenos en esa casa. No en el baño, porque ya había mirado antes. Tal vez en algún armario de la cocina.

Cruzó el pasillo arrastrando los pies y entró en la cocina. Abrió dos armarios y miró en el interior. En el segundo encontró una caja blanca y, al abrirla, vio que dentro había vendas, tiritas, yodo, esparadrapo y unas cuantas cajas de medicinas, entre ellas, ibuprofeno. Bingo. Sacó una pastilla y se giró hacia la nevera para coger una botella de agua.

Se quedó quieta al fijarse en la fotografía en la que Santi y Doña Perfecta parecían una magnífica pareja de enamorados.

Una pareja perfecta.

Se le humedecieron los ojos y apartó la vista, al tiempo que se llevaba una mano al rostro. Se concentró en respirar hondo y evitar el llanto. Se acercó al fregadero, cogió un vaso, lo llenó de agua, y engulló la pastilla acompañándolo de un trago.

¿De verdad estaba ensayando para disculparse ante esa mujer?

Dejó el vaso con demasiada fuerza en la encimera, tanta que le extrañó que no se rompiera. No, no pensaba pedirle perdón, no iba a arrastrarse más de lo que ya la empujaba la vida contra el suelo. Ya encontraría otra manera de recuperar a Santi. Puede que lo mejor, por el momento, fuera darle aire. Eso sí podía hacerlo sin problema, ya lo había hecho con anterioridad, castigarle con el látigo de la indiferencia, hablar con él solo cuando fuera necesario y para lo que fuera necesario. ¿A qué hora vas a venir a por los niños? Perfecto. Muy bien. De acuerdo. Claro.

¿Acaso no lo había tratado de esa manera después de que él se marchara de

casa? ¿Y no había vuelto dos meses después para intentar hablar con ella y, citando sus palabras: «Que la relación no se enturbiara»? ¿Acaso no había pensado ella en ese momento que lo que él quería decir en realidad era que podían trabajar para que las cosas volvieran a ser como antes?

—Que te den por culo, Doña Perfecta. —Señaló hacia la foto sujeta a la puerta del frigorífico con un imán.

Luego salió de la cocina y cruzó el pasillo hasta la habitación de invitados, dando largas zancadas. Subió la maleta a la cama, metió las tres prendas que había fuera, sin ningún cuidado, y la empujó hacia abajo con una mano mientras con la otra cerraba la cremallera. Había tomado una decisión e iba a ser consecuente con ella. Buscaría un hotel y pagaría con el dinero que le había dejado Santi. Luego buscaría en serio un piso por internet. No pensaba descansar hasta encontrarlo. Tendría que volver a llamar a Silvia para preguntarle si la oferta de dormir en el sofá del salón seguía vigente. O a su madre, y marcharse al pueblo. No le importaba. Bajaría a Madrid para ver a los niños todos los días, ya se arreglaría. De lo que estaba segura, y a Dios ponía por testigo, era que no volvería a esa casa jamás.

Conociendo su trayectoria de las últimas semanas, cualquiera podría haber apostado a que la vida le tenía reservado algo diferente.

Escuchó el ruido que hacía una llave al entrar en la cerradura, seguido de la puerta al abrirse, unos pasos rápidos y un golpe cuando la puerta se cerró.

—¡No, he dicho que no! —El grito fue tan repentino que Mar se sobresaltó. Tardó un segundo en comprender que esa voz rota era la de Doña Perfecta.

Se quedó quieta, con una mano encima de la maleta y la otra en la cremallera a medio camino de cerrarla, escuchando.

—¡No puede ser! ¡El contrato estipulaba...!

Mar ni siquiera había imaginado que Doña Perfecta pudiera hablar de esa manera, había perdido la compostura, su tono siempre sosegado, y se movía de

un lado a otro del salón con pasos firmes que resonaban en la casa vacía.

—¡Que te estoy diciendo que no puede ser! ¡Ayer mismo hablamos de esto y me dijiste que no había ningún problema, que todo estaba solucionado! ¿Cómo puede haber pasado esto? ¿Quieres explicármelo?

Estaba muy enfadada, eso resultaba evidente. Y por la manera en que algunas sílabas se quebraban y se alzaban una octava, Mar estaba bastante segura de que también estaba llorando. Otra cosa que nunca habría asociado a una mujer con un temple tan...

Perfecto.

—¡No, no me vale con eso! ¡Esta vez no vale con: «La próxima vez nos cubriremos las espaldas»! ¡Se supone que ya deberías estar cubriéndome las espaldas! ¡Para eso te pago, maldita sea!

La última frase estuvo acompañada de un golpe. Probablemente por una patada a una silla, o un puñetazo en la mesa.

—¡No, he dicho que no! ¡Ya hablaremos de esto cuando me calme, y ya decidiré entonces si seguimos adelante o si llamo a Maldonado y te pongo de patitas en la calle! ¡Adiós!

Mar se estremeció al escuchar a Doña Perfecta gritar. Luego escuchó un golpe, seguido del ruido de algo electrónico al romperse. ¿Había tirado Doña Perfecta su teléfono contra la pared? Mar no la creía capaz de algo así, claro que hasta hacía menos de treinta segundos no la creía capaz ni de matar a una mosca, mucho menos de enfurecerse con alguien, de gritar y de dar patadas o puñetazos a los muebles.

Luego rompió a llorar y Mar se llevó una mano a los labios. Le parecía que su propia respiración resonaba en las paredes como lo haría el rugido del motor de un tractor al encenderse. No entendía cómo era posible que Doña Perfecta no estuviera oyéndolo también.

Intentó moverse en silencio y el suelo crujió al pisarlo. A oídos de Mar, fue como una explosión, sin embargo, Doña Perfecta no se movió del salón. Escuchaba sus sollozos con claridad y no se estaba moviendo. Mar se acercó a

la puerta de la habitación y se asomó con cuidado. Miró hacia la puerta de la casa y se preguntó cómo demonios iba a hacer para salir de allí con su maleta sin que esa mujer se diera cuenta.

Aunque deseaba aferrarse a cualquier opción, por mínima que fuera, y llegó a valorar varias como coger la maleta en brazos y desplazarse de puntillas como lo haría un ladrón en una de aquellas películas de *La Pantera Rosa*, era evidente que en cuanto cruzara por delante de la puerta del salón, la vería.

Salvo que estuviera de espaldas.

Maldijo en silencio su suerte. No quería arriesgarse a que la viera escabulléndose como una cobarde. Tenía dos opciones: tumbarse en la cama y hacerse la dormida, o salir al salón y aprovechar que Doña Perfecta parecía tener las defensas bajas para... ¿para qué?

Volvió a maldecir en silencio, tomó aire con fuerza, y dejándolo escapar con suavidad se encaminó hacia el salón. En cuanto llegó a la puerta, Doña Perfecta captó el movimiento y levantó la cabeza. Estaba sentada en el sillón, tenía un pañuelo en una mano y el rímel corrido por las mejillas. Al verla, se cubrió los ojos con el pañuelo y giró la cabeza para no tener que enfrentarse a su mirada.

Mar comprendió ese gesto. Doña Perfecta era la última persona en todo el universo a la que le gustaría encontrarse en uno de sus momentos bajos, así que le resultaba sencillo imaginar que el sentimiento era recíproco.

«Un momento de bajón», pensó, como, por ejemplo, llegar borracha como una cuba mientras tus hijos desayunan, vomitar por toda su casa y que te tengan que sujetar el pelo mientras sigues vaciando el estómago abrazada al retrete.

Se mordió el labio con resignación.

Pensó: «Gracias por recordármelo, cerebro».

Movió una de las sillas con cuidado para apartarla de la mesa del comedor y colocarla frente al sillón donde estaba Doña Perfecta, y se sentó. Observó que el teléfono de la otra mujer estaba en el suelo, frontal por un lado con la pantalla agrietada, batería y tapa por otro.

—Le has dado un buen golpe —murmuró—. Casi me atrevería a decir que jaque mate.

Doña Perfecta no respondió al instante. Se sorbió la nariz y siguió restregando el pañuelo por los ojos.

—Disculpa —dijo al fin. Evitaba su mirada—. Se me había olvidado que ahora vives aquí.

—Después de lo que te he hecho vivir esta mañana, me sorprende que te hayas olvidado —replicó Mar.

Doña Perfecta emitió un sonido similar al que hace un toro cuando está a punto de embestir. Mar tardó un momento en comprender que había sido un amago de risa interrumpido por un ataque de tos y recortado por un sollozo.

Mar alzó la vista hacia el techo un momento. Le parecía increíble estar a punto de hacer lo que iba a hacer.

—Supongo que te debo una disculpa. —Lo soltó despacio, de la forma en que se dicen las cosas que a uno le duele expresar en voz alta. Porque lo sentía como una derrota, una de las complicadas, de las que se clavan en el pecho como una astilla y le desangran a uno gota a gota.

Doña Perfecta ladeó la cabeza y la observó con atención. Ver aquellos ojos que parecían estar derritiéndose en negro por esas mejillas que parecían de porcelana, no daba la impresión de ser real. Aunque entendiera que era el efecto de las lágrimas sobre el rímel, aquella mujer siempre había lucido como si acabara de salir de una sesión de maquillaje, su rostro impoluto y perfecto estaba ahora sucio e irritado por el llanto.

—Lo siento. —Mar arrugó la nariz y se apretó una mano con la otra, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para no apartar la mirada de aquellos ojos, perfectos, que ahora parecían salidos de una pesadilla—. Lo siento.

Doña Perfecta parpadeó, confusa. Mar señaló con el pulgar hacia el recibidor.

—Santi me ha contado lo que ha pasado esta mañana.

—Estabas borracha —replicó Doña Perfecta, con un hilo de voz.

—Un poco. —Mar tragó saliva y se encogió de hombros—. Un montón, de hecho.

—Siento que tus hijos lo vieran todo.

Fue el turno de Mar de sentirse algo perdida. Últimamente, se sentía desorientada demasiado a menudo, como si fuera espectadora de una película que comprendía solo a grandes rasgos porque el audio cambiaba de idioma repentinamente durante una frase importante, y al regresar al castellano, hubiera perdido el hilo de la trama.

—Seguro que piensan que su madre es repulsiva —murmuró Mar.

—¿Por qué?

Mar levantó una ceja, a modo de pregunta silenciosa.

—¿Por qué? Por verme así, vomitando por el pasillo e inconsciente. Esther tuvo que ayudarte a arrastrarme hasta la cama. ¿Hay algo más patético que eso?

—Perder un contrato millonario solo porque tu representante se olvidó de confirmar que estabas interesada. —Señaló hacia el teléfono destrozado en el suelo, como si eso lo explicara todo.

—Hombre, si nos vamos a poner a comparar... claro, es que tú no eres madre.

—Les dije a los niños que tenías una fiesta importante de trabajo y que te había sentado mal un cóctel de marisco.

Mar se quedó con la palabra en la boca. Miraba a Doña Perfecta como si fuera un ser desconcertante. De hecho, en ese momento, eso era justamente lo que le parecía.

—¿Les dijiste eso?

—Fue lo primero que se me ocurrió para justificar que llegabas tan tarde y que estabas vomitando.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué les dijiste eso?

Doña Perfecta extendió los brazos hacia los lados. Tenía el dorso de la mano izquierda manchado de rímel.

—¿Qué iba a decirles si no?

—Que su madre es un desecho, por ejemplo. —Que es lo que ella habría dicho de haberse dado la situación al revés.

—¿Por qué iba a decirles eso?

Mar miró hacia los lados. De forma inconsciente, buscaba las cámaras y al jovial presentador que saldría de un rincón al grito de: «Todo era una broma, llevamos dos semanas haciendo que España se parta de risa a tu costa».

—Bueno, es la verdad.

—¿Por emborracharte? Todos nos hemos emborrachado alguna vez.

A Mar le costaba creer que Doña Perfecta hubiera estado borracha, mucho más pensar que había acabado en el suelo entre vómitos y teniendo que ser arrastrada hasta la cama.

—¿Tú te has emborrachado? —Se le escapó, y además, con un tono que dejaba claro su absoluta incredulidad.

—Pues claro. —Sonrió—. Soy un ser humano, aunque algunas revistas me traten como otra cosa.

Como un ser perfecto, pensó Mar.

—Aunque creo que nunca he estado tan borracha como tú lo estabas ayer —añadió Doña Perfecta.

—Lo peor de todo es que no me acuerdo de nada. —Se señaló la sien con el dedo índice—. La resaca de campeonato y el dolor de cabeza tampoco invitan a pensar que es algo que me gustaría repetir. Sigo sin entender por qué me excusaste ante los niños.

—¿Qué iba a hacer si no?

Doña Perfecta no parecía comprender su confusión. Para Mar era algo cristalino, es lo que ella habría hecho, sin duda, de haber tenido una oportunidad tan clara como esa para dejar a su rival por los suelos.

Eso le hizo pensar en algo que había dicho Hugo esa mañana —puede que también lo dijera la noche anterior, pero el maldito dolor de cabeza no facilitaba la búsqueda de datos—: «Eres muy dura con ella». ¿Acaso no era lo que tenía que hacer?

—¿Y se lo creyeron? —preguntó con incredulidad.

—Esther no.

El rayo de esperanza que se había permitido albergar volvió a extinguirse.

—Me lo imaginaba.

—Tienes una hija maravillosa, ¿sabes? Es lo suficientemente mayor como para entender que mi explicación era una patraña, pero entendió el objetivo, y se ocupó de confirmarle a Álvaro que eso era lo que había pasado.

Mar sonrió al oír aquello. Era verdad que Esther era una niña maravillosa, y de nuevo, aquel débil rayo de esperanza iluminó una pequeña porción de su corazón. Puede que consiguiera reparar el daño que ella misma había hecho a la imagen que sus hijos tendrían de ella, y todo gracias a...

Fue como si su cerebro se dividiera en dos. Como las famosas figuras de un pequeño diablillo y un pequeño angelote que se posan cada uno en un hombro. Mientras el diablo murmura: «Ah, maldición, hasta en eso tiene que ser perfecta, qué asco de mujer, te ayuda a arreglar tu vida y se convierte en la heroína de la historia»; el ángel susurraba con voz melodiosa: «Admite que has sido dura con ella, que tú no habrías hecho lo mismo de haber estado en su lugar y que ahora le debes otra disculpa».

—Gracias —dijo.

—Hice lo que cualquiera habría hecho.

Mar ladeó la cabeza. No estaba tan segura de que eso fuera cierto, pero tampoco iba a admitirlo en voz alta.

—De todas formas, gracias.

—Con todo lo que has pasado estas semanas, lo raro habría sido no cagarla.

Con eso, sin embargo, sí que podía estar de acuerdo.

—Ojalá fuera una mujer más fuerte.

—Con todo lo del banco y la casa, yo creo que estaría igual. Y además esto... —Doña Perfecta hizo un gesto con el dedo para englobar toda la casa—. Entiendo que no es cómodo para ti.

Estuvo a punto de preguntarle si ella estaba a gusto. No estaba segura de querer saber la respuesta.

—Siento lo de tu trabajo —dijo en cambio.

—Bueno... —Se encogió de hombros, restándole importancia, aunque resultaba evidente que estaba dolida—, solo es trabajo, a fin de cuentas duele más en el orgullo que en cualquier otro lado. Me cabrea la ineptitud, eso sí. No puedo con la gente que hace mal su trabajo, y mi representante lleva una época que no da pie con bola. Cobra una pasta como para que cometa errores como estos.

—Tal vez esté pasando por una mala racha.

—Pues... —Se llevó un dedo a los labios—. ¿Una mala racha como la tuya? Mar soltó un bufido.

—No creo que nadie pueda encadenar tanta mierda, la verdad.

—No lo había pensado. ¿Crees que debo darle una segunda oportunidad?

De nuevo, Mar se preguntó si no sería cierto que había sido muy dura con ella. Ahí estaba otra vez, tan perfecta que se planteaba el estar equivocada.

—Supongo que puedes preguntarle antes de tomar una decisión.

—Tendré que comprarme antes un teléfono —murmuró Doña Perfecta, y miró el suyo con una sonrisa—. ¿Tú crees que se encenderá?

—Cosas más raras se han visto.

—Lo que pasa es que sigo un poco enfadada con ella. Voy a dejar que pase un rato y luego la llamaré. Si lo que me dice tiene lógica, supongo que puedo plantearle darle otra oportunidad. —Se levantó de la silla para recoger los pedazos de su teléfono—. A veces me dan ganas de mandarlo todo a la mierda y montar mi propio negocio, para no tener que depender de nadie más que de mí.

—Ser tu propia jefa es una gran ventaja. Todo lo demás son quebraderos de

cabeza.

Doña Perfecta se queda quieta, con la batería del teléfono a medio poner.

—Lo siento. Santi me contó lo que te había pasado con el despacho, lo había olvidado.

—No pasa nada.

—No soy de decir tacos ni hablar mal —aseguró Doña Perfecta, a lo que Mar no pudo más que pensar: «Faltaría más, hasta hablando tienes que ser perfecta»—, pero hay que ser muy hija de puta para hacerte lo que te hizo tu socia.

—Mira, en eso vamos a estar de acuerdo —aseguró Mar con una carcajada.

—¿Te apetece un té?

—No... yo, gracias... —Se puso en pie y señaló hacia la puerta del salón—. La verdad es que estaba a punto de irme cuando has llegado.

—¿Irte? ¿Adónde?

—A buscar un hotel.

—¿Un hotel? ¡Le dije a Santi que no era necesario! Si es por mí, no lo hagas.

Una vez más, Mar se mostró confundida. Doña Perfecta se acercó a ella, la agarró del codo con suavidad y tiró de ella en dirección a la cocina.

—A mí sí me apetece un té. —Llenó la tetera eléctrica y la encendió. Luego, abrió un armario, sacó una taza y colocó la bolsita de té dentro—. Oye, si estás realmente incómoda con la situación, hay un buen hotel a menos de quinientos metros. En mi opinión es un gasto innecesario y no merece la pena. Te puedo dar espacio, si quieres. No tenemos que hacernos mejores amigas, ni nada de eso.

—No, si... quiero decir, yo...

¿Qué era lo que quería decir? Estaba tan fascinada como perpleja, Doña Perfecta estaba ofreciéndole quedarse a pesar de que Santi le había dejado aquel dinero y la había invitado a irse. ¿Acaso era tan jodidamente perfecta que a ella no le incomodaba la situación? Por más vueltas que le daba no conseguía encontrarle ningún sentido.

—No quiero ser una molestia.

—No creo que puedas superar lo de esta mañana.

Mar tardó un par de segundos en darse cuenta de que acababa de lanzarle una pulla y que Doña Perfecta sonreía con esa malicia infantil de la niña que intenta engañar a su padre para que le compre otro helado. Sin querer, se le escapó la risa. Un momento después, Doña Perfecta se unió a ella al soltar otra carcajada.

—¡Lo siento! —exclamó cuando ambas dejaron de reírse—. Lo siento, es que me lo has puesto a huevo.

—Lo sé, lo sé. Santi me dijo que sería mejor que me fuera esta noche —explicó—. Mañana, cuando él vuelva, puedo regresar para hablar con los niños. Supongo que, a partir de ahí, valoraremos qué hacer.

—Bueno, Santi estaba bastante enfadado cuando le conté lo que había pasado —admitió Doña Perfecta—. Si llego a saber que se iba a poner así, no se lo hubiera contado.

—Se habría acabado enterando. Álvaro no ha nacido con el don de guardar bien los secretos.

—Ya. —Echó el agua caliente en la taza y se giró hacia ella—. ¿Seguro que no quieres uno?

—Ya que está hecho, a ver si me templó el estómago.

Doña Perfecta sacó otra taza mientras Mar cogía una bolsa de té. El agua humeaba cuando la sirvió.

—¿Azúcar?

—¿Tienes edulcorante?

Le entregó un bote de pastillas de sacarina. Doña Perfecta se echó media cucharada de azúcar en su taza y empezó a revolver. El tintineo del metal sobre el cristal resultaba casi hipnótico.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Mar se encogió de hombros, mientras le daba por pensar: «Quién me ha visto y quién me ve, aquí compartiendo un té y manteniendo una conversación

cordial con esta mujer». Doña Perfecta aún tardó un momento en decidirse.

—Si a mí me ha molestado lo que me ha pasado con mi representante, no quiero ni imaginar cómo me pondría si me hicieran una jugarreta como la que te hizo tu socia. Estoy segura de que perdería los papeles.

—Oh, puedes apostar a que puse el grito en el cielo.

—Ya decía yo.

—Y no le dije más porque me colgó antes de que pudiera empezar con los insultos de verdad. De haberla tenido delante igual le habría arrancado la cabeza.

—¿Y no puedes hacer nada? —Cogía la taza de té con las dos manos, aprovechando el calor, y daba suaves sorbos a la bebida—. Digo, tú eres la abogada, ¿no es delito?

—Tampoco es que tuviéramos nada firmado. Llevábamos el despacho entre las dos, como amigas y socias, y siempre nos habíamos movido en un ambiente de confianza.

De confianza ciega, pensó. Le vino a la mente aquel *reality show*. ¿Le había hablado de eso a Hugo? Creía recordar que así era.

—Joder.

Mar asintió para mostrarse de acuerdo con esa afirmación. Doña Perfecta frunció el ceño con gesto pensativo mientras seguía dando pequeños sorbos a su taza.

—No es justo —murmuró.

—Cuando una trabaja como abogada se da cuenta de que pocas cosas en la vida son justas.

—Pues se merece que hagas algo, aunque sea por tocarle las narices. O por sacarte la rabia de dentro y quedarte tú tan pancha, al menos.

—Arrancarle la cabeza —repitió Mar, y se echó a reír—. Lo malo es que me detendrían.

—O tirarle huevos a la fachada de su casa. Mis amigas se lo hicieron a un chico que le puso los cuernos a una de ellas.

—¿Tus amigas?

—Bueno, yo también estaba en el grupo —admitió Doña Perfecta.

Mar sonrió. Quién lo hubiera pensado, tan perfecta y cometiendo vandalismo.

—El huevo se quita fatal, deja unas manchas asquerosas —continuó Doña Perfecta—. No me siento orgullosa de haber hecho aquello, pero mi amiga, a la que le habían puesto los cuernos, estaba feliz después.

—Una buena venganza puede resultar catártica.

—Justo eso es lo que digo.

Y a ella le encantaría vengarse de Elena, desde luego. Tal vez no arrancarle la cabeza, puede que eso fuera un poco excesivo. Paladeó la idea un momento, la saboreó y se imaginó a sí misma. Elena había traicionado su confianza de una manera burda y cobarde. Cuanto más lo pensaba, además, la enervaba que no solo hubiera puesto en peligro su vida y su futuro, también el de sus hijos.

Había sido una puñalada traperera, no cabía duda.

—Tendrías que hacer algo —murmuró Doña Perfecta, casi como si hablara para sí misma.

—¿Y qué podría hacer?

—Devolverle el golpe.

—Llenarle de huevos el nuevo despacho suena un poco infantil. —Sonrió, porque, aunque era verdad, la idea le producía un cosquilleo de satisfacción.

—Recuperar los archivos que te robó —propuso Doña Perfecta.

—Tendría que hacerlo, sí. —Suspiró, como se hace cuando uno se imagina a sí mismo veraneando en las Islas Caimán a costa de un billete de lotería premiado—. Tendría que hacerlo.

Guardaron silencio, sumidas en sus propios pensamientos, con las tazas de té entre las manos, acompañadas únicamente por el zumbido de la nevera. Luego Doña Perfecta levantó la cabeza, y en sus ojos había un brillo de decisión que a Mar le resultaba ajeno y desconocido.

—Hagámoslo.

—¿Hacer el qué?

—Recuperar tus documentos. —Doña Perfecta dejó la taza sobre la mesa con un suave golpe—. Vamos a recuperar lo que es tuyo.

—Lo que es mío —murmuró Mar, una especie de mantra—. A recuperarlo.

—No lo pensemos más veces o dejaremos pasar la oportunidad. —Se puso en pie—. Vamos, hagámoslo.

—¿Las dos?

—Necesitarás ayuda, ¿no?

Mar asintió, aunque no estaba muy segura de para qué iba a necesitar ayuda. Se levantó también, más dubitativa.

—Será tu catarsis —aseguró Doña Perfecta, y le puso una mano sobre el hombro.

Mar parpadeó y miró aquellos dedos con manicura perfecta.

—Pero... tú...

—Estoy harta de seguir siempre el camino correcto —aseguró Doña Perfecta—. Salvo aquella vez, lo de los huevos, pero hace tanto tiempo que parece que fue en otra vida. —Sacudió la cabeza—. Y tú vas a necesitar ayuda. A veces los equipos más insospechados son los que mejor funcionan, ¿no crees?

Le mostró el puño, al estilo de los adolescentes de las películas. Mar se dijo: «¡Qué coño!, Elena se lo merece, ¿no?». Y chocó con suavidad el puño de Doña Perfecta. Esta lanzó un grito de emoción y le hizo un gesto para que la siguiera al tiempo que echaba a andar hacia el recibidor.

Y Mar, que seguía sintiendo que había una *rave* de elefantes y rinocerontes en el interior de su cabeza, se preguntó si podría utilizar una resaca brutal como eximente en un juicio. Y luego se dijo de nuevo: «¡Qué coño!», se giró y siguió a su archienemiga.

13. Venganza y catarsis

El nuevo despacho de Elena estaba en un edificio de fachada rococó en el barrio de Salamanca, en pleno centro de Madrid, y a dos patadas del Retiro. Una buena localización para intentar atraer a una clientela de clase media y alta, con buen poder adquisitivo. Había un letrero en una de las ventanas que anunciaba: «Elena Ramos, abogada especialista en Derecho Mercantil y de Familia». También había dibujado un logotipo, una E y una R que se entrecruzaban con una balanza.

—Si tuviéramos un aerosol —murmuró Doña Perfecta cuando lo vio—, podríamos tachar la parte final y dejar :«Especialista en estafar a sus socias».

A Mar imaginarlo le produjo cierto placer. Había una luz encendida en el despacho, por lo que Doña Perfecta propuso que hicieran tiempo en la cafetería de la esquina. Se sentaron junto al ventanal para tener buena visibilidad. Pidieron dos cafés y esperaron a que el camarero se alejara. Mar se inclinó hacia delante.

—¿Cuál es el plan?

Doña Perfecta se encogió de hombros.

—Entrar ahí y recuperar lo que es tuyo, ¿no?

Bastante obvio. Mar asintió e hizo un gesto con los labios.

—Vale, pero ¿cómo vamos a hacerlo?

El camarero regresó con una bandeja y les dejó los dos cafés en la mesa. Luego miró hacia Doña Perfecta.

—Oye, perdona, ¿tú eres Irene? No recuerdo el apellido, la modelo.

Ella le hizo un gesto a Mar, del tipo: «¡Qué cruz, así todos los días!». Mar miró hacia el chico, que tenía toda la atención puesta en su compañera. Como

si ella no existiera.

—Sí, soy yo.

—No suelo hacer esto, ¿te importaría si nos hacemos una foto? Mis amigos van a flipar cuando se lo cuente.

—Estoy con una amiga —respondió Doña Perfecta.

Mar se echó hacia atrás en su silla, como si le hubiera alcanzado un dardo envenenado. Su amiga, pensó. No estaba muy segura de si eso debía hacerla sentir bien, pero, en cierto modo, le escocía como agua oxigenada sobre una herida abierta. No por primera vez, y seguramente tampoco sería la última, se preguntó qué demonios estaba haciendo allí.

—¿Te importa esperar a que nos vayamos? Me haré una foto contigo encantada, pero si me levanto ahora, el resto de la gente empezará a preguntarse quién soy y por qué me he hecho una foto contigo, entonces alguno se dará cuenta y también querrá una foto, y al final me tendré que ir de aquí a otro bar para poder tomarme algo tranquilamente y charlar con ella.

El joven asintió, sin perder aquel gesto embelesado, que le daba un aire de ser un poco idiota.

—Lo entiendo. Muchas gracias, entonces después.

—Después —aseguró Doña Perfecta. Esperó a que el joven volviera a retirarse—. A veces me gustaría ser un poco más anónima.

—Me parece a mí que más de una y de dos entregarían su alma al diablo por ser como tú.

—No me malinterpretes, la mayor parte del tiempo está bien. En otras ocasiones, bueno, puede ser un poco agotador. Hay gente que es muy pesada, no como este chico que ha sido muy simpático. Y los hay muy babosos también. Si yo te contara...

—Siempre hay gente que no entiende de límites.

—Una vez salí de un rodaje y se había juntado en la puerta del sitio donde estábamos grabando un pequeño grupo de gente. Me puse a firmarles autógrafos y a hacerme fotos con ellos y, de repente, mientras estoy posando

con un tipo noto que me pone la mano en el culo.

—¿En serio?

—Como si fuéramos pareja, yo que sé.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué voy a hacer? Le crucé la cara.

Mar soltó una carcajada.

—Bien hecho.

—Pues todavía me llamó: «Puta» y «Maldita desagradecida chuparrabos». Tuve que meterme en el coche mientras uno de los productores de la publi intentaba calmarle. Y tengo otras historias mucho más *heavys*.

—¿En serio? —Mar no se imagina qué puede superar eso.

Doña Perfecta sacó su teléfono del bolsillo. Había podido encenderlo, aunque la pantalla mostraba tres grietas con forma de telaraña que dificultaban la lectura. Con la agilidad que da la práctica, pulsó el botón de la aplicación que lleva a la mensajería instantánea de Facebook y deslizó el dedo en busca de mensajes más antiguos. A Mar le pareció visualizar el nombre de Santi entre los primeros.

—Aquí, mira este. —Se gira en la silla para que Mar pueda ver la pantalla del teléfono.

Hola wapísima. Me encantas desde la primera vez que te vi. Sobre todo me gustan tus reportajes de bikinis y ropa interior. Kería pedirte si puedes hacerme llegar una foto dedicada. Me encantaría.

—¡Flipa! Pero espera, que no es el peor.

Deslizó el dedo sobre la pantalla hasta encontrar otro nombre.

Hola, Irene. Soy Roberto, no sé si me pones cara, estuve en la planificación de la campaña del otro día.

Hola Roberto, ahora mismo no caigo. ¿Necesitas algo?

Creo que el otro día conectamos, ¿no piensas?

No sé a qué te refieres.

—Me pilló con el pie cambiado —se excusó Doña Perfecta.

Cuando nos mirábamos saltaban chispas. Estoy seguro de que no fui el único que lo notó.

Yo creo que sí.

Estás equivocado.

No lo creo. Mira, si quieres podemos quedar y pasar un buen rato.

No me interesa, gracias.

Piénsatelo, pocas oportunidades como esta vas a tener. Te prometo que lo vas a pasar bien.

Mar soltó un gritito al ver lo que venía a continuación. Se llevó una mano a los labios.

—¿Eso es su polla?

La imagen no dejaba lugar a dudas, en realidad. Era un plano tomado desde las rodillas. Se veía una tripa de abdominales marcados y una mano que sujetaba el miembro erecto.

—No sé si es la suya o si esta gente las saca de un directorio de fotos de penes —murmuró Doña Perfecta como si aquello le resultara exasperante,

cosa que Mar no dudaba—. No es la primera que me mandan.

—¿No? —A Mar nunca le habían mandado nada parecido.

—Podría hacer un libro con una colección de fotos como esta —aseguró.

—Cielos...

Eso es bastante desagradable.

¿Cuándo quieres que quedemos?

Nunca. Voy a bloquearte, no me interesan este tipo de conversaciones.

¿De qué colegio de monjas has salido? Seguro que no te has follado un buen pollón en la vida. Si lo hubieras hecho no serías una mogigata de mierda.

Se escribe mojigata.

Que te den por culo.

Vale, pero no serás tú. *Ciao*.

Mar se echó a reír al ver el final de la conversación. Doña Perfecta se encogió de hombros.

—Todos parecen cortados por el mismo patrón. Algunos entran despacio, intentando ser amables, otros a saco, pero, en cuanto se descubren, lo único que quieren es que te los folles; y cuando les dices que no, todos adoptan la misma actitud de cretinos. Tienen un grave problema para aceptar el rechazo. No me extraña, con esas técnicas de seducción, todas deben caer rendidas a sus pies.

—Madre mía, lo que hay que ver.

—Podría enseñarte conversaciones como esta hasta que te aburras. A la mayoría no les doy bola, porque Santi dice que cualquiera de esos podría ser un perturbado que luego vaya a por mí. A veces pienso que se preocupa demasiado.

La mención a Santi hizo que el rostro de Mar se ensombreciera. La risa que aún se dibujaba en sus labios se agrietó.

—Otras veces no puedo evitarlo. —Doña Perfecta siguió deslizando el dedo hasta encontrar lo que estaba buscando. La conversación era con un tal Teo Belinchón, y la fotografía mostraba a un hombre con gafas de sol montado en una moto deportiva—. Esta es la mejor que tengo.

Hola, guapaaa.

Hola, ¿te conozco?

Todavía no, pero eso tiene arreglo.

Lo siento, creo que te has equivocado.

Te invito a tomarte algo. Mejor en mi casa, para que estemos más íntimos. Hablamos, nos conocemos, podemos pasar un buen rato juntos, verás. Eso sí, suelo andar desnudo en casa. Supongo que no será un problema. Mira:

A continuación, otra foto pene. Muy similar a la anterior, algo más oscura y menos depilada.

Cómo desaprovechar una ocasión así.

Exacto, esa es la actitud. ¿Te gusta lo que ves?

El día que se pueda leer el sarcasmo a muchos de vosotros os da algo.

No entiendo. ¿Te gusta lo que ves? ¿Quieres otra?

No, por favor, ya me has dejado bastante preocupada con una foto.

¿Preocupada pq? XDD No es para que te preocupes, es para gozarlo. Y más que te voy a hacer gozar, verás.

Buf, yo estaría superagobiada si fuera tú. Iría corriendo al médico.

¿Al médico para q?

Mi hermano también tuvo ese hongo. Se lo pillaron a tiempo y se lo trataron bien, pero le dijeron que un poco más y podría haberse quedado impotente.

¿Qué hongo? ¿Q dices?

Esa parte que tiene color moradito en la punta.

Eso es normal, tía, q dices.

¿No te escuece cuando vas al baño?

Q dices.

A ver, en principio no es grave si te lo pillan a tiempo, pero yo

iría al médico y me aseguraría. Te lo deben haber pegado, son cosas que pasan.

Nadie me ha pegado nada.

Bueno, tú mismo. Con ese color y si te escuece cuando vas al baño, lo mejor sería asegurarse, no pierdes nada.

Tú estás de broma.

Oye, tú mismo, no es a mí a quien le van a amputar nada.

¿Amputar? Q dices, no digas eso.

¿Tienes pomada antibiótica en casa?

Sí.

Échate un buen pegote y extiéndetela bien. Luego lávate las manos.

Ya está, ya lo he hecho.

Menos mal, no me gustaría ver algo así echado a perder. ¿La has extendido bien?

Me la he extendido bien.

Bueno, te creo. ¿Tienes papel transparente, del que se usa para envolver la comida?

Sí, pa q?

Tienes que envolverte bien y luego aplicar calor. Ponerte delante de un calentador si tienes uno. El calor hace que el hongo se muera.

¿Estás segura?

Es lo que le dijo el médico a mi hermano. Mándame una foto para ver si la has envuelto bien, es importante.

Aquí está.

La foto era... Mar soltó una carcajada. En los labios de Doña Perfecta se dibujaba una sonrisilla malvada.

Muy bien envuelta. En Twitter se van a reír mucho.

Q dices? Cómo que se van a reír.

Mírate, hombre, la tienes envuelta en plástico con una crema, es bastante ridículo.

¿Me estabas vacilando? ¿No tengo ningún hongo?

Ahí no. En el cerebro alguna tara sí debes tener para andar mandando fotos así a mujeres que no conoces de nada.

Q dices, hija de puta. Estás mal follada, eso es lo que te pasa.

Será eso. ¿Quieres saludar a Twitter o prefieres que salude yo

por ti?

Vete a la mierda, zorra.

Venga, ya saludo yo. Ha sido un placer.

Para cuando llegaron al final de la conversación a Mar le caían lágrimas de risa. Doña Perfecta apagó el teléfono y lo dejó encima de la mesa.

—Para ser sincera, esto lo saqué de una página de bromas y me dije: «Esto tengo que aplicarlo yo».

—Con esa segunda foto le podrías hundir la vida, desde luego. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Cada mes me llegan tres o cuatro de estos. —Eché un vistazo, hacia la ventana iluminada del nuevo despacho de Elena Ramos, especialista en familiar y mercantil, zorra estafadora, mala socia y peor amiga—. Vamos a tener que forzar la cerradura.

—¿Cómo? —Mar sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante. De verdad pensaba que había escuchado mal.

—Digo que vamos a tener que forzar la cerradura.

—¿Cómo que vamos a tener que forzar la cerradura?

—¿Cómo vamos a entrar si no? Imagino que cuando te vació el despacho y se largó no te dejó unas llaves de su nuevo local por ahí, ¿no?

—No. ¿Cómo vamos a forzar una cerradura? Eso es un delito.

—Solo si nos pillan. La idea es que no lo hagan.

La mandíbula de Mar se descolgó por la sorpresa. A Doña Perfecta le pegaban las fiestas de pijamas, las fiestas de alta alcurnia, los eventos glamurosos, los brindis con *champagne*. ¿De verdad estaban hablando de entrar a la fuerza en el despacho de Elena?

—¿Sabes forzar cerraduras? —Lo preguntó despacio, como si estuviera caminando por una barra de equilibrio resbaladiza.

—No, ¿cómo iba a saber hacer eso?

Mar dejó escapar un suspiro. Doña Perfecta apoyó el dedo índice, con aquella pintura de uñas tan perfectamente aplicada, sobre la pantalla agrietada de su teléfono.

—Pero Youtube sí que sabe. Youtube lo sabe todo.

Mar no supo qué replicar ante eso, y Doña Perfecta se lo tomó como una muestra de aceptación. En unos pocos segundos había encontrado un videotutorial bajo el nombre: «Cómo forzar una cerradura (sencillo)». El vídeo tardó poco en cargar y ella bajó el volumen para que solo pudieran escucharlo ellas.

—Hola, amigas —saludó un hombre con acento latinoamericano al que no se le veía el rostro—. Hoy les voy a explicar cómo podemos forzar una cerradura sin mucha complicación. Si les gusta el video denle «like» y miren en mi perfil otros videos que tengo y les pueden resultar útiles, y gracias por su atención.

Dicho eso, el hombre empezó a explicar cómo tenían que proceder si querían abrir una puerta de forma ilegal. Tanto Mar como Doña Perfecta estaban inclinadas sobre la pantalla, observando y escuchando con atención. Cuando el vídeo terminó, las dos se miraron como esperando que fuera la otra la que dijera algo.

—No parece complicado —murmuró Mar, que no estaba muy segura de si aquello no se les estaba yendo de madre. No es que su trayectoria de las últimas semanas estuviera llena de buenas decisiones y mejores resultados.

—Lo ha pintado muy sencillo.

—Cuando tenga casa, pienso instalar una cerradura interior.

Doña Perfecta soltó una carcajada ante eso. De repente, cerró los labios y señaló con la cabeza hacia el exterior. Mar se giró en la silla, la ventana del despacho ahora estaba a oscuras. Las dos aguantaron la respiración, expectantes. Un momento después, Elena salió a la calle por el portal, giró a la izquierda y se alejó.

—Esa era ella.

Le sorprendía haber aguantado las ganas de salir detrás de ella para agarrarla

del pelo y arrancárselo a tirones. Estaba demasiado acongojada con la posibilidad de allanar su despacho, tal vez.

Todavía estaba a tiempo de decir que aquello era una locura, por supuesto.

Y de parecer una cobarde ante Doña Perfecta, claro.

Eso no podía permitirlo.

—¿Vamos? —Tragó saliva.

—Vamos.

Se levantaron y se acercaron a la barra a pagar sus cafés. Doña Perfecta cumplió con su parte del trato y se hizo una fotografía con el joven que les había atendido. Este se deshizo en agradecimientos y peloteos. Luego salieron a la calle, a cada paso que daban Mar se sentía más pesada. Casi se le había olvidado el dolor de cabeza.

—Ven, ahí hay un chino.

Se dejó arrastrar hasta la tienda. El hombre de detrás del mostrador no les prestó la menor atención. Avanzaron por un par de pasillos, mirando en todas direcciones el variado repertorio de existencias. Mar ni siquiera sabía qué estaban buscando. Doña Perfecta se detuvo y escogió una mochila con el *emoji* de las gafas de sol en el frontal. Era la menos llamativa.

—Toma.

—¿Para qué queremos esto?

—No podemos llevarnos los documentos en las manos, ¿no? A ver...

Escogió para ella otra mochila en la que se veía uno de esos bichos que tanto le gustaban a Álvaro. O al menos, Mar estaba bastante segura de que era uno de ellos. Un Pokémon. Después, avanzó hasta el siguiente pasillo y cogió un pasamontañas de una estantería.

—Un poco excesivo, ¿no crees?

—Un poco —susurró Mar, que pensó que con eso bien podrían entrar a atracar la mismísima Casa de Moneda y Timbre.

—Además, me dejaría el pelo hecho un asco.

A eso, Mar no supo qué contestar. Su pelo ya estaba hecho un asco. Doña

Perfecta echó un vistazo entre las diferentes baldas y, al final, escogió dos bufandas y dos gorros.

—¿Tienes gafas de sol?

—Aquí no.

—Hay en el mostrador, vamos.

Cogió unas con efecto espejo y estilo aviador. El oriental del mostrador lo pasó todo por el escáner y Doña Perfecta pagó sin rechistar y en efectivo. De regreso a la calle, se colocó el gorro, las gafas y la bufanda y aun así seguía pareciendo una mujer con un estilo perfecto. Mar tardó un momento en arrancar, y cuando lo hizo fue más por inercia que por otra cosa. Se miró en el reflejo del escaparate. Al lado de Doña Perfecta ella era una especie de caricatura.

—Bueno, pues allá vamos.

Mar tuvo tiempo de pensar de nuevo en detener aquella locura antes de que sus piernas empezaran a moverse por su cuenta y siguieran a Doña Perfecta mientras cruzaba la calle y se acercaba al portal. La puerta estaba abierta y la luz del pequeño cuartito del portero encendida, aunque no había ni rastro de nadie.

Gracias a Dios, pensó ella.

Subieron por las escaleras hasta el primer piso. La puerta de la izquierda tenía un pequeño letrero con el logotipo de la E y la R y la maldita balanza. Se acercaron despacio y se quedaron las dos de pie, mirando la cerradura.

—¿Lo haces tú? —preguntó Mar, que se había quedado en blanco.

—Lo puedo intentar.

—Ahora mismo yo solo me acuerdo de la parte de darle «like».

Doña Perfecta dejó escapar una risita y se tapó la boca con la mano para no hacer ruido. Se agachó delante de la cerradura.

—Cúbreme.

Sintiéndose como un terrorista a punto de colocar una bomba, Mar se puso entre las dos puertas, de manera que cualquiera que usara la mirilla desde la

puerta de la derecha no podría ver qué estaban haciendo. Al mismo tiempo, estaba atenta a cada sonido, le daba la impresión de que tenía los sentidos hipersensibilizados. Volvió a tragar saliva y se preguntó, una vez más, qué demonios estaba haciendo allí, con una bufanda, un gorro y unas gafas para evitar ser identificada, y una mochila de Emoji a la espalda.

—Mierda —susurró Doña Perfecta.

—Date prisa —murmulló Mar, cada vez más nerviosa.

—No es tan fácil como parecía en el vídeo. ¿Cómo había que meter la tarjeta?

—Como inclinada, creo.

—Pues no consigo que se mueva. ¿Quieres intentarlo tú?

Estuvo a punto de contestar que no, que por nada del mundo quería intentarlo ella. Sin embargo, asintió e intercambió posiciones con Doña Perfecta. Tomó en sus manos la tarjeta de visita que estaba usando y se agachó. Observó la cerradura con el gesto de quien se enfrenta a su peor enemigo.

Aunque su peor enemiga estaba a su espalda, ayudándola a allanar el despacho de su antigua socia y amiga.

«Esto es surrealista», pensó.

Movió la tarjeta arriba y abajo sin conseguir más que frustrarse. Ni siquiera estaba segura de estar haciéndolo bien o de si eso tenía algún sentido. Al final se incorporó y le devolvió la tarjeta.

—Esto es ridículo.

—Lo mismo era un *fake*.

—Pues sí, no creo que abramos esa puerta con una tarjeta.

—Necesitamos la llave —declaró entonces Doña Perfecta.

—Pues, como ya sabes, a Elena se le olvidó dejarme una copia cuando me dejó tirada.

—En este tipo de edificios el portero suele guardar una copia. —Se quitó la bufanda y el gorro y se sacudió el pelo. A pesar de haberlo tenido escondido, recuperó su forma en apenas un vaivén, de manera que los suaves bucles le

cayeron perfectos y brillantes por la espalda—. Yo me encargo de distraerle y tú las coges.

—¿Cómo? No creo que sea una buena idea. —Mar la sujetó del brazo para evitar que se lanzara escaleras abajo—. Te va a ver la cara y eres bastante conocida, ¿te acuerdas?

—Al entrar me he fijado que también hay una agencia de viajes en la tercera planta. Lo tengo controlado.

—Elena sabe quién eres —insistió Mar—. No le resultaría difícil relacionarnos.

—¿Y te asusta?

O lo que es lo mismo: ¿Eres una cobarde y te vas a rajar?

Mar se mordió el labio y aguantó la mirada de Doña Perfecta, sintiendo que le latía el corazón a mil por hora. Finalmente, negó con la cabeza, aunque no lo hizo con decisión, ni mucho menos.

—Así me gusta.

También se deshizo de las gafas de sol y de la mochila de Pokémon. Bajó las escaleras y Mar se quedó un poco más arriba, desde donde podía escuchar y asomarse, pero no ser vista. El conserje había regresado a su puesto. Doña Perfecta se acercó a la puerta del pequeño cuarto y se apoyó en el marco con gesto coqueto.

—Hola. Perdona...

El hombre levantó la vista del periódico deportivo que tenía entre las manos. Debía de rondar los cincuenta, tenía el pelo negro veteado de canas, la piel de un color cetrino que le hacía parecer enfermo, la sombra de una barba naciente y los ojos de un cervatillo asustado. Al verla se le iluminó el rostro.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarla?

—¡Eso espero! —exclamó ella, con una risita que le daba un aire de no ser la herramienta más afilada del cobertizo. Luego dio un paso hacia atrás y se apartó del cuartito. Con aquel gesto, el portero se vio obligado a levantarse para seguirla, y Doña Perfecta se movió hasta la pared en la que se

encontraban los buzones, sin dejar de jugar con un mechón de su pelo y de emitir aquel sonido tontorrón.

—Yo venía aquí —dijo cuando llegó hasta los buzones. Extendió su dedo para tocar uno de ellos.

—¿La agencia de viajes? —El hombre miró el reloj y silbó—. A estas horas ya está cerrada.

—¡Ay, no me digas! ¡Qué faena!

La voz de la cordura le preguntó a Mar una vez más qué demonios estaba haciendo. Luego le dijo que detuviera aquella locura antes de que fuera tarde. Estaba a punto de cometer un delito. Qué coño, estaba a punto de cometer varios. Como poco, allanamiento de morada, robo... Solo por esos dos podían caerle entre uno y medio y seis años.

«Con la suerte que tengo», pensó, «son capaces de ponerme en la misma celda que a ella. Las dos juntas encerradas en un rectángulo con barrotes. Yo me vería patética y ella divina, seguro que sería la *top model* de la prisión. Como las guapas de *Vis a vis* ».

Estuvo a punto de echarse a reír ante la simple visión de Doña Perfecta y ella compartiendo celda. De alguna manera consiguió mantener la compostura, tal vez fuera el miedo, y sin que pudiera explicárselo a sí misma de una manera cuerda, empezó a descender los escalones de puntillas para no hacer ruido.

—Yo siempre les digo que tienen muy poco horario, pero claro, ¿quién soy yo para opinar sobre eso?

—¡Pues un hombre muy inteligente! —aseguró Doña Perfecta con una nueva risita tonta, al tiempo que apoyaba su mano con suavidad en el antebrazo de aquel hombre, que no se había imaginado jamás que una mujer como aquella pudiera llegar a tocarle, ni en sus mejores y más tórridos sueños. Irene tenía un magnetismo natural para captar la atención del portero y alejarla del cuartito de las llaves, hacia el que avanzaba Mar—. ¿No le hacen caso cuando dice las cosas?

—No, claro, ellos llevan su negocio como quieren, yo soy solo el portero.

—¿Y quién sabe más sobre las cosas que alguien que se pasa el día viendo quién entra y cuándo lo hace?

—Eso es verdad. —El hombre se rio también, extremadamente halagado y embelesado, toda la atención volcada en su belleza vibrante.

Mar alcanzó la puerta del cuartito del portero y se metió dentro. Notaba el pulso acelerado y la respiración agitada. No recordaba haber estado tan nerviosa en la vida. Descubrió que bajo el pequeño mostrador había un panel de madera con numerosos ganchos y que de cada uno de ellos colgaba una llave con una etiqueta de papel.

Bingo.

—A mí a veces tampoco me hacen caso —estaba diciendo Doña Perfecta—. Se piensan que soy una rubia tonta y nada más.

—A mí no me parece nada tonta.

—¡Uy! ¡Gracias! ¡Es usted muy amable!

—Me puede llamar Ismael.

—¡Ismael! ¡Qué nombre tan bonito! De pequeña siempre le decía a mi madre que si tenía un hermano quería que se llamara Ismael.

Mar se agachó delante del panel y observó las etiquetas hasta encontrar la que buscaba. Sujetó la llave con cuidado para que no tintineara ni hiciera ningún ruido, y se levantó. Se asomó con cuidado y su mirada se cruzó fugazmente con la de Doña Perfecta, que mantenía hipnotizado al pobre hombre. Mientras ellos dos seguían hablando de nimiedades, y seguramente el pobre Ismael seguía pensando que tal vez la Fortuna le había sonreído, Mar se escabulló por las escaleras y regresó al primer piso.

Antes de meter la llave en la cerradura —denle «like», amigos, y pasen por mi perfil para ver un montón de videos en los que también les enseñaré a perder el tiempo, o acaso pensaban que iban a aprender en Youtube a forzar cerraduras y convertirse en un ladrón de guante blanco—, la vocecilla insistió una vez más en su cabeza. Sin embargo, lo hizo sin apenas fuerza. La idea de vengarse de Elena, ahora ya tan plausible, cada vez sonaba mejor.

«No dejes huellas», se dijo.

Abrió la puerta y se coló en el nuevo despacho de Elena.

Lo primero que le llamó la atención fueron los colores vivos de las paredes, eran realmente llamativos. En la entrada había un mueble moderno y curvado que le daba a la estancia un aire alegre que a Mar le revolvió el estómago.

Entró rápidamente en el despacho, que tenía la puerta abierta. Todo estaba ordenado y limpio, la mesa despejada de papeles, con un ordenador de sobremesa y poco más. En la pared había una estantería llena de archivadores y carpetas. Apenas había elementos decorativos, más allá de un cuadro en la pared que representaba un bodegón de frutas. El suelo estaba cubierto por una alfombra suave de color gris.

Dejó la mochila sobre la mesa, abierta, y se acercó a la estantería. La letra curvada de Elena etiquetaba el contenido de cada carpeta y archivador. Allí había informes, facturas, casos cerrados, diversa documentación, sentencias de apoyo... Sin perder más tiempo, cogió la primera carpeta de la sección de casos abiertos, y la metió en la mochila. Hizo lo mismo con la segunda, la tercera, la cuarta y otras siete más hasta que fue evidente que no cabía ni un papel más si quería poder cerrar la cremallera. También llenó la mochila de Pokémon.

Luego miró con aire satisfecho la estantería ahora medio vacía.

Ciertamente, resultaba catártico saber que se la estaba jugando a Elena, de la misma manera en que se la había jugado a ella.

En ese momento, sus ojos fueron a parar al pequeño neceser que había en un rincón del cuarto estante. Azul marino, del tamaño de un estuche escolar. Llevaba mucho tiempo compartiendo despacho con Elena como para saber qué había en su interior.

Una sonrisa maligna apareció en sus labios y se esparció hacia el interior de su cuerpo.

Sería el equivalente a lanzar huevos a la fachada, una venganza infantil.

Y desde el momento en que la idea apareció en su mente, Mar supo que no

podría irse de allí sin hacerlo o se arrepentiría el resto de su vida.

Abrió el neceser y sacó un cepillo de dientes del interior. Sin poder dejar de sonreír con aquella mueca infantil y estúpida, salió del despacho y recorrió el pasillo en busca del baño. Se detuvo delante del retrete, se agachó y rascó con el cepillo por todo el interior, bajo el asiento y por entre las varillas de la escobilla.

De haber tenido algo en el estómago, tal vez lo hubiera echado solo por imaginar lo que sería lavarse los dientes con eso.

Volvió a meter el cepillo en el neceser y se aseguró de dejarlo en la misma posición en la que lo había encontrado. Luego cogió las dos mochilas, pesaban más de lo que esperaba, y avanzó hacia la puerta. Se detuvo antes de llegar, porque la asaltó un pensamiento preocupante.

Doña Perfecta riéndose en la otra punta de la calle, tal vez frente al ventanal de la cafetería donde se habían tomado un café y visto aquel videotutorial inútil.

El portero y tres agentes de policía esperando al otro lado, en el pasillo.

Se la habían jugado de nuevo y ella había caído como la estúpida que era. Sería su palabra contra la de Doña Perfecta y, ¿a quién iban a creer? ¿A la loca de aspecto desaliñado y ridículo que habían cazado con las manos en la masa, o a la preciosidad con aspecto de muñeca y rostro de no haber roto jamás un plato?

—Cómo he podido ser tan idiota.

Abrió la puerta con los músculos encogidos y esperando escuchar un grito ordenándole que soltara las mochilas y se tumbara en el suelo con las manos detrás de la cabeza. Solo que allí fuera no había nadie y en la planta baja se escuchaba el murmullo de la conversación que Doña Perfecta y el pobre Ismael seguían teniendo.

—¿Cómo es posible? ¿De verdad?

—¡Te lo juro! —exclamó Doña Perfecta—. ¡La última vez tuve que pasar en maquillaje casi cinco horas para una sesión que luego duró cuarenta y cinco

minutos como mucho!

—¡No me lo puedo creer!

—Y luego que si ponte ahí, mira a la cámara, sedúcela con los ojos! ¡Que parece que ellos son los únicos que saben y yo soy un títere sin cerebro!

—Eso es que no saben ver lo que tienen delante.

—¡Eso es! ¡Es tan frustrante!

Doña Perfecta le rozaba el antebrazo cada pocas palabras, asegurándose así de tener toda su atención. Mar se deslizó de nuevo hasta el cuartito y dejó la llave en su sitio. Volver a levantarse, con las dos mochilas a la espalda, no fue tarea sencilla. Salió del cuartito con cuidado y cruzó el recibidor a toda prisa. El portero empezó a girarse para mirarla, pero Doña Perfecta le puso una mano en la mejilla y aquello hizo que el hombre perdiera el interés en Mar.

—¿Y tú nunca has hecho de modelo?

—¿Yo? —El hombre se echó a reír como si aquello le pareciera ridículo.

—¡Me extraña tanto!

—¿Cómo voy a ser yo modelo, mujer? Al lado de alguien como tú sería como la Bella y la Bestia.

—¡Ay, qué exagerado eres! —Doña Perfecta volvió a emitir aquel cloqueo tontorrón, esperó a que la puerta que daba a la calle se cerrara tras salir Mar, y entonces se irguió y adoptó una postura más firme—. Bueno, me tengo que marchar, ha sido un placer.

—¿Ya?

—Volveré, aún tengo que hablar con los de la agencia. Nos veremos.

Empezó a marcharse incluso antes de acabar la frase. El gesto del hombre era de absoluta desesperación, el de quien ha catado un tesoro y ahora ve cómo se le escurre entre los dedos. Doña Perfecta cruzó la puerta como una exhalación y el recibidor se quedó en silencio, solo roto por la respiración triste y desolada del portero.

14. Fuego

Las dos mujeres corrían como dos adolescentes que acaban de hacer una trastada. Salvando las distancias, podría decirse que justo eso es lo que eran. Se reían a mandíbula abierta hasta el punto en que tuvieron que detenerse porque eran incapaces de seguir corriendo.

—¡Modelo! —exclamó Mar, dándose una palmada en la pierna. Sacudía la cabeza de un lado a otro.

—¡Has tardado un montón, ya no sabía qué decirle! —Se dejó caer en un banco. Jadeaba por la carrera y las carcajadas. Abrazaba la mochila de Pokémon como si en ella guardase los secretos más valiosos del pentágono.

Tardaron un par de minutos en recobrar la compostura. Mar se secó las lágrimas con la mano y dejó que su mirada vagase por los coches aparcados frente a ellas.

—La muy hija de perra ha decorado el despacho bastante bien.

—¿Sí? —Doña Perfecta la miró con verdadera curiosidad.

—El que compartíamos estaba viejo. La verdad es que no habíamos hecho nada de obra desde que entramos, los muebles habían visto tiempos mejores y la pintura... bueno, ya sabes cómo son estas cosas, las casas hay que mimarlas o envejecen enseguida. No ganábamos tanto como para poder permitirnos echar una mano de pintura y remodelar, así que lo teníamos un poco abandonado. —Le dio un par de toques a la mochila, justo encima de las gafas de sol del Emoji—. ¿Qué vamos a hacer con esto?

Doña Perfecta se rascó la mejilla con suavidad.

—Tengo una idea perfecta.

Cómo no, pensó Mar, pero la siguió cuando se levantó y se alejó del banco

caminando bastante deprisa. Caminaron sin hablar durante un buen rato, Doña Perfecta giraba en las esquinas sin apenas dudar. Se detuvo al llegar a unos soportales que daban a un pequeño parterre en el que se veían varios excrementos de perro, papeles sucios y arrugados y, algo más allá, un columpio ajado y un tobogán al que le convendría una buena mano de pintura, como al viejo despacho de Mar.

—No tengo la menor idea de dónde estamos —murmuró.

—Pasé mi adolescencia en este barrio. Más allá está el metro Sainz de Baranda.

—¿Sí? Madre mía, qué desubicada ando.

—Aquí veníamos a darnos el lote cuando éramos adolescentes.

Mar miró a Doña Perfecta con un gesto de incredulidad. No era el tipo de cosa que uno esperaba escuchar de alguien como ella.

—He visto sitios mejores.

—Yo también, pero en aquella época, era lo que había. He comprado esto en el chino. —Rebuscó en su bolsillo hasta dar con el objeto que levantó para que Mar lo viera. Un mechero en el que se podía leer *I love Madrid* —. ¿Cómo te ha sentado tu venganza?

—Francamente bien —admitió Mar—. Me siento como si tuviera quince años.

—¿Ha sido liberador?

—Bastante.

—¿Y hay algo más liberador que el fuego?

Mar no respondió, y Doña Perfecta no necesitó que lo hiciera para agacharse y abrir su mochila. Empezó a sacar papeles y a formar un montón con ellos junto a la pared. Mar miró en todas direcciones para asegurarse de que estaban solas.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—¿Tú no?

No había reproche en aquella pregunta, pero Mar sintió que era la misma que

antes. ¿Eres una cobarde? Y la respuesta no podía ser afirmativa, sobre todo, no después de haber llegado hasta ahí. Ya era tarde para retroceder, y mucho más frente a Doña Perfecta. Se agachó a su lado y la ayudó a colocar papeles en el montón.

—No te pega ser abogada.

—¿No? Bueno, a ver, tú me estás viendo hecha unos zorros, y ayer estaba vomitando por todo el suelo de tu casa, pero cuando voy a juicio me visto un poco mejor y, aunque parezca increíble, me maquillo un poco.

—No es por eso. —Señaló con el mentón a un hombre que caminaba por la acera de enfrente colgado de su teléfono móvil, el traje impecable y corbata bien anudada, con el pelo peinado hacia atrás y fumando con cierta ansiedad. Si se dio cuenta de que ellas estaban en aquel soportal, lo disimuló bastante bien—. Ese hombre me parece un abogado.

—Una caricatura de abogado. No digo que no tenga sus momentos de estrés y que haya tipos como ese, pero el resto son personas normales y corrientes.

—No me refiero a eso.

—A mí ese hombre me parece más bien un corredor de bolsa, un tiburón de las finanzas, un lobo de Wall Street antes de meterse dos o tres rayas de coca. —Le siguió con la mirada hasta que se perdió al girar una esquina—. Quién sabe, lo mismo incluso después de hacerlo.

—Lo que quiero decir es que no te pega. No me preguntes por qué, ya sé que ser abogado no implica automáticamente que seas una persona gris y aburrida, es solo que... no lo sé, no me pareces una abogada.

—La verdad es que nunca quise ser abogada —le confesó Mar.

—¿Y por qué te convertiste en abogada si no querías serlo?

—La presión de mi padre era bastante fuerte. —Mar no terminaba de creerse que estaba sincerándose con Doña Perfecta. A veces la vida te da sorpresas—. Durante la carrera le cogí gusto. Todo el tema de las leyes es interesante y, bueno, tienes el ideal de trabajar para la justicia y de hacer del mundo un lugar mejor. El problema es que cuando empiezas a ejercer te das cuenta de que

nada es tan bonito como lo pintan las películas. La primera decepción llega cuando te das cuenta de que las salas de juicios se parecen más bien poco a las que salen en el cine. Luego entiendes que nunca ganarás un caso gritándole a un acusado: «¿Ordenó usted el código rojo?». Y bueno, el resto es historia.

—Es que la vida es muy bonita cuando nos la pintan de niños. Lo que yo hago, por ejemplo, también tiene su reverso triste, amargo y lleno de trepas que lo único que buscan es hundirte para utilizarte como peldaño en su ascenso a la cima. Desde fuera parece un trabajo bonito y lleno de glamur. Los babosos que mandan fotos de sus penes son lo menos malo de lo malo.

—Desde fuera nos pensamos que los famosos vivís en una realidad alternativa llena de fiestas *chic* y entretenimientos a los que los simples mortales no podemos ni aspirar.

—¿Y qué serías si pudieras escoger y dejar atrás el Derecho?

Mar se quedó en blanco. Arrugó la frente mientras lo pensaba. Un perro ladraba en algún sitio no muy lejano. Se quedó embobada observando la montaña de papeles mientras intentaba encontrar una respuesta para aquel dilema existencial que Doña Perfecta acababa de proponerle. Luego Irene hizo girar la rueda del mechero con el pulgar y le arrancó una llama.

—No tengo la menor idea.

—Todo el mundo sabe qué le gustaría ser si pudiera cambiar de vida — aseguró Doña Perfecta—. Todo el mundo.

Acercó la llama a los papeles y empezaron a ennegrecerse al instante. La llama prendió sin problemas y fue esparciéndose por el montón. Doña Perfecta sopló con suavidad para avivar aquella hoguera improvisada. Mar se fijó en la letra curva y aniñada de Elena en uno de aquellos papeles, anotaciones con preguntas para hacer a un contrario en un juicio. Ciertamente, le produjo un placer malsano ver que el papel se arrugaba y empezaba a convertirse en cenizas.

«Algunos de tus clientes se habían quejado y me habían pedido que llevara yo sus casos, Mar. No me lo estoy inventando».

Pues nada, maja, pensó sin apartar los ojos del fuego, así te atragantes con todos nuestros clientes y te salga una úlcera cuando intentes ponerte al día mañana.

El fuego sí que tenía algo de liberador. Se acababa de quitar un peso de encima, tenía la sensación de que podía echar a volar, de que todos los problemas que ayer le habían parecido un mundo, podían tener solución.

Observó a Doña Perfecta. Ella también observaba el fuego y este dibujaba arabescos de luz y sombras en su rostro perfecto. Sus ojos brillaban.

Ese problema no podía quemarlo.

—Tiene que ser algo que te guste y te llene —murmuró entonces. Sus labios se movieron con suavidad, casi como si las palabras se deslizaran entre ellos sin necesidad de forzar nada. Ladeó la cabeza hacia ella y se miraron a los ojos mientras el fuego seguía consumiendo informes, documentos y apuntes. Notaban el calor en la piel.

«También eres muy dura con ella, ¿sabes?».

Puede que lo fuera, a fin de cuentas, lo que habían hecho esa noche, lo que aún estaban haciendo, no habría ocurrido sin ella. Por otro lado, eso no la eximía de seguir siendo un obstáculo en su camino a la felicidad.

Se preguntó qué haría Doña Perfecta si le dijera de repente: «Oye, gracias por intentar arreglar mi vida laboral y mis fantasmas interiores, tengo unas ganas de muerte de que llegemos a la parte amorosa, para que me expliques cómo recupero a mi exmarido y te mando a tomar por culo».

Se le escapó una sonrisa al pensarlo. Doña Perfecta debió interpretarla como una señal de que había encontrado la respuesta.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Qué te gustaría ser si pudieras escoger no ser abogada?

—No lo sé, de verdad.

—¡Esfuérzate un poco! —Le dio una palmada en la espalda que pilló a Mar por sorpresa—. No me puedo creer que nunca hayas pensado en ello.

—Es la verdad. Hace poco leí en una revista que se estaba poniendo de moda irse a vivir al campo, y que la mayor parte de los que lo hacían eran gente con trabajos bien reconocidos socialmente que se hartaban de la vida en la ciudad y lo mandaban todo al carajo para iniciar una nueva vida entre olivos y sembrados. Cuando estaba leyendo el artículo sentí envidia por toda esa gente, por su valentía a la hora de decir: «Hasta aquí» y escapar de esto. —Señaló con el pulgar hacia los edificios y los coches—. Puede que tenga más de visión romántica que de verdadero sueño; creo que me aburriría en el campo, soy urbanita hasta la médula.

—Eso tampoco es que sea raro, a mí también me pasa.

—Siempre puedo dedicarme a la vida delictiva. —Hizo un gesto hacia el fuego y arrojó otro montón de papeles—. Parece que se me da bien.

—¿Crees que tu socia sabrá que lo has hecho tú?

—Supongo que sí. Otra cosa es que llegue a comprender cómo.

—La verdad es que ha sido divertido.

—Estábamos bastante ridículas con los gorros y las gafas de sol.

—Mejor eso que máscaras de payaso.

—Parece que hoy es mi día de batir récords —aseguró Mar—. Esta mañana he batido el del momento más patético de mi vida...

—No fue para tanto —murmuró Doña Perfecta en un tono ligeramente condescendiente.

—...y ahora he batido el del momento más temerario e inconsciente. Lo que hemos hecho es allanamiento. Y robo. Podría caernos la del pulpo si nos pillasen.

—No veo cómo podrían pillarnos. Somos unas artistas del delito. —Levantó el puño derecho al aire y lo movió en círculos, celebrando una victoria.

—Por el camino, también he batido el del disfraz más ridículo que me he puesto en mi vida. Tenemos una edad ya para ir por ahí corriendo con mochilas de Pokémon y de *emojis*.

—Es Doraemon.

—¿Cómo?

—Este es Doraemon, no es un Pokémon.

Mar arrugó el ceño, confusa, y observó el bicho azul de la mochila que había llevado Doña Perfecta.

—¿Cómo demonios sabes tú eso? —preguntó, y se echó a reír porque a ella aquel dibujo le parecía igual que todos los que venían de Japón. Raros y sin sentido.

—Álvaro suele verlo cuando está en...

La frase murió en sus labios a medio camino, igual que las risas en boca de Mar. Se quedaron en silencio, mirando al fuego. Mar notó que se le formaba una bola oscura en el pecho, algo que la oprimía y le quitaba el aliento. Como un agujero negro, absorbía su energía hasta el punto de hacer que pensara que iba a implosionar en cualquier momento.

—Lo siento —susurró Doña Perfecta.

Mar quiso responderle que se fuera a la mierda. Algún oscuro instinto primario exigía sangre enemiga. Al mismo tiempo, escuchaba la voz de Hugo como si estuviera a su lado, susurrándole al oído. «Eres demasiado dura con ella». Puede que él tuviera razón, pero no por eso dejaba de doler. Aquello habría tenido que saberlo ella también, Álvaro veía esos dibujos en casa, pero no lo había sabido, mientras que Doña Perfecta, tan perfecta en todo momento, sí que lo sabía.

«Isti is Diriimin, ni is in pikímin».

—No es culpa tuya. —Mar no supo que iba a decir eso hasta que salió de sus labios, y cuando lo hizo, se sorprendió más a sí misma de lo que Doña Perfecta pareció sorprenderse al oírlo—. Tendría que haberlo sabido. A veces me gustaría ser como tú.

En ese momento sí, Doña Perfecta se llevó una mano al pecho y abrió mucho los ojos.

—¿Como yo?

—Claro —pronunciar aquello le resultaba difícil, parecía que iba contra sus

propios instintos—. ¿Quién no quiere ser como tú?

—¡Pero qué dices!

—Eres guapísima, tienes estilo y lo haces todo... —se resistió a decir «perfecto»—, todo bien.

—¡No lo hago todo bien! —aseguró Doña Perfecta. Negaba con la cabeza y con la mano al mismo tiempo; sus mejillas habían enrojecido—. ¡A mí me gustaría ser como tú!

Mar soltó una carcajada y estuvo a punto de caer al suelo de culo. Tardó un momento en darse cuenta de que lo había dicho en serio, y entonces fue su turno de abrir mucho los ojos y señalarse al pecho.

—¡Pero cómo vas a querer ser como yo!

—Mírate, por Dios, eres una mujer fuerte que se ha hecho a sí misma.

—Soy un desastre. ¿Tengo que recordarte que has tenido que sujetarme el pelo esta mañana para que no me lo manchara de vómito? ¡En tu propia casa!

—Llevabas un buen pedo.

—Y mírame, no tengo dinero, no tengo dónde vivir y ni siquiera soy capaz de vestirme correctamente. Échate un vistazo, llevas puestos unos vaqueros y una blusa y parece que acabas de salir del *Vogue*. Yo llevo unos vaqueros y un jersey y como me pillen los de Asuntos Sociales me llevan a un albergue.

—¡No digas tonterías! —Doña Perfecta sacudió la mano para restarle hierro al asunto—. Yo no soy ni la mitad de fuerte de lo que eres tú. ¡Estás criando a dos niños tú sola!

—Y mira qué fenomenal me está saliendo eso...

—Tienes unos niños estupendos, Mar. Son buenos, educados, cariñosos. Y tú tienes mucho que ver en eso, y lo haces al mismo tiempo que mantienes tu propio trabajo.

—Ya no. —Inclinó la cabeza hacia la hoguera que tenían al lado.

—Lo has hecho todo este tiempo. ¡Yo me agobio cuando tengo dos sesiones de fotos en dos días! Te veo a ti y me siento intimidada todo el tiempo, yo no sabría ni por dónde empezar.

A Mar se le escapó una risita nerviosa. ¿De verdad acababa de decir Doña Perfecta que se sentía intimidada por ella?

—Yo no sería capaz de seguir adelante con dos niños y el trabajo, como haces tú. Eres una mujer admirable —aseguró Doña Perfecta—. Supongo que no debería decirte esto, pero vivo con un miedo constante a que Santi se dé cuenta de lo que ha perdido al dejarte.

Se le descolgó la mandíbula. Su cerebro se negó a procesar nada más, se quedó mirando embobada a la preciosidad rubia que tenía enfrente. Tuvo que abofetearse mentalmente para conseguir salir del ensimismamiento.

—Santi no quiere volver conmigo —dijo.

Y se quedó callada. ¿De verdad acababa de decir eso? ¿Y de dónde salía? Porque hasta ese momento, siempre había tenido muy claro todo lo contrario: que Santi quería volver con ella, aunque aún no tuviera el coraje de reconocérselo a sí mismo, Santi seguía enamorado de ella, ¿o no? ¿No era eso lo que había defendido una y otra vez durante estos dos años? ¿Por lo que había luchado en secreto aun cuando todos le insistían en que tenía que seguir con su vida? ¿No se había obcecado y agarrado a ese diminuto destello que veía de vez en cuando en los ojos de Santi para convencerse de que podían volver a estar juntos?

Él es mi destino.

Se lo había dicho a Hugo una y otra vez.

A Silvia, a Lucía, a Blanca. Incluso a su madre.

—Te tiene a ti. —Cerró la mano al notar que empezaba a temblarle de la tensión—. ¿Quién querría dejar a alguien como tú?

—¿Qué tengo yo que puedas envidiar? —preguntó entonces Doña Perfecta, cabizbaja. Sacudió la cabeza—. Nada en absoluto.

—Eres guapísima. —Apenas un hilo de voz. Apretó los dientes al notar que le estaban entrando ganas de llorar.

—Superficial. Uno se cansa rápido de un envoltorio bonito si el contenido no vale la pena.

—Eres una buena persona —añadió Mar, sin creerse que ella estuviera diciendo eso. ¿Dónde había quedado lo de humillarla? Ahí había tenido la oportunidad, el toro se había tendido en el suelo esperando la última estocada, y ella, en lugar de lanzarse a matar, había reulado y ahora intentaba ayudarla —. Apenas nos conocemos, pero por lo poco que he visto, eso se nota. Mira lo que has hecho por mí esta mañana.

—Cualquiera lo habría hecho.

Mar emitió un sonido de duda. Tampoco era cuestión de admitir que ella la habría dejado ahogarse en su propio vómito.

—Y mira lo que has hecho esta tarde, lo que estamos haciendo ahora. Eres divertida, y valiente. Créeme, Santi no va a soltarte si sabe lo que le conviene.

—¿De verdad lo crees?

Mar se resistió a responder, se aferró todo lo fuerte que pudo a sus convicciones, a sus ideas, y al final su boca se movió sin su permiso.

—Sí.

Doña Perfecta, que estaba conteniendo el aliento, lo dejó escapar en un suspiro de alivio.

—Nunca me había sentido tan a gusto con nadie como me siento con él —le confesó a Mar, que no pudo evitar que un escalofrío de envidia le recorriera la espina dorsal—. Es como un faro para mí.

También lo era para mí, pensó Mar con tristeza.

—¡Señoritas!

Aquel vozarrón hosco y grave las pilló tan desprevenidas que las dos soltaron un grito y se apartaron de un salto. La sombra de dos hombres cruzó por los soportales en su dirección, grandes e imponentes. Ellas se arrimaron a la pared y se dieron la mano, aterrorizadas. Solo cuando la luz de la hoguera iluminó a los dos hombres pudieron respirar tranquilas.

Solo unos instantes, claro. Luego, se dieron cuenta de que estaban metidas en un aprieto.

—Bonita hoguera tienen aquí, ¿no?

El que hablaba era el mayor de ellos, un hombre alto, de hombros anchos y barriga a la que le sobraban más de diez kilos. Lucía una barba de pocos días que le daba un aire descuidado y el uniforme de policía le quedaba demasiado ancho. Su compañero, bastante más joven y de permanente ceño fruncido, las observaba perplejo.

Mar tragó saliva y miró hacia los lados en busca de una salida. Se daba cuenta de que estaba aferrando la mano de Doña Perfecta con fuerza, de hecho se veía incapaz de soltarla, pero también se daba cuenta de que el apretón era mutuo.

—¿Tenían frío y han decidido que este era un buen sitio para calentarse? —preguntó el que llevaba la voz cantante—. ¿Les ha comido la lengua el gato, señoritas?

—Estábamos quemando unos papeles —murmuró Doña Perfecta.

—Un buen montón de papeles —murmuró Ceño Fruncido, y le dio una suave patada a la mochila vacía del *emoji*.

—Ya estábamos a punto de irnos —aseguró Doña Perfecta.

—¿Sois conscientes del lío que podríais haber organizado si esto se os llega a ir de las manos? Si llega a soplar viento y un papel ardiendo sale volando, por ejemplo.

—Tiene razón. Por suerte no ha pasado nada...

—Está prohibido encender una hoguera en la vía pública, señoritas. Ella no lo sé —aseguró el policía de la barriga abultada mientras señalaba hacia Mar con un leve gesto de desprecio; luego centró su atención en Doña Perfecta—, pero usted no tiene pinta de vivir en la calle precisamente.

Aquel comentario ofendió en lo más profundo de su orgullo a Mar. En otras circunstancias, ante otras personas, tal vez habría saltado. Allí, consideró que era mejor callar.

—Solo eran unos papeles sin importancia —aseguró Doña Perfecta, y Mar tuvo tiempo de agradecer que ya hubieran ardido todos y fuera imposible salvar algo que les pudiera llevar a su fuente original. O eso esperaba.

—Existen unas empresas que se encargan de destruir documentos.

—Lo sentimos. Lo tendremos en cuenta para otras veces.

—Ya. —El gordo escupió entre los dientes y esbozó una sonrisa perruna—. Será mejor que nos acompañen, por favor.

Una sombra de terror se proyectó en el corazón de Mar. Volvió a mirar en todas direcciones, en busca de una escapatoria. Incluso llegó a plantearse la posibilidad de echar a correr. Aunque eso supusiera dejar a Doña Perfecta en la estacada.

—Será mejor que no lo haga —murmuró Ceño Fruncido al tiempo que le apoyaba una mano en el hombro.

Mar tragó saliva. Tenía los ojos a punto de salirse de las órbitas, el rostro demudado por el miedo. Doña Perfecta, en cambio, mantenía la compostura como si fuera a recibir un galardón a La Mejor Modelo Del Universo en lugar de estar a punto de ser detenida.

—No, no —logró balbucear—, yo no...

—Ya. Vengan con nosotros, por favor.

Siguieron al agente gordo hasta el coche patrulla aparcado al girar la esquina. Ceño Fruncido se quedó junto a la hoguera menguante y le dio unos pisotones en un intento de acabar con ella de una vez por todas. El gordo abrió la puerta trasera y les hizo un gesto, mitad reverencia, para indicarles que pasaran.

—Por favor —murmuró Mar desesperada.

—No volveremos a hacer algo así —aseguró Doña Perfecta, y se llevó una mano al pecho—. Lo juro. Si nos perdona, significaría mucho para nosotras.

—¿Es ahora cuando os echáis a llorar y suplicáis que os den la tarjeta de salga libre de la cárcel? Esas cosas no funcionan conmigo, chata. Adentro.

Doña Perfecta, lejos de amilanarse, tomó una posición más firme y mantuvo toda la dignidad que a Mar le faltaba en ese momento. Ella, de hecho, sentía que estaba a puntito de mearse encima.

—No hemos causado ningún problema. Hemos hecho mal, ya nos lo ha dicho, y le prometemos que jamás volveremos a hacer algo así.

—He dicho adentro, guapa.

Doña Perfecta le mantuvo la mirada un momento, luego se encogió de hombros con parsimonia, como si no le concediera a aquello más importancia de la que le dedicaría a un mosquito que zumbara a su alrededor. Se agachó, con una compostura que Mar envidió con todas sus fuerzas, y entró en el coche. El gordo sonrió, socarrón, y miró a Mar preguntándole en silencio si ella también tenía algo que decir.

No lo tenía. De hecho, dio gracias porque sus piernas temblorosas soportaran el tiempo necesario para entrar al coche sin hacer el ridículo y dejarla caer al suelo.

—Ay, Dios —murmuró cuando el gordo cerró la puerta de un golpe.

—Y queríamos perdernos esta aventura.

Mar giró la cabeza para mirar a Doña Perfecta, y de repente, de una forma orgánica y natural, las dos se echaron a reír a carcajadas. Hasta que les saltaron lágrimas de los ojos y le dolió el estómago al punto de pensar que tendrían agujetas al día siguiente. Desde el asiento trasero del coche patrulla vieron llegar a un camión de bomberos. Observaron a uno de aquellos armarios con patas uniformado sacar un extintor del camión y lanzar un chorro de espuma a las ascuas. Siguieron riéndose a mandíbula abierta a pesar de las miradas de reproche del gordo.

No pudieron parar ni siquiera cuando el coche arrancó y enfiló el camino hacia la comisaría más cercana.

15. Dos por dos

El policía gordo se encargó de acompañarlas hasta el calabozo. Mar vivió el camino hasta las celdas como una pesadilla en la que todo resultaba lúgubre y aterrador. Tenía la misma sensación que cuando veía una película de terror en la que los protagonistas se internan en un caserón abandonado en el que se esconde un asesino en serie. Atenta a todas las sombras y recovecos, asustada por cualquier movimiento, sudando al escuchar la respiración sibilante del agente de policía.

Y por qué no decirlo, admirada ante la actitud de Doña Perfecta. Al contrario que Mar, ella se movía con la misma soltura con la que había desfilado en las pasarelas más destacadas. Si estaba asustada, definitivamente lo disimulaba muy bien. Mar ni siquiera era capaz de plantearse el intentar disimular.

El gordo las hizo detenerse ante una de las celdas. En el interior había otras dos mujeres, y aquello hizo que Mar tuviera aún más miedo y se escondiera detrás de la espalda de Doña Perfecta. A esas alturas, cualquier atisbo de orgullo había desaparecido de forma fulminante. Una de aquellas mujeres estaba sentada con las piernas abiertas en un banco metálico situado al fondo de la celda. Tenía el pelo rapado por los laterales y la parte superior, teñida de morado y verde, larga, para permitirle un flequillo que le caía sobre el ojo izquierdo. La oreja derecha era una colección interminable de *piercings*. De la aleta izquierda de la nariz le colgaba un aro que a Mar le hizo pensar en los orcos de *El señor de los anillos*. Llevaba unos pantalones a rayas rojas y negras que le llegaban solo hasta la pantorrilla, unas botas Dockers negras sin cordones, una camiseta con el logotipo de un grupo de música cuyo nombre contenía varias «K» y una «A» dibujada como el símbolo de la anarquía. Sus

dos brazos eran un mural de tatuajes coloridos y enrevesados. Les dedicó una mirada aviesa y escupió al frente.

La segunda inquilina de la celda no tenía mucho mejor aspecto. Por sus ropas sucias y el olor a alcohol que desprendía, estaba bastante claro que no era ajena a lo de dormir en la calle, entre cartones. Su pelo estaba aún más revuelto que el de Mar, con algunos tirabuzones casi transformados en rastas. Cuando abría la boca era posible entrever un par de dientes con un color que era una mezcla entre verde mohoso y púrpura, y al menos tres huecos que ya tenían poca solución.

—Adelante, pirómanas —les indicó el gordo mientras mantenía la puerta abierta.

—¿No puede meternos en otra celda? —preguntó Mar en un susurro mientras Doña Perfecta entraba sin titubear.

—¡Claro! —exclamó el gordo—. ¿Qué desea su señoría? ¿Una *suite* ?

—Por favor...

El gordo le plantó la mano en el centro de la espalda y la empujó de malas formas. Ella se giró a tiempo para ver cómo el hombre cerraba la puerta y metía la mano derecha entre los barrotes, para señalar a las dos mujeres que estaban dentro antes de que ellas llegaran.

—Portaos bien y lo mismo os doy unas chuches cuando vuelva —emitió un gruñido porcino que seguramente era su idea de una risotada—. Hasta luego, pirómanas. Que paséis una buena noche.

Mar se agarró a los barrotes como lo hacen los desesperados en las películas. Siguió al gordo con la mirada mientras se alejaba por el pasillo, sintiendo que con él se iba su última esperanza de regresar a una vida normal. Luego, con el corazón martilleando dentro de su pecho, se giró y encaró el interior de la celda.

Dos por dos, se suele decir. Puede que la realidad no sea tan exagerada, tal vez llegara a tres por cuatro. Desde luego, no mucho más.

La vagabunda alcohólica se movió de repente y Mar se sobresaltó, a pesar de

que no hizo ademán de acercarse a ella. Sin embargo, sí que cubrió la distancia que la separaba de Doña Perfecta, reclamando como propio su espacio personal, y agarró con cierta brusquedad un mechón de su pelo rubio.

—Hola —dijo Doña Perfecta.

A Mar le fascinaba su entereza. Si tenía miedo, ciertamente era una verdadera pena que el mundo del cine la hubiera perdido como actriz por culpa de un olvido de su representante.

—¡Qué bien huele! —exclamó la vagabunda después de olfatear el pelo de Doña Perfecta—. Qué pelo más bonito.

—Muchas gracias.

La vagabunda volteó el rostro para mirar a Mar, que se encogió contra los barrotes.

—Esa tiene el pelo feo.

—Es que ayer estuvo de fiesta y hoy ha tenido resaca —aseguró Doña Perfecta—. En un día normal, también tiene un pelo bonito. ¿Puedo recuperar el mío? —Con suavidad, retiró su cabello de la mano de la vagabunda y retrocedió un paso, arrugando la nariz ante el pestilente olor de la mujer.

—Pelo feo —gruñó la vagabunda, y retorció el rostro como si Mar fuera un ser salido del averno. Luego se giró hacia Doña Perfecta y mostró su dentadura monstruosa en un amago de sonrisa—. Pelo bonito.

—Yo soy pelo de colores —anunció la otra mujer sin levantarse del banco. No solo su pose y actitud eran masculinas, su voz tenía el tono grave y rasposo que uno le supone a un leñador—. Déjalas en paz. ¡Fus!

La vagabunda siseó y retrocedió hasta una esquina, como lo haría un animal arrinconado. Mar se mordió la lengua para evitar ponerse a llorar. Algo que deseaba con todas sus fuerzas. Doña Perfecta seguía de pie, imperturbable.

—¿De dónde salís vosotras? ¿De La Moraleja? —lo preguntó con un tono de desprecio que a Mar le pareció incomprensible, puesto que ella habría entregado su alma al diablo por poder estar en La Moraleja en ese momento—. ¿Qué os ha traído hasta aquí? ¿No habéis pagado la multa de vuestro yate?

La vagabunda emitió un cloqueo que, en algún otro universo puede que sonara como una risa.

—Hemos quemado un montón de papeles en plena calle —respondió Doña Perfecta.

Pelo de Colores se quedó mirándola unos segundos sin decir nada.

—Las tías más chungas del barrio —acabó diciendo.

—¿Por qué estás tú aquí?

—Le clavé una navaja a una gilipollas que no quería cederme su asiento en el metro.

Lo dijo con el mismo tono con el que Mar habría comentado que hacía una noche despejada y con buena temperatura. Ahí, Doña Perfecta sí acusó el comentario, su rostro reflejó una ínfima perturbación, pero se recompuso a toda velocidad. Mar, sin embargo, había empezado a temblar de tal manera que parecía estar tiritando.

—Vaya —murmuró Doña Perfecta.

—Oye, me suena tu cara. —Pelo de Colores se puso en pie y se acercó a ella hasta que apenas un palmo separaba sus cuerpos. Estaba claro que allí dentro nadie respetaba el espacio personal de los demás—. ¿Te conozco?

—No creo.

—¿No crees? ¿Por qué no crees? ¿Piensas que eres mejor que yo y te codeas solo con gente pija de mierda y yo soy menos que tú?

—Soy bastante buena para las caras —replicó Doña Perfecta sin acusar la violencia implícita en el comentario de Pelo de Colores—. Me acordaría.

—¿Eres buena para las caras? —La otra mujer levantó los puños como si fuera un boxeador a punto de lanzar un golpe—. ¿Y para los nudillos? ¿Eres buena para los nudillos?

—No hay chuche para Pelo de Colores —murmuró la vagabunda. Se había mimetizado tanto con la esquina en la que se encontraba que apenas parecía un bulto de ropa vieja y sucia.

—Dos chuches de hostias te voy a dar a ti. —Pelo de Colores agitó uno de

los puños en dirección a la esquina. Detrás de Doña Perfecta, Mar no pudo evitarlo durante más tiempo y empezó a sollozar y a gemir, desesperada. Era cuestión de tiempo que su vejiga no aguantase más y soltase su contenido en sus pantalones.

—Tal vez te suena mi cara de las revistas —dijo Doña Perfecta.

Pelo de Colores levantó una ceja y la observó con atención. Sus manos bajaron despacio y olvidaron la actitud agresiva.

—¡Ahí va! ¡Que tú eres esa modelo, la que fue Miss España! ¡Ahora anuncias una colonia! ¿A que sí?

—La misma que viste y calza —respondió Doña Perfecta.

—¡Ahí va, ahí va! Coño, ven, siéntate. Como si fuera tu casa. —Señaló el banco metálico en el que había estado sentada cuando ellas llegaron. Doña Perfecta se lo agradeció con un gesto y se acomodó. Pelo de Colores se situó junto a ella, sin dejar de mirarla con fascinación—. Tengo tu nombre en la punta de la lengua.

—Irene.

—¡Irene! —exclamó Pelo de Colores. Arquímedes debió gritar: «¡Eureka!» con el mismo énfasis—. ¡Eso es! ¡Lo sabía, te lo juro! Yo me llamo Vanesa, pero en el barrio me conocen como Metálica. Por esto.

Se levantó el labio superior con dos dedos. Los dientes frontales habían sido sustituidos por una pieza de metal bastante tosca.

—Metálica —murmuró Doña Perfecta—. Eso es... bastante exótico.

—Mis padres no podían pagar un dentista y esta fue la solución que encontraron cuando un nazi de mierda me reventó dos dientes de un puñetazo. Yo tenía ocho años, al principio lo odiaba y odiaba a mis padres por hacerme esto. Luego descubrí que puedo morder con ello y hacer más daño del que haría con los dientes. Lo he limado yo misma para que tenga efecto de sierra, mira, mira.

Acercó su cara a la de Doña Perfecta para que pudiera mirarle la pieza de cerca.

—Fascinante.

—Fascinante es estar compartiendo celda contigo. Cuando lo diga en el barrio no se lo van a creer, y encima no puedo hacerme una foto para demostrarlo. Estos hijos de puta me han quitado el teléfono. ¡Cerdos fascistas! —gritó de repente. Dio un puñetazo en la pared, escupió al suelo y le echó un vistazo a Mar—. A tu amiga parece que le va a dar un infarto.

—No está acostumbrada a estos ambientes.

Como si ella sí lo estuviera.

—¡Puedes venir! —gritó Metálica—. ¡No muerdo! —Se quedó pensando un instante en lo que acababa de decir y sacudió la cabeza—. Ahora no muerdo. ¡Las amigas de mis amigas son mis amigas!

—Ven, Mar —dijo Doña Perfecta, y dio un par de palmadas en el banco, a su lado—. Siéntate, me parece que vamos a pasar un rato largo aquí dentro.

—¡Oh, ya lo creo que sí! ¡Estos cerdos fascistas no tienen ninguna prisa por sacarnos!

Mar tuvo que obligar a sus piernas a moverse. Le temblaban de tal manera que al caminar parecía un postre de gelatina.

—¡Irene! —Metálica le dio otro puñetazo a la pared que hizo que Mar diera un respingo—. ¡Tú fuiste Miss España! ¡Claro que sí!

Mar no se sentó, se dejó caer junto a Doña Perfecta. Se fijó en la expresión de admiración en el rostro de aquella mujer. Resultaba tan fuera de lugar como Doña Perfecta en esa celda tétrica y de paredes desconchadas. Si a Mar le hubieran pedido que señalara a la persona que, en su opinión, era más improbable que leyera revistas del corazón, habría hecho que su dedo índice se lanzara en dirección a Metálica.

Sorpresas te da la vida.

—Lo fui.

—¡Oh! ¡Vaya, esto es muy gordo! ¡Menuda pasada! ¿Qué has dicho que has hecho para acabar aquí dentro?

—Hemos prendido fuego a unos papeles en la vía pública.

—¡Cerdos fascistas! —gritó Metálica, furiosa—. No hay derecho.

Mar hizo un gesto, a punto de replicar. Porque hombre, derecho lo que se dice derecho, sí que había.

—Yo de pequeña quería ser modelo.

Al oír aquello, a Mar se le escapó un bufido antes de poder llevarse la mano a los labios para tapar lo que estaba a punto de ser una carcajada. Sintió que el cuerpo de Doña Perfecta se ponía en tensión a su lado. Los ojos de Metálica giraron en sus cuencas, enloquecidos, y la miraron. Mar habría apostado a que un velociraptor jamás miraría con tanta ansia asesina al pequeño dinosaurio herbívoro que fuera a convertirse en su cena.

Metálica entreabrió la boca y apoyó la punta de su dedo índice en la placa que sustituía a sus dientes frontales. Mar supo que estaba a punto de morir en ese momento.

—Antes de esto tenía una sonrisa preciosa.

—No quería... —Mar tragó saliva—. O sea... yo no... no pretendía...

—¡Mierdas no pretendías!

Mar cerró los labios y trató de fundirse con la pared. Iba a morir allí dentro, en una celda apestosa, sin poder decirles a sus hijos que les amaba con toda su alma. Lo último que ellos recordarían de ella era que había vomitado por toda la casa de su padre antes de caer inconsciente.

Metálica estiró el brazo y apoyó el dedo en la nariz de Mar, como si fuera un botón.

—Las amigas de mis amigas son mis amigas.

—¿Entonces querías ser modelo? —preguntó Doña Perfecta para recuperar su atención. Surtió el efecto buscado, porque Metálica pareció olvidarse de Mar y a sus ojos regresó aquella expresión embelesada.

—No es que me durara mucho. En el barrio las cosas no suelen durar mucho. Oye, te lo digo desde ya, si alguna vez te metes en un lío, pregunta por Metálica.

—Lo tendré en cuenta, muchas gracias.

—A tope, tía. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Cómo es saber que eres la mujer más guapa de España?

—No soy la mujer más guapa de España —replicó Doña Perfecta, aunque era evidente que se sentía halagada.

—Si ganas el concurso de Miss España es porque eres la más guapa.

—No se valora solo la belleza.

Mar, que siempre había considerado que los concursos de Miss Lo Que Sea eran simples mostradores que exhibían carne, se ahorró el comentario. Teniendo en cuenta la fascinación que Doña Perfecta parecía ejercer sobre Metálica, lo mejor sería no llevarle la contraria. Aún no las tenía todas consigo.

—¡No digas chorradas, tía! ¡Eres guapísima! ¡Yo querría ser igual que tú!

Es perfecta, pensó Mar, con cierto retintín. Todas las mujeres querríamos ser como ella, tener un pelo perfecto, un cuerpo perfecto, ¿es que acaso la celulitis no existe para ella, maldita sea? Y un estilo perfecto, no nos dejemos eso fuera. Y éxito en la vida. Y... Mar sacudió la cabeza para no seguir pensando en eso.

—Gracias.

—En el barrio no se vive mal —aseguró Metálica—, con sus cosas, tía, pero, si eres fuerte, te adaptas y sobrevives. ¡Lo tuyo es una vida de estrellas! Cada vez que sales en una revista, siento envidia.

—También tiene sus cosas, te lo aseguro.

Supongo que, pensó Mar, si las ponemos en comparación con las *cosas de vivir en el barrio*, no hay color que valga.

Doña Perfecta carraspeó, dudó un momento, y luego se encogió de hombros, resignándose a hablar de ello. Les contó que presentarse al concurso no había sido algo planeado, que había surgido de una manera bastante tonta, de hecho. En resumen, había sido el equivalente al: «No tienes huevos» femenino, un reto que su madre le había lanzado durante una cena familiar y que Doña

Perfecta se había tomado muy a pecho.

—En la agencia me hicieron firmar un contrato. Por aquel entonces yo era muy joven y no tenía ni la menor idea de la vida y de lo que estaba haciendo. Se aprovechan un poco de eso, la verdad.

—¡Cerdos fascistas! —aportó Metálica al tiempo que levantaba el puño izquierdo.

—En ese momento, tú firmas, porque claro, primero no tienes ni idea, y segundo, si quieres optar a competir, es lo que hay, lo tomas o lo dejas. Con el tiempo, me quedó claro que ese momento fugaz, el coger el bolígrafo y plasmar mi firma en el papel, fue como ponerme unos grilletes y aceptar convertirme en esclava. Y no lo niego, me ha permitido vivir muchas cosas grandiosas y me gusta la vida que he tenido, pero te das cuenta, a medida que van pasando los meses, que el veinticinco por ciento de cada contrato es mucho dinero, por ejemplo.

—¿El veinticinco? —preguntó Mar, abriendo mucho los ojos—. Eso es casi leonino.

—¿Qué es leonino? —inquirió Metálica.

—Un abuso.

—Cerdos —gruñó en respuesta—. Fascistas.

—Gané el concurso y eso me dio mucha visibilidad, claro. En el contrato había una cláusula que especificaba que la agencia te acompaña a todos los sitios. No podía ni viajar sola, siempre tenía a una persona de la agencia a mi lado, vigilando que no hiciera nada inapropiado y que nadie pudiera acercárseme con una oferta que no pasara antes por sus manos. Además, ellos mueven la agenda y no te preguntan absolutamente nada. Te llaman y te dicen: «Mañana tienes una fiesta en tal sitio», y allí tienes que estar llueve, nieve, tengas cuarenta y dos de fiebre o una diarrea explosiva. Te organizan viajes y bolos en todas partes, sin prestar atención a hacerlo de una manera organizada. Lunes en Gijón, martes en Córdoba, miércoles en Oviedo. Cosas así, que salta a la vista que, con un poco de tiento, puedes ahorrar la paliza de los viajes, no

sé, no les importa porque ellos sí se alternan, un día te acompaña uno de los representantes de la agencia y al día siguiente otro, y al fin y al cabo tú no eres más que ganado que mueven de un lado a otro.

Mar meneó la cabeza.

—Hay que ser mamones.

—Cerdos mamones —aseguró Metálica. Era evidente que le gustaba la palabra «cerdos».

—Cerdos mamones —convino Mar. Cualquiera le llevaba la contraria a esa mujer.

Desde la esquina les llegó un murmullo. A Mar le pareció entender «Pelo sucio».

—Tampoco creo que lo hicieran por molestar o por maldad —explicó Doña Perfecta—. Simplemente creo que funcionaban como una máquina de hacer churros. Si un cliente les decía que quería un bolo aquí tal día, lo fijaban en el calendario sin prestar atención al itinerario que tendría que recorrer yo. Creo que solo validaban que me diera tiempo a llegar desde donde fuera que estuviera el día anterior y que pudiera llegar a donde fuera que tuviera que estar al día siguiente. Te mueven tanto, y sin apenas pausa para respirar, que llega un punto en que no sabes ni dónde estás, ni adónde vas. Tampoco les preocupa si el evento es cutre o no, la mayoría lo eran, eventos de tres al cuarto que quieren tener a la nueva Miss España por ahí para atraer a los fotógrafos de las revistas de moda, y yo de un lado a otro, fotografía por aquí, tele por allá, entrevistas, reportajes, sesiones... Ahora, con la perspectiva del tiempo, recuerdo esa época como *Los años del caos*.

Mar observó que la vagabunda se había separado un poco de la esquina donde estaba agazapada y se había acercado para escuchar mejor la historia de Doña Perfecta. Metálica se abrazaba las rodillas y tenía los ojos abiertos de par en par, como un niño en un espectáculo de títeres. Ya no estaba nerviosa, había dejado de temblar y, para su sorpresa, se mostraba tan interesada como las otras dos mujeres.

Algo en la cadencia de la voz de Doña Perfecta hacía que fuera agradable de escuchar.

Hasta en eso era perfecta.

—¿Queréis que os cuente una anécdota graciosa?

—¡Sí, sí! —exclamó Metálica con emoción infantil.

—Me habían dado un par de días libres y decidí irme con mi novio de entonces a Vigo, para despejar la cabeza y cambiar de aires. Él tenía familia allí y nos prestaban una casa y, bueno, esas cosas. El caso es que estábamos dando un paseo por la mañana, habíamos salido a desayunar y teníamos planificadas un montón de cosas que queríamos hacer durante el día. Eran como las nueve y media de la mañana...

—¡Buf! —exclamó Metálica con un aspaviento—. ¡Yo nunca me levanto antes de las doce!

—En esa época yo aprendí a dormir menos de cuatro horas al día y a aprovechar cualquier rato en blanco, viajes y cosas así, para echar una cabezada. Era eso o morir en el intento.

—Cerdos...

—El caso es que queríamos que aquel día fuera solo para nosotros. Con todo lo que me estaba tocando vivir apenas habíamos tenido tiempo para nosotros y la relación estaba empezando a sufrir por ello...

Recuerdo la cara que puso cuando me empezó a sonar el teléfono. Mi novio de aquel entonces se llamaba Arturo, era un buen chico, y él no había buscado la espiral en la que yo estaba metida y cada vez se sentía más fuera de todo lo que me concernía a mí.

—No lo cojas —me rogó.

—Tengo que hacerlo, es de la agencia.

—¿Y qué? Es nuestro día juntos, lo que quieran decirte pueden hacerlo mañana. Que te dejen un mensaje en el buzón de voz.

—Será solo un momento, te lo prometo.

—Siempre dices lo mismo y luego no es solo un momento. No lo cojas.

Pero lo cogí. Era la directora de la agencia, eso ya me hizo sospechar que Arturo había tenido razón. Normalmente me llamaba alguno de sus lacayos, la directora estaba como por encima del bien y del mal.

—¡Irene, buenos días! ¿Estás despierta?

—Sí.

—¿Pero despierta del todo o sigues en la cama remoloneando?

—Que va, Desi, estoy en la calle, vamos a desayunar en algún sitio mono.

—Me temo que vas a tener que cambiar de planes, cariño.

En cuanto escuché eso supe que Arturo y yo íbamos a tener otra bronca. Él no se lo iba a tomar nada bien, pero ¿qué podía hacer yo? Me ataba un contrato de esclavitud.

—Tengo dos días libres —murmuré, pero apenas fue un susurro, y Desi, la directora de la agencia, ni siquiera me escuchó, ella ya estaba hablando antes de que yo terminara mi frase, y cuando Desi hablaba de negocios era tan expeditiva que más te valía atender y tomar notas de lo que necesitaras, porque no iba a repetirlo.

—Ha surgido una oportunidad. Te van a entrevistar en el magazín de tarde de Antena 3 TV. Pilla un taxi y vete corriendo al aeropuerto. Marla te hará llegar el billete. Sales a las once y cuarenta, así que no pierdas tiempo.

—¿Es en Madrid?

—Claro que es en Madrid, cariño, ¿dónde iba a ser si no?

—Pero estoy en Vigo...

—Por eso te hemos comprado un billete de avión, cariño. —En ocasiones, le hablaba a la gente en un tono condescendiente que te hacía querer estrangularla —. Estarás de vuelta esta noche, también te hemos comprado el de vuelta.

—Pero necesito pasar por casa y coger algo de ropa...

—Olvidalo, coge un taxi y vete directa al aeropuerto.

Para entonces, Arturo ya estaba cabreado. Había cruzado los brazos sobre el

pecho y me lanzaba miradas de: «¿Ves? ¡Te lo dije! ¡Te dije que no respondieras la llamada!».

—Pero voy vestida de cualquier manera...

—¡Es Antena 3, cariño! Tendrán a alguien encargado de vestuario que te ponga un vestido monísimo. Tú métete en un taxi y asegúrate de subir a ese avión. ¡Vamos!

—Vale, vale, lo haré. —Tampoco tenía otro remedio.

—Nada de lo haré. Hazlo ya, quiero escuchar cómo te montas en el taxi. ¡Venga!

Agobiada, me acerqué a la calzada y levanté la mano a un taxi que se acercaba con el piloto verde encendido. Arturo protestó y puso el grito en el cielo. Tapé lo mejor que pude el micrófono del teléfono y le pedí disculpas. Farfullé que era muy importante, que Antena 3, que entrevista, que avión, que esta noche. Ni siquiera sé qué le dije, porque Desi estaba hablando al mismo tiempo y el cabreo de Arturo era tan monumental que no era capaz de concentrarme. Le pedí perdón mientras abría la puerta del taxi y me metía dentro. Le aseguré que le compensaría. Luego le pedí al conductor que me llevara al aeropuerto.

—Ya estoy en el taxi.

—Vale. Llama a Marla en cuanto estés allí. —Y colgó, expeditiva.

—¿Ese era tu novio? —me preguntó el conductor entonces.

—Espero que lo siga siendo —respondí.

—No sé yo, querida, no sé yo.

En ese momento, yo tampoco las tenía todas conmigo. Cuando volví a Vigo esa noche, me encontré una nota en la puerta de la casa. Decía:

«Irene, yo te he querido con toda mi alma, he intentado que esto funcione, sin embargo no puede funcionar si solo uno de los dos está presente. Te he dejado una llave en casa de la vecina para que puedas dormir esta noche. Cuando te marches mañana, por favor, devuélvesela. Espero que todo te vaya bien en la vida. Arturo».

—¡Cerdo! —gritó Metálica. Estaba tan metida en la historia que vivía cada frase de Doña Perfecta como si ella fuera la protagonista. Su rostro reflejaba todas sus emociones.

—A mí me dejaron con un mensaje de teléfono —murmuró Mar.

—¿De verdad? —Doña Perfecta se mostró perpleja, y Mar se preguntó qué diría si le confesara que había sido Santi.

—Al menos no me comí un viaje de seiscientos kilómetros solo para encontrarme con que me han rechazado.

—Después de la paliza que ya llevaba encima —le recordó Doña Perfecta.

Las dos sacudieron la cabeza con complicidad. En realidad, en este caso podían mostrarse de acuerdo con el sentimiento de desprecio que expresaba Metálica cada vez que gruñía su palabra preferida.

—Ahí no acaba la historia —retomó Doña Perfecta—. En el aeropuerto de Madrid me estaba esperando Marla. Era una de las chicas que trabajaban en la agencia. No debía tener muchos más años que yo, puede que veintiocho o veintinueve, pero era la típica persona que siempre tiene cara de amargada y a la que todo parece irle mal...

● ***

—¿En qué consiste lo de hoy? —le pregunté cuando nos subimos al coche.

—Es una entrevista. —Tenía un tono seco que se ajustaba a esa apariencia de perpetuo cabreo. Me escrutó con la mirada y su labio se torció en un gesto desagradable al ver mi ropa.

—Le dije a Desi que estaba por la calle dando un paseo.

Llevaba puestos unos vaqueros con un roto en las rodillas y unas zapatillas Converse que puede que tuvieran seis o siete años, y se les notaba.

—Ya te darán algo para que te pongas.

—¿Se sabe de qué es la entrevista?

—De lo que son todas las entrevistas, supongo.

Como no iba a sacarle nada en claro, el resto del viaje me dediqué a mirar por la ventana. El caso es que llegamos a Antena 3 y de repente fue como si me absorbiera un tornado. Apareció corriendo un ayudante de producción que apenas me miraba a mí y se dirigía únicamente a Marla. Nos llevó a la carrera por un pasillo hasta el cuarto de maquillaje. Allí, me sentaron en una silla y durante la siguiente hora y media me aplicaron los potingues necesarios y me peinaron. El ayudante de producción se pasaba cada dos por tres a preguntar si estábamos en tiempo, la maquilladora siempre le respondía que todo iba bien y en cuanto el chico salía por la puerta me miraba a mí y aseguraba que los de producción eran todos unos pesados y unos angustias.

Cuando estuve lista en maquillaje, el ayudante de producción tiró de mí hasta el cuarto de vestuario. Marla siempre iba uno o dos pasos por detrás, sin dejarme sola ni a sol ni a sombra. El encargado de vestuario era un hombre, le recuerdo perfectamente como si le hubiera visto ayer mismo. ¿Recordáis el vídeo de *Queen* en el que Freddy Mercury sale vestido de mujer pasando el aspirador? Bueno, pues quitadle la peluca y era poco más o menos lo mismo. Calvo como el monigote de Don Limpio, un bigote ancho y negro, con un vestido de mujer que le daba un aspecto estrafalario, una voz que parecía salir de una caverna y de las personas más amaneradas que yo he conocido en mi vida.

—Ay, mi niña, pero qué es este desastre, ¿tú te vistes así en tu día a día?

Yo podría haberle preguntado lo mismo.

—No sabía que iba a venir a la tele.

—He visto fósiles mejor conservados que esas zapatillas, amor.

Con el cariño que yo les tenía a mis Converse.

—A ver, viendo esto —e hizo un movimiento con la mano de arriba abajo—, con cualquier cosita que te ponga ya vamos a mejorar mucho. La idea es que parezca que sales de un cuento de hadas, ¿verdad?

—Mejor de portada de revista de moda —masculló a mi espalda Marla.

—Ay, sí. ¿Putilla o modosita?

—¿Cómo? —pregunté.

—Que si prefieres el estilo putilla y enseñar carne o modosita y ocultar más que enseñar, amor.

—Putilla no —rogué.

—Que se vea carne, pero con estilo —apuntó Marla.

—Aquí todo lo hacemos con estilo —aseguró el encargado de vestuario—. Putilla con clase, tomo nota. Ven conmigo, guapa, vamos a ver qué te ponemos. Con este cuerpazo cualquier cosita te va a sentar bien.

Después de varias opciones acabó sacando un vestido negro, la verdad que era muy bonito. Tenía bastante escote, dejaba la espalda al aire y se ajustaba al cuerpo, ¿sabéis eso que se suele decir? Como un guante. Era bastante corto, cosa que a Marla le pareció fantástico porque así dejaría a la vista mis piernas.

—Son más largas que una autopista —aseguró el encargado de vestuario.

—A los hombres les gusta ver unas piernas bonitas al aire —aseguró Marla. Entiendo que no lo decía por conocimiento de causa, si se me permite ser mala al hablar de alguien que no está presente—. ¿Verdad?

—No a mí, cariño —replicó el encargado de vestuario moviendo la mano en una floritura—. A mí me ponen otras cosas, pero nada que esta preciosidad pueda ofrecerme.

Luego el ayudante de producción vino a buscarme y me llevó al plató. Marla y el Freddy Mercury sin peluca caminaban detrás de mí. Me dijeron que en menos de un minuto me presentarían y tendría que salir. El ayudante de producción me estaba dando indicaciones —siéntate en ese sillón y procura mirar siempre en esa dirección para estar siempre de cara a las cámaras, contesta con calma y tranquila, no te pongas nerviosa, ese tipo de cosas— cuando escuché un gemido de horror a mi espalda.

—Ay, dios mío.

—¿Qué pasa? —pregunté al ver que el encargado de vestuario se acercaba a

mí con el rostro contraído por el horror.

—¡Se te transparentan las bragas, cariño! ¡Quítatelas!

—¿Cómo?

—¡Quítatelas, vamos, rápida!

—Veinte segundos —dijo entonces el ayudante de dirección.

—¿No me vas a dar otras?

—¡No me da tiempo a ir y venir! ¡Quítate las bragas, rápido!

Obedecí y me quité las bragas. Muerta de vergüenza, hice un gurrño con ellas y se las entregué al hombre, que hizo un aspaviento. Justo a tiempo, el ayudante de producción me agarró del brazo y me empujó con suavidad hacia el plató. Y allí que salí yo, divina de la muerte en mi vestido y notando el airecito por entre las piernas. En cuanto me senté en el sillón, supe que iba a ser un problema. Era demasiado bajo, lo que me obligaba a tener las piernas dobladas y cruzadas si quería evitar enseñar más de lo que debía. Mi problema es que siempre he sido de moverme mucho mientras hablo, y ahí iba a tener que concentrarme para no andar cruzando y descruzando las piernas todo el tiempo.

En fin, que me hicieron la entrevista y de alguna manera logré responder con cierta lógica a todo lo que querían saber. Nada del otro mundo, lo típico. Que si me había cambiado la vida después del concurso, y yo podría haberles dicho que mi relación se estaba yendo al traste y no habría sabido lo mucho que estaba acertando. Que si me gustaba la moda, que si tenía planes para desfilas o iba a centrar mi carrera en la publicidad, que si había estado en no se qué fiesta y había conocido a tal o a cuál. En realidad, como entrevista no recuerdo que fuera nada del otro mundo.

Pero sí que fue muy larga.

Para cuando terminó y regresé a las sombras de detrás de las cámaras, Marla estaba mirando el reloj con preocupación. Le pregunté qué ocurría y me dijo que teníamos que irnos ya si quería llegar al avión a tiempo.

—¿Y el vestido?

—Ya he hablado con producción, se lo devolveremos. Solo asegúrate de no romperlo ni mancharlo.

Tenía la cabeza embotada y la idea de perder el avión de regreso a Vigo era inconcebible. Aún visualizaba la expresión de enfado y disgusto de Arturo y estaba bastante segura de que no se tomaría nada bien que no viajara hasta el día siguiente. Si hubiera sabido lo que me esperaba, esa nota colgada de la puerta, me habría quedado en Madrid. Pero no lo hice.

Bueno, esa tarde, mientras yo estaba en Antena 3, el Real Madrid se enfrentó al Celta de Vigo en algo, no me preguntes qué porque tengo la misma idea de fútbol que de fusión nuclear. Una copa o algo, y contra todo pronóstico, el Celta de Vigo se hizo con la victoria.

Yo me subí al avión pensando en lo que tendría que hacer para recompensar a Arturo. Entonces todavía no sabía que él había decidido cortar por lo sano, aunque tendría que haberlo sospechado al ver que no me respondía al teléfono. El caso es que en ese mismo avión viajaban los jugadores del Celta, en plena celebración por la inesperada victoria. Con tal puntería que uno de ellos me reconoció al verme y gritó en voz alta que yo era *esa* Miss España.

A partir de ese momento, cachondeo general. Los jugadores querían que me uniera a la fiesta, que bebiera con ellos, cantara con ellos y bailara con ellos. De repente estábamos a siete mil pies de altura, o lo que sea, y me doy cuenta de una cosa: estaba metida en un avión, en medio de veintitantos tíos borrachos como cubas que solo gritaban y celebraban a voz en grito... y yo no tenía bragas.

Metálica empezó a aplaudir. Para entonces, la vagabunda se había acercado tanto a ellas que Mar no podía evitar arrugar la nariz cada vez que respiraba, por mucho que se pusiera un dedo sobre el labio en un fútil intento de camuflar el hedor.

—¡Yo también tengo una historia en la que acabé rodeada de tíos y sin

bragas! —aseguró entonces Metálica.

Oh, sí, seguro que sí, pensó Mar. Lo que no quería era imaginar cómo acababa la historia de esa mujer. Tanto Metálica como la vagabunda miraban a Doña Perfecta con interés genuino, eran espectadoras devotas.

—Lo mío con la ausencia de bragas es de juzgado de guardia —aseguró Doña Perfecta—. Mi vida estaba cambiando a un ritmo vertiginoso y yo no me daba cuenta. En mi mente, yo seguía siendo la misma chica normal, seguía queriendo a mis amigas de toda la vida y pretendía tener una relación normal con mi novio. Sin embargo, todo lo que derivaba del certamen me estaba absorbiendo. De repente me invitaban a todos los saraos de moda, conocía a mucha gente nueva y yo era joven e intentaba llegar a todo. Y eso, por lo general, es imposible.

Que me lo digan a mí, pensó Mar con resignación.

—La ruptura con Arturo fue dura para mí porque fue una señal bastante evidente de que no podía seguir siendo la misma chica que antes y al mismo tiempo convertirme en la Miss España famosa que buscaban todas las revistas y marcas de moda. Con la vorágine de las entrevistas y los eventos, prácticamente no tuve tiempo de duelo, y durante la siguiente semana y pico no di pie con bola. Pero la rueda no dejaba de girar, y a una de mis amigas de aquel entonces, Raquel, se le ocurrió un plan para ayudarme a dejar atrás a Arturo.

—¡Tirarte a otro! —exclamó Metálica.

Doña Perfecta se quedó un momento en silencio, mirándola.

—No, me llevó a una vidente.

—¿A una vidente? —preguntó Mar.

—Era una charlatana, pero tenía fama de saber todo lo que hay que saber sobre amores y desamores. En realidad era una chorrada, lo sé, pero era la típica chorrada que te crees y al mismo tiempo no te crees. Intenté resistirme, le aseguré que era una bobada y que íbamos a perder el tiempo y el dinero. Por aquel entonces yo empezaba a ganar bastante pasta, así que en realidad

eso tampoco me preocupaba mucho, así que me resistí lo justo y fui cediendo a medida que nos acercábamos. La idea que rondaba mi mente era, ¿por qué no? ¿Y si de verdad me ayuda? ¿Qué pierdo por intentarlo?

—Mis amigas son bastante más básicas —aseguró Mar—. Cuando Santi me dejó quisieron organizarme citas y apuntarme a Tinder, no llevarme a una vidente.

Omitió el detalle del consolador que le había regalado Silvia.

—¡A quién le importan tus amigas! —exclamó Metálica con los labios arrugados en un mohín de enfado antes de girarse hacia Doña Perfecta—. ¿Qué te dijo la vidente?

Mar acusó el desprecio cruzando los brazos por debajo del pecho y moviendo la cabeza. Por supuesto que solo querían escuchar a Doña Perfecta, cómo no.

—Debió contarme muchas cosas, porque estuvimos dentro de su consulta casi tres cuartos de hora, pero la mayor parte, la he olvidado. Casi al final, me agarró de la mano con fuerza y me aseguró que yo acabaría encontrando el amor con un hombre mayor que yo, de pelo gris. Un médico muy importante.

—¡Oh! —Metálica se llevó una mano al pecho. Mar parpadeó al verla emocionada con la historia.

—Yo no conocía a ningún médico y tampoco tenía interés en hombres mayores. Pensad que estaba empezando a asistir a todo tipo de fiestas en las que conocía a toda la *jet* de este país. Me codeaba con futbolistas, y no solo del Celta de Vigo en un avión y sin bragas, sino con famosos de la tele, de las revistas, algún cantante, actores...

—Ahora que lo pienso —dijo Mar—, ¿tú no estuviste saliendo con Bunbury?

—Según la prensa del corazón, sí. Imagínate cómo fue la cosa que hasta mi padre me llamó para preguntarme qué hacía yo liándome con el raro ese de las uñas pintadas y las poses a lo Raphael. Juro que nunca me he liado con Bunbury.

—¿Quién es ese? —preguntó Metálica.

—La prensa del corazón me asoció a un montón de gente —aseguró Doña Perfecta ignorando la pregunta—. Un par de futbolistas, el actor aquel que salía en *Compañeros*, incluso dijeron que había tenido un lío con Alejandro Sanz. Muchas de esas noticias con el tiempo se han desmentido, pero otras, como la de Bunbury, hay gente que sigue creyendo que es verdad. Y yo ni siquiera le he llegado a conocer, lo que lo hace más absurdo.

—Tiene que ser muy raro que todo el mundo dé por hecho que te has liado con alguien cuando no lo has hecho.

—Un poco, la verdad. Además, los periodistas pueden llegar a ser muy pesados. Piensa que en aquella época llegué a mudarme hasta en cuatro ocasiones, cuando descubrían dónde vivía y empezaban a apostarse en la puerta en busca de fotografías. Era o aguantar eso diariamente o largarme y buscar otro piso, así que hacía las maletas y me marchaba. Un coñazo, pero es que salir de tu casa a comprar tampones a la farmacia y que te estén haciendo fotografías es bastante agotador.

—Joder.

—Cerdos...

—Fue una época caótica, ya os digo. Mi padre muchas veces me llamaba porque se enteraba de cosas por la prensa y quería oírlo de mi boca, porque ya no sabía qué era verdad y qué no. Yo intentaba mantener cierta privacidad en mi vida, pero era muy complicado. Lo peor era tener que pelear todo el tiempo. Cuando no era porque me inventaban novios y me obligaban a ir de plató en plató intentando desmentirlo y enfrentándome a idiotas que decían que tenían pruebas y yo que sé qué historias, era porque tenía algún rollo de verdad y tenía que andar escabulléndome y jugando al escondite con los periodistas para que no lo supieran. En aquella época, si alguien se me acercaba a decirme algo al oído, al día siguiente había una fotografía en la prensa anunciando que ya tenía pareja.

—Una vez —interrumpió Mar con una sonrisa de oreja a oreja al recordarlo —, tuve que defender a una actriz en un juicio porque habían sacado un

reportaje... —Cerró los labios al darse cuenta de que Metálica la estaba mirando fijamente. Doña Perfecta le apoyó con suavidad una mano en la espalda antes de retomar su propia historia.

—Estuve dos meses liada con un futbolista, del Atlético de Madrid, y un *paparazzo* lo descubrió porque nos vio entrando en mi casa juntos. Sin embargo, no fue capaz de conseguir una fotografía nuestra, así que publicaron una en la que solo se le veía a él saliendo del portal, y al lado otra fotografía de otra chica que no era yo, aunque se parecía, y el titular anunciaba que estábamos juntos. También esa vez mi padre me llamó para preguntarme y yo le dije que se fijara en la chica, que no era yo, y que ese también se lo habían inventado. Así pasaba el tiempo, entre novios que no lo eran y otros que sí y yo no quería que se supiera.

—¿Quién es el más famoso al que te has tirado? —quiso saber Metálica.

Doña Perfecta se llevó un dedo al labio y miró al techo mientras pensaba la respuesta. Luego se inclinó hacia Metálica y le susurró un nombre al oído. La otra mujer abrió unos ojos como platos.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Flipas! —Metálica dio una palmada contra el suelo y sacudió la cabeza, incrédula—. ¡Flipas, flipas, flipas! ¿La tiene grande o pequeña?

—No fue mi mejor experiencia —admitió Doña Perfecta, con una sonrisa pícaro.

—¿Quién era? —quiso saber Mar.

Doña Perfecta le guiñó un ojo, pero no respondió.

—Si me preguntaran qué es lo que más me disgusta de la fama, lo tengo bastante claro, la prensa. Ahora dan bastante menos por culo, en parte porque ya no soy tan famosa y en parte porque internet y las redes sociales han transformado completamente el sector, lo han dejado muy tocado. Ya no se paga tanto dinero por una foto robada a menos que sea una gran exclusiva. A mí me lo hicieron pasar muy mal, no sé si sabéis que casi todas las *misses*

cogemos bastante peso durante el primer año después de ganar el certamen. Tiene una explicación lógica, nos pasamos todo el día en eventos, comidas, cenas, cócteles, desayunos. Comemos mal y poco variado, y claro, acaba afectando. Quiero decir, tampoco es que me pusiera como un tonel, de hecho, no considero ni siquiera que estuviera gorda de verdad, pero eso a la prensa le da igual. Me hacían fotografías en las que se me notaba que ya no estaba tan delgada como antes y me ponían a parir. Puede que cogiera, no sé, diez kilos. Subí dos tallas de pantalón, seguía siendo una chica delgada, pero la prensa me llamaba gorda. Luego se preguntan por qué hay tantos problemas de anorexia entre adolescentes.

—¡Cerdos! —gritó Metálica.

—¿Y qué es lo peor que te han hecho los *paparazzi*? —preguntó Mar.

—¿Aparte de inventarse relaciones inexistentes y que me persiguieran hasta el punto de obligarme a cambiar de casa?

—Sí, me refería a hacértelo pasar realmente mal. La chica esa que te digo que tuve que defender había sufrido un... —Al notar que Metálica clavaba en ella unos ojos que brillaban de impaciencia, Mar agitó la mano para quitarle importancia y suspiró, resignada—. ¿Qué ha sido lo más grave?

Doña Perfecta se mordió el labio inferior, como si dudara si debía responder a esa pregunta o no.

—Lo que más me ha dolido no me lo han hecho a mí directamente —confesó al fin.

—¡Cuéntalo! —rogó Metálica, agarrándose a los pantalones de Doña Perfecta—. ¡Cuenta qué pasó! ¡Venga!

Mar frunció el ceño. Doña Perfecta estaba dudando y parecía incómoda. Miró a Mar de reojo.

—Hace unos meses pillamos a uno vigilándonos y haciéndonos fotos... —Tragó saliva y tomó aire, que luego soltó muy despacio entre los dientes—. Iba con Santi y con los niños.

Ah. Era por eso.

—¿Quién es Santi? —preguntó Metálica, confusa.

Tanto Doña Perfecta como Mar se quedaron un momento quietas, mirándose sin decir nada. Luego, en uno de esos azares que resultan tan violentos como paródicos, las dos se giraron al mismo tiempo hacia Metálica.

—Es su novio.

—Es su exmarido.

Metálica miró a Mar y luego a Doña Perfecta. Volvió de nuevo a Mar y la observó durante unos segundos, con los ojos entrecerrados, antes de regresar a Doña Perfecta.

—¿Tu novio o su exmarido?

—Ambas cosas. Mi novio es su exmarido.

—¡Anda! —Metálica volvió a dar una palmada en el suelo. La situación le parecía divertida, porque cuando volvió a mirar a Mar ya no había furia en sus ojos, sino esa expresión maliciosa de los abusones cuando se burlan del chico gordo con gafas.

—Le pedí al fotógrafo que, por favor, no utilizara esa fotografía —le explicó Doña Perfecta a Mar—. Intenté negociar con él, le dije que tuviera en cuenta a los niños, que tanto ellos como Santi eran anónimos, no gente del corazón, se lo supliqué de mil maneras, me ofrecí a posar yo sola y a darle alguna exclusiva, pero el tipo se enrocó en que nada que fuera a contarle podía valer más que mi nueva pareja, y que encima tenía hijos. Entonces Santi se enfadó y se enfrentó a él.

—¿Santi?

—Estuvieron a punto de llegar a las manos.

—¿Santi? —repitió Mar, incrédula. Estuvo a un pelo de preguntar: «¿Mi Santi?».

—Eran dos gallos de pelea intentando imponer su criterio. Al final tuve que ponerme en medio y pedirle a Santi que se calmara y nos fuéramos. El daño ya estaba hecho y aquel idiota no iba a borrar las fotografías...

—Salieron en el *Hola* —recordó Mar.

Elena le había enseñado aquel reportaje, en el despacho. Parecía que habían pasado mil años desde entonces. Habían estado las dos juntas, mirando la revista y criticando a la rubia perfecta que salía en la fotografía con el exmarido y los hijos de Mar, y ahora estaba con esa misma rubia metida en una celda después de haber entrado en el despacho de Elena a robarle los expedientes para después quemarlos en plena calle.

—Sí —dijo Doña Perfecta—. Lo siento, no pude evitarlo.

—No pasa nada —contestó Mar con el corazón encogido al recordar lo mucho que le había dolido ver aquella fotografía.

—¿Santi tiene el pelo blanco y es médico? —preguntó de repente la vagabunda.

Las tres mujeres se giraron para mirarla, y tanta atención pareció incomodar a la vagabunda, que se encogió y se cubrió los hombros, y casi la cabeza, con el abrigo roído que llevaba encima.

—No —aseguró Mar.

—No —dijo Doña Perfecta al mismo tiempo—. ¿Por qué?

La vagabunda se resistió a responder. No le gustaba ser el centro de atención y agachó la cabeza para evitar sus miradas.

—¿Entonces la vidente no acertó?

—Si el amor de mi vida tiene que ser un médico de pelo blanco, no, no ha acertado.

Mar se preguntó si eso podía ser un clavo al que agarrarse. Se preguntó si podría utilizar aquella información a su favor.

El problema era que ya no tenía tan claro cuál era *su favor*.

Miró a Doña Perfecta y observó la forma en que se movían sus labios al hablar, que parecía que estuvieran acariciando a las palabras. Se fijó en sus ojos, que desprendían vida y parecían dos grandes imanes que atraían la atención de cualquiera. Contempló el brillo que la luz mortecina de la celda arrancaba a sus cabellos rubios y, sorprendentemente, todavía perfectos.

—La verdad es que tuvimos bastante coña con la vidente durante unas

semanas. Para empezar, porque fue una de esas cosas que la prensa se empeñó en airear. Nos habían hecho una fotografía saliendo de la consulta, no habíamos llegado a ver al *paparazzo* así que lo descubrimos la semana siguiente al abrir la revista. El titular decía en letras grandes: «Miss España visita a una vidente». Ya ves tú, notición. Luego el artículo era todo preguntas sin respuesta. ¿Estaba intentando contactar con alguien muerto? Especulaban con que, si aquel había sido el motivo, seguramente sería mi abuelo porque estábamos muy unidos. Tenían razón, si mi intención hubiera sido hablar con los muertos, habría intentado conectar con él.

Metálica cruzó dos dedos sobre su corazón y escupió a un lado en un gesto supersticioso. Doña Perfecta extendió una mano hacia ella, en gesto cariñoso.

—No creo en esas cosas. No es algo que habría hecho en realidad, es solo lo que el *Hola* elucubraba.

—Hay que tener respeto por los muertos —aseguró Metálica, muy seria.

—Desde luego. Durante toda esa semana se habló del tema en los programas de cotilleos, intentaron sacarme alguna exclusiva, incluso persiguieron a mi amiga para que les respondiera. De hecho, Raquel y yo acabamos distanciándonos por ese tema. Cada vez que los reporteros querían saber algo de mí y no lo conseguían a través de la fuente original —y se señaló a sí misma—, lo intentaban con mis conocidos. Mi familia aguantó la presión como pudo, pero Raquel no lo llevó nada bien, y menos de un año después prácticamente no nos hablábamos. La verdad es que la echo de menos, siempre fue una buena amiga.

Metálica había contraído el gesto como si estuviera a punto de echarse a llorar. Incluso Mar se dio cuenta de que estaba compungida. Era complicado saber si la vagabunda también se veía afectada por las emociones, puesto que se envolvía con su abrigo como si se encontrara en medio de un huracán y el pelo revuelto y sucio le caía delante de los ojos.

—Al final acabaron sacándole algo a la vidente —recordó Doña Perfecta, y se encogió de hombros—. Debieron pagarle y ella vio su oportunidad de

obtener sus quince minutos de fama. Declaró que había sido un tema de amores y luego aderezó la historia con alguna perla de sabiduría mística y varias cosas que nunca habíamos hablado en la consulta. Por suerte para entonces me habían visto en Barnon con Guti, solo estábamos hablando, y la vidente pasó a segundo plano porque creían que teníamos un rollo. ¿Os importa si me levanto? Tengo las piernas un poco rígidas de estar sentada en este banco.

Ninguna de las tres oyentes protestó, así que Doña Perfecta se puso en pie y dio un par de pasos hasta el centro de la celda. Ahora tenían que mirar hacia arriba para poder verla, lo que les daba la imagen de fieles devotos ante una aparición milagrosa.

—Mis amigas y yo también tuvimos cachondeo con el vaticinio de la vidente. A nada que podíamos, nos reíamos del tema, ya sabéis, cosas de chicas. Que si el doctor sería como George Clooney en *Urgencias*, que si entonces todas queríamos, que si eso no era amor porque me iba con un viejo esperando que palmara pronto para heredar. A la que se le ocurría una idiotez más grande, la soltaba. El caso es que a mí me dio por decir que si iba a ser mi amor verdadero y mi media naranja, que a ver si aparecía de una vez. Era la típica cosa que dices de broma aunque en el fondo te pique el gusanillo del: «Oye, a ver si va a ser verdad».

»Como dos semanas después, estábamos en casa de una de ellas, bañándonos en la piscina, bebiendo unas copas y escuchando música, y Raquel pisó un cristal y se hizo un corte bastante feo. Yo era la única que sabía conducir, pero acababa de estar en el agua y estaba empapada, así que me quité el bikini y a ellas no se les ocurrió mejor idea que utilizarlo para simular un torniquete mientras yo me ponía un pareo encima a modo de vestido. Nos metimos en el coche y salimos disparadas hacia el hospital.

—¡Y encontraste a tu médico! —Metálica estaba emocionada, como una niña pequeña cuando Blancanieves conseguía resucitar gracias al beso de su príncipe valeroso. Resultaba tan surrealista ver a esa mujer tan conectada a la historia, que cada vez que hablaba, Mar tenía la sensación de estar soñando.

Tal vez todo esto era un sueño, sí. Así tendría más sentido.

—No encontré a mi médico, pero sí que nos pusimos a buscarlo. Cada vez que veíamos a alguien de pelo canoso con bata blanca, todas empezábamos a cuchichear y a mirarle mientras nos reíamos. Creo que debieron pensar que estábamos locas o que éramos idiotas. Casi se me para el corazón cuando nos hicieron pasar a una consulta. El doctor que esperaba allí dentro debía tener cuarenta y pocos años, tenía el pelo casi blanco y estaba bueno no, lo siguiente.

—¡Ay! —suspiró Metálica.

—Me puse nerviosa, como una colegiala. El hombre nos preguntó qué había pasado y le pidió a Raquel que se subiera en la camilla. Se quedó mirando la braguita de bikini empapada en sangre que tenía envuelta en el pie, y en ese momento me di cuenta de que debajo del pareo iba completamente desnuda. No sé si aquel hombre era mi media naranja o no, pero no fui capaz de concentrarme en nada que nos preguntaba, así que debió pensar que era retrasada mental.

Metálica se echó a reír y se palmeó las piernas. Doña Perfecta miró a Mar con complicidad y ella se encogió de hombros. La verdad es que ya no estaba asustada como lo había estado cuando llegaron a la celda. Esa sensación había dado paso a un agotamiento extremo, aunque tampoco se sentía tan cómoda como para tumbarse a dormir allí.

—Podría escribir un libro con las cosas absurdas, raras y estúpidas que me han pasado desde que gané el certamen.

—¿Cuál fue la peor? —preguntó en voz baja la vagabunda.

—¿La peor? —Doña Perfecta se rascó la mejilla mientras pensaba un momento en la posible respuesta—. De lo peor que me ha pasado alguna vez no fui consciente en ese momento. Con el tiempo me di cuenta y he intentado poner mi granito de arena para que no le ocurra a otras chicas que lleguen a este mundillo detrás de mí...

Uno de mis mejores amigos trabajaba en una firma de ropa cuyo nombre prefiero no decir en voz alta. Su padre era el vicepresidente y le había colocado allí a pesar de que apenas tenía veinte años y no había estudiado ni nada. El caso es que me pidió un favor, que participara en un evento que iban a montar. No podían pagar mi tarifa habitual y tuve que suplicarle a la agencia que me dejaran hacer aquel trabajo. Era evidente que mi amigo quería aprovechar mi fama para afianzar su posición en la empresa, y a mí no me parecía mal echarle un cable. Si uno no ayuda a sus amigos cuando está en posición de hacerlo, es muy complicado que lo haga cuando no tiene nada que ofrecer.

El evento fue muy bien, la marca tuvo un repunte de ventas y desde el comité de dirección aprobaron una partida presupuestaria para realizar más acciones conmigo. Eso hizo, por cierto, que Desi me dijera que tenía buen ojo para los negocios. Ella pensaba que yo había visto una oportunidad, no tenía ni idea de que había sido por amistad.

En fin, que de repente me encontré asistiendo a cenas con el comité de dirección para planificar eventos. Uno de los inversores, un pez gordo, se me acercaba cada vez que me veía, me ponía la mano en la espalda al darme dos besos y luego la dejaba allí con una familiaridad que era un pelín incómoda, pero nada insoportable. Siempre me decía que estaba guapísima, o que iba muy elegante, y hacía esa clase de comentarios que parecen inocentes aunque lleven una carga oculta.

«Qué piernas tan bonitas traes hoy». «Ese vestido es tan corto que dan ganas de pensar qué hay más allá.» «¿Es ese uno de esos sujetadores con relleno que anuncian ahora?». «Para tener ese cuerpo seguro que pasas muchas horas entrenando». «Seguro que sabes tan bien como luces».

Al principio era algo que pasaba como un trámite, y poco a poco fue volviéndose cada vez más molesto. Su mano en mi espalda se quedaba allí durante más tiempo. A veces se deslizaba hacia la cintura con lentitud, un poco más debajo de lo que cualquiera de nosotras sentiríamos como algo cómodo.

Durante una cena apoyó la mano en mi pierna y me acarició con el pulgar. Siempre me sonreía cuando me miraba, y en sus ojos había cierta expresión hambrienta que me ponía bastante nerviosa.

Después de una de aquellas cenas en la que fue particularmente pesado y me seguía a todas partes haciéndome comentarios de ese tipo, y hasta llegó a esperarme a la salida del baño y me preguntó si dentro se estaba cómodo o no, y que podíamos pasar un rato si me venía bien; decidí hablar con mi amigo y contarle que me sentía a disgusto con la situación.

Era mi amigo. ¿Sabéis cuál fue su respuesta?

«Bueno, Irene, no lo vayas a sacar de madre. Seguro que estás acostumbrada a esas cosas».

Y yo, que apenas tenía veinte años, pues no estaba muy segura de si tenía que estar acostumbrada o no, solo sabía que me hacía sentir muy incómoda. Con los años, sé que eso fue un acoso en toda regla.

Lo único bueno que saqué de contárselo a mi amigo, ¿sabéis qué fue?

Dos meses después me despidieron. Alegaron que ya no estaban interesados en que fuera imagen de su marca y rompieron nuestro contrato de forma unilateral. En aquel momento no hilé que ambas cosas estaban relacionadas.

● ***

Metálica se levantó bruscamente y se acercó a Doña Perfecta.

—Dime sus nombres —exigió—. Dime sus nombres y te juro que me encargo de que no vuelvan a hacerle eso a nadie. ¡Cerdos hijos de puta!

—¡Eh! —exclamó una voz masculina desde la puerta de la celda—. ¡Sepárate de ella! Tú. —Y señaló a Doña Perfecta—. Y tú. —Y me señaló a mí—. Vamos, salid.

Salté como si tuviera un resorte en el culo. Me faltó tiempo para correr hasta la salida y darle las gracias cinco o seis veces al policía. Me miró como si fuera lerda, cosa que, sinceramente, me importó más bien poco. Mi compañera de delitos tuvo mucha más dignidad a la hora de salir de la celda. Antes de

que pudiera dar más de dos pasos, Metálica le agarró la mano.

—Dímelo. Vengaré tu nombre y se lo haré pagar caro a esos cerdos.

—No hace falta, Metálica. Te lo agradezco de corazón, pero he pasado página y no necesito que paguen de esa manera... sin embargo, hablar de esto hoy me ha hecho darme cuenta de una cosa. Sí que tienen que pagar, al menos el pez gordo de mierda, y que alguien les eche en cara su comportamiento. Haré una declaración pública sobre ello, y todo será gracias a vosotras dos, por hacerme hablar esta noche.

—Será un honor —aseguró Metálica, apretando la mandíbula. Mar tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba aguantando las lágrimas, y se preguntó de qué clase de universo paralelo había salido esa mujer.

—Ha sido un placer conoceros, a las dos.

—El placer ha sido mío. —Metálica se pasó el dorso de la mano por los ojos y adoptó su mirada más fiera—. Si algún día cambias de opinión, búscame. Si algún día necesitas cualquier cosa, pregunta por mí.

—Lo haré.

—¡No tengo todo el día! —gritó el policía.

Doña Perfecta le dio un apretón a la mano de Metálica antes de desprenderse de ella y salir de la celda. La mujer del pelo de colores se pegó a los barrotes y se quedó mirándola mientras ellas seguían al policía camino, eso esperaba Mar, de la libertad.

—¡Dejadla en paz, cerdos!

Mar miró a Doña Perfecta.

—Has ganado una fan para toda la vida.

Ambas sonrieron.

● Santi estaba furioso. No hacía falta hablar para que se dieran cuenta, todo su lenguaje corporal era una señal de advertencia. Mar y Doña Perfecta se acercaron a él cabizbajas, pero agradecidas por dejar atrás la comisaría. Fue

un momento incómodo, porque Doña Perfecta hizo un amago de ir a darle un beso, pero entre la presencia de Mar y el gesto de Santi, se quedó a medio camino.

—¡Manda cojones! —gruñó él mientras cruzaban el estacionamiento en dirección al coche—. ¡Manda cojones, Mar!

Ella tragó saliva y no dijo nada. Estaba muy concentrada en la punta de sus zapatos y en el asfalto que estaba debajo.

—¡Un día! ¡Solo has necesitado un día para poner patas arriba nuestra vida! ¡Primero te emborrachas y te humillas delante de nuestros hijos, nos llenas la casa de vómito, y ahora Irene ha tenido que pasar la noche en el calabozo por ti! ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Eh? ¿Se puede saber?

—Santi...

—No te metas, Irene. Quiero que conteste ella, quiero que me diga en qué coño estaba pensando. ¡Te abrí las puertas de mi casa para ayudarte y mira cómo nos lo pagas, Mar! ¡Mira cómo nos lo pagas! Creía que solo estabas teniendo una mala racha, pero ahora me pregunto si lo que ha pasado con Elena fue tal y como lo has contado o puede que su versión sea distinta. Creo que has apretado el botón de autodestrucción, Mar, y oye, si quieres hundirte tú, es tu decisión, pero no nos arrastres a los demás contigo. Ni a tus hijos ni a mí ni a mi pareja.

—Santi. —Doña Perfecta le puso la mano en el pecho en un intento de tranquilizarle—. Eso ha sido muy duro.

—¡Porque es lo que se merece! —gritó él. Estaba exaltado—. ¡Puede que así despierte y se dé cuenta de lo que está haciendo! ¡Desde luego, yo no puedo hacer nada más!

—¡Santi! —Doña Perfecta alzó la voz para obligarle a callarse—. No ha sido culpa de ella.

Él se quedó paralizado, observando a Irene con los ojos entrecerrados y gesto estupefacto. Luego meneó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con que no ha sido culpa de ella?

—Quiero decir que no ha sido su culpa, como lo estás oyendo.

Santi soltó una risita nerviosa.

—¿Quieres que me crea que la idea de ponerse a quemar cosas en medio de la calle fue cosa tuya? ¿Qué demonios estabais haciendo, además?

—Fue idea mía, Santi —aseguró Doña Perfecta.

Otra risa nerviosa. Un parpadeo. La confusión apoderándose de toda su cara.

—¿Esto qué es? ¿Una de esas escenas de películas en las que todo el mundo asume la culpa para proteger a otro? No es necesario que hagas eso, Irene.

—Es la verdad. Fui yo la que propuso encender el fuego, ¿verdad, Mar?

No estaba segura de querer responder. Notó que le costaba tragar su propia saliva.

—Sí.

Santi se echó a reír.

—¿Cómo vas a ser tú la que...? ¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio —aseguró Doña Perfecta.

—¿Y en qué demonios estabas pensando? ¿Qué carajo estabais haciendo juntas, para empezar?

—¿Podemos irnos a casa? —preguntó Doña Perfecta—. Estoy bastante cansada.

Estaba claro que Santi todavía tenía muchas cosas que quería preguntar. Sin embargo, debió ver algo en los ojos de Irene y, en silencio, rebuscó en el bolsillo las llaves del coche y apretó el botón de apertura. Le dedicó a Mar una mirada inquisitiva que ella rehuyó dándose prisa por meterse en el asiento trasero.

El trayecto transcurrió en completo silencio. Santi no hizo amago de encender la radio, y ellas dos estaban demasiado cansadas como para intentar mantener alguna conversación. Desde el asiento trasero, Mar pudo ver que Doña Perfecta —se preguntó si no sería hora de dejar de llamarla así— colocaba la mano sobre la que Santi tenía apoyada en el cambio de marchas, una vieja costumbre que había mantenido a pesar de conducir un coche automático.

Sus dedos se entrelazaron y se acoplaron con esa perfección con la que lo hacen dos piezas destinadas a trabajar juntas en una maquinaria. Mar añoraba esa sensación, la de estrechar una mano que desea apretar la tuya.

Desde su posición privilegiada en el asiento trasero, encogida contra una de las ventanas, pudo ver que él desviaba un momento los ojos de la carretera para mirar a su novia. Vio también que el dedo pulgar de ella acariciaba con suavidad el dorso de la mano de él, con cariño. Gestos sencillos, cotidianos, tiernos, que para Mar formaban parte de un pasado que ya no iba a volver.

Tomó conciencia de eso como una realidad irrefutable. Notó un pinchazo en el corazón, como si se le quebrara en mil pedazos. Por un instante, le pareció que esa vocecilla cabezota que se había aferrado a un clavo ardiendo durante los últimos dos años protestaba e intentaba imponer de nuevo su opinión.

«¡No! ¡Él nos ha mirado siempre de una forma especial! ¡No, cuando él nos habla es evidente que saltan chispas! ¡Él sigue enamorado de ti, Mar, no caigas en la trampa de dejarle escapar! ¡No dejes que gane esta muñeca de porcelana, reina de las revistas de papel cuché! ¡No dejes que gane Doña Perfecta!».

—Irene —musitó. Apenas un hilo de voz inaudible, de manera que no pudieran oírla.

Empujó aquella vocecilla hasta lo más profundo de su cabeza y sonrió con tristeza. Si aquella iba a ser su nueva realidad, más le valía empezar a hacerse a la idea.

●

Santi aparcó el coche junto a la entrada de la casa y los tres bajaron tan en silencio como habían llegado hasta allí. Las llaves tintinearón en su mano cuando las sacó del bolsillo.

—Mañana será otro día —dijo. Levantó la vista al cielo—. Bueno, ya es otro día.

De hecho, las farolas ya se habían apagado porque había suficiente claridad.

—Voy a darme una ducha para quitarme este olor de encima —proclamó Irene—, y a dormir.

—Me parece bien. ¿Quieres que te prepare una tila o algo?

Irene se encogió de hombros. Llegaron hasta la puerta y Santi abrió utilizando las llaves. Se echó a un lado antes de entrar para dejar pasar a las dos mujeres, y entonces se dio cuenta de que Mar no se había movido y seguía de pie junto al coche.

—¿Mar?

—Si no os importa, voy a ir a dar una vuelta —respondió ella.

Irene ya había entrado en casa y se giró para mirarla desde el recibidor. El rostro de Santi se tornó grave, y Mar se apresuró a levantar las manos en un gesto tranquilizador.

—¡No voy a beber nada! Ni una gota de alcohol. —Se llevó una mano al pecho e hizo una señal con los dedos—. Lo prometo, solo quiero estirar las piernas y dar un paseo. Después de seis horas metida en esa celda no me siento preparada para meterme en casa todavía.

La expresión de Santi no varió, no se fiaba de ella. Irene se acercó al umbral y estiró la mano para coger la de él.

—Vamos, entra. —Luego le dedicó una mirada cansada a Mar—. Luego nos vemos.

—No me esperéis despiertos —bromeó Mar. Borró la sonrisa de sus labios al ver que Santi seguía observándola con preocupación.

—Dudo mucho que pudiera aunque quisiera —aseguró Irene—. Vamos, Santi. Él cedió cuando volvió a tirar de él. Mar se quedó allí hasta que la puerta estuvo cerrada. Después levantó la vista hacia el cielo y respiró profundo, llenándose los pulmones de aire. Lo soltó despacio y, sin pensar en ir a ningún sitio en concreto, empezó a caminar.

16. Aires de cambio

La sensación de recibir el aire fresco en la cara mientras caminaba fue liberadora. Con la mente en blanco, dejando que todas las preocupaciones se desvanecieran. Perdió la noción del tiempo y del espacio, apenas prestaba atención al entorno. Se detuvo junto a un parque para saludar a un labrador de pelo blanco que meneaba el rabo con soltura y emoción. El animal le dejó toda la mano llena de babas y ella se echó a reír. El dueño, un anciano de gesto amable que caminaba encorvado, le contó que el perro se llamaba Rocco y era muy juguetón, aunque cada vez menos, porque empezaban a pesarle los años. El labrador reaccionó a la voz de su amo sentándose a su vera, como para constatar que todo lo dicho era verdad.

A Mar le pareció un animal encantador y se preguntó qué cara pondrían Álvaro y Esther si se presentara con un cachorro bajo el brazo. A Álvaro le explotaría la cabeza, eso seguro. Le encantaban los animales desde que era pequeño. Su plan favorito seguía siendo ir al zoo.

No sabía cuánto tiempo había pasado dando vueltas, pero, en un momento dado, decidió que ya iba siendo hora de volver a casa. Le dolía todo el cuerpo y estaba francamente agotada. Tenía ganas de tumbarse, dormir todo lo posible, darse una buena ducha reparadora de agua caliente, y después iría a buscar a los niños al colegio. Todavía tenía una conversación pendiente con ellos.

—No me lo puedo creer.

Se giró en cuanto escuchó aquella voz y descubrió a Hugo detrás de ella, con los brazos cruzados y una expresión de sorpresa.

—Admítelo, me estás siguiendo —dijo ella.

—¿Cómo es eso que dicen? Una vez pertenece al día a día, dos es casualidad, tres es el destino. De todos los *pubs* posibles, estábamos en el mismo. De todos los bares donde poder desayunar, escogimos el mismo. De todas las calles, y Madrid tiene unas cuantas, hemos ido a caminar por la misma.

Mar hizo una mueca con los labios. Hugo se acercó a ella y le echó una mirada de arriba abajo.

—Parecía muy complicado superar el mal aspecto que tenías ayer, pero francamente...

—Ni lo menciones, por favor.

En ese momento Mar fue consciente de las pintas que llevaba. Si ayer ya iba despeinada, y con el pelo crespo, no quería saber cómo podía tenerlo ahora. Si ayer parecía que se había vestido por sorteo, después de una noche en una celda, sus ropas tenían el aspecto de no haber visto jamás una lavadora. Por no mencionar que lo más seguro era que tuviera unas ojeras en las que se podría jugar al fútbol.

—¿Otra noche dura?

—No como te imaginas.

—¿Vas a hacer que intente adivinar?

Mar se planteó contarle todo lo que había pasado desde que se despidieran el día anterior en el bar Ernesto. Su estómago protestó al recordar el pincho de tortilla que se había comido él. ¿Cuántas horas llevaba sin meterse nada consistente al cuerpo?

—¿Te disculpaste al final? ¿Cómo va tu maléfico plan para recuperar las riendas de tu vida?

Mar le miró fijamente. Una vocecilla, la misma que se había preguntado qué pensarían los niños si ella apareciera de repente con un perro bajo el brazo, habló dentro de su cabeza. Lo que dijo podía ser una locura, probablemente lo era, si tuviera que apostar, apostaría a que lo era, pero, por una vez en su vida, no le importaba.

—¿Sabes qué? Estoy muy cansada, más de lo que recuerdo haber estado nunca. Esta noche ha sido la más surrealista que he vivido jamás. De principio a fin. Al mismo tiempo, creo que ha sido la mejor noche que he pasado en los últimos dos años. Empezó con una locura, siguió con otra, y no creo que importe que ahora siga con una más.

Sin esperar una respuesta, dio un paso hacia él, se puso de puntillas y le besó. Hugo se quedó quieto. El contacto entre sus labios fue eléctrico, o así lo sintió ella, y duró poco más de tres o cuatro segundos. Luego ella separó su rostro del de él.

—Supongo que no es lo que...

Hugo plantó la palma de su mano en la espalda de ella y la atrajo hacia él. Volvieron a besarse, esta vez mucho más apasionados. Sus labios se abrieron y las lenguas tuvieron su papel. Mar dejó que sus manos se apoyaran en los hombros de él y Hugo introdujo su mano libre por entre el pelo de ella. En algún lejano lugar de su cerebro hubo una chispa de vergüenza al recordar que debía de tenerlo sucio y seco.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó él cuando volvieron a separarse, apenas unos centímetros, ajenos a la gente que pasaba a su alrededor en dirección a sus trabajos, a sus casas, a las tiendas de la zona.

—¿Importa?

—No. —Hugo se acercó y rozó sus labios una vez más—. Creí que estabas intentando recuperar a Santi.

—¿Quieres que hablemos de Santi o quieres seguir besándome?

—Preferiría ocuparme de lo segundo.

—Pues entonces cállate y sigue besándome.

Se fundieron en otro largo beso, mucho más profundo que los dos anteriores. Separarse les costó más trabajo esta vez que las dos anteriores. Mar tragó saliva, sin creerse que fuera a preguntar lo que estaba a punto de soltar por la boca.

—¿Vives muy lejos?

Resultó que no vivía muy lejos.

Llegaron hasta la casa caminando como dos adolescentes, incapaces de parar cada pocos metros a besarse, y teniendo que dar órdenes a sus manos para que no siguieran con sus instintos de buscar el roce de la carne bajo la ropa.

En cuanto la puerta se cerró se desnudaron el uno al otro en el trayecto que había entre el recibidor y la habitación principal. Cayeron sobre la cama llevando solo la ropa interior, y Mar, que era consciente de cada gramo de más, de cada imperfección y de cada rasgo que hubiera deseado cambiar de su propio cuerpo, se descubrió más libre de complejos de lo que había estado nunca.

Agarró a Hugo de la nuca y le obligó a hundir los labios en su cuello. Tiró de sus calzoncillos hacia abajo y él hizo lo propio con sus bragas. Luego se atascó durante un tenso momento con el cierre del sujetador. Incluso llegó a maldecir al creador de esas malditas trampas. Mar reía y le besaba, él acariciaba todo su cuerpo como si pretendiera memorizarlo. Sus manos fuertes recorrieron sus piernas desde los tobillos hasta la cadera, primero por fuera y después por dentro. Mar jadeó y se apretó contra su rostro al tiempo que le agarraba del pelo. Notaba que una sensación de calor muy agradable la recorría por dentro.

Conectaron con precisión y sus movimientos resultaron ser fluidos y ágiles. Él no dejó de acariciar cada curva de su cuerpo, besaba su cuello, los lóbulos de sus orejas, sus labios, y ella jadeaba y se aferraba a él con fuerza, casi arañándole. La temperatura subió alrededor de sus cuerpos, pequeñas gotitas de sudor perlaban la piel de ambos, las sábanas cayeron al suelo. En algún momento rodaron y ella se colocó encima de él. Apoyó las manos sobre su pecho para incorporarse un poco y ganar distancia, para poder mirarle a los ojos y perderse en sus labios entreabiertos. Siguieron moviéndose, compenetrados, aprendiéndose el uno el cuerpo del otro. No hubo necesidad de palabras.

En algún momento ella se estremeció y agarró con fuerza la sábana con una mano, mientras con la otra le apretaba el brazo. Mentó el nombre de Dios en vano.

—Esto ha sido un giro inesperado de los acontecimientos —aseguró Hugo. Estaban los dos tumbados en la cama, él boca arriba y ella con la cabeza apoyada en su pecho. Las manos de Hugo rozaban su cuerpo en suaves idas y venidas. De cuando en cuando, a Mar la recorría un escalofrío placentero.

—Bueno, es lo que buscaba el destino, ¿no?

—¿A qué ha venido ese cambio? Ayer, cuando nos vimos en el bar, estabas decidida a seguir con tu plan, y no me pareces una mujer que cambie de parecer con facilidad.

—Soplaron aires de cambio —respondió ella, críptica.

—Me pareciste guapa desde la primera noche.

Mar se revolvió en la cama para poder mirarle sin despegarse de su cuerpo.

—Dime la verdad, esa noche estabas buscando algo más.

—¿Quieres que sea sincero?

—¿No lo hemos sido hasta ahora? Sería este un mal momento para empezar a mentirnos.

—*Touché.* —Le rozó la punta de la nariz con un dedo—. No buscaba nada cuando empezamos a hablar, pero reconozco que cuando te fuiste me quedé chafado y maldiciéndome por no haberme atrevido a decirte nada, por ni siquiera haberte pedido el teléfono.

—A mí me pareciste mono.

—¿Solo mono?

—Solo mono. Tenía la mente ocupada en otras cosas.

—Creo que eres la persona a la que he visto hablar más tiempo seguido en toda mi vida.

Mar le pellizcó cerca del pecho, de forma amistosa, y él se echó a reír

haciendo como que quería apartarse, sin hacerlo de verdad.

—¿Y por qué no me dijiste nada ayer?

—El bar de Ernesto hace buenas tortillas —replicó él—, pero como que muy romántico no es.

—En eso voy a tener que darte la razón.

—¿Cuándo cambiaste de opinión respecto a mí? —quiso saber Hugo.

—¿Quién dice que haya cambiado de opinión respecto a ti?

—¿Sigo pareciéndote mono?

—Eres mono.

—¿Crees que algún día alguna chica podrá enamorarse de mí y decir que soy guapo, así con todas las letras, o estoy condenado a ser mono para siempre?

Mar sonrió mientras se mordía el labio. Se sentía casi hipnotizada por los ojos de él. De hecho, en esos momentos sentía que no quería dejar de mirarlos nunca. Y aquello, en parte, la hacía sentirse joven.

—Quién sabe. Lo mismo tienes que currártelo.

—Es dura la vida de los chicos monos. Nos toca trabajar para conseguir algo de amor. ¿Crees que alguna vez alguien podría considerarme un *devdan* ?

Mar tardó un momento en captar la broma. Cuando lo hizo, soltó una carcajada que la obligó a incorporarse y sentarse en la cama para no atragantarse. Hugo se quedó tumbado, con las manos debajo de la cabeza y una sonrisa divertida.

—Tendré que hacer una foto para que las chicas puedan comparar.

—Quién sabe, tal vez en la quinta cita. Aún es demasiado pronto y no quiero que consideres que soy un chico fácil.

—¿Esto cuenta como primera cita, entonces? —Mar volvió a reírse mientras acariciaba el brazo de él, recorriéndolo con los dedos desde el hombro hasta la muñeca.

—Es un *mix* entre primera y tercera.

—¿Soy una chica fácil?

—¿Fácil? Tuve que tragarme una chapa de seis horas sobre desgracias

apocalípticas y no me llevé de recompensa ni un mísero número de teléfono al que llamar. No, no podemos considerar que seas fácil.

Mar se agarró el estómago. Estaba bastante segura de que tendría agujetas al día siguiente. En parte se debería a la risa, pero no todo. El, digamos, ejercicio que acababa de hacer, bueno, hacía bastante tiempo..., podría decirse que estaba desentrenada.

—Una chapa, ¿eh?

—Me mandaste a la *friendzone* de una patada. Déjame llorar sobre tu hombro que luego me marché de cacería a recuperar a mi exmarido.

—¿Y valió la pena la espera?

Hugo hizo un mohín con los labios y aguantó la respuesta mirándola a los ojos. Ella empezó a agacharse hacia él, Hugo apoyó la mano en su nuca y la acompañó en el descenso. Volvieron a besarse, suave y despacio, saboreando cada uno el interior de la boca del otro.

—Ha valido la pena —aseguró él—. ¿Pasaré a la historia en una posición mejor, peor o empatado con Segunditos?

Las carcajadas de Mar resonaron por todo el piso. Se le saltaron las lágrimas y se dejó caer de espaldas en la cama hasta que pudo parar de reír. Mientras tanto, él se dedicó a besar su cuerpo.

—¿Crees que podría darme una ducha en tu baño?

Hugo lamió su cuello y besó la comisura de sus labios.

—¿Antes o después?

—¿Antes o después de qué?

Él ya estaba encima, ella acompañó su camino de buena gana. Iba a ser después, sí.

La ducha fue reparadora. Mientras mantenía la cabeza bajo el chorro tuvo la sensación de que aquel estaba siendo un momento de depuración. Por el desagüe se iba la vieja Mar al tiempo que la nueva renacía sacudiéndose el

polvo de lo que antes había sido.

Hugo la esperó fuera de la ducha con una toalla en las manos con la que envolvió su cuerpo. Mar se dejó cuidar, hacía tiempo que nadie lo hacía por ella, y tampoco es que ella hubiera puesto mucho empeño en estos últimos años.

—¿Te interesaría tener ahora mi número de teléfono? —preguntó ella.

—Nah —respondió él mientras le secaba los brazos y la espalda con la toalla—, ahora ya he conseguido lo que quería, ya no lo necesito.

—También es verdad.

—Si lo anoto, será por quedar bien. No quiero que te hagas ilusiones.

—Yo solo me estaba ofreciendo por ser simpática. De hecho, pensaba darte uno falso.

—¿Entonces no te llamo?

—No me llames —confirmó ella mientras abría las piernas y él se agachaba para secárselas. Y aprovechando la altura, para besarla en la cadera y descendiendo. Mar gimió y se agarró a la puerta cuando las piernas hicieron un amago de temblar y perder el apoyo—. No me llames hoy, pero puedes hacerlo mañana.

—Mañana es demasiado tiempo —dijo él. Se puso en pie y se acercó a ella una vez más—. La parte buena es que tal vez el destino nos junte inesperadamente antes.

—El destino ya ha hecho su trabajo, ¿no crees? Ahora estará ocupado haciendo que otras parejas coincidan por ahí.

Mar salió del baño y caminó por la casa recogiendo sus prendas. Una vez hubo recolectado toda su ropa, regresó a la habitación, la dejó sobre la cama y empezó a vestirse.

—¿Te marchas?

—A las cinco salen Esther y Álvaro del cole. Pretendo ser puntual, aunque sea por primera vez.

—Por los aires de cambio.

—Por los aires de cambio —recalcó ella.

—Aún es pronto. Hay tiempo de sobra.

—Antes quiero hacer otra cosa.

—¿Humillar a alguien?

—Uy, esa clase de intereses es *vintage*. Ya no persigo esas metas.

—Sean las que sean las que persigues ahora, te sientan bastante mejor.

Mar se encogió de hombros con un movimiento coqueto. En eso, también estaba de acuerdo con él.

Encontró a Irene sentada en la cocina. Habría podido ser un *déjà vu*, puesto que tenía una taza de té humeante en las manos y utilizaba la misma silla en la que se había sentado la tarde anterior justo antes de que las dos tomaran la decisión de vengarse de Elena Ramos; si no lo era se debía a los sutiles, pero importantes, cambios. Para empezar, Mar estaba bastante segura de que era la primera vez que Irene no se ajustaba como un guante a su sobrenombre, Doña Perfecta. Seguía siendo preciosa y todo en ella irradiaba magnificencia, pero tenía el pelo algo revuelto, nada que ver con el estilo resacón infernal de Mar durante el día anterior: llevaba puesto el pijama, en su mejilla tenía las marcas de las arrugas de la almohada y su rostro estaba macilento.

Al ver a Mar intentó sonreír, aunque el resultado fue un gesto cansado.

—Buenos días.

—¿Acabas de llegar? —preguntó Irene—. ¿No has pasado por casa hasta ahora?

—Así es.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Por ahí. —Mar se acercó al fregadero y llenó un vaso con agua del grifo—. Tendría que haber estado durmiendo. —Desde luego que tendría que haberlo hecho, pero a tenor del cosquilleo que aún notaba recorriéndole el cuerpo, y a la suave pulsación de la entrepierna, no iba a quejarse.

—Si te sirve de consuelo yo sí he estado durmiendo y ahora me siento como si me hubiera pasado por encima un desfile militar. Necesito al menos otras tres o cuatro horas para volver a ser yo misma. Y tú deberías descansar o vas a desfallecer en algún momento.

—Debería —admitió Mar—, pero ahora mismo me siento enérgica y no lo quiero desaprovechar.

—¿Desaprovechar el qué?

—Te he traído esto.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó un pequeño paquete, de diez centímetros de largo, cinco de ancho y tres de alto, envuelto en un papel de regalo de colores estridentes. Alargó el brazo hacia Irene, que abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Para mí?

—Sí. Es una tontería —se apresuró a aclarar—, pero quería darte las gracias por todo.

—No tenías que haberme comprado nada.

—Quería hacerlo. De todas formas, no te esperes una maravilla. Tienes permiso para tirarlo a la basura en cuanto me dé la vuelta.

Irene cogió el paquete y desgarró el envoltorio. Dentro había una cajita de madera, con la tapa pintada a rayas negras y blancas y en el centro había un recuadro negro con unos números aleatorios. Debajo, en letras grises, decía: *Compañeros de crimen.*

Al verlo, Irene se echó a reír.

—Lo he comprado en el chino.

—Nunca lo hubiera adivinado.

—Como decía, es solo un detalle. Hecha la gracia, lo puedes tirar a la basura... pero gracias, Irene.

—¿Sabes? —Se levantó, con la caja en la mano, y dejó la taza de té en la mesa—. Creo que es la primera vez que dices mi nombre.

Ay, si tú supieras...

—No lo voy a tirar. Lo pondré en la estantería del salón.

—No le va a pegar nada al resto de la decoración.

—Será el elemento rebelde. Así cada vez que lo veamos nos acordaremos de que ahora tenemos una amiga en el barrio. —Lo pronunció imitando la manera de hablar de Metálica, y ambas se echaron a reír.

—Habla en singular. Me da en la nariz que si me acerco a pedirle algo yo, no salgo viva.

—Cuando Santi lo vea va a querer matarme —aseguró Irene, mirando la cajita como si fuera el mejor regalo que hubiera recibido nunca.

Mar dejó allí a su antigua némesis y fue a la habitación de invitados. Levantó la maleta para ponerla encima de la cama y la abrió. Tuvo que revolver toda la ropa hasta encontrar lo que buscaba. Se puso los *leggings* y las zapatillas de deporte y miró el reloj. No creía que fuera a poder echarle más de quince o veinte minutos sin morir en el intento, pero estaba dispuesta a intentarlo. Tendría tiempo de sobra para volver a ducharse, vestirse y llegar a tiempo para estar allí cuando la campana sonara y los niños salieran de clase.

Estiró los brazos por encima de la cabeza.

«Allá vamos», se dijo.

Mar podría haber jurado que no había llegado nunca tan pronto al colegio. Disfrutó íntimamente, sin dejar que su cara la delatase, de las miradas de las otras madres, entre sorprendidas —por verla allí tan pronto— y fascinadas porque, francamente, estaba deslumbrante. Se movía como si anduviera entre nubes de algodón, como si lo único que le faltara fuera el mayordomo inglés estirando la alfombra ante sus pies y unos niños de mofletes regordetes esparciendo flores a su paso.

Después de correr, cosa que, por cierto, le había sentado de maravilla, había regresado a casa con ganas de transmitir el cambio, no solo de llevarlo por dentro. Le había pedido a Irene que le dejara algo de ropa. Sí, ¿quién lo iba a

decir? Hacía menos de veinticuatro horas le hubiera gustado quemarla viva a ella y a todas sus pertenencias y ahora estaba intentando que se le pegara algo de su perfección, aunque fuera la parte superficial.

A Irene le había parecido una idea maravillosa. Como una adolescente que abre el armario de su madre para intentar escoger algo un poco atrevido, se había mostrado emocionada mientras iba sacando del armario prenda tras prenda. Todo hay que decirlo, a Mar se le había descolgado la mandíbula al ver aquel paraíso; desde luego, la palabra «armario» se le quedaba corta. Era el sueño de cualquier mujer. Por el amor de Dios, si hasta estaba todo perfectamente ordenado por categorías y colores. En una esquina había un pequeño expositor de bolsos, pero no de esos que se compran en mercadillos y sirven para el día a día. No, de los míticos, como el de Chanel o el Birkin de Hermès, para el que hay lista de espera. Mar, al verlo, volvió a pensar que un poquito de envidia sí que iba a seguir teniéndole el resto de su vida, maldita sea.. *Clutchs, baquettes, bandoleras, shopping bags*, abrigos tres cuartos de todos los colores, entre los que destacaba un precioso *trench* de Burberry, un esmoquin de YSL que quitaba el hipo, vestidos negros que te sacan de cualquier apuro, camiseros, unos cuantos estilo *lady* y tantos vestidos de fiesta que Mar pensaba que podría vivir toda una vida sin llegar a repetir modelo. Escotados por delante, escotados por detrás, cortos, largos... tops, conjuntos de lentejuelas para combinar a la perfección con la colección de *bikers* que permitían encontrar un estilo muy rockero; camisas blancas y de seda para combinar con faldas pantalón, mini y maxifaldas, trajes de chaqueta que seguro le otorgaban a Irene un *look working girl* perfecto (por supuesto). Y en un lateral, todo tipo de *jeans* habidos y por haber: pitillo, rectos, con campana, de tiro alto y de tiro bajo; en esencia, podías encontrar cualquier combinación posible.

Ahora bien, si algo despertó la envidia de Mar, si algo la hizo babear de deseo, fue el inmenso zapatero. Allí no faltaba nada: *stiletos, peep toes*, sandalias, botines, manolitas, *sneakers* y por supuesto una colección entera

de Havaianas.

Al final, escogieron un *look* sencillo pero efectivo: un vestido Dolores Promesas liso y que se ajustaba a su cuerpo algo más de lo que Mar acostumbraba a lucir. Se notaba un poco fuera de su elemento, pero solo por las expresiones de esas otras mujeres que siempre la habían mirado por encima del hombro a la puerta del colegio, y los susurros de algunas al inclinarse para decirle algo a otras, había valido la pena.

La que se quedó sorprendida al verla allí fue la profesora de Álvaro. Mar la ignoró, en su opinión era más de lo que se merecía, y saludó a su hijo con un abrazo efusivo cuando llegó hasta ella. Álvaro tenía la boca abierta y la miraba estupefacto.

—¿Mamá?

—Dime, cariño.

—¿Qué llevas puesto?

—¿Te gusta?

Álvaro asintió y se encogió de hombros.

—Estás muy guapa.

—Gracias, cariño.

Esther se quedó perpleja al verla. Mar no estaba segura de si se debía a la hora o a la ropa que llevaba. Se acercó a su hija y le dio un beso en la mejilla. Intentó transmitirle con los ojos todo el arrepentimiento posible.

—¿Quién eres y qué has hecho con nuestra madre?

—Soy el modelo 2.0. ¿Quién quiere merendar tortitas?

—¿Tortitas? —preguntó Álvaro.

—¿Merendar? —preguntó Esther.

—Es una cosa que se hace entre la comida y la cena, para llenar el estómago. Estoy bastante segura de que alguna vez, aunque sea de casualidad, lo habéis hecho. Y las tortitas son unas cosas así, circulares, a las que se les suele echar sirope de chocolate y nata. No ayudan a mantener la línea, pero están jodidamente ricas.

Los dos niños la miraban con la boca abierta, perplejos. Álvaro se echó a reír.

—¿Jodidamente, mamá? —preguntó Esther.

—Hay peores palabras en la música que escuchas, no te hagas la ofendida.

Entraron en el coche y Mar condujo en dirección a un centro comercial cercano en el que había un VIPS. Según ella, en la cadena roja hacían las mejores tortitas de Madrid. Los niños no dejaron de mirarse entre ellos durante todo el camino. En el restaurante, devoraron las tortitas como si fuera la última comida a la que tendrían acceso en mucho tiempo.

—Supongo que os debo una disculpa —dijo Mar una vez hubieron terminado—. No quiero que os llevéis la impresión equivocada, no os he traído hasta aquí para ganarme vuestro perdón con unas tortitas... —Esto iba a ser más duro de lo que pensaba. Tomó aire para intentar deshacerse de la bola de angustia que notaba en la garganta—. Comprendo que tardaréis un tiempo en perdonarme y en que todo vuelva a ser como era antes. Lo acepto. Solo quiero que sepáis que los actos hablan más que las palabras, y que voy a demostraros con actos que estoy arrepentida. Mi comportamiento del otro día durante la cena fue imperdonable. Supongo que para que entendáis el por qué de mi actitud tengo que contaros otras muchas cosas que no sabéis, pero eso no cambia lo más importante: fue imperdonable. Lo que visteis ayer por la mañana fue más de lo mismo. Nunca tendríais que haber visto algo así y estoy muy avergonzada por ello.

—Mami... —Álvaro se apretaba una mano con la otra. Tenía los labios manchados de chocolate.

—Dime, cariño.

—Yo no tengo nada que perdonarte —aseguró.

A Mar se le empañaron los ojos al oír aquello. Se le hinchó el pecho de amor y necesitó de toda la compostura posible para no lanzarse sobre él y comérselo a besos.

—Llevabas un pedo brutal —aseguró Esther.

—No hace falta que lo recordemos.

—Ni siquiera sabíamos que bebías.

—No lo hago —aseguró Mar—. Lo hice esa noche y mira cómo acabé. De eso podéis extraer una conclusión o dos.

—Sí —admitió Esther—, que cuando empiece a salir por las noches voy a tener pase libre para la primera cogorza que me pille.

Mar soltó una carcajada. De repente, los tres estaban riéndose.

—Jovencita —advirtió Mar, dedo índice alzado—, esgrimiré la directriz Madre: «No hagas lo que yo hago, haz lo que yo digo».

—Injusticia.

—Ya me lo contarás cuando seas madre.

—Se te ve feliz, mamá.

Mar le guiñó un ojo, se levantó y les abrazó.

—Tengo dos hijos maravillosos, tengo motivos de sobra para ser feliz.

—¡Alerta de empalago! —exclamó Álvaro.

—¡Todavía no has visto nada, querido! —Y para demostrarlo, le llenó de besos la mejilla mientras él hacía gestos de falso sufrimiento y sacaba la lengua de la boca como si estuviera muriéndose al recibir tanto cariño.

Más tarde, en casa, el que parecía no comprender nada y haber quedado fuera de juego era Santi. Los niños pusieron la tele y se pelearon por el mando. Álvaro quería ver esos dibujos horribles japoneses cuyo nombre Mar ya no olvidaría jamás, y Esther quería ver una serie que emitían en otra cadena en la que una chica de unos dieciséis años se convertía en estrella de *rock* y aprovechaba sus giras para cumplir misiones que le encomendaba la CIA. Según Álvaro, era una chorrada, un rollo y súper de niñas. Según Esther, los *Pokémon* eran la cosa más ridícula e incomprensible de todo el universo.

Santi había visto la caja que Mar le había regalado a Irene y había pasado un rato estudiándola como un arqueólogo observaría un importante yacimiento

arqueológico. Le preguntó a Irene y ella sonrió a modo de respuesta, así que Santi volvió a dejarla donde estaba y prefirió no indagar más.

Mar ayudó a preparar la cena, y a estas alturas de la vida ya no le sorprendió descubrir que cocinar también era uno de los dones de Irene. Se movía en la cocina con una desenvoltura que Mar envidiaba. Se descubrió pensando que, menos de veinticuatro horas antes, le habría hervido la sangre por ello.

Cerca de las nueve de la noche sonó el timbre. En ese momento Santi estaba en el salón intentando que los niños colaborasen en poner la mesa, e Irene estaba escurriendo la pasta en el fregadero. Mar estaba a su lado, removiendo la salsa que acompañaría a los macarrones y que olía de maravilla.

—¿Te importa abrir? —le preguntó Irene—. Debe ser mi hermano.

—Oki doki —respondió ella.

Dejó la cuchara de madera apoyada en la cazuela y recorrió los metros que la separaban del vestíbulo. La verdad era que tenía la mente en blanco, inmersa como estaba en disfrutar de la tarde. Se detuvo delante de la puerta, agarró la manija y tiró.

Al otro lado estaba Hugo.

Mar parpadeó, confusa, mientras la boca se le abría de par en par. Hugo sonrió, de esa manera que a ella le resultaba tan encantadora, con los hoyuelos bien marcados en la comisura de los labios. Llevaba una botella de vino bajo el brazo.

—¿Qué...? —logró preguntar.

—Hola —respondió él.

—¡Huguito!

Irene pasó como una exhalación junto a Mar y se lanzó a los brazos de Hugo, que la estrechó entre ellos con fuerza y la levantó un par de palmos del suelo.

—¿Cómo está la hermana más perfecta del mundo?

Y el muy mamón miró a Mar mientras le preguntaba eso, y le guiñó un ojo.

—¡Uy, perfecta! Si te cuento dónde he pasado la noche igual cambias de opinión. Mira, te presento a Mar, es... a ver, es un poco raro, pero tú haz como

si todo fuera supernormal, ¿vale?

—Lo intentaré.

—Es la exmujer de Santi.

—Anda —murmuró él, sin despegar la mirada de Mar, que seguía boquiabierta e intentando que su cerebro terminase de encajar todas las piezas—. ¿La exmujer de Santi? Pues hola, encantado, soy Hugo, el hermano de Irene.

Mar miró la mano que Hugo le ofrecía y, muy despacio, como si se encontrara en otra dimensión y no fuera capaz de controlar su propia velocidad, se la estrechó.

—Encantado —aseguró Hugo. Luego se volvió hacia Irene—. ¿Qué has preparado hoy, hermanita?

—¿Qué soy? ¿Tu criada?

—Dime que son macarrones con pesto, por favor...

—Si sabes que sí, para qué preguntas.

Dicho eso, Irene regresó a la carrera a la cocina. Hugo se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero. Se giró a mirar a Mar, que seguía junto a la puerta.

—Si no cierras la boca te van a entrar un buen montón de moscas.

—¿Es... tu hermana?

Él hizo el gesto de quitarse un sombrero imaginario, como lo haría un mago, con una reverencia.

—¡Tachán!

—¿Lo has sabido siempre?

Hugo se acercó y le dio un beso fugaz en la mejilla.

—Lo sospeché cuando hablabas de su perfección. Lo supe cuando dijiste que había sido Miss España. Su novio Santi, los niños... cuadraba todo.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque entonces no habrías seguido hablando.

—Tiene bastante lógica, ¿no crees? ¿Ibas a dejar que humillara a tu hermana?

—Supongo que en algún momento habría tenido que pararte, pero es que eres

muy graciosa.

—No pretendía ser graciosa.

—Lo sé.

—¡Hugo! —La voz de Irene le llamó con un grito desde la cocina.

—Me llaman a filas —dijo él, y volvió a guiñarle el ojo a Mar.

Le vio desaparecer en la cocina y se quedó un rato más allí de pie, en el recibidor, junto a la puerta abierta, incapaz de reaccionar como debería hacerlo. Un único pensamiento rondaba por su cerebro, iba y venía y rebotaba contra todas las paredes.

«Oh, Dios mío, es SU hermano».

Mar estuvo más callada de lo habitual durante la cena. ¿Quién no lo habría estado en su situación? Cada mirada que cruzaba con Hugo era furtiva y esquiva y le hacía sentir una vergüenza terrible, además de un cosquilleo en la zona baja del estómago. Al principio llegó a pensar que eran nervios —cómo he podido ser tan estúpida, por qué siempre tendré que hablar tanto, me pierdo mi bocaza, ese tipo de cosas—, pero luego se dio cuenta de que no era eso. Se trataba de las proverbiales mariposas en el estómago.

Guardó silencio y respondió tan solo cuando alguien se dirigía a ella directamente. Procuró sonreír a sus hijos en todo momento y mostrarse cordial con el resto. Ignoró la presencia de Hugo porque no estaba segura de si sería capaz de hablar sin tartamudear si tuviera que dirigirse a él.

Después del postre, aprovechó un momento para salir a la terraza y el aire fresco de la noche la reconfortó. Se apoyó en la barandilla y respiró profundamente, llenando los pulmones y observando los millones de luces que convertían a Madrid en una urbe viva. Un rato después, Hugo salió a la terraza y se apoyó en la barandilla a su lado, solo que él miraba hacia el interior.

—¿Qué tal ha ido la tarde?

—Muy bien —respondió ella, mirándole de reojo—. Podrías habérmelo

dicho esta mañana.

—Pensé que sería más divertido que fuera una sorpresa.

—No sé si escogería la palabra *divertido*. —Se giró hacia él, pero antes de hablar, se aseguró que dentro de la casa nadie estuviera pendiente de ellos—.

¡Me he acostado con el hermano de Irene!

—¿Dónde quedó lo de Doña Perfecta?

—Pretendo ser una mujer nueva.

—Oh, eso se nota. Se notaba ya esta mañana. Tenías... otra energía.

—La madre que te parió, Hugo.

Él sonrió.

—La misma que a ella, por lo que creo.

—Sí. La madre que te parió. —Solo que no había ni enfado ni reproche en su voz.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Respecto a qué?

—Respecto a todo.

Mar fijó en él la mirada. Le dejó sufrir un momento, que era más clemencia de la que merecía.

—Tengo toda la vida por delante. Y no sé por qué, me da en la nariz que va a empezar a irme bien de nuevo. Me he fijado nuevas metas, unas que creo que son realistas, nada que ver con intentar recuperar a exmaridos y humillar a mujeres perfectas.

—¡Bueno es saberlo! —exclamó él con una carcajada.

—Sabes que no me gustaba el Derecho, te lo he dicho varias veces. —Él asintió—. Tu hermana, ayer por la tarde, me dijo que tenía que dedicarme a otra cosa, a algo que me gustara, y en ese momento no supe decirle nada que me gustara.

—¿Ahora sí sabrías decirlo?

—Me habría gustado estudiar INEF.

—Es cierto, pero tu padre te dijo que te metieras en Derecho.

—Era un hombre de ideas fijas. Aunque buscaba lo mejor para su hija, él creía que, como abogada, podría tener una buena vida.

—¿Y vas a empezar a estudiar INEF ahora?

—Hay otras formas de dedicarse al mundo del deporte. De todas formas, de momento es un embrión, no es una idea precisa, con planes elaborados, pero tengo la sensación de que por ahí voy a dirigir mi carrera profesional. Cuanto más lo pienso, más me emociona.

Él abrió la boca para responder, pero en ese momento la puerta que comunicaba la terraza con el salón se abrió de nuevo e Irene salió al exterior y se abrazó a su hermano.

—¿Qué tal han estado hoy los macarrones?

—Sigues siendo la mejor *hacedora* de pesto del universo. Te sale perfecto.

Mar resopló al notar que él se reía y la miraba al decir aquello.

—¿No he perdido mi toque? —preguntó Irene.

—Querida, el día que tú pierdas tu toque, yo me quedaré calvo.

Irene se giró hacia Mar.

—Nuestro padre y nuestros abuelos tenían una melena bien tupida, así que creo que eso no ocurrirá nunca.

—Por suerte para mí. —Volvió a dejar escapar aquella sonrisa de: «Me lo estoy pasando muy bien a tu costa»—. Si es que tengo unos genes perfectos.

Mar le habría estrangulado allí mismo con gusto, pero mantuvo la compostura ante la mirada de Irene.

—Y este es el idiota de mi hermano, Mar.

—Ajá.

—Es idiota —aseguró Irene mientras revolvía el pelo de Hugo—, pero se hace querer. ¿A que es guapo?

Mar notó que sus mejillas enrojecían. Irene estaba sonriendo, se giró hacia su hermano y debió ver algo, tal vez en la forma en que ambos se miraban, que hizo que aquella sonrisa se desvaneciera. Giró la cabeza alternando entre uno y otra.

—¿Os conocéis? —preguntó.

Hugo resopló, como si aquello no tuviera sentido.

—Qué va.

Los ojos de Irene se abrieron de par en par. Volvió a mirar a Mar y de nuevo a su hermano. Se llevó una mano a la boca.

—Ay, qué fuerte —murmuró—. Ay, ay, ay, qué fuerte... sí que os conocéis...

—Que no, Ire, qué dices...

Ella levantó la mano y señaló a su hermano con el índice.

—No has sabido mentirme jamás en tu vida, y esa es tu mirada de mentirme. ¡Vosotros dos os habéis liado!

—Que no, Irene, que se te está yendo la olla...

Con la certeza que da el conocer a un hermano de toda la vida, Irene se giró hacia Mar y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Te parece mal? —preguntó Mar en un susurro.

—No, pero sigue siendo muy fuerte. ¿Cuándo pasó?

—Esta mañana.

—¡Esta mañana! —exclamó Irene—. ¿Por eso has llegado tan tarde?

—Yo no sabía que era tu hermano.

—Yo no puedo decir que no supiera quién era ella.

Irene volvió a alternar la mirada entre ambos.

—Aquí hay una historia.

—La hay —admitió Mar.

—Y me encantan las historias —aseguró Irene—. Quiero saberlo todo, y alguno de vosotros va a tener que contármelo. —Levantó una mano—. Pero en otro momento. Ahora estoy demasiado impresionada. ¡Es muy fuerte!

Sin decir nada más, se dio la vuelta y regresó al salón. Mar sacudió la cabeza y se mordió el labio.

—Cada vez que creo que ya se ha acabado, la vida encuentra una nueva manera de humillarme.

—Lo siento —se resigna él—. Es verdad que nunca he sabido ocultarle nada.

Tiene una especie de radar.

—Tenías razón en una cosa, ayer.

—¿Ah, sí?

—Estaba siendo muy dura con ella, y hoy me he dado cuenta. Tienes una hermana a la que resulta fácil envidiar, porque es... bueno, perfecta. No solo es guapa, tiene estilo y sabe cocinar una salsa al pesto cojonuda. También es una buena persona, y se comporta con mis hijos con un cariño que, sinceramente, ya solo por eso merece que la trate con respeto.

—Son unos chicos magníficos. Puedes estar orgullosa de ellos.

Mar no intentó ocultar la sonrisa de satisfacción que se le dibujó en los labios.

—¿Qué demonios os pasó ayer a las dos?

—Bueno, en palabras de tu hermana, ahí hay una historia. Tal vez, si te portas bien, te la cuente algún día.

—¿Y Santi?

—Está enamorado de ella y ella está enamorada de él. Son tan tortolitos que dan un poco de asco.

—Si quieres que te diga la verdad, él es un poco estirado.

Mar soltó una carcajada.

—Lo es —admitió—, pero hacen buena pareja.

—¿Y nosotros? —preguntó Hugo—. ¿Hacemos buena pareja?

Mar sonrió y volvió a fijar la vista en los millones de luces que brillaban iluminando el *skyline* de Madrid. O tal vez, iluminando el que sería el primer día del resto de su vida. Si algo tenía claro en ese momento era que las cosas empezaban a encarrilarse. Había hecho las paces consigo misma, aunque para ello solo hubiera hecho falta pasar una noche en el calabozo, y había dado el primer paso, aunque de momento solo fuera una idea, en el camino que pensaba recorrer para rehacer su vida profesional. Ahora veía las cosas buenas que tenía a su alrededor, incluso había entendido que no podía estar toda la vida pendiente de lo que fue y ya no es, Santi no iba a volver nunca con

ella y, por primera vez, era capaz de aceptarlo y no volverse loca en el intento.

Sí, estaba bastante segura, a partir de ese momento, que las cosas le iban a salir bien.

—Hugo, aún es pronto para saberlo —respondió—, pero estoy interesada en estudiar esa posibilidad.

Nota de los autores

Quiero dedicar esta aventura con forma de libro a las personas que han creído en mí de manera incondicional. Aquellas que han creído en mis capacidades mucho antes que yo misma. Cuando les decía que no podía hacerlo, que no lo haría bien... Ellas me decían que sí, que yo podía con esto y con mucho más. Que era apasionada, organizada y que, aunque me costara trabajo y esfuerzo, podría sacarlo adelante. Tengo la suerte de estar rodeada de mujeres y hombres maravillosos que me inspiran y nunca me dicen lo que quiero oír, sino lo que debo oír.

A Mateo, mi hijo. La persona que más amo en el mundo y la que me motiva para ser mejor cada día.

A mi familia. Especialmente a mi pequeño Jon y a mi cuñada, María. Últimamente he dado más guerra de lo que me hubiera gustado. Espero que al menos estéis orgullosos de hasta donde hemos llegado juntos. Gracias.

A Alexis por sacar la parte gamberra que no sabía que tenía dentro. Pensé: si Alexis no me hunde la vida es porque la va a hacer aún más entretenida. Por él conocí a Víctor... y ¡ahora mi vida es mucho más entretenida!

A las *superwomans*, el nombre del chat así lo dice. A mis cinco rubias: Carmina, Arantxa, Elsa y Cecilia y a mi morena andaluza, Mariani. Por esas cenas navideñas que cada año dejan un serial de anécdotas imborrables. Con especial mención a Carmina por guardar la copia de emergencia de las llaves de casa.

A mi cuadrilla. Aunque les tengo lejos, siempre están presentes en mi vida. A Mikel, Laura, Carol, Nico, Kike... y al Aitite, por los ratitos en Bilbo poniéndonos al día, que son el punto de normalidad en mi vida. Da igual que

sea con una barbacoa que de pintxos, las risas están aseguradas. Gracias Vitxu por aguantarme de compañera de piso; y a Cabriya, por tener siempre un chiste a mano para hacerme reír.

A Isa (junto con Iñaki y Aneka) por ponerme las pilas cada día y no morderse la lengua ni debajo del agua. Por tantos años de alegrías compartidas y alguna tristeza. Siempre de mi lado. Siempre amiga.

A las madres desesperadas. Ese es mi otro grupo de WhatsApp. Aquí solo somos tres madres realmente desesperadas. A María y a Laura. Gracias por los consejos que me dais de corazón. Por aportar normalidad y alegría a mi vida solo con contarnos el día. Lauri, ¡sister!

A Víctor y a Cris. ¡Gracias por darme la oportunidad de compartir este proyecto con vosotros! Ya estoy deseando ponerme con la segunda parte.

Y por supuesto a vosotros, lectores. Gracias por vuestra confianza. ¡Espero que disfrutéis con los infortunios de Mar Tillo tanto como yo!

Inés.

Madrid, septiembre 2018.

Escribo estas líneas a las 00:29 del 7 de septiembre de 2018. El detalle es curioso, porque desde hace veintinueve minutos es oficialmente mi cumpleaños. Cuántas veces habré oído aquello de el siete de septiembre es nuestro aniversario. Saber que las desventuras de Mar y compañía están a punto de salir rumbo a imprenta es un buen regalo para estos recién estrenados treinta y siete años.

Ahora mismo está dormida. Mi mujer, Cristina, es, sin duda alguna, el motor de esta máquina que llamamos familia. No es solo una persona extraordinaria en todos los sentidos, sino que además es el apoyo que cualquiera querría tener a su lado. Doy las gracias todos los días por saber que está ahí, y hoy lo hago por partida doble. Por los motivos normales y porque fue ella la que parió la idea de la que surgió esta historia que tienes entre manos.

Estábamos en Jávea, hace ya... ¿Dos años? ¿Año y medio? No sé, por ahí. Tumbados en la playa, viendo cómo nuestros hijos jugaban con la arena, y me dijo que debería escribir una novela romántica. Sonreí, muy cordial, y le pregunté si había perdido la cabeza. A ver, que he publicado una saga de terror en la que aparecen muertos vivientes. Que he coqueteado con la ciencia ficción, con el *thriller* actual, con la histórica. Que un grupo de maravillosos lectores me llama cariñosamente (o no) Doctor Maligno por mi totalmente inofensiva manía de hacérselas pasar canutas a los personajes...

¡Una novela romántica!

Confieso que me reí un poco ante la posibilidad.

Y, sin embargo, la idea se quedó ahí, germinando, lanzando sus pequeñas raíces a través de todo mi cerebro para evitar ser expulsada. Al tiempo que terminaba la cuarta novela de mi saga de terror —os lo recuerdo, entre muertos vivientes— en el fondo de mi cabeza una lucecilla se encendía y se apagaba. «Comedia», decía. «Romántica», decía.

Así que un día me vi preguntándole a Cristina sobre qué podía escribir. Su respuesta —maldita sea, había pensado en ello, es la única explicación, estaba demasiado preparada— fueron las bases sobre las que discurre la historia de Mar Tillo. Que, por cierto, fue Cristina también quien la bautizó.

De repente me vi saboreando un montón de secuencias inconexas que me gustaban y que, no vamos a mentir a estas alturas, me atraían como un imán. Lo cierto es que nunca me ha gustado encasillarme y siempre he pensado que la única manera de no hartarme de esto, que amo, es escribir lo que me apetezca en cada momento, sin pensar en su viabilidad o en si es lo que se espera de mí. De ahí que haya saltado entre géneros y de ahí que...

Iba a decir: «De ahí que saltara sin miedo a la comedia romántica», pero habíamos quedado en que no iba a mentir a estas alturas. La idea que tenía en mente me gustaba, pero admito que me daba vértigo ponerme con un tema y con un estilo al que no estaba acostumbrado.

Y apareció Inés. Nos habíamos conocido un par de años atrás durante un

rodaje. Un amigo común era el director, Alexis, y ellos dos habían seguido trabajando juntos durante todo ese tiempo. Y de repente, me vi contándole a ella la historia y de alguna manera Inés no solo se subió al carro sino que tenía entre manos los ingredientes que acabaron de hilar aquellas secuencias inconexas. De repente, la historia de Mar Tillo tenía sentido.

El resto ha sido un viaje de lo más divertido. Escribir a cuatro manos, poner opciones sobre la mesa para ver cuáles podían funcionar, ver cómo las piezas del puzzle iban encajando, descartar algunas que no terminaban de cuajar... si me preguntan cómo ha sido trabajar con Inés mi respuesta es clara: natural y fluido. Y así, oye, pue se trabaja muy bien y las cosas llegan a buen puerto.

Así que sí, las gracias sobre todo a Cristina. También a Inés, por supuesto, por embarcarse en esta aventura con un empuje y entusiasmo que se volvían contagiosos. A Alexis, por ponernos en contacto y haber ejercido de celestino literario. Quiero mencionar también a mis hijos, Kike, Nacho y Elia, porque la vida a su lado es mucho más emocionante. A los escritores malditos, que siempre están ahí para soltar una buena pulla cuando te despistas, y por su apoyo también, claro. A toda mi familia, que son muchos y gastaría un montón de papel si les mencionara a todos. A Pedro e Isabel, aunque les cuento en «toda mi familia» también se merecen su hueco por separado. A María, a Óscar, a Laura y a Ana por haber ejercido de lectores cero para lo bueno y para lo malo.

Y por último, y aquí hablo en nombre de Inés también, a todo el equipo de Versátil por haber confiado en nosotros. Sobre todo, queremos mencionar a Eva Olaya, que ha sido la cabeza visible del equipo, la que sufrió mi asalto en la feria del libro y, a pesar de ser un tarado que se puso a hablarle de «su novela» mientras ella intentaba vender libros no solo se interesó por ella sino que... mira, aquí está.

Y por supuesto, a vosotros. Esto no existiría si no estuvierais ahí.

Parafraseando a la canción del grupo Canard: «Tan solo es nuestra manera de expresar que somos una estrella fugaz y dependemos de quien nos quiera

leer».

Víctor.

Majadahonda, 7 de septiembre de 2018.